

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**  
**MÁSTER EN ESCRITURA CREATIVA**

**Trabajo Fin de Máster**

**Convocatoria: 2023-2024**



**EL SÉPTIMO HOMBRE**

**Modalidad: Creación - Narrativa**

**VIKTORIYA BAGRYANTSEV MARTYNOVA**

**Vº Bº Tutor**

Pablo Felipe Sánchez López

# ÍNDICE

EL SÉPTIMO HOMBRE.....	3
I.....	4
II.....	8
III.....	13
IV.....	17
V.....	27
VI.....	33
VII.....	39
VIII.....	44
IX.....	53
X.....	58
XI.....	69
XII.....	79
XIII.....	85
XIV.....	90
XV.....	97
XVI.....	109
XVII.....	114
XVIII.....	120
XIX.....	131
XX.....	140
XXI.....	154
XXII.....	169
Epílogo.....	181
MEMORIA JUSTIFICATIVA.....	185
1. PUNTO DE PARTIDA DE LA CREACIÓN: OBJETIVOS Y FUNDAMENTOS.....	185
• Justificación del tipo de obra.....	185
• Justificación del tema.....	187
• Objetivos e intención.....	190
2. ESTRUCTURA DE LA COMPOSICIÓN.....	193

3. TÉCNICAS Y ESTILOS ENSAYADOS.....	195
• Narrador.....	195
• Tiempo y espacio.....	197
• Personajes.....	199
• Descripciones.....	205
4. DIFICULTADES Y SOLUCIONES.....	207
• Dificultades históricas.....	207
• Dificultades técnicas.....	208
5. RESULTADOS.....	210
6. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y APLICADA.....	211

## **El séptimo hombre**

**Viktoriya Bagryantsev Martynova**

I

20 de agosto, 1919

Querida Annabel,

Últimamente siento que el viento sopla en contra de la vida. No hablo específicamente de la mía, es más un sentimiento respecto a lo injusta que es la existencia. Hoy me levanté una hora antes de lo planeado. El sol apenas comenzaba a salir, y al no tener la costumbre de madrugar quise aprovechar el momento, ese instante de tranquilidad y silencio antes de que despertase la ciudad. Sin embargo, me vi profundamente abatido, y a la vez cautivado a partes iguales, cuando al abrir las ventanas me encontré un pequeño gorrión en el balcón. Se encontraba sentado en una esquina, observándome fijamente con sus pequeños ojos negros mientras trataba de mantenerse consciente. Las aves tienden a erizar las plumas al sentir cualquier tipo de malestar, y éste, para su desgracia y la mía, parecía saber que estaba viviendo sus últimas horas. Le dejé agua y algunas migajas de pan antes de marcharme a trabajar, con la esperanza de que, lo que sea que haya ahí fuera, le perdone la vida.

Aquello me hizo recordar la enfermedad que casi me llevó hace un mes. Creo que tan solo me salvaron la suerte y la esperanza, y cada vez estoy más seguro de que es lo único que nos mantiene aquí. No hay justicia en nuestra palpitante existencia, el bien y el mal tan solo son términos que usamos para estar en paz con nosotros mismos por seguir el buen camino. Esto es algo que he aprendido después de las extensas sesiones con ese paciente del que te hablé, mi amigo, el que volvió de la guerra. Me hace pensar, me invita a ver a través de sus ojos esos horrores que no pude experimentar. Me hace darme cuenta de que todos somos más irrelevantes de lo que pensamos, no somos más que ese pobre gorrión que encontré muerto al regresar...

En general, estoy bien. Espero que tú también estés disfrutando de una vida lo suficientemente tranquila. Siento que esta carta no vaya a contener nada respecto a mi próxima visita, pues no creo que pueda volver a Sheffield en los próximos meses. Siento que algo va a cambiar. No sé cómo exactamente, pero estoy tratando de encontrar respuestas a preguntas que llevo haciéndome mucho tiempo. Tal vez

así podamos tener una conversación más interesante el día en que nos veamos. Hasta entonces, estaré a la distancia de un lápiz y un papel.

Tu hermano Robert

*23 de agosto, 1919, Sheffield.*

Era por la tarde. El cielo se encontraba cargado, y eran relativamente escasas las personas que caminaban por la calle a esa hora. Sin embargo, unos pasos rápidos resonaron con bastante claridad sobre el asfalto. Una joven cambió de acera con cierta prisa, esquivando un coche y continuando su camino calle abajo. Llevaba una mano en el pecho, en la cual escondía, de las gotas que habían comenzado a caer, una carta. Si alguien completamente desconocido tuviese que mencionar algo destacable de ella, serían sin duda su pequeña figura y su largo cabello rubio, que ese día había dejado sin arreglar al salir agitada por la puerta de su casa. Pero a pesar de ese momentáneo descuido, había algo en su manera de caminar que transmitía decisión, y una profunda concentración con cada paso que daba.

Su objetivo se encontraba no muy lejos de allí, la pequeña oficina de correos que había en la esquina, justo enfrente de una floristería que le era bien conocida. Ir hasta aquel lugar se había convertido casi en costumbre, raro era el mes que no aparecía con algo nuevo que enviar. Empujó el pomo de la puerta acristalada sin ralentizar su avance, y solo cuando estuvo dentro, se permitió tomarse un respiro. No había nadie, salvo una mujer que caminaba en dirección contraria para salir, y un rostro familiar detrás del cristal del mostrador. Mirando el sobre que tenía entre las manos, la joven se acercó a la ventanilla, deslizando su carta por la abertura hacia la persona que se encontraba al otro lado.

—Deja que adivine, ¿otra vez para tu hermano? —La trabajadora, de cabello oscuro y rizado, sonrió mientras tomaba el sobre y procedía a poner unos sellos.

—Sí —contestó la joven, buscando unas monedas en su bolso que no tardó en depositar sobre el mostrador.

El interior era pequeño. Una estancia rectangular con un suelo de madera y paredes oscuras, una sola lámpara colgaba en el centro del techo. Al fondo se

encontraban las cuatro ventanillas, de las cuales tan solo una estaba abierta. Detrás de ésta se escondía un espacio no accesible al público. Únicamente una pequeña puerta a la derecha, le permitía la entrada y la salida a los que trabajaban en la oficina.

—¿Sigue en Londres? —preguntó la mujer mientras apuntaba algo en un libro, y retiraba la carta fuera de la vista de su remitente.

—Así es. Dudo que vuelva pronto, y estoy algo preocupada por él.

—¿Y eso? —volvió a interesarse, a pesar de que conocía perfectamente las historias que la otra solía relatar sobre su hermano.

—Creo que está demasiado agobiado por su trabajo. Debería cuidarse más, descansar un poco... Pero parece no querer escucharme —respondió apoyando un codo sobre el mostrador.

—Oh, deberías centrarte en otra cosa y dejarle vivir como quiera, ya es lo suficientemente grande. ¿Cómo va tu trabajo? —La rubia se encogió de hombros.

—Aburrido, como siempre. Pero aproveché la mañana para escribir la carta.

—Por favor... —suspiró la otra, acercando el rostro a la abertura en el cristal—. Deberías buscarte un hombre —susurró.

—Calla, sabes que no quiero oír nada al respecto —se quejó la más joven.

—¡Y tú sabes que tengo razón! Aprovecha el tiempo que tienes, no esperes a tener mi edad.

—Solo tienes cinco años más que yo, no seas tan dramática —dijo quitándole importancia al comentario.

Un hombre mayor apareció por la puerta. Tanto su sombrero como su traje estaban empapados, y unas pequeñas gotas colgaban temblorosas de su bigote. Parecía haber hecho un largo camino hasta llegar, y de entre los pliegues de su chaqueta, tal y como imaginaban, salieron un par de sobres. Ambas mujeres se observaron en silencio, entendiendo que se trataba de una discreta forma de despedida entre ellas. La joven de la carta no tardó en marcharse, pero cuando lo hizo, vio que por desgracia la lluvia había aumentado de intensidad. No tuvo más remedio que acelerar el paso y hacer el camino de vuelta a casa, pero mientras tanto, no pudo evitar sentir algo de inquietud. Era un presentimiento algo irrelevante, pero era como si aquellas nubes, pesadas y oscuras, le estuviesen avisando de la llegada de algo más que una simple tormenta.

## II

*6 de mayo, 1920. Londres.*

Annabel llegó dos días antes de lo planeado. No sabía por cuánto tiempo permanecería. Tampoco le importaba. Su vida y todo lo que conocía se había quedado atrás, para dar paso a una ciudad repleta de miradas vacías y voces que hablaban con todos y nadie a la vez. «¡Lucha por las iglesias de Londres! ¡La actualidad sobre la protección de las construcciones antiguas!». Todos caminaban frente al chico que vendía periódicos a la salida de la estación. Nadie lo veía. Nadie lo oía. O tal vez solo se hacían los ciegos y sordos porque era lo que les convenía. Juzgarlos no tenía sentido, había hecho lo mismo con tal de salir de aquella asfixiante multitud para coger un taxi, dejando que la fría naturaleza de la capital comenzase a invadirla. No había forma de escapar de ella, era un mal necesario: la indiferencia de la gran ciudad. Londres era como un hormiguero sucio y descontrolado en el que el orden parecía no tener lugar. Las calles serpenteantes conducían a destinos desconocidos, con miles de sombreros y tocados caminando a contracorriente entre las sobrias edificaciones. Los automóviles, que avanzaban con lentitud cual escarabajos mecánicos, no ayudaban a la impresión general de la ciudad. Todos tenían prisa, incluso las hojas sueltas de los periódicos que volaban llevadas por el viento, envolviéndose en los pies de los caminantes hasta acabar olvidadas en el suelo. Tal vez fuese imaginación de Annabel, pero le dio la impresión de que incluso el aire estaba gris. Oía a combustible y tierra mojada, pues las nubes que observaban la ciudad no anunciaban la llegada de horas soleadas.

La joven pronunció la dirección del que sería su futuro hogar durante las próximas semanas –o meses–, saboreando la extraña sensación de formar parte de aquel lugar. Se preguntó si su hermano habría sentido lo mismo. Hablaron del tema en más de una ocasión, pero su respuesta siempre era la misma. «No lo sabrás hasta que vayas, hermanita». Deseó que su razón para estar allí fuese otra.

—¿Primera vez en Londres?

El conductor interrumpió sus pensamientos. En parte lo agradeció, no quería darle más vueltas al tema antes de tiempo, pero tampoco le apetecía hablar. No le importaban los desconocidos. De hecho, le daban igual –por eso su madre pensaba que era una ingenua–, pero tampoco le transmitía la confianza como para intercambiar más de dos palabras. No en una situación como la suya. Le dio una



respuesta afirmativa y seca. Fuera, unas gotas comenzaron a resbalar sobre el cristal.

—¿Tiene familia aquí? Londres no es una ciudad para chicas solitarias. Le observó con atención. Tenía un par de cicatrices en la parte trasera de su cabeza, pequeñas, aparentemente viejas, y la piel arrugada sobre el cuello de la camisa. No contestó. Había veces que llegaban a irritarla. Los hombres. No todos, pero sí aquellos que hacían demasiadas preguntas en momentos indebidos y que daban su opinión sin haberla pedido. Le hacían sentir irrelevante, le recordaban a su padre.

El automóvil siguió avanzando, cada calle más desconocida que la anterior, y sin embargo, había algo en lo poco que había visto de aquella ciudad que se le hacía familiar. Las palabras de su hermano Robert encajaban perfectamente con lo que estaba viendo, siendo el grisáceo tiempo la única excepción. Le había hablado de su mejor versión de Londres, a ella le tocaría experimentar su otra faceta. Todo parecía frío y distante, aunque en parte atribuyó esa sensación a la leve lluvia que ya comenzaba a encharcar el suelo. Cuanto más se acercaban al centro, más se sentía como un desafortunado insecto, atrapado en una húmeda telaraña de calles y rostros desconocidos. Paraguas negros y pasos acelerados. Se movían de manera inconsistente y desordenada. Aquellos que sabían a dónde iban miraban al suelo evitando las gotas. Los que no, observaban de forma distraída a los otros, trabajando o sentados en los escalones de algunas casas. Ignoraban la lluvia.

El agua había comenzado a oscurecer los muros de piedra de los edificios que la veían pasar, siendo éstos tan parecidos entre ellos que apenas podía distinguirlos. Se preguntó si habría alguien mirándola a través de los pequeños ventanales, aunque fuese inconscientemente. Al igual que Londres empezaba a crear memorias en su mente, ella también estaba haciendo acto de presencia en los recuerdos de los londinenses. Tal vez el taxista se acordase de ella esa tarde, aunque fuese por algo irrelevante, como su manera de hablar o la mirada perdida con la que observaba a su alrededor.

Giraron hacia una calle de pequeñas tiendecitas, Harold's Bread, The Fashion Shoe Shop, Plumbridge's Fruit... Una infinidad de carteles de colores trataban de recibir con los brazos abiertos a sus clientes, contrastando con el sentimiento general que producía la ciudad. Annabel pidió al conductor que

aparcase frente a una panadería de letras doradas. Fred's Bakery. Le informó que no tardaría, llegar con las manos vacías no formaba parte de su carácter.

El exterior de la tienda no era muy distinto al resto de pequeños comercios que poblaban la calle. Vitrinas altas y rectangulares, el nombre del comercio sobre la entrada escrito con letras doradas. Al otro lado del cristal, una infinidad de panes y dulces parecían esperar a que Annabel accediese al interior. El tintineo de una campana anunció su entrada. Por suerte para ella, el pequeño local no estaba excesivamente abarrotado. Un par de señoras de ropas humildes pero elegantes esperaban delante de ella, observando los redondos pasteles de manzanas y la diversa cantidad de magdalenas y dulces que ofrecía el lugar. Hablaban de sus hijos, sus maridos. Una de ellas iba a hacer sopa para comer antes de irse a trabajar. Les dejaría unos pasteles a sus niños para que no sintiesen tanto su ausencia. La otra iba a visitar a su madre, la buena mujer cumplía un año más. Un aroma suave y dulce inundó los sentidos de Annabel en cuanto se acercó al mostrador. Destacaba notablemente sobre el olor a pan que se había instalado en cada hueco del lugar, y tuvo que admitir que, si tuviese que elegir uno de entre todos los olores que existían, sería el de los pasteles recién hechos. Había algo especial en el cariño y esfuerzo que residía en cada uno de ellos. Le atendió un hombre de cierta edad que, a pesar de ser amable, no lograba ocultar el cansancio que adornaba disimuladamente los rasgos de su rostro. Pidió cuatro dulces de relleno rosado, los cuales no tardaron en aparecer delante de ella en una bolsita de papel.

Su objetivo aquel día no era otro que llegar a un lugar muy concreto, una casa que nunca antes había visitado y cuyos dueños le eran tan desconocidos como la propia ciudad. Sin embargo, no tardó en saciar parte de su curiosidad. Elizabeth Green era una mujer de unos sesenta años, alta, delgada, con una mirada de ojos oscuros que resaltaban la delicadeza de sus facciones. Fue el único rostro que Annabel vio en cuanto terminó su viaje y llamó a esa sobria casa de dos plantas, con ventanales alargados que parecían servir de entrada a otro mundo, y una estrecha puerta que no tardó en abrirse. Era una señora observadora, pues enseguida distinguió su acento de la zona de Yorkshire, y tras recibirla y caminar por el estrecho pasillo, procedió a sentarla en el salón frente a una taza de té recién preparado. La había estado esperando. Por un instante, Annabel sintió como si un

pequeño espacio se le hubiese abierto en esa ciudad, pero no sabía cuánto tiempo le tomaría estar cómoda. La vivienda parecía extrañamente vacía. Silenciosa. Atribuyó esa sensación al hecho de que, en comparación con su propia casa, ésta no contaba con tantas estanterías de libros, ni tampoco con la cantidad de pequeña y sutil decoración a la que la joven estaba acostumbrada.

Charlaron un rato. Primero sobre su viaje, luego sobre lo mucho que había empeorado el tiempo. Los dulces de la panadería acompañaron esas conversaciones básicas que Annabel agradeció, pues no se encontraba con fuerzas para profundizar en nada mínimamente serio. Según hablaban, la mujer sonrió, marcando así el paso del tiempo en su piel. Parecía feliz y despreocupada, pero durante apenas unos segundos, la joven creyó sentir una fugaz melancolía en sus ojos. No comentó nada. Tan solo recorrió el salón con la mirada, buscando pistas sobre la vida de aquella mujer que parecía evitar cualquier pregunta privada. Un par de pinturas de flores, muebles de madera oscura con alguna que otra figurita de porcelana, un sofá con dos sillones de tapizado poco llamativo. Unas cortinas de color verde oscuro filtraban la luz que entraba del exterior. Entendía que las preguntas personales pudiesen convertirse en algo invasivo, pero no podía pasar por alto el hecho de que, en la casa, no había ni rastro de la presencia de alguna otra persona. Annabel volvió a fijarse en la señora Green. Su blusa de pequeñas flores blancas no le decía mucho. Por sus sutiles pendientes de oro, dedujo que tal vez apreciaba la discreción. En el cuarto dedo de su mano izquierda, sin embargo, descansaba un fino anillo de oro. Miró sus propias manos. Ya no le quedaba ni una ligera marca del suyo.

Su casera resultó ser charlatana y alegre, o al menos a esa conclusión llegó Annabel tras pasar una tarde juntas. Había veces que le parecía que hablaba demasiado, pero no le daba importancia. Tan solo era una mujer en una casa demasiado grande para ella, y tampoco se atrevía a quejarse de nada, pues como descubrió, no iba a tener que pagarle alquiler. La señora Green no dio muchos detalles, pero aparentemente todo estaba hablado, y no había problemas por su parte.

La vivienda constaba de cuatro dormitorios, una sala de lectura y un baño en la planta superior, y otro baño, la cocina, y el salón en la inferior. Según iban pasando las horas, notó que, concretamente, la señora evitaba hablar de su familia. Con cada pregunta se frotaba las manos, incómoda, aprovechando el instante en el

que abría una nueva puerta de la casa para pensar en una respuesta vaga y abstracta. La joven tampoco la presionó, la guerra había dejado demasiadas cicatrices que tardarían en sanar.

Volvió a subir hasta su habitación cuando la noche ya había caído. Su equipaje era ligero, y el armario demasiado amplio para la cantidad de ropa que había traído. Llevaba justo lo necesario. Varias cartas que le había mandado su hermano, algunas blusas, faldas, pantalones... Su pintalabios rojo de confianza. Sentía que con él las personas la tomaban más en serio, tal vez porque parecía mayor, aunque a veces le parecía que tan solo eran imaginaciones suyas. Tampoco olvidó una pequeña cajita de madera que le mandó su hermano por su cumpleaños. A simple vista parecía un objeto irrelevante de poco valor, pero en su interior se escondía un secreto frágil y delicado. Un escarabajo de caparazón negro y brillante, suave como el cristal, cuyos detalles habían sido preservados con el mayor cuidado. Era un regalo bastante inusual, pero era el objeto más cercano a su hermano que tenía por el momento.

Annabel suspiró, dejándose caer sobre la cama. Aquella había sido la decisión más impulsiva que había tomado en mucho tiempo pero, ¿acaso existía otra opción? Quedarse de brazos cruzados no era una de ellas, por muy lejos que tuviese que ir. Quería sentir que su estancia iba a ser corta, cuanto más breve mejor, pero las dos figuritas de ángeles que había sobre la cómoda parecían reírse de ella. Las observó durante unos instantes, inmóvil, pensando por qué le producían esa inquietud tan repentina. Su fina porcelana e inocencia conseguían irritarla, por lo que les dio la vuelta. Ahora sus pequeños cuerpecitos y cabelleras doradas le daban la espalda, pero no la observaban con esa falsa pena en sus rostros. Uno de ellos tenía el ala rota. Annabel se volvió a sentar sobre la cama, en silencio, sintiendo como su cuerpo le pedía un descanso. Oyó cerrarse la puerta de la habitación de enfrente. Afuera seguía lloviendo.

### III

*7 de mayo, 1920. Londres.*

Todo comenzó algunos días atrás, aún en Sheffield, con la llegada de una carta anónima escrita a máquina:

Estimada Annabel Leigh,

Es probable que juzgue la naturaleza, así como la procedencia de este mensaje, pero le agradecería que le dedicase cierta atención. Seguramente habrá notado la ausencia de noticias por parte de su hermano Robert. Todo tiene, en parte, una explicación. Sin embargo, voy a tener que ser breve en esta carta. El joven doctor se ha visto en una desafortunada situación, y para poder entender qué ha ocurrido, se requiere su presencia. No trate de buscarle por su cuenta, hace varias semanas que no se sabe nada de él. Venga a Londres si realmente le importa, pues es la única manera que tiene de ayudarlo. Volveré a ponerme en contacto con usted en cuanto esté en la ciudad.

En el mismo sobre, encontró también una tarjeta con una dirección. Pertenece a la casa de la señora Green.

La joven llevaba meses sin saber de su hermano. Solían escribirse a menudo, incluso cuando no tenían razones relevantes para hacerlo, pero desde hacía algún tiempo no obtenía respuesta alguna. Quería pensar que se debía a la presión ejercida por su oficio, la falta de tiempo... Que la vida de Robert corría peligro era una de las últimas cosas que quería imaginar.

Su hermano era un hombre tranquilo y de mente abierta. Se había ganado la confianza de Annabel de una forma muy simple que sus padres no lograban comprender: la escuchaba. Siempre. Por muy confusos que pudiesen ser sus pensamientos y emociones. Era una de las cosas que la joven más le agradecía, el poder vivir con la seguridad de que jamás le faltaría alguien que la comprendiese. A pesar de que ambos tenían aspiraciones distintas en la vida, no dejaron que las pequeñas diferencias los separasen. Uno de los recuerdos más cálidos que Annabel tenía de él, era de todas esas veces que solían sentarse bajo un árbol en el campo, pasando horas y horas hablando sobre sus preocupaciones e inseguridades ante la

vida. En cuanto Robert se mudó a Londres para estudiar medicina en la universidad, su relación pasó a estar reflejada por escrito. Hasta ese mismo año. El joven hacía tiempo que se había graduado, pero el atractivo que veía en la capital había logrado atraerle lo suficiente como para decidir quedarse. Abrió su propia clínica, Sheffield y la casa de su infancia se convirtieron en tan solo un recuerdo. Visitaba a su familia de vez en cuando, pues trataba de mantener una buena relación con sus padres y su hermana, pero parte de él se había quedado en Londres para siempre. Aquello era algo que Annabel no lograba entender. Ella misma siempre había deseado marcharse de la casa de sus padres, hasta el día en que finalmente lo consiguió, pero jamás se vio capaz de cambiar de ciudad. Sentía que echaría demasiado de menos la familiaridad de aquellas calles que conocía de memoria. Era una de las razones por las que le había costado tanto enfrentarse a la idea de tener que vivir en Londres por un tiempo, pero estaba dispuesta a enfrentarse a ese miedo. Haría cualquier cosa por ayudar a Robert, pues sabía que él actuaría de la misma forma en su situación. Era el que más había estado presente después de que Annabel perdiese a su marido, por lo que la joven no podía quedarse atrás por culpa de unas inseguridades insignificantes. Sin embargo, había algo que alteraba su firme decisión de volcarse por completo en el dilema: era inusual que Robert se viese envuelto en situaciones problemáticas. Era una persona cuidadosa que no tomaba decisiones espontáneas. La lógica y la minuciosidad eran dos de sus características predominantes.

El día transcurrió de manera apacible. La señora Green trató de mostrarse cercana y agradable, la casa daba la sensación de ser más acogedora. Todo parecía estar en calma, pero dentro de Annabel, la inquietud no hacía más que crecer. La joven no abandonó la vivienda hasta que el aire del exterior se volvió algo frío. Esperó a que se hiciese tarde, no quería llamar mucho la atención, pues la oscuridad le producía menos incomodidad que la muchedumbre. Era su segundo día en Londres, pero al ver que el desconocido de la carta no tenía prisa en hacer acto de presencia, decidió tomar la iniciativa en el asunto. Caminó durante varios minutos con las manos en los bolsillos, maldiciendo el viento que rozaba sus piernas. El tiempo había empeorado durante esos días, aunque la lluvia había cesado hacía unas horas, dejando a su paso numerosos charcos que no tenía más remedio que esquivar.

Odiaba las faldas. Su madre solía gritarle por quitarle los pantalones que le quedaban pequeños a su hermano, pues esos no eran modales de mujer. El estereotipo. Las expectativas. La norma. Vestiría en traje si pudiese, pero detestaba más las miradas ajenas. Tampoco quería que la observasen más de lo necesario. Levantó el brazo parando un taxi, retrocediendo unos pasos para evitar las sucias gotas que volaron de debajo de las ruedas.

Limehouse, un vecindario en la zona este de Londres. Su hermano le había contado bastante en sus cartas acerca del lugar, desde su conexión con el río hasta su importancia como núcleo de población china de la ciudad. No eligió ese sitio por pura casualidad para abrir su consulta. «Son demonizados por cómo son por fuera, pero por dentro todos tenemos el mismo corazón», le escribió una vez. Annabel quería verlo con sus propios ojos, el ambiente en el que su hermano ejercía el oficio, en el que pasaba más tiempo que en su propia casa. Y no le importaba hacerlo sola. No estaba dispuesta a perder el tiempo mientras su familiar se enfrentaba a un futuro desconocido.

El automóvil avanzó entre las calles, llevándola silenciosamente hasta donde se encontraba su destino. Algo le decía que debía ir. Tal vez era curiosidad, o tal vez quería pensar que su hermano Robert podría haber dejado alguna pista. Una señal que le dijese dónde estaba. Pagó. Cerró la puerta. No le daba miedo caminar en la oscuridad, tampoco las monótonas viviendas de ladrillo que parecían observarla a través de sus sombríos ventanales. Confiaba en sí misma, incluso demasiado, manteniéndole la mirada a cada persona que se detuviese a analizarla, a cualquier hombre de abrigo gastado que la mirase de reojo, arrastrando los pies por el suelo de piedra. Todo parecía extrañamente irrelevante. Lo que sí llamó su atención fue la creciente cantidad de tiendas y establecimientos cuyos nombres no entendía, trazados con símbolos de origen claramente asiático, algunos de ellos acompañados detalles de dragones o flores en los carteles. Era un lugar en el que dos culturas completamente distintas habían conseguido encontrar un equilibrio, una manera de poder compaginar ambas costumbres y crear toda una comunidad alrededor de éstas. Cada vez entendía mejor por qué su hermano estaba tan fascinado con ese sitio. Era una mezcla perfecta entre lo extremadamente conocido y el mayor distanciamiento que uno podía imaginar, un lugar que siempre sorprendía de una manera u otra.

La joven siguió su reflejo de vitrina en vitrina. El cristal mostraba su silueta como si se tratase de un fantasma, siendo apenas la única persona que había en el lugar. Tal vez se tratase de la zona, pero aún así disfrutó del silencio y su propia compañía, pues sentía que, a diferencia del centro de la ciudad, ahí podía respirar.

La pequeña clínica del Doctor Robert Leigh se encontraba casi al final de la calle, frente a una pequeña panadería. La reconoció por un cartelito dorado con el nombre de su hermano, atornillado a la puerta y con una fina capa de suciedad que le arrebatava su característico brillo. Hacía tiempo que nadie pasaba por allí. Las ventanas habían adquirido cierta opacidad, nadie se había parado a limpiar los rastros dejados por las gotas de lluvia. Tampoco provenía luz alguna del interior. Annabel se acercó, sacando de su bolsillo una pequeña nota que depositó por el orificio de las cartas. Era poco probable, prácticamente imposible que Robert estuviese allí, pero aún así se aferraba a la idea de que tal vez podría volver, de pronto, sin avisar. Tenía que hacerle saber que había venido a Londres y que lo buscaba. No quería perder la esperanza. No tan pronto.

Apenas había avanzado unos metros alejándose del sitio, siguiendo sus pasos en dirección contraria, cuando de pronto su cuerpo reaccionó ante esa extraña sensación que lo recorre al ser observado. Se giró. Sin embargo, allí, entre las sombras de aquella calle poco iluminada, no había nadie. No se demoró en volver a la casa de la señora Green.



## IV

*8 de mayo, 1920. Londres.*

Ha pasado algún tiempo desde la última vez que te escribí. No contestas. Tampoco sé dónde estás exactamente. Recibí una carta de un extraño diciendo que me necesitabas, sus palabras encajaban con los sucesos de las últimas semanas, y no dudé ni un momento en venir a la ciudad. Lo habría hecho tarde o temprano de todas formas, ¿cómo quieres que esté tranquila? Llevo tres días en Londres y el desconocido de la carta sigue sin aparecer. Mencionó que se pondría en contacto conmigo al llegar, pero por ahora, lo único que he estado recibiendo es silencio.

¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido? Desearía poder verte y hablar como solíamos hacer cuando éramos pequeños. El mundo parecía un lugar lleno de secretos escondidos y emocionantes aventuras. La ingenuidad nos hacía inmunes al miedo que produce el desconocimiento con la edad.

Vuelve pronto, por favor.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando Annabel terminó de redactar. Se había sentado en el salón, de manera que la luz que entraba por la ventana pudiese iluminar aquello que la tinta trataba de expresar. Había sido una noche agitada. Durmió poco, y durante esos instantes en los que su mente parecía rendirse ante el descanso, sueños extraños la visitaban, trayendo consigo recuerdos que creía haber dejado en el pasado. Se levantó, doblando el papel con la mirada perdida, mientras pensaba en todo lo que había pasado días atrás. Continuaba sintiendo algo extraño, como si estuviese siendo observada cada vez que pisaba la calle. Una mirada invisible, fría, perteneciente a alguien que no estaba allí en realidad. Alcanzó la caja de cerillas que tenía frente a ella y le prendió fuego a una, acercándola con cuidado al borde de la hoja que tenía en la otra mano. La llama no tardó en comenzar a devorar la esquina de la carta, oscureciéndola y subiendo poco a poco por su superficie, hasta que Annabel se vio obligada a dejarla en un cenicero que había sobre la mesa. Era curioso que estuviese allí, pues la señora Green no fumaba, y definitivamente sabía que aparte de ellas dos no vivía más nadie en la casa. La fina columna de humo se estiró formando espirales que danzaban desordenadas, desapareciendo gradualmente conforme ascendían. Tras poco tiempo, la llama se consumió. Annabel volvió a sentarse, con las manos cruzadas bajo su barbilla y las cenizas frente a ella. Nada ocurrió durante los siguientes

minutos, aunque tampoco sabía a qué estaba esperando exactamente, pues su mente se dedicaba a saltar de pensamiento en pensamiento sin llegar a ninguna conclusión. La casa se había quedado en silencio, y tan solo el sonido de algunos coches proveniente del exterior lograba interrumpir su concentración. Recordó los días de verano de su infancia, suaves, soleados, en los que Robert, su criada y ella salían a correr y a jugar al escondite por la finca que rodeaba la casa de sus padres. Hubo un día en concreto, en el que tardaron mucho en encontrarle. Annabel había sido descubierta con facilidad, escondida entre la paja del establo, pero Robert parecía haberse esfumado. La diferencia entre aquel recuerdo y la realidad era que los minutos que solía estar escondido jamás se habían convertido en meses.

—¿Qué es ese olor? —La señora Green apareció por la entrada del salón, quitándose el sombrero y dejando a la vista un vestido azul a juego con sus ojos—. ¿Se ha quemado algo? —Annabel le saludó, y asegurándole que no tenía nada de lo que preocuparse, tomó el cenicero para ir a tirar su contenido—. Hay veces que me gustaría saber en qué estás metida.

—¿Le ha llegado a escribir alguna vez a alguien que sabe que jamás recibirá su carta? —dijo volviendo de la cocina, esta vez con el recipiente limpio entre las manos para volver a dejarlo en su sitio—. Incluso si la otra persona no la lee, es importante que exista la intención de escribirla, mantiene viva la esperanza.

—Supongo que lo he hecho, pero hace tiempo, aunque no tenía la costumbre de quemarlas —respondió la mujer sentándose en el sofá con un suspiro—. ¿Podrías abrir la ventana, por favor? Es solo la hora de comer, pero siento como si hubiese pasado un día entero.

Annabel asintió y procedió a realizar lo que la señora Green le había pedido. La mujer tenía razón, el aire que se respiraba en la habitación se había vuelto algo pesado y caluroso.

—¿Cómo está su amiga? —preguntó mientras apartaba las cortinas.

—Lo suficientemente bien que puede estar una mujer a nuestra edad, aunque dudo que te interese la conversación de dos ancianas.

—No es usted tan mayor, señora Green. Aún le queda mucho por vivir.

—Está bien oír eso de vez en cuando —rió—. Por cierto, esta mañana llegó algo para ti. Allí, sobre el mueble. —Su mano señaló a su izquierda.

Annabel la miró extrañada. En cuanto terminó de abrir las ventanas, se acercó al lugar indicado, encontrándose tan solo con un sobre blanco. Llevaba su nombre

escrito, y fue exactamente eso lo que la incomodó. No había nada más, ni sellos, ni dirección, por lo que dedujo que había sido entregada en persona. El problema estaba en que no tenía tantos conocidos en Londres que supiesen su dirección, y aún menos que fuesen hasta allí para dejarle un mensaje. Eso significaba que tan solo podía ser él. El desconocido del que esperaba noticias.

Tuvieron que pasar varios minutos antes de que las miradas de ambas mujeres se volviesen a encontrar. Sin embargo, ninguna de las dos dijo nada. La joven había quedado totalmente absorta por el contenido de la carta, por lo que sobre en mano, subió hasta su habitación sin dar explicaciones.

*9 de mayo, 1920. Londres.*

Miró su reloj una vez más. Eran las seis menos cinco. Había seguido todas y cada una de las instrucciones mencionadas con tal de saber quién, y por qué estaba interesado en ella y su hermano. Fuese quién fuese el remitente de la carta, conocía algo sobre la desaparición de Robert, y aquello había sido suficiente para hacerle ir hasta la National Gallery a las seis en punto, llevando una blusa blanca y una falda azul oscuro que se vio obligada a comprar unas horas antes. Estaba impaciente, aunque no sabía si por la curiosidad o la ligera sensación de peligro, cosa que le hacía tener las manos frías. Aún así, se mantuvo firme, dándole la espalda al alto edificio de pilares de piedra que parecía contemplarla desde arriba. Los minutos se le estaban haciendo eternos, viendo los coches pasar y observando a las personas que caminaban entre los árboles al otro lado de la calzada. Esperaba a un hombre. No tenía indicios de ello, pero por dentro estaba segura. Quería pensar que era por las palabras empleadas en la carta, sobrias y calmadas, aunque con un pequeño tinte de desesperación que le hacía dudar respecto al tipo de persona del que se trataba.

No tardó mucho en divisar una figura masculina, caminando en su dirección con cierta prisa. Annabel estaba segura de que era a quien esperaba, pues el hombre, vestido con un traje gris y una boina del mismo color, había hecho contacto visual con ella. Llevaba una amplia sonrisa en el rostro, cosa que le pareció muy poco discreta teniendo en cuenta la confidencialidad y el anonimato del mensaje que había recibido. Se colocó a su lado, arreglando con despreocupación los

pliegues de su chaqueta mientras Annabel lo observaba con cautela. Era joven, aunque algo mayor que ella, unos treinta, de apariencia bastante normal y poco destacable. Era pelirrojo, la única característica que le llamó algo la atención.

—¿Señorita Leigh? —preguntó en voz baja, sin mirarla, falsamente concentrado en unas palomas cercanas.

—Espero que tenga una explicación sobre por qué se presenta de una manera tan poco disimulada, teniendo en cuenta el anonimato de su carta. —Se giró hacia él. Era bastante más alto, pero aquella cara sonriente y salpicada de pecas no le intimidaba de manera alguna.

—Charles Miller —dijo, para seguidamente estrecharle la mano, siendo las suyas ásperas y fuertes al tacto—. Tal vez se sorprenda, pero no tengo ni idea de lo que ponía en esa nota. Conozco el contenido, pero no cómo estaba escrito. Lo único que hice yo fue apuntar la dirección de la señora Green, la cual espero que haya sido de su agrado. —Annabel lo miró, incrédula y algo molesta.

—¿Qué hace aquí entonces? No estoy para charlar con desconocidos cuya conversación no tiene mucho que aportarme.

—Tiene carácter —contestó sin que su estado de ánimo se viese afectado—. Le vendrá bien. La persona que desea contactar con usted me mandó hace poco a su encuentro, tal vez eso resuelva sus dudas respecto al anonimato. —Annabel suspiró, tratando de no perder la paciencia ante respuestas tan vagas.

Aunque al principio la propuesta de Charles le pareció un tanto arriesgada, no tuvo otra opción que aceptarla. Sabía que no debía confiar en los desconocidos, pero no le quedaba otra opción en ese momento. El hombre la guió hasta su coche, un Ford negro bastante común situado algunas calles más abajo, hablando sin parar de cosas que a Annabel le parecían un tanto irrelevantes. Estaba dispuesta a aguantarlas con tal de ponerle cara a aquel cuya letra había leído. El camino no fue muy largo, y al no conocer la mayor parte de Londres, el mirar por la ventana fue una tarea suficientemente entretenida. Pudo identificar el puente de Westminster y el Parlamento, pero minutos más tarde ya no supo descifrar a dónde iban. Giraron varias calles. Los altos edificios de piedra y ladrillo los acompañaron durante varios minutos que a Annabel le parecieron el doble de largos. Sin embargo, pronto dejaron atrás el núcleo de la ciudad, llegando a una zona residencial algo más verde y abierta. Por la apariencia de las casas, la joven supuso que era algún barrio algo

más rico que el de la señora Green. Las construcciones eran más elegantes, refinadas, con parcelas de césped verde y cuidado, y algún que otro rosal. Parecía una zona bastante más calmada en comparación con el resto de la ciudad.

A lo largo del viaje, también pudo sacar conclusiones sobre su acompañante, como su naturaleza positiva y el tener algo que decir sobre absolutamente todo. Había instantes en los que le recordaba a un niño que veía algo por primera vez. Era expresivo –tal vez incluso demasiado–, pero no le irritaba en exceso, más bien le producía cierta curiosidad. Su alegría innata contrastaba con el sentimiento popular respecto a la vida.

Tras media hora, Charles finalmente apagó el motor. Annabel no se consideraba una persona propensa a los pensamientos catastróficos, pero volvió a plantearse si realmente había sido buena idea dejarse llevar por un desconocido, aunque tampoco tenía mucho más que perder. Si había algo por lo que su vida se había visto marcada era justo por eso, las pérdidas, y si tenía la oportunidad de seguirle el rastro a Robert, iba a hacerlo. Estaba a punto de abrir la puerta, pero se sorprendió al ver que Charles se le había adelantado, ofreciéndole la mano izquierda para bajar. Fue ahí donde se percató de algo que no había notado al principio; le faltaban dos falanges del dedo anular. No rechazó su ayuda, pero tampoco dijo nada al respecto. Caminaron en silencio hasta acercarse a una de esas tantas casas que había a ambos lados de la calle, blanca, con ventanas altas y tejas de un oscuro color marrón. En cuanto cruzaron el vallado que delimitaba el terreno, un estrecho camino de piedra se extendió ante ellos, guiándolos hacia la entrada. Annabel miró a su alrededor sin comentar nada. Mientras tanto, su acompañante llamó a la puerta. No le sorprendió ver a una criada recibirles, una mujer de mediana edad cuidadosamente peinada y con una gentil sonrisa en el rostro. Se saludaron entre ellos, y tras analizar a la joven de arriba abajo, la mujer se retiró. Casi de manera inconsciente, Annabel comenzó a imaginar la posible representación del dueño de la casa, dejándose llevar por la poca historia que podía extraer de la sutil pero cara decoración de la casa, así como su silencio y ausencia de vida. Dibujó a un hombre divorciado, sin hijos, de unos cincuenta años y de aspecto aburrido, que gracias al dinero que tenía todavía podía presumir de estatus. También pudo sentir una elegante sobriedad en el ambiente según comenzaba a subir las escaleras, rozando con los dedos las pequeñas hojas talladas en el pasamanos. Ninguno volvió a decir palabra alguna hasta llegar a la siguiente planta,

deteniéndose frente a una firme puerta de madera a la que Charles tocó un par de veces, antes de entrar y dejar a Annabel en medio del pasillo. Había tres puertas más, una de ellas doble, con cristales translúcidos que no permitían ver lo que había en el interior, por lo que no tuvo más remedio que esperar. Al cabo de unos segundos, Charles volvió a aparecer, esta vez invitándola al interior.

Si existía algo que Annabel había tenido claro desde siempre, era que sus primeras impresiones no fallaban, y aquella no iba a ser una excepción. Pasaron varios segundos en silencio antes de que ninguno comenzase a hablar. Él era el que la había llamado, por lo que Annabel no estaba dispuesta a empezar la conversación en un terreno ajeno, y menos si aquel individuo buscaba encontrar desesperación en sus facciones. Se miraron mutuamente desde los lados opuestos de la mesa, con cada instante que pasaba sentía el rechazo crecer en su interior. Era mucho más joven de lo que esperaba, ahí sí había logrado sorprenderla, pero su distante trato silencioso resultó ser peor de lo que imaginaba. Era incómodo, sentía que la juzgaba, aunque consideró que tal vez no sabía qué decir, idea que en el fondo le parecía bastante absurda. Lo vio recostarse en su asiento, dejando escapar un suspiro, y admitió para sus adentros que, a pesar de todo, no presentaba un rostro desagradable. Encajaba perfectamente en el perfil de hombre apuesto y arrogante que conocía demasiado bien el valor de su persona, y que no dudaba, bajo ninguna circunstancia, en hacérselo saber a los demás. Creía ver en él lo suficiente como para llegar a una conclusión bastante acertada sobre su persona, pero le costó ocultar cierta conmoción que, en contra de lo esperado, sintió al oírle pronunciar su primera pregunta.

—Dígame, señorita Leigh, ¿ha sentido alguna vez que su mundo es demasiado pequeño? —dijo, inclinando la cabeza en dirección a una jaula plateada que había a su izquierda. Dentro, había un ave de plumas grisáceas—. Tan pequeño y hábil, con la capacidad de sobrevolar el mundo entero, y sin embargo, está aquí. En este despacho. Sin una salida aparente.

Hablaba con calma, y con un tinte de genuina curiosidad que le otorgaba cierta inocencia, pero Annabel no pudo sino pasarlo por alto. Estaba demasiado concentrada analizando con seriedad cada centímetro de su rostro, la manera en que sus ojos claros parecían estudiarla de vuelta, con algunos mechones oscuros cayendo sobre ellos. La joven apartó la vista, pensativa.

La habitación encajaba perfectamente con el resto de la vivienda. Paredes oscuras y ventanas altas tanto al fondo como a la izquierda, adornadas con cortinas que parecían caer como una cascada de color burdeo. A su derecha, le llamó la atención una estantería que cubría prácticamente todo el largo de la pared. Por muchas ganas que tuviese, no se detuvo en reconocer los títulos. El hombre seguía observándola desde su sillón, y tan solo les separaba la mesa cuidadosamente ordenada frente a la que estaban sentados. Montañas de papeles bien colocados, una pequeña pila de tarjetas, plumas, un tintero... Su organizada minuciosidad era lo único que había conseguido no aumentar el rechazo que Annabel sentía. También había un sobre abierto, cuya superficie presentaba dos únicas letras, R.P., y un número debajo de éstas. Siete. A pesar de su curiosidad, no supo descifrar su significado.

—Creo reconocer la sensación —contestó al cabo de algunos segundos, tratando de ignorar la incomodidad que le producía el estar allí.

—Es bueno comenzar encontrando algo en común. Facilita el trato con la gente—. El joven se levantó.

Annabel lo vio acercarse a la jaula, extrayendo al ave de su interior con sumo cuidado. Acarició su cabeza con el pulgar, y estando frente a la ventana lo lanzó al aire, haciéndole volar hacia su libertad. Segundos después, el pajarillo volvía a entrar, para luego posarse sobre la mano de su dueño. Éste no dudó en devolverlo a su lugar.

—Algunos deciden quedarse— intervino de pronto el hombre—, ya sea por costumbre, conveniencia... o miedo. Es curiosa la naturaleza de los seres vivos. A todos nos cuesta abandonar aquello a lo que estamos acostumbrados, aunque nos prive de nuestra libertad.

—La libertad trae sus consecuencias. Hay veces que asustan.

Annabel apretó los labios con impaciencia. Aquel intento de conversación profunda para presumir de intelecto no había logrado impresionarla, más bien todo lo contrario. Había venido allí por una razón muy concreta, pero él parecía aprovecharse de su situación. Annabel quería mostrarse como una persona madura y serena, pero había algo en aquel hombre que poco a poco comenzaba a sacarla de quicio. La abstracción. La manera en que sus pensamientos saltaban de un tema a otro sin conexión aparente, o al menos, no una que ella consiguiese encontrar.

—Supongo que todos tenemos nuestras razones para hacer las cosas —continuó, pensativo, mientras volvía a su sitio—. ¿Sabe por qué la he llamado?

—Tiene información sobre la desaparición de mi hermano —contestó algo aliviada al ver que la conversación comenzaba a avanzar.

—Es cierto. Sé cosas que usted posiblemente no, y sin embargo, no la habría llamado si no fuese porque realmente la necesito. Todos y cada uno de nosotros —dijo bajando la voz e inclinándose hacia ella— actúa a raíz de algún tipo de interés personal.

—¿Y cuál es el suyo?

—Verá, me gusta ser sincero. No me agrada ser arrastrado por asuntos de terceros, pero Robert era un buen conocido mío. Pensé que podría resolver el asunto por mi cuenta, pero creo que necesitaré ayuda. Le ofrezco mi conocimiento sobre lo ocurrido a cambio de que usted me pueda devolver el favor —Annabel parpadeó varias veces, tratando de entender los matices de sus palabras.

—¿Quiere que le pague? —Él negó con la cabeza—. Eso solo puede significar que el beneficio que usted vaya a obtener encontrando a mi hermano, es mayor a cualquier cosa que le pueda ofrecer yo a cambio.

No estaba del todo segura, pero por un instante creyó percibir sorpresa en su reacción. Lo vio sonreír de nuevo, esta vez revolviéndose el cabello antes de continuar con su respuesta.

—Veo que sabe leer bien a las personas —remarcó.

—Es algo de lo que por suerte puedo presumir, pero no creo poder ayudarle. No sé nada de Robert desde hace meses.

—Mírelo de esta forma. Tengo información que usted no, y viceversa. Quizás le parezca una decisión algo impulsiva, tal vez incluso arriesgada, pero si hay algo que ambos sabemos, es que usted fue una de las personas más cercanas a él, y posiblemente la única que podría ayudarme.

—Es cierto que confiamos bastante el uno en el otro, pero si Robert tenía algún problema, ¿por qué no me lo dijo? ¿Y qué relación tiene usted exactamente con él? —Annabel sentía la inquietud devorarla por dentro. Necesitaba respuestas, pero aquel individuo con aires de superioridad no hacía más que crearle aún más preguntas.

—Por ahora tan solo puedo decir que éramos buenos amigos. Necesito tener la seguridad de que está dispuesta a cooperar. Aunque supongo que por la



desesperación con la que me está mirando, sabe que no tiene otra opción aparte de aceptar mi propuesta —concluyó sin alterar su calmado tono de voz.

—Oh, ¿de verdad? —respondió ella dejando escapar una irónica risa, rompiendo así con su expresión indiferente—. ¿Ahora quiere hacerme pensar que un hombre del que no sé ni el nombre es mi única esperanza?

—Ethan Clark. —Annabel frunció el ceño—. Ese es mi nombre. —Charles, que se encontraba leyendo en un sofá que había a sus espaldas, tosió repentinamente.

—¿Sabe qué, señor Clark? Me temo que esto no va a llevar a ningún lado —concluyó levantándose—. No me ha dicho nada consistente en relación con Robert, y aunque lo hiciese, no tengo por qué creerle, cosa que dado su agudo sentido de la suposición seguro que ya sabía.

—Me cae bien —comentó el pelirrojo en voz baja, tratando de evitar la risa. Ethan lo ignoró.

—Es cierto, esperaba que dudase de mí. ¿Pero se arriesgará a marcharse aún si le digo que seguramente Robert está vivo? —contestó con la mirada fija en ella. Algo en su voz había cambiado, y Annabel pudo sentir como si por primera vez, en todo el tiempo que lleva entre aquellas oscuras paredes, estuviese hablando realmente en serio.

—¿Sabe dónde se encuentra? —El pajarillo que había en la jaula comenzó a piar insistentemente. Ethan suspiró.

—Es una de las cosas que quiero descubrir, y para ello necesito seguir sus pasos durante los últimos meses.

—Es lo que he estado haciendo. Le recomiendo no subestimarme —lo enfrentó Annabel.

—Y sin éxito, por lo que veo.

—Podría afirmar lo mismo sobre su situación.

Se volvió a hacer el silencio. La pesadez del ambiente era palpable, y ninguno de los dos estaba dispuesto a rebajar el tono de la conversación. Ethan, aún sentado en su sillón, cogió una tarjeta y garabateó algo, para luego lanzarla hacia la rubia a través de la mesa. Ésta no pudo sino mirarle con desprecio.

—En caso de que cambie de opinión.

Annabel forzó una sonrisa, pero justo cuando quiso mencionarle la inflexibilidad de sus primeras impresiones, algo pesado proveniente de la habitación

de al lado pareció romperse. Charles se sobresaltó, y Ethan, claramente sorprendido, abandonó el despacho sin siquiera despedirse. Annabel miró al pelirrojo esperando alguna reacción, pero al no encontrarla se giró, molesta y decidida a marcharse. La poca seriedad y el aparente desprecio de Ethan hacia la situación le parecían totalmente inaceptables, sentía como si su posición fuese objeto de burla, no la tomaba en serio. El hecho de que se hubiese marchado sin dar explicaciones no había hecho más que reforzar ese sentimiento. En cuanto ésta abrió la puerta para salir, Charles la siguió, no sin antes coger la tarjeta que se había quedado sobre la mesa.

## V

*10 de mayo, 1920. Londres.*

Un huracán de suposiciones parecía haber caído sobre el pequeño escritorio de su habitación. Hojas, notas, fechas apuntadas sobre trozos de papel esparcidos por la superficie, gotas de tinta que parecían pequeños vórtices de desesperanza. Las ventanas estaban a medio abrir, apenas dejando pasar un par de rayos de luz que caían justo sobre el rostro cansado de Annabel. Llevaba varios días sin salir de casa, y su mente estaba comenzando a padecer las consecuencias del agotamiento. Seguía sin tener nada. Tan solo había podido establecer un par de fechas que no le aportaban mucho por el momento. 15 de marzo de ese mismo año. Fue la última carta que recibió de Robert. La tarde del 28 de abril Annabel hizo un último intento de volver a contactar con él.

Respiró hondo, tratando de controlar el incómodo nudo que había comenzado a crearse en su estómago. Ya estuvo a punto de perderle el año anterior cuando, para sorpresa de nadie, y teniendo en cuenta su vocación, contrajo la gripe. Ella en Sheffield, él en Londres. Le había pedido que no lo visitase por su propio bien. Aquella sensación de impotencia estaba comenzando a revivir en su interior. Estar en la misma ciudad y no tener la capacidad de hacer nada por él la consumía poco a poco.

En contra de su voluntad, e impulsada tan solo por la idea de que tumbada no conseguiría nada, se incorporó. Notaba su cuerpo pesado y torpe, así como la cabeza entumecida por la falta de sueño. El poco tiempo que había podido dormir no fue suficiente para aliviar la frustración con la que cargaba desde su encuentro con Ethan. La irritaba. Demasiado. Su forma de hablar, la inconsistencia de sus pensamientos... Simplemente decidió apartarlo de su mente. No iba a comenzar otra mañana malgastando su energía en quejarse mentalmente de un hombre al que no iba a volver a ver. Porque no necesitaba su ayuda. Ni la de nadie.

Se acercó a la ventana. Entraba una brisa suave y fresca que hacía ondear con suavidad la gasa transparente. La apartó. A pesar de que era temprano, la vida ya había comenzado. Los coches pasaban bajo su ventana como insectos presionados por el rápido transcurso del tiempo, mientras que aquellos que caminaban, lo hacían a un paso considerablemente más lento. Gente que iba al trabajo, ancianos que habían salido a disfrutar un día más de los primeros rayos del

sol. Un hombre pasó con ligereza, consultando la hora en su reloj de bolsillo, para luego guardarlo y desaparecer por la esquina. Todos parecían estar viviendo algo, incluso el perro que apareció olisqueando las ruedas de algunos coches que había aparcados en la acera de enfrente. Muchos de ellos sabían a dónde iban, y los que no, avanzaban con la seguridad de que lo descubrirían por el camino. Sin embargo, todos ellos compartían un pasado. Incluida ella. Se preguntó si la señora Green también había perdido a su marido en la guerra. No podía dejar de pensar en ese anillo que llevaba, y la completamente nula cantidad de recuerdos que quedaban en la casa. Solo podía justificarlo pensando que le había dolido demasiado perderlo. Tanto, que no podía ver nada que le recordase a él. La misma Annabel había tomado una decisión parecida. Se mudó de casa con tal de dejar el pasado atrás. Todavía la perseguía. Había vivido en tres casas distintas a lo largo de su vida; la de sus padres, la de su marido, y aquella que adquirió después de la muerte de él. Ninguna de ellas había conseguido ocupar ese hueco reservado para el sentimiento del hogar verdadero. Quería pensar que simplemente no había tenido tiempo suficiente, en vez de considerarse una inconformista, cosa que, en el fondo, sabía que era. Era demasiado exigente.

Unos gritos le hicieron volver a la realidad. Un hombre furioso y algo mayor, situado al lado de la acera, maldecía a un niño que corría calle abajo. El pequeño le había robado un par de botellas al repartidor de leche, el cual, tras una buena cantidad de insultos, continuó empujando su carretilla. Se encontraba molesto y abatido, no cabía duda, pero cada uno sobrevivía como podía. Era algo que todos debían aceptar. Annabel se apartó de la ventana.

Londres era una ciudad bulliciosa, demasiado para su gusto, pero era justo ese gentío el que le otorgaba a la joven la irrelevancia necesaria para pasar desapercibida. Caminaba junto a la señora Green, pues decidieron ir a comprar esa mañana justo después de desayunar, y Annabel tuvo que admitir que, a pesar de ser una tarea simple y tranquila, estaba disfrutando de ella. Había conseguido calmar su mente.

La señora Green aprovechó el silencio que se creó entre ellas para tratar de convertirla en algo más que una desconocida. Por primera vez desde que se encontraron, se atrevió a preguntarle a Annabel sobre su vida privada, en concreto, sobre su ocupación. Había dejado su puesto como bibliotecaria hacía un tiempo. Lo

que pensó que sería su trabajo soñado al final se convirtió en una repetición de sucesos monótonos que no la acabaron de llenar. Podía aspirar a mucho más. También tenía los medios, pero existía cierta indecisión dentro de ella que le nublabla el camino. No sabía qué le haría sentirse realizada como persona. La señora Green sonrió ante sus palabras. Trató de consolarla diciendo que era bastante joven, que ya encontraría algo que pudiese satisfacerla, y a pesar de que a Annabel no le costó admitir que la mujer tenía razón, trató de ignorar el hecho de que la posición económica de su familia había tenido que ver en las oportunidades que tenía. En un intento de reducir la distancia que las separaba, la señora Green le ofreció su versión de la vida. Habló sobre su profesión como maestra y las dificultades de las mujeres de su generación a la hora de fijar su posición en la sociedad. A pesar de que no entró en muchos detalles, Annabel supo apreciar ese gesto, pero también notó como si aquella información fuese el mínimo necesario que estaba dispuesta a compartir con ella.

—¿Cree en el destino, señora Green?

—Creo que existe en el instante en que nacemos, pues no decidimos las circunstancias. Sin embargo, está en nuestras manos cambiar nuestro futuro o vivir lo que se nos ofrece. Aunque es cierto que hay un camino preestablecido del que no podemos desviarnos —hizo una pausa. Ambas mujeres cruzaron de una acera a otra, y Annabel cambió de mano la compra que llevaba—. Hay cosas que simplemente no estamos destinados a saber —concluyó curvando sus labios en una sonrisa.

—Tiene sentido, aunque yo personalmente no sabría qué decir al respecto. El factor de lo impredecible me hace dudar acerca del poder que tenemos sobre nuestra propia vida.

Pasaron frente a un parque. Una de esas zonas verdes recluidas dentro de un vallado, tan características de las ciudades. Para Annabel, Londres era solo una más. Le pareció curioso cómo el ser humano se esforzaba en convertir lo natural en un pequeño lujo. Pocos eran los árboles que se podían encontrar por las calles. La humanidad insistía de manera sorprendente en dejar sus huellas de cemento y ladrillo en todas partes. Incluso ahí donde no tendrían que estar.

—Te gusta complicar las cosas, Annabel. Vive. Lo único de lo que podemos estar seguros es de que estamos aquí.

Vivir el presente. Quiso responder algo al respecto, pero no supo encontrar las palabras. Hacía tiempo que no se centraba en el instante que vivía. No dejaba de viajar desde los recuerdos del pasado al incierto futuro que trataba de resolver, y tampoco sabía si culparse de ello o simplemente rendirse ante la situación.

Continuaron caminando durante varios minutos, apenas interactuando entre ellas. Annabel se había sumido en sus pensamientos, y la señora Green, que estaba demasiado distraída mirando a su alrededor, tampoco parecía necesitar conversación. Poco después, sin embargo, un alboroto relativamente cercano llamó la atención de ambas. Aquellos gritos podrían haber pasado desapercibidos, de no ser porque el flujo de personas se estaba interrumpiendo conforme se acercaban al final de la calle. Muchos daban la vuelta, tratando de evitar la concentración, mientras que otros avanzaban incluso usando los codos.

—¿Deberíamos rodearlos? —preguntó Annabel observando el gentío, esquivando a la vez a un hombre que, con la rabia y la molestia reflejadas en su rostro, pasó a su lado.

—Podríamos intentarlo. —La señora Green parecía muy tranquila, y Annabel se preguntó si aquello era más normal de lo que pensaba.

Ambas mujeres subieron a una de las aceras, haciéndose paso para no mezclarse con la multitud que había bloqueado la carretera. No eran muchas personas, apenas unas cien, pero habían sido suficientes como para crear un obstáculo en la desembocadura de la calle. Annabel no pudo pasar por alto las callosidades en las manos de un señor que levantaba una pancarta. «¡Luchamos por traer pan a nuestras casas! ¡Luchamos por el derecho a vivir!» La voz de un hombre gritando a pleno pulmón llenó sus oídos, acompañada de un estruendoso aplauso y las exclamaciones en muestra de apoyo del resto de presentes. «¡Exigimos que se nos escuche, tarde o temprano nos afectará a todos!» La escena volvió a repetirse, esta vez con la voz descontenta de otra mujer. Annabel observó al grupo de personas avanzar lentamente, sin cesar en ningún instante sus protestas. Sus ropas de colores gastados y apagados les daban un aspecto un tanto descuidado.

—¿A dónde van? —se interesó la joven, mientras trataba de reconocer el acento de los manifestantes.

—Seguramente al parlamento. —Los coches comenzaron a mostrar su impaciencia de manera ensordecedora—. Desgraciadamente no son los primeros, ni

tampoco serán los últimos —continuó la señora Green alzando la voz. Annabel esperó a que se alejasen antes de responder.

—¿Han venido del norte hasta aquí?

—De Mánchester, seguramente. Y son pocos en comparación con lo que nos espera.

—Se siente como el comienzo de algo mucho más grande —respondió Annabel mirando hacia atrás, por encima de su hombro—. Si ya han comenzado las manifestaciones en contra del hambre, no quiero ni pensar lo que vendrá luego.

—Más, y más grandes. Pero está bien que la gente exija que se le escuche, es la única manera que tienen para intentar cambiar las cosas.

Annabel no contestó, pero para sus adentros, volvió a pensar en algo que ya había considerado alguna vez. La vida era innatamente injusta, sobre todo con aquellos que menos lo merecían. Existía una diferencia muy notable entre aquellos que habían sido bendecidos con unas condiciones favorables de vida y los que no, y especialmente en Londres, ésta era una característica muy notable. Personas de distintas partes del país venían reivindicando derechos que tendrían que considerarse indiscutibles, derechos que, aparentemente, solo parecían tenerse en cuenta si eras alguien con algo en los bolsillos. Aquella reflexión le dejó un sabor de boca muy amargo, por lo que durante el resto del camino, Annabel trató de ignorar sus pensamientos. Todavía quedaban demasiadas horas de día.

Pasó la tarde haciendo cosas que la mantenían mínimamente distraída, desde cocinar hasta ordenar el desastre que había creado en el escritorio. Guardó muchos papeles con apuntes, tiró otros irrelevantes, ordenó las cartas que había recibido de Robert en los últimos cuatro meses. No quería admitirlo, pero ver su letra y pensar que existía la posibilidad de que nunca más recibiese nada de él le daba miedo. Mucho. No quería otorgarle ningún tipo de singularidad a sus sentimientos, pues cualquier persona se preocuparía si algo le ocurriese a algún familiar suyo, pero no podía evitar sentirse víctima de la situación. ¿Cómo podía vivir el presente si cada segundo que pasaba le recordaba la razón de su estancia en Londres? Metió las cartas en uno de los cajones del escritorio. Si quería encontrar a Robert, tenía que pensar en qué es lo que haría él en su situación. Trataba de ser como él, de optar por el razonamiento lógico siempre que fuese posible y de tomarse las cosas con calma, pero las emociones parecían no dejarla

tranquila en ningún momento. Si fuese Robert... Si fuese Robert habría aceptado la ayuda de Ethan y Charles. Aprovecharía la oportunidad, por muy mínima que fuese la posibilidad de que aquellos dos pudiesen ofrecerle algo útil. No se habría dejado llevar por la repentina sensación de que uno de ellos era insoportable. Si la vida era tan injusta como pensaba, debía aferrarse a cualquier posibilidad de mejorar su situación, aunque fuese en contra de sus principios e intenciones más personales. Sin embargo, aquello no era fácil. No quería acabar en una situación sin salida, atascada en sus propios sentimientos de impotencia e indecisión respecto a la vida, pero tampoco sabía cómo tragarse su orgullo y hacer algo que no le apetecía en absoluto. Después de todo, Ethan y Charles eran unos completos desconocidos... Ethan decía ser amigo de su hermano, pero Robert no tenía muchos conocidos. Era una persona demasiado metódica y centrada en su oficio como para establecer numerosas relaciones personales, pero Annabel también tenía que admitir que, una vez que su hermano conseguía confiar en alguien, se ocupaba de que la otra persona fuese consciente de la excepcionalidad de esa amistad. Tal vez por eso Ethan estaba tan desesperado en encontrar también a Robert. Sabía que era... especial. Diferente. Cuidadoso con sus relaciones. En caso de ser esa la razón de su interés, tal vez, y solo por eso, Annabel estaría dispuesta a colaborar con él. Si aquel joven apreciaba lo suficiente a su hermano, algo debía de tener en la cabeza, aparte de ego y narcisismo.

Tomó una hoja con cierta cautela. No estaba del todo segura si aquella era la mejor decisión, pero desde luego era mejor que nada. Tenía la dirección en la pequeña tarjeta que le había dado la última vez. Tan solo le quedaba buscar las palabras adecuadas y escribir, pero no era una tarea fácil. Había una parte de ella, aquella que se aferraba a ese orgullo que tenía, que no le permitía poner ni una palabra sobre el papel. La decisión de no querer ver ni necesitar a Ethan era demasiado firme, pero debía valorar las cosas. ¿Qué le importaba más? ¿Encontrar a su hermano o evitar un encuentro poco agradable? Ese mismo día había visto a personas luchar por un cambio a mejor, dejando completamente de lado cualquier sentimiento de vergüenza o inseguridad. Si ellos podían hacerlo, ¿por qué ella no? Cambiar su futuro estaba en sus manos.



## VI

1911, *Sheffield*

Cualquiera que la viese en aquel momento podría percibir que su estado de ánimo no se acercaba lo más mínimo a la tranquilidad. Caminaba a paso rápido y agitado, mirando a ambos lados y asomando la cabeza en cada habitación por la que pasaba. Sin embargo, ninguna de las personas con las que se cruzaba mostraba la más mínima sorpresa. No era la primera vez.

—¡Ya no sé dónde buscar! —exclamó con molestia, en ese desagradable y agudo tono de voz por el que todos la conocían—. ¿Está aquí? —preguntó entrando a la amplia cocina. No tuvo que especificar. El cocinero, un hombre alto y robusto, se giró para negar con la cabeza.

La mujer salió furiosa sin responder. Siguió caminando por el largo pasillo hasta llegar al salón principal. Sabía que no la encontraría allí, pero confiaba en que al menos su hijo Robert supiese darle alguna pista respecto a su paradero. No la encontró en su habitación, tampoco en la biblioteca. Había revisado el resto de salas, así como el ático y la despensa. No conseguía dar con ella. Volvió a hacer la misma pregunta. A esas alturas, su claro cabello había perdido toda la forma pulcra y elegante que le había dado horas antes, convirtiéndose así en el reflejo de su estado anímico. Tanto su hijo como su marido se encogieron de hombros. Se quejó. Debían salir en una hora, y no había ni rastro de la niña. ¿Por qué tenía que hacerlo todo ella? Caminó a grandes zancadas hasta la ventana y apartó las cortinas con brusquedad. Robert trató de calmarla, pero aquel intento tan solo creó el efecto contrario en la mujer. Su hija pequeña era tozuda. Tozuda e irresponsable, con un respeto nulo a su familia que no hacía más que complicar su relación. Tenía miedo de que, para el momento en el que aprendiese a comportarse, sería demasiado tarde. ¿Quién iba a querer a una joven de semejante carácter? Su hijo mayor insistía en que la niña veía a su familia como un obstáculo. La mujer seguía sin entender el porqué. Había puesto todos sus esfuerzos en convertirla en una hija ejemplar. Sin embargo, parecía que todo se le iba de las manos.

—Es una niña guiada por el más puro egoísmo. Siempre se pone a ella misma por delante de cualquier cosa que le digo. ¡Debería estar aquí! —gritó frustrada, mientras gesticulaba exageradamente con las manos. Oyó a su marido decirle algo en un intento de tranquilizarla, pero rápidamente otra cosa captó la

atención de la señora Leigh. Los perros. Saltaban y corrían sobre el pedregoso terreno que rodeaba la casa, jugando entre ellos a destrozarse un trapo de un sucio color rosado que había perdido toda su esencia. La mujer abrió los ojos con horror—. ¡Annabel!

La finca de los Leigh contaba también con un jardín, un invernadero, y unos establos no muy lejos de éste. Un camino de piedras pulidas y elegantemente colocadas, rodeadas a su vez de frondosos arbustos verdes, llevaba hacia ellos. Robert se dirigía justo allí. Para un joven de veintidós años, aquella vivienda no era más que una pequeña parte de él. Conocía cada escondite, cada recoveco que pudiese ser utilizado como refugio ante las adversidades familiares. Él mismo, cuando niño, solía usarlos para buscar inspiración, pero su hermana les daba un uso mucho más restringido: huía del mundo. Caminó con decisión mientras trataba de pensar en la mejor manera de llegar a un acuerdo entre ella y su madre. Debía acabar lo suficientemente rápido con aquello para no aumentar aún más el estrés y descontento de la mujer. Quería ayudar a su hermana, pero tampoco le interesaba poner a su madre en contra de ambos.

No tardó en llegar hasta la parte trasera de los establos. Tal y como esperaba, tirada sobre una montaña de heno, con la trenza enredada y un libro en las manos, se encontraba Annabel. Apenas tenía dieciséis años, pero a su temprana edad ya presentaba ciertos rasgos que llamaban con facilidad la atención, sobre todo de aquellos que, inconscientemente —o no— veían atractiva a su madre. Había heredado su cabello rubio y sus grandes ojos grises, llenos de descaro y curiosidad. Sin embargo, sus personalidades no podían ser más distintas. Robert, por el contrario, se asemejaba más a su padre. De cabello castaño y ojos claros, ambos compartían la serenidad en sus formas de ser. A ninguno les gustaban los conflictos, pero mientras su padre solía huir de la incomodidad que le producían ciertas situaciones, era más común en Robert enfrentarse a ellas.

—Annabel —la llamó. Sus palabras fueron ignoradas—. Mamá te está buscando, supongo que sabes por qué.

—Lo sé —contestó Annabel sin despegar los ojos de las páginas—. Ya le dije esta mañana que no quiero ir a esa comida con los Bailey, pero le ha dado igual, como siempre.

Robert caminó hacia ella, y echándose a su lado sobre el montón de heno, la observó en silencio. Ser como Annabel era la única manera de acercarse a Annabel. Sabía que no era un rasgo especialmente bueno de su forma de ser, pero tampoco podía culparla. Era el resultado de una serie de circunstancias que estaban fuera del alcance de la chica. Sus padres nunca la trataron con el mismo respeto que a él, y ella podía notarlo. Ninguno de los dos hijos tenía el poder de cambiar la mentalidad clásica y estructurada de su familia, pero si había algo que estaba en las manos de Robert, era estar ahí para su hermana. La escuchaba, le hablaba del día en que podría marcharse de esa casa y hacer de su vida aquello que ella quisiese, sin importar lo que pensasen los demás. Le ofrecía una imagen del mundo mucho más atractiva que la de sus padres. Su hermana no quería seguir los pasos de su madre. No quería casarse, no quería tener hijos... Y la entendía. Comprendía que una niña de apenas dieciséis no quisiese esas cosas. El muchacho siempre había pensado que sus progenitores habían decidido hablar demasiado pronto de estos temas.

—Sé que no te gustan, pero solo será una tarde, y yo estaré allí también —comentó el joven tratando animarla.

—No es que no me gusten, es que no aguanto que mamá y papá empiecen a bromear sobre querer casarme con su hijo —se quejó Annabel cerrando el libro sobre su regazo—. Incluso se ríen cuando les digo que eso no va a pasar.

—Lo sé, pero, ¿qué es peor? ¿Unas bromas absurdas que sabes que no debes tener en cuenta, o aguantar luego el mal humor de mamá por negarte a ir? —Annabel lo miró durante un rato.

—Supongo que aguantar sus gritos —suspiró—. Pero prométeme que les dirás algo si se vuelven a reír de mí. Me mirarían mal si yo les dijese algo frente al señor y la señora Bailey, pero a ti te lo perdonan todo.

—Claro que sí —respondió despeinando su pelo de forma cariñosa. Seguidamente se levantó, ofreciéndole luego la mano.

Caminaron juntos en dirección a la casa. Su hermana parecía algo más animada, hablaba sin parar de cosas que habían pasado a lo largo de los últimos meses, dando tantos detalles que algunos parecían incluso excesivos. Robert acababa de llegar de Londres hacía un día, por lo que sonrió al ver la motivación en Annabel. Era seis años menor que él, pero eso no era un obstáculo a la hora de contarse cosas entre ellos. Además, Robert sabía que esos meses siendo la única hija en la casa debían de ser agotadores. La conocía lo suficientemente bien,

Annabel no era una persona que buscara pelea con los adultos, pero en cuanto decían algo que no iba acorde con sus propias ideas o pensamientos, no podía callarse. Aquello irritaba a sus padres a niveles inimaginables.

Poco a poco, la entrada de la casa se hizo visible. Su madre los esperaba en la puerta, cruzada de brazos, con un sucio trapo entre las manos que trataba de no rozar con su ropa. En cuanto estableció contacto visual con Annabel, la joven sonrió. Nunca, jamás, no en esa vida y con la edad que tenía, iba a llevar un vestido rosa de niña de cinco años. Se lo dijo. A su madre le dio igual. Sabía que darle el vestido a los perros a modo de juguete viejo iba a hacer rabiar a la mujer, y había acertado. Su hermano le dio un pequeño codazo amistoso para que disimulase la risa. Annabel disfrutaba viendo cómo los intentos de su madre de convertirla en una hija ejemplar se iban al traste, pues ambas tenían planes muy distintos respecto a qué debía o no hacer en el futuro. Su madre quería casarla. Ella, por el contrario, esperaba ver qué le ofrecía la vida sin preocuparse demasiado por la presencia de terceros. Poco a poco, había comenzado a odiar la idea de tener que satisfacer algún día las expectativas de su madre, buscando a un hombre con el que pasar el resto de su vida. No. Y si lo hacía, iba a procurar que fuese alguien que le produjese el menor agrado posible a la mujer. Aquella idea tampoco le parecía tan alocada. En su cabeza, era la manera más natural de la que posiblemente ocurrirían las cosas. Jamás se casaría con alguien que compartiese los ideales de su madre. Además, Robert la apoyaba. No estaba sola, y eso era suficiente para no callarse ante las injusticias que creía sufrir.

Para sorpresa de Annabel, la tarde no fue tan mal como esperaba. Sí que se había llevado alguna que otra regañina de su madre por lo del vestido, pero por lo demás, el día fue tolerable. Toda la familia volvió a casa alrededor de las seis de la tarde. En cuanto se abrió la puerta, y habiéndose quitado los incómodos zapatos, Annabel corrió escaleras arriba hasta su habitación. Escuchó a su madre protestar por su incontenida actitud, pero la ignoró como otras tantas veces había hecho. Robert la siguió minutos más tarde por pura curiosidad, solo para encontrársela rebuscando en su armario con unos calcetines en la mano.

—¿Por qué tanta prisa? —se interesó desde la entrada, apoyando el hombro en el marco de la puerta.

—Acabo de acordarme hace un rato de que hoy había quedado con Jacob, el hijo de los vecinos. Íbamos a explorar un sitio cerca de aquí. No habrás visto mis pantalones de montar por alguna parte, ¿verdad?

—No, pero he oído que ves bastante a ese niño —comentó Robert con una pícaro sonrisa.

—No es un niño, tiene mi edad —protestó Annabel algo malhumorada—. De alguna forma me tengo que entretener, no puedo pasarme el día encerrada en casa.

—Te encanta salir, pero cada vez que te pido que pases una temporada en Londres, me dices que no.

—Te lo he dicho muchas veces ya, no me gusta la gente. Ni las ciudades grandes —contestó sacando un montón de ropa y dejándolo sobre la cama—. Además, creo que me aburriría bastante.

—¿Tú crees? —Annabel continuó revolviendo sus prendas.

Robert, mientras tanto, paseó la mirada por la habitación. Estaba bastante ordenada, a excepción del armario y las blusas y faldas que habían aparecido sobre la cama. La ventana se encontraba abierta, la fina gasa se movía con lentitud empujada por el aire. Los ojos del joven se dejaron llevar por una pequeña mancha oscura que había en la pared, la cuál parecía trepar por ésta, arrastrándose más y más arriba con una lentitud apenas perceptible. Decidió acercarse, empujado por la curiosidad, hasta que su mirada pudo enfocar un pequeño insecto negro y redondo.

—Ven, mira esto —le dijo a su hermana, llamando su atención—. Es un escarabajo.

—¿Un escarabajo? ¿Y qué hace aquí? —Annabel se acercó rápidamente, con la misma bola de calcetines en la mano.

—Seguramente haya entrado por la ventana.

—¡Pues será mi nueva mascota! A mamá no le va a gustar ni un pelo —contestó la joven con orgullo, dándole los calcetines a Robert, y poniéndose de puntillas para alcanzar al insecto.

Cerró la mano y trató de observarlo por un agujerito que dejó entre los dedos, sintiendo el pequeño cosquilleo que producían sus oscuras patas. No le daban asco los insectos, tan solo las larvas y los gusanos, pero los escarabajos, a pesar de no ser de sus favoritos, le producían mucha curiosidad. Podían ser de colores y tamaños totalmente diversos, pero siempre compartían esa característica que los hacía especiales: un caparazón duro y brillante. Con mucho cuidado, y tratando de

no dejarlo caer, Annabel lo depositó en un pequeño bote de cristal que tenía sobre la mesa, tapado el agujero con un libro que dejó encima.

—¿Cuánto viven los escarabajos? —preguntó sin apartar la vista del insecto, que había comenzado a corretear por el fondo.

—Depende de la especie. Algunos tan solo unas semanas, otros meses, o incluso años —Robert siguió su mirada, tratando de adivinar a qué venía aquella pregunta—, pero si no le dejas un hueco para que entre el aire, seguramente menos.

—Ojalá viviesen lo mismo que nosotros —respondió su hermana un poco decepcionada, retirando un poco el libro para dejar un espacio lo suficientemente pequeño para que el bicho no se escapase—. Me da pena tener que despedirme luego de él.

—Cada cosa tiene su tiempo, siempre ha sido así. —Annabel se tomó unos segundos para pensar.

—Lo sé... Pero quién sabe, tal vez algún día se descubra un insecto que viva para siempre —contestó inocentemente, antes de irse de vuelta al armario. Robert observó al insecto en silencio. Lo que ninguno sabía es que éste no iba a durar mucho.

## VII

*12 de mayo, 1920. Londres.*

La moneda giró en el aire, manteniéndose suspendida tan solo un instante, antes de ser atrapada por una mano que la golpeó sobre la barra. La luz era muy tenue, y el aire, cuyo dulce aroma contrastaba con la pesadez del tabaco, parecía volverse más amargo con cada bocanada de humo que se escapaba de entre los labios de los presentes. No eran muchos, un par de hombres sentados en unas mesas a la derecha, otro al fondo. Era un ambiente un tanto deprimente teniendo en cuenta la hora que era, pero justo por eso habían elegido ese lugar. Nadie se acordaría de que habían estado allí. Mesas redondas, sillas de madera... No era un pub grande ni especialmente destacable, solo uno más del montón, pero le llamó la atención la cantidad de fotos en blanco y negro que adornaba las paredes. Algunas eran paisajes, Londres. Otras, retratos de personas que desconocía, desde niños de ropas humildes hasta ancianos de miradas perdidas. No pudo ocultar cierto disgusto cuando, uno de los hombres sentados al fondo, fue a tocarle de forma lasciva el trasero a la camarera. Ésta se alejó, claramente molesta, tras servirle, pero aún así no dijo nada. Lo dejó pasar. Tampoco tenía muchas opciones.

Annabel caminó hacia una figura oscura situada frente a la barra. Había llegado diez minutos tarde, y todo porque no conseguía acostumbrarse a las confusas calles de la capital. No tardó en disculparse, aunque solo por educación. Ethan sonrió sin darle importancia.

—Veo que ha cambiado de opinión al final —dijo a la vez que le hacía un gesto al barman para que se acercase.

—Creo que estoy a punto de arrepentirme —contestó Annabel, cruzándose de brazos sobre la barra. Ethan volvió a sonreír. Era como si le divirtiese ser molesto, cosa que le irritaba bastante.

—Dos whiskys, por favor —Pronunció el joven. El hombre se giró hacia la alta estantería de botellas de cristal. La extensa cantidad de bebidas expuestas parecía no tener fin, y Annabel no pudo evitar sentir cierta rabia, pues a pesar de que el empleado trató de disimularlo, una fugaz mueca de desprecio invadió sus facciones al servirle. No pasó lo mismo con Ethan.

—Gracias —contestó la joven, alcanzando uno de los vasos con una sonrisa. El barman se la devolvió con forzada simpatía.

No solía beber. De hecho, no había empezado a hacerlo hasta hacía tan solo unos años, cuando todo lo que conocía pareció dejar de tener forma. La vida adulta estaba resultando ser más complicada de lo que esperaba. Caminaron hasta una mesa algo apartada y tomaron asiento. Annabel observaba cada movimiento del joven con cierto disimulo. Una vez escuchó decir a su hermano que el lenguaje corporal podía decir bastante de la gente, así que decidió ponerlo a prueba.

—Qué decisión tan arriesgada dar por hecho que bebo —dijo mirándolo con curiosidad.

—Parece ese tipo de persona —contestó despreocupado, tomando un sorbo de su bebida, para luego peinarse hacia atrás su oscuro cabello.

—Sacar conclusiones en base al físico de alguien es un tanto... incoherente.

—Puede ser. Pero por una parte, he acertado, y por otra, me parece que usted ha hecho lo mismo. Por eso cada cosa que dice es un sutil ataque hacia mi persona. Piensa que soy demasiado inconsistente como para satisfacer la curiosidad que siente sobre todo este asunto.

Annabel lo miró intentando disimular su disgusto, pero tampoco pudo negar que era bastante astuto. Era observador, creía que lo sabía todo y que encima tenía razón, pero justo ese era su punto más débil. Ella no era estúpida, sabía cuándo alguien intentaba transmitir falsa seguridad, y estaba prácticamente convencida de que ese era el caso de Ethan. De ser así, lo que más le sacaría de quicio era que ella le llevase la contraria, y en caso de ser necesario, estaba más que dispuesta a ello.

—Lo juzgo por su manera de hablar. Dice demasiado y nada a la vez, pero necesito saber qué ha pasado con mi hermano. Le pediría que fuese preciso.

Ethan se recostó sobre la silla y miró al techo durante unos segundos. Parecía estar completamente relajado, como si supiese cómo y qué contestar en cada momento. Sin embargo, Annabel tenía la sensación de que no siempre iba a oír lo que quería. Cuando los ojos azules del joven se volvieron a enfocar en ella, éste procedió a contestar algo que, haciendo predicciones sobre su carácter, ya esperaba.

—Necesito saber si puedo confiar en usted—. Uno de los pocos clientes que había abandonó el pub, caminando torpemente hasta salir. Ambos lo siguieron con la mirada hasta verlo desaparecer tras los cristales de la puerta.



—Yo quiero saber lo mismo —dijo Annabel a los pocos segundos—. Puede confiar en mí porque sabe que encontrar a mi hermano es mi prioridad, pero yo sí tengo razones para desconfiar de usted.

—Con saber que quiero ayudarle debería ser suficiente. Conocer más sobre mí es irrelevante.

—Yo sé mejor qué es lo que me conviene —respondió la joven, algo cansada de sus absurdos intentos de ser un misterio. Ethan suspiró, fingiendo desesperación.

—Robert tenía razón, tiene una personalidad impenetrable y una curiosidad sin límites. —Annabel lo insultó mentalmente, claramente molesta, pero antes de que pudiese contestar, Ethan procedió a relatar una historia aparentemente simple.

Ambos hombres se conocieron a través de Charles. Aparentemente, a principios del año anterior, cuando Ethan sufría algunos problemas de salud, su amigo le recomendó que visitase la consulta de Robert. El pelirrojo solo conocía al médico por haber acudido a unas revisiones anteriormente, pero dado el amable y formal carácter de Robert, Charles no tardó en recomendárselo a Ethan. El médico lo encontró interesante, por lo que comenzaron a quedar para beber alguna que otra vez. Compartían preocupaciones, hablaban sobre el estado de Ethan. Pronto terminaron siendo buenos amigos, pero todo pareció torcerse hacia tan solo unos meses.

Annabel escuchó con atención, pasando los dedos sobre las pequeñas manchas cóncavas y oscuras que había esparcidas a lo largo de la mesa. Todavía quedaban restos de colillas alrededor de una, que no dudó en tirar rápidamente por el borde. Aquellos eventos le resultaban familiares. Ya había escuchado algo parecido antes, cuando Robert mencionó tener un amigo en sus cartas. Lo que no esperaba es que ese conocido fuese Ethan, pues existía en él un ligero aire de aparente superioridad que no era común entre los conocidos de su hermano. Tanto ella como Robert detestaban esa característica, por lo que le sorprendía que el hombre frente a ella se hubiese ganado la confianza del médico. Aún así, debía admitir que cuando Ethan hablaba de su hermano, lo hacía con bastante exactitud. Sus palabras coincidían con el Robert que conocía, pero la última frase que pronunció acerca de él le llamó la atención.

—¿Y qué pasó luego? —se interesó. El joven médico era una persona que gestionaba las cosas con tranquilidad, evitaba los problemas siempre que fuese

posible, por lo que Annabel se extrañó bastante. Ethan la observó pensativo, como si tratase de encontrar las palabras adecuadas.

—No sé cómo describirlo. Robert había cambiado a lo largo de los últimos meses. Estaba más callado de lo normal, siempre parecía tener demasiado trabajo. Daba excusas para cualquier ocasión en la que le ofreciese ir a algún pub, y los días que me atendía en la consulta me hacía preguntas bastante extrañas. —Annabel le vio acabarse el contenido de su vaso de un solo trago.

—¿Extrañas?

—¿Acepta trabajar conmigo? —le contestó con otra pregunta. Annabel inspiró profundamente, pues estaba a punto de responder en contra de su voluntad.

—Supongo que es la opción más lógica, aunque si hay alguna otra estoy dispuesta a escucharla —dijo con impaciencia. Ethan asintió, satisfecho.

—Parecía estar perdido en sus pensamientos la mayor parte del tiempo, me hablaba sobre psicólogos, científicos, me preguntaba qué opinaba o si sabía algo respecto al tema. Cada vez que le decía que no, me llamaba mentiroso. Por alguna razón estaba convencido de que escondía algo de él —explicó el joven mirándola con incredulidad, esperando que Annabel compartiese el sentimiento.

—Eso no tiene sentido alguno.

Annabel frunció el ceño. No era típico de su hermano actuar con semejante impulsividad, no conseguía entender por qué Ethan decía aquello sobre Robert. ¿Estaba siendo sincero? No tenía razones para dudar tanto de él, pero tampoco sabía si podía creer cada palabra que decía. Decidió presionarle para ver si conseguía más información, pero sus intentos resultaron inútiles. O Ethan realmente no sabía nada más, o Annabel seguía en período de prueba para él, por lo que no estaba dispuesto a revelar nada adicional.

—Hace alrededor de un mes discutimos justo por eso. Fui a buscarlo unas semanas después para hablar con él —dijo sin añadir nada relevante—, pero no dejó ni rastro. La clínica estaba cerrada, tampoco había nadie en su casa.

La joven suspiró, tratando de organizar sus ideas y toda la información que poseía. Tenía que haber un hilo del que tirar, aunque fuese pequeño y apenas perceptible. Algo que Robert hiciese, alguna frase que dijese en algún momento que pudiese sugerir dónde se encontraba y qué le había ocurrido. Annabel había estado recibiendo algunas cartas de él a lo largo de los meses, tal vez podía haber algo en ellas, una pista que haya pasado por encima... Volvió a beber de su vaso.

—Según lo que ha dicho, mi hermano desapareció en abril. Han pasado varias semanas desde entonces, ¿por qué no me avisó antes? —Volvió a mirar fijamente a Ethan. No quería que pensase que se podía librar fácilmente de su curiosidad, o que se iba a conformar con cualquier cosa. Quería saber cuanto más mejor, así como despejar las dudas que tenía acerca de su sinceridad.

—No es tan fácil encontrar a alguien que no conoces en una ciudad que no es la tuya. Traté de dar con usted lo más rápido que pude, justo después de confirmar que no había forma de encontrar a Robert.

Annabel no tuvo otro remedio que darle la razón, aunque se mostró bastante molesta por el hecho de que Ethan decidió contactar con ella tan solo después de fracasar en sus propias investigaciones.

Todo parecía haberse complicado de repente. Quería dudar de las palabras del joven que tenía enfrente, pero por alguna razón, sentía que decía la verdad. La narración de los hechos coincidía con las fechas en las que Annabel había dejado de tener noticias de su hermano, y a pesar de que su última descripción de Robert era un tanto extraña, tan solo un suceso fuera de lo normal podía haber causado su desaparición. Annabel observó su vaso vacío. Tenía que llegar al fondo de todo aquel asunto.

## VIII

14 de mayo, 1920. Londres.

3 de octubre, 1919

Querida Annabel,

¿Has sentido alguna vez que tu cabeza actúa en contra de tus intenciones? No sé si será por el trabajo, o por estar todo el día analizando mis pensamientos, pero me he dado cuenta que he comenzado a olvidar cosas. Hay veces que son detalles irrelevantes, como atarme los cordones antes de salir, pero otras, incluso he llegado a olvidar las llaves de la consulta en casa. Teniendo en cuenta la situación con mi pie, no es especialmente agradable tener que hacer el camino de nuevo, por lo que he optado por esconder una llave de repuesto detrás del cartel que hay en la puerta. Tal vez pueda parecer una solución que conlleva cierto riesgo, pero es mejor eso que llegar tarde al trabajo. Hay personas que dependen de mí, es mi responsabilidad estar a tiempo para ellos.

No puedo dejar de pensar en aquellos que murieron en la guerra, y en los aparentes afortunados que sobrevivieron, esos que ahora cargan con los recuerdos sobre su conciencia. ¿Habría sido yo capaz de salir adelante? Observo a mi amigo y no puedo sino sentir una profunda admiración por él. Ha visto aquello que yo jamás veré, todos los días trata de dejar su horrible pasado atrás. Yo, por el contrario, siento la tentación de acercarme. Tal vez sea curiosidad, tal vez esté hambriento por adquirir más conocimiento sobre la vida.

¿Sabías lo minúsculo que es el corazón de un pajarillo? Puede parecer tan distinto a nosotros, y sin embargo, nos mantenemos con vida de la misma forma. No creo que sea tanto realmente, lo que nos separa de los animales. Tal vez nuestro nivel de conciencia, pero incluso ésta tiene que ir al mismo sitio cuando morimos. ¿Has pensado alguna vez en qué ocurre con esa parte de nosotros? ¿A dónde va la energía de mantenernos despiertos? No hay parte física en nuestro cuerpo que pueda albergar algo eterno, pero hay gente que habla de reencarnación...

Sin embargo, también existen prácticas capaces de preservar el cuerpo tras la muerte. Hay personas que sienten más admiración por una cáscara inerte que por la vida. Al principio no lo comprendía, pero creo que tan solo se trata de una manera de preservar la presencia en la Tierra de aquellos que no están, para que la memoria no los olvide.

¿Recuerdas a Linda, la perrita que tuvimos de pequeños? Apenas puedo visualizar sus ojos, mis manos no reconocerían el tacto de su pelaje. Es triste ver la manera en que el tiempo parece alejarnos de lo que queremos, tal vez por eso algunos deciden conservar esas memorias. Después de todo, el mundo físico es lo que consideramos más real.

Aprovecho ahora para contestarte a lo que escribiste en tu última carta, ya que no quería interrumpir el hilo de mis pensamientos. Antes de nada, quiero decir que me alegro de que estés a gusto con la tranquilidad que reina en tu vida, mereces un descanso, tanto a nivel físico como mental. Sin embargo, estarías aún más relajada si no te preocupases tanto por mí. Sí, duermo lo suficiente, y también trato de controlar la cantidad de trabajo, pero ya me conoces. Cuando algo me interesa, siento la necesidad de saber todo lo posible sobre el tema. De todas formas, no le des mucha importancia. Estoy bien de salud, y creo que eso es lo más importante. Mis repentinos intereses siempre terminan calmándose, y estoy seguro de que éste también va a ser el caso.

Te echa de menos,  
Tu hermano Robert

Habían quedado en una cafetería no muy lejos de la casa de la señora Green. Aún era temprano, apenas las nueve de la mañana, pero a pesar de la hora Annabel sentía que estaba plenamente despierta. Caminó con decisión hasta el lugar, dejándose llevar por la ligera emoción que la acompañaba, sin apenas percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Tampoco había mucho que le llamase la atención. La calle estaba tranquila, el aire tan solo era una agradable brisa que parecía colarse despreocupada en cada rincón.

Annabel volvió a pensar en la carta que leyó esa mañana de mayo, tratando de reinterpretar su contenido en base a la información que había recibido de Ethan. Robert siempre había sido un hombre de interés desmesurado por cosas totalmente impredecibles, por lo que Annabel no le dio especial importancia a sus extensas reflexiones. Sin embargo, dada la situación en la que estaba, quería indagar un poco más en esas últimas noticias que había recibido de él. Y para ello iba a necesitar la opinión de otra persona más.

Tomó un pequeño atajo con tal de ahorrarse unos minutos, desviándose de la calle principal por un callejón a su derecha. No tenía prisa, pero existía en su interior la necesidad de llegar y tomar asiento, de hablar de todo aquello que tenía en mente. Sus pisadas resonaron con un eco sobre el pedregoso suelo, una ventana se cerró sobre su cabeza. Annabel decidió no prestarle especial atención a la desoladora atmósfera, tan solo siguió caminando, bastante perdida en sus pensamientos.

Si no hubiese sido por el repentino aroma, seguramente no habría ido en aquella dirección. En cuanto alcanzó el final de la estrecha calle, un ligero olor a quemado, así como una oscura espiral de humo, comenzaron a cargar el cielo, guiando su curiosidad hasta un lugar a unos cinco minutos de allí. A pesar de que ya tenía una ligera idea de lo que estaba ocurriendo, Annabel tuvo que detenerse, mirando boquiabierta la escena que había aparecido delante de ella. Era un grupo de alrededor de seis personas, hombres y mujeres que giraban en torno a alguien que había en el suelo, situado justo enfrente de una casa de ladrillo de dos plantas. Una voz femenina gritó y se lamentó con una pena desgarradora que consiguió erizarle el vello a Annabel. La vivienda, que no dejaba de expulsar humo por sus ventanas, parecía estar sufriendo las consecuencias de un fuego inesperado.

—¿Y los bomberos? —preguntó alguien del grupo?

—Los llamamos hace media hora, aún nada —respondió alguien más. La mujer volvió a emitir un llanto, viendo como poco a poco su hogar se iba consumiendo por las llamas. Un par de hombres se animaron a entrar con unos cubos de agua, a pesar de que seguramente no iban a servir de mucho.

Annabel apartó la mirada con rapidez. Su cuerpo le pedía que se marchase de allí, por lo que seguidamente se dio la vuelta, alejándose del lugar sin mirar atrás. Incluso tuvo que pedirle disculpas a un hombre con el que chocó sin querer. Éste la miró sin darle importancia, encendiéndose un cigarro con su mechero dorado.

—¿Me está escuchando? —La voz de Ethan sonó algo molesta a su lado, haciéndole volver a la realidad. Annabel asintió inocentemente.

—Sí, la condición de su pie es de nacimiento —respondió volviendo a mirar la carta, la cuál residía en el centro de la mesa—. Fue una de las razones por las que decidió estudiar medicina. Quería encontrar una cura a su cojera, pero finalmente aprendió a vivir con ella.

—¿Se rindió? —preguntó Charles con las manos cruzadas bajo la barbilla.

—Más bien aceptó que era parte de él. No le hacía ningún bien estar frustrado por algo que posiblemente no podría cambiar.

—Siempre me ha dado la impresión de ser una persona bastante lógica, pero a la vez se interesa por cosas que no tienen ningún fundamento científico —volvió a intervenir Ethan. Annabel se tomó el último sorbo de su café.

—Eso no es nada nuevo. Lo que sí me preocupa es eso que dice sobre olvidar cosas. Nunca fue tan despistado.

Los tres se quedaron en silencio. Annabel tuvo la impresión de que compartían la idea respecto a qué hacer a continuación, pero primero querían ver si conseguían descubrir algo más, oculto entre las letras de su hermano. Una camarera pasó a su lado sin prestarles mucha atención. Se encontraban en un local pequeño y sutil. No destacaba por nada en especial, ni por su simple decoración apenas presente, ni por lo que la carta ofrecía, pero había algo en el ambiente que no pasaba desapercibido al ojo. Un gato. Un gato negro que no dejaba de mirar desde el mostrador, con un par de irises verdes y llameantes que parecían analizarlo todo. Annabel preguntó por él al entrar, a lo que el dueño de la cafetería respondió con que lo había recogido de la calle hacía tres años. Desde entonces ocupaba su característico lugar, el cual le permitía tener una vista al exterior a través del cristal de la puerta.

—Creo que deberíamos inspeccionar la consulta —añadió Annabel rompiendo el silencio. El gato bostezó, mostrando una hilera de pequeños dientes blancos y puntiagudos—, es nuestra mejor opción por el momento.

—¿Tiene más cartas de su hermano? —se interesó Ethan.

—Sí, pero creo que es mejor ir por partes. Si queremos seguirle la pista durante éstos últimos meses, debemos empezar por aquí —contestó Annabel poniendo un dedo sobre el papel.

Observó fijamente a Charles y Ethan, esperando una respuesta afirmativa. Éste último la miró concentrado, aunque por un instante Annabel notó como si en el fondo estuviese juzgándola por algo. No había terminado de caerle bien. Sentía que se guardaba todas sus reflexiones solo por no tener que compartirlas con ella, y que se limitaba tan solo a decir su opinión final sobre el asunto. Charles, por el contrario, era mucho más abierto. Comentaba los detalles que Annabel mencionaba sobre su

hermano, ofrecía abiertamente su punto de vista. Era una compañía bastante agradable, a diferencia del otro.

—Estoy de acuerdo. —Charles se recostó despreocupado en la silla. Ethan lo miró de reojo—. ¿Qué? Es la opción más sentido tiene.

—No estoy seguro de que podamos encontrar algo allí, es un lugar demasiado predecible. Demasiado simple...

—Pero no perdemos nada por intentarlo —le interrumpió Annabel.

—Es cierto. Tal vez encontremos tu cuaderno —Charles le sonrió a Ethan, pero enseguida supo que había hablado de más. Las facciones de su compañero se tornaron algo sombrías.

—¿Qué cuaderno? —Aquello era nuevo. Annabel miró al pelirrojo, pero éste se encogió de hombros, dando a entender que él no iba a ser él quién respondiese a esa pregunta.

—Uno que escribí durante la guerra. No volví a verlo después de una visita que Robert me hizo a principios de año —reveló Ethan en contra de su voluntad, bajo la mirada curiosa e interrogante de la joven.

—¿Insinúa que mi hermano es un ladrón?

Ethan miró a Annabel durante varios segundos sin decir nada. La expresión de su rostro era de completa indiferencia, pero una arruga apareció entre sus cejas, para luego disiparse con una respuesta corta y poco convincente.

—No.

—No —repitió Annabel sin terminar de creérselo. Una señora, de aspecto cuidado pero humilde, entró al establecimiento. El gato, como era su costumbre, la siguió con sus grandes ojos hasta un asiento apartado.

—Solo pienso que podría haberlo cogido sin permiso —concluyó Ethan sin querer hablar más del tema.

—Tan solo es otra manera de decir lo mismo —contestó ella algo molesta—. Lo acusa sin tener pruebas.

Ethan sonrió sin darle importancia a su comentario, removiendo su café con una cucharilla mientras fingía no haberla escuchado. Ella decidió ignorarle. No iba a darle el gusto de verla irritada por sus acciones, y menos delante de Charles, el cual parecía estar totalmente absorto en la mujer que recién había entrado. Annabel volvió a fijarse en ella. Llevaba un sombrero morado, sin ningún tipo de adorno, que resultaba ser algo grande para su pequeño y delicado cuerpo, y una blusa



abotonada del mismo color. La camarera le había servido una taza de té. El gato seguía observándola.

—Por cierto —intervino de pronto Ethan, con un curioso brillo en la mirada—, ¿qué sabe sobre el negocio de su hermano? —Annabel se colocó unos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Depende, ¿a qué se refiere?

—¿Alguna vez le escuchó quejarse sobre algo? ¿Pacientes, casos... tal vez dinero? —Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Nada de eso, al contrario. Siempre se ha sentido bastante orgulloso de su trabajo, y de todo lo que ha logrado. ¿Por qué el interés?

Ethan volvió a sumirse en sus pensamientos sin dar respuesta. Mientras tanto, todo el lugar pareció congelarse durante unos segundos, hasta que Charles se levantó de golpe de su sitio. Sus ojos no podían apartarse ni un instante de la mujer que había entrado. Parecía estar totalmente hipnotizado por ella, pero ésta no notó su presencia hasta que él se acercó, deteniéndose justo delante de su mesa. En cuanto sus miradas se encontraron, la mujer se tapó la boca con la mano, tratando de retener la sorpresa que la invadió.

—¿Quién es? —Le preguntó Annabel a Ethan, mientras ambos observaban la escena.

—Creo... Sí, tiene que ser ella. La enfermera.

—¿Qué enfermera?

—Fue al final de la guerra, estuvo cuidando de Charles una temporada. Posiblemente hubiese muerto si no fuese por ella.

—¿Cómo...? —Annabel no supo disimular su curiosidad.

—Tenía una infección en el dedo bastante avanzada, aparte de varias costillas rotas, y un brazo —contestó Ethan sin darle mucha importancia al asunto—. Si ella no hubiese insistido en que le operasen, el desenlace habría muy distinto.

—Os conocéis desde hace un tiempo, por lo que veo.

—Sí, nos hicimos amigos hace unos años, y aquí seguimos. Y no solo es, Charles también trabaja para mí. Me ayuda con algunas gestiones y cuestiones económicas.

Annabel contempló la escena en silencio, imaginando todo lo que Charles tenía que haber pasado. La sensación de estar a merced de la muerte, la

impotencia... Mientras trataba de empatizar con su situación, otro detalle llamó su atención. Inconscientemente se había fijado en las manos de Ethan. Estaban llenas de cicatrices, algunas apenas perceptibles, que se escondían subiendo bajo la manga de su camisa. Él también había ido a la guerra. Lo que Annabel no le había dicho por el momento, es que sabía sobre aquel acontecimiento más de lo que él imaginaba. Las cartas de Robert eran la razón. Fue en ese instante cuando tuvo que admitir que, teniendo a Ethan frente a ella, le costaba creer que fuesen suyas todas esas vivencias que su hermano relataba. Por eso no había traído el resto de cartas. Algunas revelaban demasiado, y Annabel no sabía qué tipo de reacción esperar de él en el caso de que se enterase. Iba a hacerlo de todas formas, pero prefería no decir nada hasta que no tuviese opción, pues a ella misma le costaba hablar sobre el tema. Después de todo, fue en la guerra donde perdió a su marido, y era algo que por mucho que lo intentase, no iba a olvidar fácilmente.

Regresó a casa de la señora Green con una sensación más amarga de la que esperaba. Cuanto más pensaba en todo lo que había ocurrido esa mañana, más notaba sus emociones desbordarse, hasta el punto de no poder ni saludar a su casera. Su mente era un caos. Por una parte, no podía borrar la sensación de impotencia con la que cargaba desde que vio la escena del incendio, y por otra, tenía miedo de que existiese la posibilidad de no encontrar a Robert. Ethan, Charles y ella habían decidido ir al día siguiente a la consulta de su hermano pero, ¿y si no encontraban nada? Todas las decisiones que tomaban respecto al tema se basaban en suposiciones, y no sabía hasta qué punto podía confiar en el éxito de éstas. También, y a pesar de que no quería admitirlo, sentía como si hubiese sido injusta al juzgar tanto a Charles y Ethan. No sabía prácticamente nada sobre sus vidas, y lo que conocía sobre los sucesos de la guerra, tan solo eran palabras que había leído a través de su hermano. Le invadió la inseguridad. No había nada firme ni seguro a su alrededor.

Subió las escaleras a su habitación sintiéndose frágil y vulnerable. Sus problemas y preocupaciones eran como una pesada roca sobre sus hombros, pero a la vez le daba la impresión de que estaba siendo exagerada y egoísta. Había personas que habían vivido, o que aún estaban experimentando, cosas peores que ella.

Dejó su bolso sobre la cama con actitud derrotada. Estaba más cansada de lo que imaginaba, cosa de la que no se dio cuenta hasta que se sentó. Necesitaba silencio, pasar unos instantes a solas con sus pensamientos. Cerró los ojos.

—¿Ha ocurrido algo? —La delgada figura de la señora Green apareció pasados unos minutos, cruzada de brazos y apoyada sobre el marco de la puerta. Annabel no la oyó subir, tampoco sabía cuánto tiempo la había estado mirando. Negó con la cabeza.

—Solo necesito descansar. Han pasado más cosas de las que esperaba —contestó tratando de que su voz no sonase afectada. La casera sonrió cálidamente, para luego pasar la mirada por la habitación. Se detuvo en un pequeño objeto que había sobre la cómoda, al lado de las figuritas de ángeles que Annabel había girado días antes. Se acercó.

—¿Es esto tuyo? —preguntó con inocente curiosidad, observando la pequeña caja con el escarabajo, a la vez que arreglaba la posición de los niños alados.

—Fue un regalo de mi hermano.

—Oh, ¿así que tienes un hermano? —Annabel tardó unos segundos en responder.

—Sí.

Aquella respuesta simple y concisa había sido demasiado complicada de pronunciar. Tenía un hermano, pero últimamente no se sentía como tal. Tan solo había un vacío en su lugar, uno que no dejaba de devorarla por dentro. Trató de luchar contra sí misma para evitar esa líquida vidriosidad en sus ojos. La señora Green la estaba mirando de una manera demasiado compasiva y maternal, como si supiese, desde que la había visto entrar, que algo no estaba bien. La mujer no hizo comentario alguno. En vez de eso, se sentó a su lado y tomó su mano. Annabel sintió aquel cálido contacto como el apoyo que no había tenido durante meses, a pesar de que venía de alguien a quien apenas conocía.

—¿Por qué siempre tenemos que perder a aquellos que nos importan? —Las palabras escaparon de la boca de Annabel sin que pudiese detenerlas. Un par de lágrimas se deslizaron por su mejilla, dejando un rastro húmedo que limpió rápidamente con la mano. No se atrevió a mirar a la señora Green, pero tampoco fue necesario. La mujer guió su cabeza hasta dejarla en su hombro, acariciándola suavemente.

—Es una de las consecuencias de estar vivos. —La calma de su voz contrastó con la crueldad del mundo en el que vivían. Annabel cerró los ojos, dejándose llevar por todos los sentimientos que aquellas palabras le provocaron.

## **IX**

*12 de febrero, 1919. Londres.*

«Pensaba que iba a morir. Tal vez no ese día, pero sí en algún momento relativamente cercano. Y no me importaba. Todos morimos tarde o temprano. La única diferencia es que a mí, como a la mayoría de que había a mi alrededor, nos tocaría hacerlo mucho antes.

Me daba igual vivir un día más o un día menos. Poder despertarte por la mañana significaba volver a caminar cuesta arriba empujando tu mísera existencia. Porque así era la guerra, una sucesión de experiencias repugnantes en las vidas de millones de personas irrelevantes. Yo era tan solo una más, y el destino no podía ser lo suficientemente benevolente como para darme otra vida después de esa. Realmente daba igual si sobrevivías físicamente, la guerra te mataba desde dentro, comenzando por la percepción de tu propia identidad como ser humano.

Llevaba meses entre una trinchera y otra. Para ese entonces, mi vida se había convertido en una rutina digna de una pesadilla sin salida. No había manera de evitar lo inevitable. La suciedad, el frío, el hambre, las enfermedades... eran cosas que habían pasado a ser parte del día a día. Te despertabas, y mientras lo hacías te entretenías contando los piojos que conseguías pillar esa mañana bajo la camisa. Había noches que directamente no dormíamos. Arrastrábamos sacos de arena para reforzar las posiciones, limpiábamos armas, o simplemente no cerrábamos los ojos por miedo a que fuese nuestro último instante viendo el cielo. Pasaba sobre todo en las trincheras del frente. En ellas el terror parecía cobrar forma a tu lado, y la única visión reconfortante era percibir en los ojos de aquel chaval de dieciocho años delante tuya, el mismo miedo. Sin embargo, ese día no me tocaba ir al frente. Estábamos a finales de enero, 1915.

Nunca contemplé la posibilidad de hacer amigos en ese instante. Temíamos demasiado por nuestras propias vidas como para recordar el rostro de alguien, y aunque lo hiciésemos, era muy probable que a la semana siguiente no volviésemos a saber nada sobre esa persona. Antes dije que me daba igual morir. Era cierto, pero tampoco niego el instinto de supervivencia. No tenía miedo de la muerte, más bien del instante en el que me tocase. Existía una silenciosa forma de consuelo entre los soldados, muchos escribían. A sus padres, hermanos, amigos... No sé por

qué, pero por alguna razón pensé que era diferente a ellos. No entendía la necesidad de relatar la miseria que vivíamos, nadie merecía imaginar siquiera lo que era estar en nuestro lugar.

Ocurrió por la tarde. Había un chico a mi lado escribiéndole a su familia, apoyado en una caja de madera. Yo miraba mi reloj. El pasar de los minutos era hipnótico, pero la curiosidad me hizo observarle de reojo. Estaba concentrado, pero sonreía de vez en cuando, cosa que no se veía mucho por allí. Se llamaba Mike, si no recuerdo mal. Era de los más jóvenes, pero aquello no le hacía un cobarde, más bien al contrario. Sabía perfectamente lo que estaba viviendo, y se aseguraba de aprovechar cada instante para escribir. Necesitaba hacerle saber a sus seres cercanos lo importantes que eran para él, pues aquellas podían ser sus últimas palabras. Me encontraba sentado en el barro, con las botas sucias y las manos heladas por el frío, cuando una figura tomó asiento a mi lado. Al principio no le presté mucha atención, pero no pude evitar escucharle cuando comenzó a hablar. Me contó sobre Mike, sobre su madre enferma y su hermana pequeña que lo esperaban en casa. Sobre su padre. Por las cartas que había recibido de su hermana, éste seguía vivo en alguna parte, pero era difícil saber cómo de cierto era aquello. Todo podía cambiar en un instante... Yo tenía veintitrés por ese entonces, el recién llegado me preguntó pasado un rato, y aprovechó ese momento para presentarse él mismo. Charles Miller. Veintiséis. Se alistó para sentirse orgulloso de sus actos por una vez en la vida. Recuerdo que le contesté diciendo que yo tan solo quería huir de la realidad, y él me respondió con una risa. Nunca olvidaré lo que dijo a continuación: Cada segundo que estemos vivos es una extensión de la realidad. Tan solo la muerte puede ayudarte a escapar de ella, pero entonces, ¿por qué intentas mantenerte con vida?

Justo entonces, Mike terminó de escribir. Se acercó a Charles y le entregó el papel para que lo leyese. El chico admitió no ser muy bueno con la gramática, por lo que antes de mandar sus cartas, se aseguraba de que alguien se las corrigiese. Fue ese pequeño favor el que terminó haciéndolos más cercanos. Charles era como un hermano mayor para él, cosa que había resultado reconfortante para ambos.

No recuerdo qué pasó exactamente después de eso. Lo que sí sé es que durante los siguientes días, Charles y Mike pasaron a ser mis compañeros durante las largas y agotadoras horas. No los buscaba, tan solo estaban ahí cuando miraba a mi lado. Supongo que de forma inconsciente creamos cierta sensación de seguridad

entre nosotros. Fue así hasta que pasó una semana más. Nos tocaba movernos de nuevo, esta vez al frente. No hay mucho que decir sobre los dos primeros días, pues para nuestra sorpresa fueron relativamente tranquilos, pero a la tercera noche sucedió eso que todos temíamos. Serían alrededor de las cuatro de la mañana cuando se dio la alarma. Se nos exigía que estuviésemos calmados, en nuestras posiciones... pero seamos realistas, ¿quién puede estar tranquilo sabiendo que tal vez le quedan minutos de vida? Reprimir cualquier tipo de pensamiento era la única manera de mantener el orden y el control dentro de tu cabeza. Al principio pasaron segundos, luego minutos. Todos parecíamos mantener la respiración, en silencio, esperando a ese instante en el que el familiar zumbido se haría perceptible. No tardó en llegar. Ya había visto morir a muchas personas para ese entonces. Una parte bastante importante de mi vida se caracterizó por ello, creía haberlo visto todo. En tan solo unos instantes, el cielo se llenó de fantasmas metálicos que rugían sobre nuestras cabezas. No podíamos huir.

Siento como si los siguientes minutos hubiesen sido borrados de mi memoria. Solo recuerdo gritos, ruido... Mucho ruido. La primera visión que tengo después del ataque es la de mis manos, estaban llenas de sangre. Me encontraba tirado en el barro y lo único que podía hacer era mantener los dedos ante mis ojos y asegurarme de que seguía vivo. No podía oír nada. Era como si mi cuerpo y mi consciencia se hubiesen separado por un instante. No sé cuánto tiempo tardé en levantarme, pero cuando lo hice, sentí como si hubiese aparecido en el mismísimo infierno. No podía creer que mis ojos estuviesen viendo aquello. Había humo por todas partes, una neblina de polvo flotaba sobre la tierra, pero mirase a donde mirase, mis ojos tan solo podían fijarse en una cosa. Cuerpos. Decenas y decenas de cuerpos inertes o moribundos, muchos incapaces incluso de emitir un último quejido. Y yo estaba ahí, sin saber si era una suerte o una desgracia seguir con vida. Conseguí salir de la trinchera e intenté caminar. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía una profunda herida en el brazo derecho, de ahí la sangre. No recuerdo qué pensé en ese momento, solo decidí caminar hasta algunas personas que corrían de un lado a otro en la distancia. Poco a poco fui distinguiendo gritos, comencé a sentir el dolor en mi brazo. Me pregunté si Charles y Mike seguían con vida. Como si el simple hecho de pensar en ellos los hubiese invocado, minutos después distinguí la cabeza de Charles. Bajé de nuevo a lo que quedaba de

nuestras defensas. Estaba de espaldas a mí, agachado frente a algo que no pude distinguir a simple vista. Lo llamé por su nombre, su mirada fue suficiente para entender lo que había ocurrido.»

Ethan hizo una pausa. Sentía los ojos secos, su voz parecía negarse a recordar nada más de lo ocurrido. Llevaba alrededor de cuarenta minutos sentado en el despacho del médico. No le gustaba ser tratado como un enfermo, y Robert había accedido a realizar ahí sus sesiones, para comodidad de ambos. Aún así, había instantes en los que se sentía como una presa sin escapatoria, a pesar de que habían pasado cuatro años desde los hechos que estaba relatando. El joven trató de relajar la tensión de su cuerpo pasándose una mano por el rostro. Aquello era agotador.

—Si Charles no me lo hubiese dicho, habría dudado de que ese cuerpo delante nuestra fuese el de Mike —continuó Ethan en el mismo tono de voz, aparentemente tranquilo pero tenso—. Había perdido un brazo, parte de una pierna, su rostro había quedado completamente desfigurado...

—Intenta centrarte más en la sensación que en la imagen. ¿Qué pensaste en ese momento? —intervino Robert con calma, al ver que Ethan no era capaz de hablar.

—Me pregunté por qué no había sido yo —continuó en un susurro—. Yo tenía mucho menos que perder.

Robert se aclaró la garganta. Ethan continuó sentado, con la cabeza agachada y la mirada perdida en algún punto del suelo. Ninguno dijo nada durante unos minutos, los cuáles Robert aprovechó para escribir algo en una hoja.

—El otro día me dijiste que llevabas una especie de diario. ¿Fue después de este evento? —preguntó el médico, con la luz de la lámpara que había en su mesa reflejada en las gafas.

—Así es —Ethan respondió secamente.

No quería hablar sobre aquello, las razones por las que decidió escribir iban más allá de los horrores que había experimentado en la guerra. Era demasiado personal, tanto, que ni él mismo se había atrevido a leer de nuevo esas páginas. Tenía miedo. Miedo de aceptar sus errores del pasado, miedo de cargar con la sensación de culpa de la que quería escapar. Miedo de volver a pensar en la mujer a la que le escribió.



Robert lo observó por encima de sus gafas sin decir nada. Volvió a apuntar algo. Ethan suspiró. La lámpara sobre sus cabezas parpadeó durante unos segundos.

## X

*16 de mayo, 1920. Londres.*

Annabel caminaba al lado de Ethan. Llevaba un buen rato sin dirigirle la palabra, pensando en la forma tan extraña que estaban adquiriendo las cosas. Esa misma mañana, y sin avisar antes, Ethan había ido hasta el que era el hogar de Robert. Sus razones para no haberle dicho nada eran simples: no esperaba descubrir lo más mínimo. Sin embargo, cuando llamó a la puerta, le abrió una mujer. No tenía información sobre el hermano de Annabel, pero decía estar viviendo allí desde hacía un mes. Robert había dejado de alquilar su apartamento. Había borrado por completo cualquier rastro de su presencia en Londres. Cada segundo que pasaba, Annabel no podía dejar de aferrarse más y más a la esperanza de encontrar algo en la consulta. Era el único sitio que tenían. Su única pista.

Continuaron andando en silencio. Era un día nublado, y aquello no hacía más que favorecer a su sensación de incertidumbre. El sol solía relajar las preocupaciones de Annabel, pero esa no iba a ser la ocasión. La vida continuaba a su alrededor como de costumbre, con rostros extraños que avanzaban hacia algún destino que solo ellos conocían. Un grupo de niños jugaba a la pelota cerca de allí. Apenas pasaban coches, por lo que los pequeños no dudaron en aprovechar la ventaja para patear el objeto entre ellos. Annabel los observó. Tendrían no más de doce años, pantalones de bordes deshilachados y boinas que quedaban demasiado grandes en las cabecitas de algunos. Totalmente despreocupados, ignoraban su alrededor entre risas y exclamaciones. Tan solo sus madres, al llegar a casa y llamarles la atención por haber manchado las camisas, les recordarían el mundo en el que viven. La pelota voló hasta la acera opuesta, golpeando la pierna de una señora cuyo sombrero extravagante la dejaba prácticamente oculta a la vista. Exclamó irritada. Los niños pidieron perdón, pero aquello no fue suficiente. La mujer continuó gritando, horrorizada por el hecho de que aquel objeto lleno de barro estuviese a punto de arruinar su atuendo. Muchos comenzaron a girarse en su dirección para ver qué sucedía, otros, la ignoraron completamente. Annabel la miró con asco. Le recordaba a su madre. Siempre perfecta, ideal. Nadie podía alterar su mimado aspecto físico.

—Son niños haciendo cosas de niños, y aún así son más educados que usted —comentó Annabel pasando a su lado. La atención de la mujer cambió de objetivo.

—¡Qué vas a saber tú de educación! —La señora del sombrero sonó aún más molesta. La joven sonrió, pero ni siquiera se dio la vuelta para contestarle. Uno de los niños le gritó las gracias antes de irse corriendo con los demás.

Ethan la miró con algo de asombro y curiosidad, para luego, de manera totalmente imprevisible, comentar que tal vez sería buena madre. Annabel lo fulminó de una manera similar que a la mujer, contestando que tener hijos no estaba entre sus planes, no en los más cercanos.

—Los hombres quieren a una mujer que sea la madre de sus hijos, la ama de casa perfecta, un prototipo ideal de feminidad... —contestó. El joven la miró pensativo—. Mi plan es volver a tener un trabajo estable, no tener que depender de nada ni de nadie, pero desgraciadamente a las niñas nos educan normalizando esa dependencia. Y luego, cuando la otra persona se va, tienes que sufrirla. A los hombres no os pasa eso. —Ethan negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Tendré que darle la razón en esta ocasión.

—Solía trabajar en una biblioteca, pero lo dejé por falta de vocación, a pesar de que adoro los libros, ¿a qué se dedica usted? —preguntó de pronto Annabel, en un intento de poder descubrir algo más sobre aquel joven.

—Decidí cambiar de oficio después de la guerra, pero no entiendo por qué de pronto le intereso tanto —rió.

—No me produce ningún interés especial, tan solo el mínimo necesario para saber si estoy haciendo bien a la hora de confiar en usted —respondió ella un tanto molesta.

—Entiendo... Pero que sepa que usted tampoco es el misterio que pretende ser —Annabel se mordió la lengua para no insultarle en público.

—Yo no pretendo ser nada, señor Clark. Y si eso es lo que cree, es que realmente no me conoce tanto.

—Entonces tal vez debería hacerlo —dijo con una tranquilidad que no hizo más que irritar a Annabel.

—Es mejor que nuestra relación se mantenga lo más formal posible. No es por nada en particular. Preferencias personales. —Caminó derecha, sin mirarle. No

le importaba su reacción, no estaba dispuesta a cambiar de opinión. Sabía que tratar con Ethan a un nivel más personal era algo de lo que sin duda se arrepentiría.

Era incomprensible, cerrado, indiferente pero a la vez un tanto desagradable. Arrogante, quizás. Pero lo que sin duda le molestaba más, es que una parte de ella quería sentir algo de compasión por él, y todo por culpa de las cartas de su hermano. Su manera de relatar los sentimientos que le provocaba la historia de Ethan, conseguía ponerle los pelos de punta, pero la joven tampoco quería otorgarle especial singularidad a esos eventos. Millones de personas más habían pasado por lo mismo. Ethan no era distinto. Simplemente dio la casualidad de ser un desconocido cuya historia le era, en parte, conocida.

Continuaron caminando sin rumbo, Annabel, con la mirada fija en la calle que se extendía frente a ella, él, a su lado, con las manos en los bolsillos y su característica mirada ausente. Siempre parecía estar pensando en algo. A pesar de que no le interesaba directamente, Annabel se preguntó qué clase de cosas estarían pasando por su mente en aquel instante. Después de todo, fue él el que le dijo de verse antes para hablar. Al inicialmente no le sorprendió. Esperaba que fuese sobre algo relacionado con su hermano, y, efectivamente, al principio fue así, pero según pasaban los minutos y Ethan no se despedía, comenzó a sentir que había algo más. Aquello sí era nuevo, pues hasta ahora no habían tenido ningún tipo de conversación que no estuviese relacionada con Robert, y aún así, éstas no solían durar mucho. Ethan era una persona de pocas palabras, y tan solo podían ser de dos tipos: totalmente vagas o demasiado exactas. Respuestas abstractas nada convincentes, o un monosílabo directo sin mucha explicación.

—Es por algo que dije ayer, ¿cierto?

—¿El qué? —preguntó Annabel extrañada, esquivando a un señor cabizbajo que venía en dirección contraria, el cuál, por alguna razón, le pareció familiar. No le dio importancia. Ethan la tomó del brazo para seguirle el paso, haciendo que ésta le mirase con el ceño fruncido.

—Ya sabe, todo esto.

—No, no lo sé —contestó separándose de él—. No leo mentes, pensaba que al menos sabría eso sobre mí.

—Eso lo suponía —dijo tomándose su comentario a modo de broma—. Lo que quiero decir es... No pasé por alto la expresión con la que se marchó ayer.

Annabel estuvo a punto de detenerse en seco. ¿Realmente era tan transparente? ¿Tan incapaz era de fingir algo tan simple como la indiferencia? No pudo evitar avergonzarse de sí misma, pues las palabras de Ethan solo eran una confirmación de lo vulnerable que podía ser, pero tampoco estaba dispuesta a aceptarlas. Aquello no la definía. Un momento de debilidad no tenía por qué ser costumbre, y estaba dispuesta a hacérselo entender. Cuanto más fácil la viese un hombre, más podía aprovecharse de ella, y eso era algo que no iba a permitir.

—Sus palabras no me afectan lo suficiente como para ser la razón de... cualquier cosa que crea haber visto de mí. Recuerde eso.

—Solo intentaba ser amable —se defendió Ethan, dando la impresión de no saber si reírse o cuestionar el comportamiento de la joven.

—Lo agradezco, pero no necesito ningún tipo de muestra de preocupación. Estoy bien.

—Hablar con usted es agotador, ¿es eso lo que prefiere oír? —Annabel no respondió a su comentario. Ethan suspiró, aparentemente dudando sobre si había interpretado bien su silencio—. Está bien.

—¿Está bien? —respondió ella sin entender a qué se refería.

—Sí, mantendré mi distancia si es lo que quiere, pero luego no se queje si continúa sin saber si confiar en mí o no —explicó él con calma.

—No me refería a eso —dijo con cierta brusquedad—. Quiero saber si es una persona de confianza, pero no intente agradarme. No necesito compasión ajena, tampoco que se interese por los aspectos personales de mi vida. Tan solo nos ayudamos mutuamente por un interés en común, creo que es bastante simple.

Ethan no le llevó la contraria. Tan solo se limitó a reflexionar durante un momento, mientras trataba de mantener el ritmo de los pasos de Annabel. Éstos no eran rápidos, pero el joven parecía estar totalmente absorto en algo. La expresión de su rostro se mantuvo serena, hasta que tras unos segundos, Annabel volvió a escuchar su voz.

—Está bien.

Llegaron a Limehouse sobre las once de la noche. La calle estaba desierta, la luna brillaba en el cielo, como una bombilla cuya luz era tragada por las esquinas más oscuras y los callejones más escondidos. Charles aparcó a varios metros del objetivo. Podía ver perfectamente si alguien se acercaba a la consulta desde su

posición, y con un rápido movimiento de la mano apagó las luces y el motor. Por un momento se hizo el silencio. Annabel, sentada en el asiento trasero, apretó unas monedas en el bolsillo de su pantalón. Había elegido un atuendo cómodo a propósito, sabiendo que iban a tener que estar prácticamente a oscuras en un sitio que no conocía. Cerró el vehículo con cuidado, sintiendo como su piel reaccionaba ante la fresca brisa que la rozó. Se frotó un brazo.

—¿Tiene frío, señorita Leigh? —pronunció Ethan a su lado, en un tono que Annabel no supo si era fruto de burla o curiosidad.

—No —respondió ella tratando de no darle importancia—. Estoy perfectamente.

Ethan no contestó, y por un instante Annabel se preguntó si aquello había sido simplemente eso, curiosidad. Un comentario irrelevante. Sin embargo, tuvo que ignorar las ocasionales miradas que le dedicaba su compañero, las cuales tal vez sugerían que dudaba de su respuesta. Caminaron sin decir mucho más, escuchando tan solo el motor de unos coches lejanos. Todo seguía en su lugar. La polvorienta placa con el nombre de su hermano, las ventanas opacas por el tiempo... Era un lugar solitario y olvidado, en el que tan solo ellos tenían algún interés.

Ambos se detuvieron frente a la puerta. Annabel sintió una pequeña presión en el estómago. Todo dependía de lo que ocurriese a continuación, pero por suerte para ella, lo que Robert escribió en su carta era cierto. En cuanto Ethan retiró el cartel, quitando los cuatro pequeños tornillos en las esquinas, una pequeña llave cayó al suelo, produciendo un tintineo metálico. Annabel se agachó a recogerla. Era fría al tacto, pero la sensación le produjo cierto alivio.

Un ligero clic les dio acceso al interior. La joven se vio rodeada de la más profunda oscuridad, hasta que su compañero encendió una linterna, iluminando un largo pasillo con puertas a ambos lados. A simple vista, no había nada extraño. Un suelo de baldosas marrones, paredes de un color caramelizado con algún que otro documento enmarcado sobre éstas... No había mucha más decoración. Robert era un hombre de gustos simples y sobrios. Annabel miró a su derecha. Ethan, que pareció leer su pensamiento, se acercó a la puerta e hizo presión sobre el pomo. Ésta cedió sin esfuerzo. Aparecieron ante ellos las siluetas de una camilla, mesas, y varios armarios que contenían medicamentos y utensilios tras sus cristales. Daba la sensación de que todo estaba en orden, pero Annabel no pudo pasar por alto el

pesado olor a cerrado que se había instalado en la habitación. Era un tanto repulsivo, por un instante creyó inspirar todos los males que habían pasado por ahí, concentrados en el ácido aroma médico. Ethan caminó con curiosidad, dirigiendo el rayo de luz sobre la superficie de la mesa que había al fondo. No había mucho, aparte de algunos papeles, cuadernos y varios lápices. Annabel ojeó varios apuntes sin encontrar nada relevante.

—Es mejor que vayamos a su despacho, creo que aquí no hay nada —le dijo a Ethan en voz baja. Éste asintió, guiando la luz de nuevo hacia la puerta.

Volvieron a salir al pasillo, escuchando el sonido de sus pasos sobre las baldosas. Annabel estaba tranquila, pero no podía negar lo mucho que le pesaba aquel olor clínico. Le recordaba a la enfermedad, especialmente al lado cruel que ésta podía tener. Ethan, que no se vio afectado por aquello, tomó la iniciativa y los guió hasta otra puerta de madera. En cuanto el interior se hizo visible, Annabel no pudo ocultar su asombro. Su hermano había adquirido una extensa cantidad de libros, más de los que ella imaginaba que tendría, pero la luz de la linterna no era suficiente para apreciarlos. Tanteó la pared a su lado hasta dar con el interruptor. No había ventanas, por lo que nadie del exterior pudo ver la iluminación repentina de la pequeña habitación. Ethan caminó hacia el escritorio, sin mostrar ningún tipo de sorpresa. Se agachó frente al mueble, dejando la superficie a la altura de sus ojos. Luego se levantó. Volvió a agacharse desde otro lado. Annabel decidió no prestarle mucha atención a su comportamiento, y atravesando la rojiza alfombra que cubría el suelo, se acercó a la estantería. La mayoría de obras, por no decir todas, eran composiciones de carácter científico, desde los descubrimientos médicos del último siglo, hasta tomos sobre inusuales complicaciones de salud. Los libros estaban cubiertos por una capa de polvo que, al pasar Annabel el dedo, se retiró suavemente como una nube semiopaca. Sin embargo, según caminaba a lo largo del mueble, leyendo y curioseando algo distraída, un par de pequeños ejemplares captaron la atención de su ojo. Tal vez fuese su imaginación, pero daban la sensación de estar menos olvidados que el resto. *The Subconscious*, *The Science of Hypnotism...* Annabel abrió uno de los libros y pasó las páginas, sin detenerse mucho en el contenido.

—Parece que Robert descubrió nuevas aficiones en los últimos meses —dijo enseñándole a Ethan la portada de uno de los libros. Éste levantó la vista al escuchar su voz.

—Ah eso —contestó sin más.

—¿Sabe algo al respecto?

—Aparentemente —dijo volviendo a su tarea de inspeccionar los cajones del escritorio—, lo consideraba una manera de acercarse a los traumas del subconsciente. Un intento de acceder a la mente, y todo eso.

—¿La hipnosis? —preguntó Annabel, incrédula, mientras dejaba los libros en su sitio.

—No lo sé, nunca lo entendí del todo, aunque parecía poner bastante esfuerzo en... mi caso—Annabel lo miró pensativa. Él, en cambio, no le prestó atención. Se dedicó a dar un par de vueltas alrededor de la mesa, totalmente absorto en sus pensamientos—. ¿Puedo ser sincero? Hay veces que sentía que le interesaba más lo que tuviese que contar, que ayudarme.

—¿A qué se refiere?

—Bueno... —Ethan caminó hasta el asiento que solía ocupar en sus sesiones con Robert, en el lado opuesto al escritorio. Se sentó en él con mucho cuidado, y mirando al frente, como si estuviese imaginando la figura del médico frente a él, prosiguió—. Si Robert le habló de mí en sus cartas, supongo que puede imaginar por qué acudí a él.

—¿La guerra? —preguntó Annabel mientras se acercaba a un armario, unos pasos a la izquierda del joven.

—La guerra —confirmó él—. Cuando volví, no podía dormir. Ni siquiera pensar. Era como si lo único que hubiese regresado de mí fuesen las imágenes de la violencia. Robert me prescribió pastillas, me obligaba a descansar... pero también quería actuar sobre la raíz del problema. Solíamos hablar durante horas, pero con el tiempo comencé a notar como si, detrás de la intención de ayudarme, estuviese su propio interés. Parecía disfrutar cada instante de mis recuerdos.

Annabel se dejó sorprender por aquella actitud. ¿Por qué de pronto le contaba todo eso? No estaba de acuerdo con lo que Ethan afirmaba sobre su hermana, pero la repentina confesión le llamó bastante la atención.

—No creo que sea cierto—intervino finalmente, rebuscando entre unos papeles y varios cuadernos que había dentro del mueble—. Robert es una persona muy curiosa, pero es imposible que su interés por los hechos fuese mayor que sus ganas de ayudarlo.



—Créame cuando le digo, que aquello parecía más que simple interés. Al principio también tuve mis dudas, pero después de leer la carta que le mandó, y de hablar sobre él con usted, estoy casi seguro.

—¿De qué?

—De su desaparición. Tiene que estar relacionada con su interés por la muerte...

—Eso es absurdo —Annabel se giró hacia él—. El querer saber más jamás le ha hecho daño a nadie. Tiene que haber otra razón, algo que hayamos pasado por encima.

Ethan no contestó, dando a entender que esa era su única opinión respecto al tema. Annabel volvió a darle la espalda, tratando de ignorar su insistente mirada mientras continuaba apartando papeles. La mayoría eran apuntes médicos de su hermano, facturas, registros de medicamentos de los que disponía... La joven dejó escapar un suspiro desesperado.

—No es tan fácil como esperaba, ¿eh? —dijo Ethan con un tono divertido.

—Al menos lo estoy intentando, no como otros —Lo miró de reojo de mala manera. Éste respondió levantándose y caminando hasta su lado, para luego mirar sobre el hombro de Annabel las hojas que tenía en las manos. La joven tuvo que reprimir, por educación, su necesidad de apartarse. Sintió un desagradable cosquilleo en el cuello, no le gustaba tenerle tan cerca. Siempre había preferido tratar con la gente desde la distancia, pero Ethan parecía no entenderlo, o no quería.

—Esto no va a servirnos de nada —contestó retirando los papeles de sus manos, antes de que Annabel pudiese responder—. Si Robert quería desaparecer sin dejar rastro, tenemos que dar con algún despiste suyo. Algo de lo que haya olvidado deshacerse por no tenerlo normalmente a la vista.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que no fue accidental? —Annabel se enfrentó a él, encontrándose con su mirada. Odiaba su comportamiento, actuaba como si lo supiese todo, cuando supuestamente ambos tenían la misma información. Aún así, no pudo encontrar nada en sus ojos a parte de la misma curiosidad y preocupación que sentía ella respecto a la situación.

—Si hubiese sido una casualidad, su hermano no le habría cedido su apartamento a nadie —respondió con su característica calma—, eso solo significa que fue una decisión consciente. Preparó su partida.

La joven frunció el ceño, apartándose de él rápidamente. Era como si el espacio de la habitación se hubiese encogido, haciéndole sentir pequeña y atrapada. Caminó con los brazos cruzados durante unos segundos, pensando en lo que acababa de escuchar. Tenía sentido, tal vez demasiado, pero el hecho de que su hermano se hubiese marchado por su propia voluntad, sabiendo que ella estaría preocupada, era algo que le costaba aceptar.

—Si Robert quisiese desaparecer de manera intencional, habría dejado una nota. Al menos para mí. Estoy segura.

—Pero no lo ha hecho —contestó Ethan sin escrúpulos, yendo de vuelta hacia el escritorio, esta vez para sentarse en el sillón que solía ocupar Robert—. En realidad me sorprende. Solía hablarme muy bien de usted. Incluso creo recordar que le hizo un dibujo una vez.

—¿Un dibujo? —se extrañó ella.

—Así es, ¿no llegó a recibirlo? —Annabel negó con la cabeza—. Era bastante común encontrármelo dibujando antes de nuestras sesiones. —Ethan comenzó a desordenar otra vez uno de los cajones—. Aquí está.

Annabel se acercó, recibiendo un pequeño cuaderno de piel, tan solo algo más grande que su mano. Dentro, en la primera página y dibujado con lápiz, había un boceto de un escarabajo. Su corazón dio un pequeño vuelco al verlo. Las líneas estaban trazadas de manera desordenada, pero sin duda aquella forma le era familiar.

—¿Le gustan los insectos? —se interesó Ethan, echado en el asiento y sin darle mucha importancia. Annabel levantó la vista.

—Me regaló uno por mi cumpleaños.

—¿Un dibujo?

—No, un escarabajo, pero no sé qué podría significar todo esto. Él nunca...

Las palabras de la joven se quedaron en el aire en cuanto comenzó a pasar el resto de páginas. Éstas, como si se tratase de un exhaustivo estudio sobre la anatomía, comenzaron a desvelar dibujos de todo tipo de insectos, cada vez más grandes, hasta llegar a los animales. Pájaros, peces, gatos, perros... Una infinidad de ilustraciones aparecieron ante la mirada incrédula de Annabel, adquiriendo éstas un tinte cada vez más macabro. Según avanzaba, las inocentes representaciones comenzaron a reflejar un estudio del funcionamiento interno de esos seres vivos, incluyendo notas del tamaño de sus cerebros, la complejidad de su sistema

nervioso, la comparación de sus corazones con los de un ser humano. Annabel volvió a mirar a Ethan, sin saber qué decir.

—¿Sabía sobre esto? —pronunció al fin, enseñándole una página con la anatomía de un gorrión. Ethan se tomó unos instantes antes de contestar.

—No, pero tampoco es tan extraño. Robert es un hombre de ciencias, después de todo.

—Lo sé, pero... —La joven caminó hasta el escritorio, dejando el cuaderno bajo la luz de una lámpara que había sobre éste. Volvió a mirar las ilustraciones—. ¿Está seguro de que quería regalarme el dibujo del escarabajo?

—Sí, es el único que me enseñó. Tal vez tenga algún significado para él.

—No lo sé...

Ethan, que seguía sentado a su lado, tomó el cuaderno para mirarlo más de cerca. Lo levantó delante suya para hojearlo, pero en cuanto lo hizo, algo se deslizó de su interior, cayendo al suelo. Ambos jóvenes se miraron durante unos segundos, antes de que Annabel se agachase a recogerlo. Era una hoja de periódico, doblada varias veces sobre sí misma, de manera que pudiese caber dentro del cuaderno sin sobresalir. No se demoró en extenderla sobre la mesa. Se trataba de la primera página de la edición semanal de *The Times*. Una de las principales características de ésta, era que por norma, aparte de servir como presentación, la primera carilla era un espacio reservado para la publicidad. Toda la hoja estaba cubierta de pequeños anuncios, siendo éstos tan variados que promocionaban desde marcas concretas de whisky, hasta pequeñas relojerías londinenses.

—Es del dos de enero, de este año —pronunció Annabel en voz baja, mientras sus ojos recorrían cada centímetro del papel—. Robert me escribió una carta esa misma semana, estoy segura.

—¿Todavía la tiene? —preguntó Ethan igual de concentrado.

—Sí, pero no sé si puede tener algún tipo de relación. No veo nada aquí que pudiese interesarle.

—¿Y qué hay de esto? —El dedo de Ethan cayó sobre una de las esquinas de la hoja. Había algo rodeado con lápiz. Annabel procedió a leer, con creciente sospecha.

—Doctor S. Williams, experto en tratamiento de enfermedades de carácter infeccioso y traumas físicos. Harley Street, número 116, planta 3 —pronunció

observando el pequeño anuncio, tratando de entender qué relación podía tener eso con su hermano.

—Solo alguien que esté completamente seguro de sus capacidades puede hacerse llamar experto. Tal vez eso haya llamado la atención de Robert.

—Quién sabe... —La joven acercó la hoja para leer la letra más pequeña—. Se buscan voluntarios como donantes de sangre. Posibilidad de tener una revisión completa gratis como agradecimiento. Sigo sin entender qué tiene que ver con Robert. ¿Y si estamos mirando donde no es? —concluyó sin creerse del todo sus propias palabras.

—¿En serio? —Ethan la miró, incrédulo, dejando escapar una risa.

—No tenemos ninguna prueba de que sea justo eso por lo que haya conservado la hoja —respondió ella observando el anuncio del Doctor S. Williams, inclinándose sobre la mesa con desesperación.

—Pero no perderíamos nada por ir a investigar.

Annabel suspiró, tratando de no sentir más rechazo hacia él por tener razón. No quería admitirlo, pero no tenía nada que decirle al respecto, y eso le irritaba. Aquella era la única pista que tenían, si es que realmente podía llevarles a alguna parte, así como el extraño cuaderno de dibujos. Volvió a mirar la hoja, recordando la siguiente carta que le escribió su hermano. Tal vez, si lograban ponerlo todo en común, conseguirían echar algo de luz sobre el misterio.

Los jóvenes no tardaron mucho más en abandonar el lugar. Tomaron el cuaderno de dibujos y la hoja de periódico, apagaron la luz. No fue hasta el momento de volver hacia la entrada, cuando Annabel se acordó de la nota con su dirección que había dejado días atrás, con la esperanza de que Robert apareciese para verla. Para sorpresa de nadie, ésta seguía ahí, tirada y olvidada frente a la puerta. Según salía, la miró con cierta desesperación. No sabía cómo afrontar la incertidumbre del futuro.

## XI

*17 de mayo, 1920. Londres.*

La interacción entre ambas mujeres había sido sumamente escasa aquel día. Apenas habían hablado durante el desayuno, y hasta la hora de comer, la señora Green permaneció en su habitación. Normalmente era Annabel la que se recluía entre las cuatro paredes, pero no fue el caso aquel 17 de mayo. La joven se encontraba terminando de fregar los platos, cuando oyó los pasos de su casera subiendo las escaleras. Para ese momento ya sospechaba que algo le ocurría, pero no se atrevía a llamar a su puerta, para no invadir ese extraño nivel de privacidad que necesitaba. A pesar de todo, la curiosidad y la ligera preocupación pudieron con ella. Cerró el grifo y se frotó las manos con un trapo cercano para salir a paso rápido de la cocina. La señora Green ya estaba alcanzando los últimos peldaños, por lo que no dudó en llamarla y subir detrás de ella. Los escalones crujieron bajo sus pies, y no fue hasta estar a su altura cuando se dio cuenta de que la mujer llevaba una pequeña foto entre las manos. Annabel le preguntó si le ocurría algo. Ésta suspiró, dándole la espalda. No quería presionarla, pues sentía que se trataba de un tema delicado, pero tampoco estaba dispuesta a dejar que la mujer se escondiese en su soledad. Quería mostrarle el mismo apoyo que ella le había dado la última vez, y para su sorpresa, la señora la invitó a pasar a su dormitorio.

Nunca había entrado. Tan solo se había asomado un par de veces cuando la llamaba a comer, y tampoco había tenido oportunidad de fijarse en los pequeños detalles que decoraban la habitación. Era luminosa, ordenada, con un armario y una amplia cama a cuyos lados había una mesita de noche. Un libro sobre una de ellas, una lámpara y un par de fotos sobre la otra. La señora Green le ofreció asiento en un pequeño sillón verde que había junto a la cama. Caminó varias veces a lo largo de la habitación, apretando la foto contra su pecho y murmurando algo que Annabel no pudo descifrar. Finalmente, se sentó con cuidado en una esquina del colchón. Trató de hablar varias veces, pero sus labios parecían albergar cierto temblor. Se concentraba en algún punto fijo, parecía tener las palabras en la punta de la lengua, pero su mirada siempre acababa cayendo de nuevo a la foto que tenía en el regazo. Annabel trató de distinguir a la persona desde su asiento. Era una foto de un hombre, bastante vieja, pero poco o nada podía ver a parte de eso. Tampoco se atrevía a hablar primero. El rostro de la mujer parecía estar sumido en un

sufrimiento reprimido y profundo que no sabía cómo compartir. Tenía que ser su marido, o eso pensó Annabel, al verla girar el anillo de su dedo mientras suspiraba. La joven desvió la mirada hacia las fotos de la mesita de noche, en un intento de disimular su curiosidad. En ellas aparecían dos niños pequeños. Un niño y una niña. Por alguna razón, se le hicieron algo familiares, pero la señora Green jamás había mencionado que tenía hijos.

—Lo siento, ¿podrías... dejarme sola un tiempo? —le pidió de pronto su casera, con la voz entrecortada. No quiso encontrarse con los ojos de Annabel. Tan solo permaneció ahí, inmóvil, de una manera totalmente ausente. La chica asintió, confundida y preocupada. Decidió hacerle caso y abandonar la habitación, pero no sin antes echarle otro vistazo a las fotos.

Llegó sobre las cuatro, tal y como tenía planeado. Un viaje en taxi, luego un camino de unos quince minutos. Hacía un buen día, por lo que bajó antes a propósito y caminó hacia la casa. Se remangó las mangas de la blusa. El tiempo estaba siendo sorprendentemente cálido, y todos a su alrededor parecían notarlo, desde los pájaros que saltaban de árbol en árbol, piando revoltosamente, hasta las familias que caminaban en la acera de enfrente. Pasaban muy pocos coches. Era como si una fuerza invisible hubiese empujado a todos a tomar la misma decisión. O tal vez todos buscaban lo mismo en el fondo; una luz que suavizase los eventos del presente. Annabel metió las manos en los bolsillos de su falda, caminando relativamente tranquila. Ethan parecía tener un plan, ella llevaba la siguiente carta de su hermano. Solamente necesitaba algo de paciencia para no entrar sin querer en un estado de desesperación.

Continuó andando durante unos minutos más, hasta que pudo divisar la familiar vivienda. El césped que la rodeaba estaba más verde que nunca, y los cristales de las ventanas parecían reflejar cada rayo de sol. Tomó el pedregoso camino que llevaba hacia la entrada, distrayéndose de pronto con un objeto que no había visto las veces anteriores. Había algo rojo y redondo tirado sobre la hierba, y tan solo necesitó acercarse para ver que se trataba de una pequeña pelota. La levantó. Sopló una suave brisa, trayendo consigo un sonido extraño y revoltoso que venía de la parte trasera de la casa. Annabel pensó durante unos instantes si caminar o no en esa dirección. No era su vivienda, y tampoco quería parecer entrometida, pero creer haber escuchado la voz de Ethan consiguió convencerla.

Iba a verlo a él, después de todo. Por muy poco que le gustase el tener que desentrañar sus pensamientos.

Atravesó el césped, caminando al lado de los diversos arbustos que adornaban el perímetro de la construcción, y se asomó por la esquina con cierta cautela para observar la parte de atrás de la parcela. Parpadeó varias veces, comprobando que, efectivamente, no se había equivocado de casa. Una pelota azul voló por los aires. Detrás de ella, dos perros salieron corriendo, uno saltando sobre el otro, tratando de alcanzar el pequeño juguete que voló hasta caer en los arbustos. Moviendo frenéticamente las colas en el aire, se lanzaron a por él. La chica los observó estupefacta. Eran dos border collies, prácticamente idénticos a simple vista, cuya única diferencia residía en el color de sus collares. Ethan los esperaba sentado en un escalón. Tenía el cabello despeinado por el aire, y una mirada un tanto inocente que estaba completamente absorta en sus mascotas. Éstas no tardaron en aparecer, esperando que les lanzase de nuevo la pelota. El proceso volvió a repetirse. Annabel los contemplaba en silencio sin atreverse a llamar su atención. Le sorprendía que aquel joven de ideas impredecibles pudiese encontrar reconfortante la presencia de dos peludos. Lo consideraba complicado y distante, pero allí, en aquel momento, tan solo parecía ser un simple joven que disfrutaba de la vida. La indiferencia con la que cargaba su carácter parecía haber desaparecido por completo, recordándole que tampoco sabía tanto de él. Fue aquel contraste el que le hizo darse cuenta de que tal vez había una razón detrás de su forma de ser. Al menos de esa que mostraba ante los demás.

Annabel se encontraba tan concentrada en sus suposiciones, que tardó varios segundos en percatarse de que Ethan había girado la cabeza en su dirección. Sintió un ardor subirle por la nuca. No sabía qué decir. No quería parecer una acosadora indiscreta, pero tampoco entendía por qué de pronto le preocupaba lo más mínimo la opinión que tuviese de ella. Lo vio susurrarle algo a los perros sin quitarle la vista de encima. Éstos comenzaron a correr en su dirección. Annabel no se asustó, pues había tenido perros de pequeña, pero su curiosidad e insistentes saltos lograron sacarla de aquel trance. Le olisquearon las piernas dando vueltas a su alrededor, hasta que sus oscuros ojos quedaron fijos en algo que llevaba entre las manos. Era la pelota roja, había olvidado por completo que todavía la tenía. La lanzó, los perros fueron detrás de ella.

—Parece que les gustas. —Ethan se había acercado, con una actitud despreocupada y las manos en los bolsillos. Annabel trató de recuperar la compostura.

—No debería estar aquí. Lo siento.

—Oh, vamos, Annabel. Has hecho cosas peores que colarte en mi jardín para espiarme —rió. La joven se arrepintió de haber pensado siquiera que aquel individuo podía llegar a ser agradable.

—No estaba espiando a nadie, ¿y desde cuándo me llama por mi nombre, señor Clark? —le preguntó, tratando de no hacer muy visible el repentino tumulto de emociones que se había apoderado de ella.

—Desde que tú te tomaste la confianza de curiosear por aquí a tu antojo.

—He dicho que lo siento —se defendió, maldiciendo su necesidad de saberlo todo.

—No me importa tanto, en realidad. Solo era una excusa.

—¿Una excusa para qué? —Ethan la miró con cierta diversión, pero no contestó. Algo había cambiado en él con el paso de las semanas, pero Annabel no sabía qué exactamente. Aparentemente seguía igual. Pelo negro, ojos claros. Al sol parecía incluso excesivamente blanco. Odiaba la pícara sonrisa que ponía cada vez que estaba a punto de decir algo que sabía que no le iba a gustar. Lo consideraba un pensamiento un tanto infantil, pero le entraban ganas de pegarle. Y el hecho de que era más alto no iba a intimidarla.

—Deja de mirarme así. No sé si es que te gusto o si me detestas profundamente—. Annabel abrió los ojos, un tanto asqueada por su osadía.

—Lo dejo a tu imaginación. Aunque deberías tenerlo claro, Ethan —pronunció su nombre con algo de recelo. Creía poder aguantarlo cuando estaba serio, pero aquel comportamiento la sacaba de sus casillas. Sentía que se reía de ella, y la sensación no hacía más que empeorar su opinión sobre él.

Ethan sonrió al escucharle decir su nombre, pero no contestó. Se limitó a encogerse de hombros e invitarla al interior de la casa. Los perros continuaron jugando en el jardín. Tomaron las escaleras y subieron hasta la habitación de las puertas acristaladas, que resultó ser una sala bastante amplia y acogedora. La recordaba de la primera vez que estuvo allí, pero no pensó que pudiese llegar a saciar su curiosidad respecto a qué se escondía en su interior. No creía que fuese a volver, y sin embargo, ahí estaba, analizando las pequeñas estatuillas de animales y



jarrones que adornaban las cómodas y estanterías del salón. Una de esas vasijas, en concreto, llamó su atención. Parecía como si hubiese sido restaurada, aunque todavía se apreciaban algunas grietas en su superficie.

—Han sido Lilly y Rose. La dejaron caer. ¿Recuerdas el día que viniste?  
—Annabel arqueó una ceja. Sabía perfectamente a qué se refería. La primera vez que estuvo allí, Ethan abandonó el despacho sin siquiera despedirse. Había sido eso.

—Así que Lilly y Rose, ¿eh? —El joven asintió.

—Espera aquí, volveré en un momento. Charles tiene que estar a punto de llegar también, y tenemos mucho de lo que hablar —explicó, desapareciendo seguidamente por la puerta, sin dar más explicaciones.

Annabel volvió a quedarse sola, así que se permitió caminar a lo largo de la habitación, admirando las suaves alfombras marrones y las delicadas figuras de cristal que había en una de las estanterías. Al igual que en el despacho, éstas rebosaban de libros. Reconoció varios de ellos. Shakespeare, Mary y Percy Shelley, Keats, Wordsworth, Oscar Wilde... Detuvo la mano sobre una recopilación de poemas de Edgar Allan Poe. Habían formado una parte muy importante de su adolescencia, así como de su presente juventud, por lo que sin tratar de controlar el impulso, comenzó a hojear las páginas. Le parecía curioso, pero tampoco le sorprendía: alguien con el impredecible comportamiento de Ethan tan solo podía encontrar consuelo en la poesía. No se detuvo a leer en profundidad, tan solo los primeros versos de uno u otro, pero unas palabras escritas a mano bajo uno de los poemas llamaron su atención, "Tu ausencia se siente como un sueño inolvidable, imposible de tocar". El poema en cuestión, era *A Dream Within a Dream*, un escrito cuyas letras parecían ahogarse en la pena y desesperanza de su autor. Una composición sobre la pérdida, el sueño en el que se convierten los recuerdos del pasado. Pasó algunas páginas más. El resto estaban vacías. Dejó el libro en su sitio. Por alguna razón sentía que había visto de más, que aquellas palabras no estaban ahí para que ella las encontrase, y por unos instantes notó como si una extraña miseria intentase envolverla. No solía importarle, de hecho, había asimilado hacía tiempo que la vida no iba a darle aquello, pero por un momento lamentó no ser jamás una persona que alguien pudiese llegar a buscar. Esperar. Necesitar. La explicación para ello era muy simple, ella tampoco estaba dispuesta a hacerlo por nadie. No era egoísta. Muchos lo consideraban así, pero permitirse considerar su

vida incompleta sin tener a alguien más era un lujo demasiado grande, y el posible daño que los demás podían hacerle, un riesgo que no estaba dispuesta a correr. Había aprendido bastantes cosas desde que su marido se fue de su vida, y una de ellas, era que tenía que hacer todo lo posible por conservar a aquellos que todavía le quedaban.

Caminó de un lado a otro, con una incómoda sensación en el estómago que no se desvaneció hasta que Ethan volvió a aparecer, esta vez con Charles. Entraron riendo y charlando sobre algo a lo que Annabel no prestó atención. Ethan se había peinado, y en las manos traía algunas hojas en blanco, que dejó sobre la mesa que había en el centro de la sala. Luego abrió un poco más las largas cortinas de la habitación.

—Bien, creo que tenemos varias cosas que comentar —dijo mientras iba de vuelta hacia la mesa.

—Desde luego —Charles los miró, impaciente. Annabel pudo comprender su emoción, pues la noche anterior, al volver de la clínica de Robert, poco o nada fue lo que Ethan quiso revelar.

—He traído otra carta más de mi hermano. Es del cinco de enero, tan solo tres días después de que saliese esta edición de *The Times* —La joven colocó sobre la mesa los tres elementos clave de ese día: La carta, la hoja del periódico, y el cuaderno de dibujo.

Ethan procedió a relatar los pequeños pero interesantes eventos de la noche anterior, desde los detallados dibujos hasta las sospechas que tenían respecto a por qué Robert habría conservado ese fragmento de periódico. Annabel no olvidó mencionar el dibujo del escarabajo. Sentía que podía ser relevante, ya que no era la primera vez que su hermano recurría a ese insecto.

—Escarabajos... es curioso. Parece que por alguna razón los relaciona con usted. ¿Acaso le gustan? —preguntó Charles especialmente animado.

—Solían parecerme interesantes cuando era pequeña, pero nunca les di especial importancia.

—Eso no ayuda mucho —intervino Ethan, haciendo que Annabel lo mirase con algo de fastidio.

—Lo sé, solo intento buscarle algo de sentido a todo esto.

—Bueno, no nos alteremos —sonrió el pelirrojo con calma—. ¿Podría leernos la carta de su hermano? Estoy seguro de que mi compañero lo apreciará.

Durante unos segundos, nadie habló. Annabel los miró sin saber cómo interpretar ese comentario. Charles pareció no darle importancia a lo que había dicho. Mientras, Ethan redujo su reacción a observar a Charles de reojo, con cierta incomodidad.

—Solo léela, por favor —dijo al darse cuenta de que, a su vez, Annabel lo miraba a él, con una clara falta de paciencia.

5 de enero, 1920

Querida Annabel,

Me gustaría encontrar alguna otra forma de comenzar mis cartas, pero siento como si toda mi concentración estuviese en otra parte. He estado bastante frustrado últimamente, y no consigo encontrar la razón. Es como si mi cerebro jamás estuviese satisfecho con ninguno de los pensamientos que tengo a lo largo del día. He estado tratando de encontrar respuestas a todas mis preguntas, pero por el momento, me ha sido imposible. Sin embargo, me gustaría darle un tono algo más positivo a esta carta. Quería empezar diciendo que estoy orgulloso. Orgulloso de todo lo que he conseguido con ese amigo del que te hablé. Hace justo un año desde la primera vez que nos vimos, y he de decir, que después de todo el trabajo que hemos hecho, los avances son notables. Ya puede conciliar el sueño con mayor tranquilidad, me habla sobre la impresión y los sentimientos que ha dejado la guerra en él sin perder el hilo de la conversación, ni dejarse llevar por su incontrolable miedo al pasado. Es... mucho más consciente de la fragilidad de la vida, aunque eso ha traído sus consecuencias también. Siento que tiene un miedo inhumano a perder a aquellos que le son cercanos. Intentaré afrontar este tema en nuestros próximos encuentros, aunque, a decir verdad, me siento algo perdido. No porque no sepa cómo proceder, sino porque es una realidad emocionalmente lejana. Siento que incluso tú podrías comprender mejor su situación. Aún así, voy a quedarme con lo positivo, no está entre mis intenciones centrarme en desgracias.

A pesar de haber estado de un humor algo apático estos meses, siento que las cosas están a punto de cambiar, para mejor. No sé cómo exactamente, pero tengo el presentimiento de que se me van a abrir puertas a las que creía que jamás conseguiría el acceso. Es como si, poco a poco, las piezas fuesen cayendo en su sitio. Puede que esto requiera un esfuerzo extra por mi parte, pero es algo que, sin

duda alguna, estoy dispuesto a hacer. He mirado en los ojos de tantas criaturas, sin entender por qué sus corazones laten, que estoy dispuesto a dar lo que sea por lograr un camino claro y seguro.

Quiero concluir esta carta diciendo que, a pesar de las dificultades, todo es posible. Siempre, tarde o temprano, aparecerá ese algo, o alguien, que nos hará las cosas más amenas. La única condición es no perder nunca la esperanza. Recuérдалo siempre.

Tu hermano Robert

Annabel terminó sin hacer pausa alguna de por medio, a pesar de que hubo alguna que otra línea que le costó leer. Pudo saber, incluso antes de levantar la vista del papel, que Ethan la estaba mirando con una incomodidad difícil de disimular. Sin embargo, ninguno decidió comentarlo.

—Bueno, ¿qué os parece? —La joven volvió a dejar la carta sobre la mesa, a la vista de todos. Estaba algo nerviosa, leer algo tan personal le había recordado lo poco que había compartido sobre su vida, y quería evitar a toda costa eran las preguntas, aunque, a juzgar por la arruga que se había dibujado en la frente de Ethan, él también.

—Es más positiva de lo que imaginaba —contestó Charles—, quizás demasiado si recordamos lo último que escribió.

—Eso significa que tuvo que pasarle algo —respondió Ethan, recuperando un poco la tranquilidad y relajando la frente.

—¿Por ejemplo? —preguntó Annabel esperando escuchar su opinión.

—Tal vez haya conocido a alguna mujer —dijo el pelirrojo sin pensar mucho—. Habla sobre puertas abiertas y alguien que le haga las cosas amenas.

—Sí, pero dudo que mi hermano se refiera a eso. Quizás encontró algo que le haya aclarado las ideas respecto a sus preocupaciones.

—¿Como otro médico? —Ethan miró a Annabel, esperando su aprobación.

—Es una posibilidad pero, ¿de verdad podemos estar tan seguros? —La joven le observó con cierta sospecha. Ethan se limitó a fijar la vista en algún punto del techo, como tratando de recordar algo que ocurrió hacía tiempo.

—Es tan solo un presentimiento. Robert solía mencionar cosas, comentarios que al principio no me parecieron importantes y de los que apenas me acuerdo. Una vez, dijo algo que me hizo pensar que se había unido a una comunidad de médicos, o algo por el estilo, pero fue algo en lo que no volví a pensar hasta ayer.

—¿Por eso quieres que vayamos a la dirección del anuncio?

—Exacto. Y porque por alguna razón rodeó justo ese. No puede ser casualidad.

Annabel intercambió miradas tanto con Ethan como con Charles. El pelirrojo parecía estar a favor de cualquier idea que tuviesen, sobre todo si ésta implicaba ir a algún sitio nuevo a averiguar algo que ni ellos sabían, así que su próximo destino parecía estar claro. La joven suspiró, mirando todo el material que tenía frente a ella. Descubrir por qué a Robert le interesaban los escarabajos, y la razón detrás de sus dibujos de animales, eran cosas que tendrían que esperar. Al menos por el momento.

—Está bien, supongo que es mejor que nada.

Annabel tenía planeado irse antes de la hora de cenar. Quería hacerle compañía a la señora Green, pues fuese el que fuese el origen de sus penas, sentía que la mujer agradecería su presencia. Se despidió de Ethan y Charles decidida a marcharse, pero el segundo insistió en llevarla en coche. El pelirrojo parecía bastante animado a pesar de las horas que pasaron exprimiendo sus pensamientos, así que aceptó la propuesta sin pensárselo demasiado. Ethan le dirigió una mirada un tanto extraña a su amigo, pero no comentó nada. Sin embargo, justo antes de salir Annabel por la puerta de la entrada, la detuvo dándole un suave toque en el brazo.

—Todo irá bien —le dijo de la nada. Por un momento, no supo qué contestarle. Había sido inesperado, tal vez algo innecesario también, pero no pudo pasar por alto los rasgos cansados que Ethan había adquirido durante la tarde.

—Lo sé... —contestó sin saber si era esa la respuesta que esperaba—. Estoy bien. Gracias. —Ethan asintió en silencio. La miró como si fuese a añadir algo más, pero finalmente se despidió rápidamente y cerró la puerta. Annabel se encogió de hombros.

—Es raro —dijo cuando alcanzó a Charles—. ¿Aparento necesitar apoyo emocional?

—Tal vez sea él el que lo necesite —respondió con una sonrisa, caminando a su lado de forma relajada. Annabel levantó la vista hacia la ventana perteneciente a la sala en la que habían estado. Había bastantes cosas que desconocía sobre el pasado de Ethan, pero no estaba segura de querer saberlas, por mucha curiosidad que le diese saber el contexto de la nota del poemario. Había sido esa misma curiosidad la que últimamente había estado jugando con ella. Y no de la mejor manera.

## XII

*17 de mayo, 1920. Londres.*

La cena ya estaba lista cuando regresó a casa de la señora Green. Para su sorpresa, la mujer se encontraba mucho más animada, incluso se interesó por la evolución de su investigación, ya que días atrás, mientras consolaba a Annabel, ésta había terminado contándole la verdadera razón por la que estaba en Londres. Sin embargo, había evitado mencionar los nombres de sus compañeros por su propia seguridad. Cuanto menos supiese sobre su situación, más segura iba a estar, y tampoco quería que la mujer se preocupase por ella en exceso.

Habían terminado de comer hacía un tiempo, cuando la señora Green tomó asiento en el sofá, al lado de Annabel. Llevaba una caja de hojalata en las manos, la cual le entregó invitándole a abrirla. Dentro se encontraba la foto que le vio esa mañana. Aparecía un hombre joven, apuesto, de cabello cuidadosamente peinado y mirada intensa. Le preguntó si era su marido. La mujer asintió. Había varias fotos más, en una de ellas salía junto a la joven señora Green, rebotante de vida. Tuvo que admitir que hacían una pareja bastante atractiva. De hecho, aparentaban estar hechos el uno para el otro.

—Han pasado ya trece años, y sigo sin poder asimilar todo lo ocurrido. Siento mi comportamiento de esta mañana. Necesitaba hablar con alguien, pero no pude encontrar las palabras —la mujer se rió de sí misma mientras acariciaba la tapa de la caja vacía—. La edad me ha quitado capacidad de expresión. No dejes que eso te pase.

—¿Suele hablar mucho de él? —se interesó Annabel ordenando las fotos. La señora Green suspiró con nostalgia.

—¿Quién iba a querer escuchar a una mujer que sigue sin superar a su marido trece años tras su muerte? Es absurdo. —Volvió a reír con cierta melancolía. Annabel la tomó de la mano con delicadeza. Entendía perfectamente la impotencia y el vacío que dejaba la pérdida de alguien.

—¿Le importaría contarme lo que ocurrió? Si se siente cómoda, por supuesto. —La señora Green cogió su mano con firmeza.

—Me encantaría.

Todo parecía mágico a la edad de quince años, o al menos así recordaba la señora Green su juventud. Conoció al joven que se convertiría en su futuro marido en una casualidad que tan solo podía estar planeada por el destino. Un mismo día, un mismo tren, un mismo viaje. La joven Elizabeth Green no nació en Londres, pero se vio obligada a visitar aquel andén por circunstancias que se le escapaban. Los Green habían recibido una vivienda como herencia de un familiar fallecido, y aquello había sido suficiente para que la familia tomase el siguiente tren a la capital tan solo semanas después de recibir la noticia. Si fuese por ella, posiblemente no habría dejado su anterior hogar. Conservaba demasiados recuerdos cuyo valor emocional iba a ser irremplazable, pero lo que no esperaba era que aquel viaje de cuatro horas fuese a cambiar su vida para siempre.

Tomó la mano de su padre para subir al tren, llevando una maleta en la otra que casi parecía ser más grande que ella. Estaba fascinada. Era la primera vez que se alejaba de casa, todo parecía emocionantemente desconocido. Desde los estrechos y largos pasillos del tren, con sus cabinas y respectivos asientos en el interior, hasta los pasajeros de rostros irreconocibles y acentos que no había escuchado antes. Recordaba ir caminando completamente distraída, sujetando su sombrero con una mano y llevando la maleta en la otra, tratando de seguirle el paso a sus padres a la vez que se asombraba por cada minúsculo detalle que le llamaba la atención. Alguien chocó con ella, dejando caer su sombrero al suelo. Había sido un hombre alto que ni siquiera se percató de lo ocurrido, por lo que no tuvo más remedio que agacharse y recogerlo. Al levantar la vista, sus padres habían desaparecido entre la multitud. Continuó caminando, esta vez tratando de poner más atención en lo que tenía delante. No dejaba de asomarse a las distintas cabinas, tratando de localizar aquella que les pertenecía a ella y a sus padres, pero el eterno pasillo parecía no tener fin, y ellos no aparecían por ninguna parte. No fue hasta ese momento que comenzó a sentir miedo. Estaba completamente sola con un equipaje que le costaba aguantar hasta con ambas manos. Esperó. Tarde o temprano su familia notaría su ausencia. Los pasajeros continuaron yendo de una dirección a otra, pero no conseguía reconocer ninguna de sus caras. Habrían pasado unos cinco o diez minutos cuando, de pronto, alguien cogió su mano y tiró de ella. Tardó unos instantes en reaccionar. Al hacerlo, supo que aquella imagen permanecería con ella hasta el resto de su vida. Un joven, del que solo podía ver la nuca delante de ella, la guiaba a través del confuso tumulto de personas. No sabía



quién era, tampoco a dónde la llevaba, pero por alguna razón no sintió la necesidad de preocuparse. Algo le decía que todo iba a estar bien. Quizás fuese el calor de su mano contra la suya, quizás la manera en que sus ojos claros la miraban de reojo de vez en cuando, sentía aquel instante como si hubiese sido extraído de un libro. No tardaron en alcanzar el final del vagón, accedieron al siguiente. Su madre la esperaba tras la puerta. Pronto se enteró de que aquel joven se ofreció para traerla hasta sus padres, pues los escuchó llamarla por su nombre y preguntarle a los demás si la habían visto. Él lo había hecho.

—Era un chico muy tímido, muy reservado —continuó la señora Green—. Se marchó en cuanto vio que todo estaba en orden. No me dijo su nombre hasta que una hora más tarde, lo encontré mirando por una de las ventanas del pasillo. Me pareció misterioso —sonrió con cariño—. Hablaba de una forma muy poética, creo que eso fue lo que más me llamó la atención.

La joven se recostó en el sofá mientras escuchaba el resto del relato. La mujer no exageraba cuando decía que parecía magia. Su personalidad y la de aquel joven muchacho encajaron como dos piezas que habían estado demasiado tiempo separadas. Annabel se preguntó si algún día llegaría a experimentar lo mismo, aunque dudó que una experiencia así a su edad pudiese ser tan intensa como las sensaciones de aquella señora Green adolescente. Porque la que hablaba no era una mujer mayor, sino una niña que acababa de encontrarse con la persona que iba a querer para el resto de su vida.

—Yo también me casé cuando tenía dieciocho —comentó de pronto Annabel con cierta añoranza—. Aunque no fue por amor. —La señora Green la miró algo apenada—. ¿Cómo se siente?

—Es difícil de describir. Es algo que tienes que vivir en tu propia piel. Las palabras son irrelevantes en comparación con la realidad de los sentimientos.

Todo parecía ser ideal. La vida de ambos continuó sin demasiadas dificultades, pues sabían que, pasase lo que pasase en el transcurso de su existencia, iban a estar ahí para el otro. A los veintitrés nació su primer hijo, cuatro años después vino su hija. Ninguno podía pedirle más a la vida, no eran pobres, disfrutaban de todo aquello que habían tenido el placer de conocer. Vivieron tranquilamente, sus hijos crecieron. Tanto ella como su marido trabajaban sabiendo

que tenían un buen futuro. Tal vez fue esa excesiva confianza la que finalmente le dio un final desgarrador a la historia. Ya no era una niña, pero esa mujer que rozaba los cuarenta jamás había dudado del hombre que había elegido. No sabía en qué momento exactamente, si había hecho algo mal, tal vez si hubiese insistido más en las conversaciones que tenían habría cambiado el futuro. Algo se quebró con la edad en la mente de su marido. Nunca había sido una persona que hablase con facilidad de sus sentimientos, y tal vez ese había sido el problema. Con el tiempo, la señora Green comenzó a notar que les faltaba el dinero. Le preguntaba, una y otra vez. Volvía a insistir. Aquel que una vez la cautivó con sus palabras ahora huía de la sinceridad con excusas torpes. Desarrolló una adicción, las sustancias prescindibles consiguieron seducirle, y la mujer jamás llegó a saber por qué, o en qué momento. Todo había ocurrido demasiado rápido, y tampoco pudo proteger del todo a sus hijos. La vida se escabulló de las manos de ese niño de ojos claros que años atrás la guiaba de la mano, y la señora Green sabía la verdad que trataba de ocultar. El hombre salía por las tardes a saciar el hambre. Perdió el trabajo, ella se negó a darle dinero, en un intento de evitar que volviese a adquirir más de esa sustancia que les estaba costando la felicidad. Las discusiones aumentaron. Ya apenas podían mirarse cara a cara. Tan solo sus hijos, de quince y doce años, eran capaces de mantenerlos unidos. Sin embargo, aquello también fue temporal. Una tarde, el hombre abandonó el hogar. Quiso detenerle, pero sus intentos resultaron inútiles. Su marido insistía en que no debía preocuparse, lo solucionaría todo ese día por el bien de sus hijos. Aquella fue la última vez que le vio con vida. Salió por la puerta como un fantasma decidido a abandonar el plano terrenal, pero lo que la mujer no sabía, era que sus hijos, con la intención de detenerle también, le siguieron. Jamás supo con detalle lo que ocurrió. Tan solo su hijo volvió esa noche.

—Entró temblando, asustado. Recuerdo preguntarle qué había ocurrido, dónde estaba su hermana. No podía hablar, pero sus manos... Las manos de un niño inocente jamás tendrían que estar manchadas de sangre, y las suyas lo estaban. Dijo que había matado a su hermana al permitirle ir con él, que era toda culpa suya. Jamás lo vi llorar tanto como ese día. No podía creerle. Cuando pregunté por su padre... Supe que todo había acabado por la expresión en sus ojos.

Los niños habían seguido a su padre por un oscuro callejón, hasta el esqueleto de una fábrica abandonada que parecía esconder los miedos más grandes de la gente. Había alguien dentro. Un hombre trajeado y con sombrero que exigía algo de su padre. Ningún niño debería contemplar la muerte, y sin embargo, una decisión poco meditada los empujó hasta allí. Se escucharon disparos. Alguien cayó al suelo. El grito horrorizado de su hermana la delató, empujándola a correr sin rumbo. Su alma quedó atrapada en ese lugar para siempre.

—Le pedí que me llevase hasta allí. Necesitaba verlo con mis propios ojos, algo en mi interior se negaba a creer que aquello pudiese ser verdad, aunque en realidad sabía que era cierto. Ver a mi hijo había sido suficiente. Cuando llegamos, no había nadie. Tan solo sangre en el suelo.

Annabel escuchaba con un nudo en el estómago y el cuerpo totalmente paralizado. Una melancólica tensión se había apoderado de sus extremidades, complicando su intento de consolar a la mujer. Le costaba respirar. Era como si un peso invisible le hubiese oprimido el pecho, no podía imaginarse lo que era perderlo todo en un día. Miró a la señora Green, la cual había cerrado los ojos, con una lágrima que se deslizaba por su mejilla. Siempre le había parecido una mujer alegre y tranquila, pero ahora, su apenado mundo interior parecía haberse escapado de su cuerpo. Jamás pensó que la naturaleza de su historia pudiese llegar a ser tan trágica, pero saber aquella información había sido una experiencia abrumadora incluso para la propia Annabel.

—Lo siento —consiguió decir en voz baja. No sabía qué más añadir. Nada de lo que dijese podría consolar a una mujer que había estado trece años sufriendo la muerte de su marido y su hija.

—No te preocupes. Ha pasado mucho desde entonces. —La señora Green pasó la manga de su vestido por su rostro.

—¿Y su hijo? ¿Dónde está ahora? —se interesó pasados unos minutos, dudando si realmente le estaba permitido hacer esa pregunta. No quería hurgar en la herida.

—Mi hijo... Creo que jamás pudo superar la culpa que poco a poco lo consumía por dentro. Siempre había sido un niño impulsivo y alegre, pero se apagó. Jamás volvió a ser el mismo por mucho que le dijese que no debía culparse por lo ocurrido. Creo que también sufría al verme preocupada por él. Habría pasado un

mes cuando se fue. Simplemente decidió marcharse. Decía que estaba demasiado avergonzado por no haber protegido a su hermana, por haber arruinado mi vida. Intenté buscarlo, hice todo lo que estuvo en mis manos. Lo habría perdonado mil veces con tal de que se quedase, a pesar de que no hay nada que perdonar. Incluso si volviese ahora, no existiría en mi ni una pizca de rencor o decepción al verle.

—Estoy segura de que volverá algún día. El miedo no puede sustituir a una madre.

—Eso pensaba al principio. Ahora... Ya casi no me queda esperanza. Pero sé que está vivo. Recibí una carta hace un tiempo. Era de él. Decía haber encontrado un buen trabajo, me pedía que lo perdonase por todos esos años de ausencia, y por los que estaban por venir. No creía tener la valentía suficiente para volver a verme, pero trató de compensarme mandando dinero cada mes, y seguí su consejo de mudarme de casa. Era lo único que podía hacer por la distancia.

El relato de la mujer no se extendió mucho más. Guardó las fotos de vuelta en la caja, no sin antes contemplarlas durante un instante más. No iba a volver, debía aceptarlo. Annabel la vio deslizar el anillo de su dedo, aunque jamás iba a olvidar esa parte de su vida, con o sin él. Una de las mayores condenas de estar vivo es recordar eternamente el pasado.

Apagaron las luces, cerraron las cortinas. La noche estaba cargada de una melancolía que Annabel no pudo ignorar. Subió a su habitación sintiendo como si acabase de vivir toda una vida. Ahora entendía por qué la señora Green había evitado hablar de su familia, por qué su casa estaba tan vacía. Había guardado todo lo que en algún momento le había recordado a sus hijos y su marido, tan solo conservaba las fotos, para jamás olvidar sus rostros y lo que fueron algún día. La admiración comenzó a crecer en su interior. Todo ese tiempo, el dolor, y la mujer seguía poseyendo ese lado amable y sonriente que le había estado mostrando desde el primer día. Podía empatizar con ella, comprendía lo que se sentía. Sus vidas no habían sido tan distintas en realidad, pues ambas habían sido abandonadas por personas especialmente importantes en su vida. Annabel cerró la puerta sin hacer ruido, y dejándose caer en la cama enterró el rostro entre sus manos. No quería recordarle. No quería revivir lo sucedido otra vez. Existían en un mundo demasiado injusto. Sin embargo, por mucho que lo negase, la señora Green aún tenía una esperanza. Su último deseo aquella noche no fue encontrar a su hermano.

### XIII

1914. *Sheffield.*

Afuera llovía. La vela que había en el centro de la mesa parpadeó, temblorosa, como si supiese lo que estaba a punto de ocurrir. Siempre encendían una cuando tenían algo de lo que hablar, aunque en ese momento ninguno de los dos conseguía encontrar las palabras. Era en ese momento o nunca. No iban a tener otra oportunidad. Annabel levantó la vista. La luz de la cocina estaba apagada, pero la pequeña llama era suficiente para iluminar el rostro inclinado sobre ella. No había cambiado desde la primera vez que se vieron. Eran tan solo unos niños, pero había conservado esa sonrisa que tanto le caracterizaba, algo traviesa y curiosa a la vez. Ese era, posiblemente, el primer día en el que un pequeño tinte de melancolía parecía acompañar cada mirada que le dedicaba. Ella trataba de ignorar ese detalle. Lo iba a echar de menos. Lo sabía sin duda alguna. Había estado luchando contra la horrible sensación de impotencia y el nudo en la garganta durante semanas, pensando que no sería capaz de dejarle ir cuando llegase el momento, y sin embargo, allí estaba. No había derramado ni una lágrima. Tal vez ya había aceptado la situación, quizás se había rendido. Sabía que nada iba a cambiar por mucho que insistiese, por lo que se limitó a observarle en silencio. Tenía todo el derecho del mundo de tomar esa decisión, la crudeza de la realidad había podido con él. Era consciente de ello. Conocía todas las razones, pero aún así no podía imaginar cómo sería su vida sin él. Habían vivido tanto juntos, atravesando cada obstáculo que se interpusiese en su camino. Le vio sonreír. Sonrió de vuelta. No quería que su último recuerdo de ella fuese uno del que luego se fuese a arrepentir. Quería hacerle ver que iba a poder seguir adelante, que le perdonaba por todo lo que estaba a punto de hacer. Quería que supiese que su vida no iba a detenerse si la suya acababa.

—¿No hay nada que pueda hacer? —preguntó de pronto en un hilo de voz, esperando la respuesta.

—Sabes que no —contestó él, volviendo a sonreír.

—Quisiera saber si he hecho algo mal. —Le vio estirar una mano en su dirección desde el otro lado de la mesa. La tomó como si fuese lo último a lo que se pudiese aferrar para no caer.

—No podría pedirte nada más, has hecho todo lo que has podido. No puedo seguir aprovechándome de toda la vida que te queda por delante.

—No es verdad, solo quiero que estés bien. Tal vez podríamos irnos lejos de aquí, de todos ellos. —Ya le había propuesto la idea días atrás. Repetirla no iba a servir de nada, pero su interior le pedía que lo intentase una vez más.

—Sabes que nada cambiará. Da igual a dónde vayamos. No puedo cambiar quién soy, y siento que este mundo simplemente no es para mí. —Acarició su mano con el pulgar—. Vas a estar bien, te lo prometo.

—¿Y si no es así? ¿Quién va a apagar la luz cada vez que me quede dormida leyendo? —Ambos rieron, pero fue justo esa risa en mitad de la tormenta la que comenzó a hacerle presión en el pecho.

—Siempre encuentras el camino, esta vez no va a ser diferente.

—Nadie va a querer a una viuda de casi veinte años. Acabaré con un señor desesperado que me triplicará la edad —Trató de disimular sus emociones. Le estaba doliendo, el futuro.

—Encontrarás a alguien. Alguien que te quiera como te mereces, con el que puedas ir en público sin escuchar murmullos acerca de vuestra vida privada. Alguien a quien puedas querer de verdad. No quiero que sigas sintiendo que tu vida es una mentira por mi culpa.

—Nuestra culpa, en cualquier caso.

No habían tenido elección. Aquel había sido el único camino. Él trataba de disimular la naturaleza de sus inclinaciones para acabar con el desprecio con el que vivía día a día. Ella, huir de una familia que le imponía un camino que ella no deseaba. Ambos percibían la decepción que sentían sus seres cercanos, un matrimonio entre ellos podría suavizar la crítica de su entorno. O eso pensaban. Tenían la confianza suficiente como para llevar a cabo aquel plan, que para su propia desgracia acabó siendo más complicado de lo que pensaron. Si existían sentimientos entre ellos, tan solo eran del tipo que existían entre unos viejos amigos. No eran más que eso. Cada uno vivía su vida a pesar de que compartían casa y un par de anillos que significaban poco. Tal vez había sido eso lo que finalmente empujó al joven a tomar esa decisión. Sentía que había fallado. No había sido lo suficientemente sutil en cuanto a sus intereses, los rumores volvieron a nacer en boca de sus conocidos. A él lo miraban con desdén, a ella con pena. Annabel había notado aquello también. Más de una vez le comentó que sentía que vivía una mentira. Le agarraba del brazo en público pero dormían en habitaciones diferentes

al llegar a casa. La situación había conseguido destruirla con el tiempo. Cada día se levantaba más apagada.

—¿A qué hora te irás? —preguntó tras un silencio que parecía eterno.

—Por la mañana, temprano. Ni siquiera escucharás como me voy. Te dejaré el desayuno hecho. —Pasaron varios segundos en los que Annabel dudó si contestar o no.

—Y yo te esperaré para cenar —pronunció con una voz ahogada.

—Annabel...

No pudo evitarlo. Lo había intentado, pero no podía. No podía aceptar así sin más que fuese a marcharse. Tuvo que taparse los ojos con las manos para que no la viese llorar. No podía salvarle, no podía hacer que se quedase. No podía hacer nada. Lo escuchó levantarse y caminar hasta su lado. Se agachó frente a ella tomando sus manos. Lo abrazó. No le importó sentarse en el suelo con tal de intentar sentir que no estaba sola. Deseaba que fuese un sueño, una pesadilla que se disolvería en cuanto levantase la cabeza de su hombro. Seguían siendo los mismos niños de antes. No era la primera vez que lloraba frente a él por algo que le había ocurrido. De alguna manera u otra, siempre lograba calmarla. Aquella vez fue diferente. No pudo evitar sentir que la presión creía en su interior. Mañana no iba a estar. Nunca más. Él trató de consolarla como cuando eran pequeños y Annabel huía de alguna riña con su madre. La abrazó con fuerza, le dijo que todo iría bien. Ella no pudo contestarle nada. Quería grabar aquel momento en la memoria, aunque luego en el futuro doliese su ausencia. Quería recordarle, no olvidar hasta el más mínimo detalle de su ser. Cerró los ojos con fuerza.

—Vas a estar bien, confía en mí —le susurró él en el oído.

Una carta llegó a su puerta tres años después:

*Es un doloroso deber informarle que se ha recibido un informe de la Oficina de Guerra notificando la muerte de:*

*(Nº.) 1564 (Rango) Ple.*

*(Nombre) Dean, Jacob*

*(Regimiento) HOUSEHOLD B4*

*que ocurrió en el territorio francés*

*el 3 de mayo de 1917.*

1917. Sheffield.

—Siempre supe que algún día tendríamos que tomar caminos diferentes, pero jamás habría imaginado que iba a ser de esta manera. —La mirada de Annabel estaba totalmente perdida en algún punto de la pradera que se extendía frente a ella. El aire soplaba suavemente, el piar de algunos pájaros se escuchaba sobre su cabeza. Annabel apoyó la espalda contra el tronco del árbol

—Lo sé. Pero fue una decisión personal, y aunque se hubiese quedado, tampoco podrías haber hecho mucho más por él —contestó Robert con tranquilidad—. Han pasado tres años desde que se fue, incluso si no hubiese querido ir voluntariamente a la guerra, lo habría hecho tarde o temprano, pero por obligación.

—Al menos así sabría que pararlo estaba fuera de mi alcance. Pero él quería morir, se fue para ello. —Se hizo el silencio durante varios minutos. El sol estaba comenzando a ponerse, y las nubes parecían ser devoradas por los rayos anaranjados—. Nunca lo he querido como tendría que querer a un marido, pero aún así le echo de menos. Era un buen amigo.

—Hay personas a las que hay que aprender a dejar ir, por mucho que nos cueste. Tarde o temprano siempre tendremos que hacerlo —añadió su hermano sentado a su lado. Annabel asintió sin decir nada.

—Si yo hubiese tomado la misma decisión que él, ¿me habrías dejado? —lo miró seriamente—. ¿Dejarías que muriese, aunque fuese por mi propia voluntad?

—No.

—Intentarías detenerme sin importar la manera. Por eso me siento tan culpable. No he podido hacer nada por él, no he tenido el valor de pararle, tampoco la fuerza de voluntad.

—Lo intentaste. Hiciste todo lo que estaba en tus manos —Robert trató de consolarla, a pesar de que sabía que su hermana no creía en sus palabras.

—Pues tendría que haber hecho más. En vez de eso me dejé convencer por él y dejé que se marchase, aún sabiendo que iba a morir. —Robert la tomó de los brazos.

—No ha sido tu culpa.



Annabel no pudo sostenerle la mirada. En vez de eso, giró la cabeza hacia otro lado, sin añadir nada más respecto al tema. Las hojas sobre sus cabezas se mecieron por el aire. No sabía qué decir. Tampoco iba a cambiar nada por mucho que pensase sobre el tema. Faltaba poco para que el sol se fuese, pero volvería a salir al día siguiente, y ella estaría ahí para verlo. Era algo que daba por hecho, al igual que muchos. Pero la vida puede ser impredecible, cambia de un momento para otro y nunca avisa.

—¿Qué crees que hay después de la muerte? —preguntó Annabel sin apartar la vista de las casitas que había a lo lejos.

—No lo sé. Es algo que no descubriremos hasta que lo experimentemos nosotros mismos. —Un insecto oscuro voló frente a ellos, escondiéndose entre la hierba.

—Entonces espero que nunca sepas qué contestar a esto. —Robert sonrió.

—Siempre estaré ahí.

—Y yo.

## XIV

*20 de mayo, 1920. Londres.*

Los rayos de sol acariciaron su rostro suavemente. Hacía tiempo que no empleaba su tiempo en su propio bienestar, había olvidado lo que era no estar preocupada. Todo era tan simple... Hasta le hacía cierta gracia. Tan solo había necesitado salir, caminar por un parque, y olvidarlo todo por un momento. Observó a las palomas picotear el suelo con despreocupación. No podía negar que era una mañana melancólica, pero era una mañana más que estaba viva. Había pasado toda la noche pensando en la historia de la señora Green, y en la suya propia. Si no culpaba a la mujer de la muerte de su marido, tampoco podía culparse a ella misma, era una conclusión que levantó un poco el peso de sus hombros. Aún estaba ahí, vigilándola, recordándole que el pasado es real, pero por alguna razón estaba más en paz. De todas formas, él no habría querido que se sintiese así. Se había ido en un intento de darle espacio para ser feliz, e iba a aprovecharlo, aunque todavía no sabía dónde encontrar esa felicidad. Por el momento se conformaba con estar en ese parque, rodeada de césped y árboles que parecían susurrarle secretos en el lenguaje de las plantas.

Annabel se dirigía hacia un automóvil que ya le resultaba bastante conocido. Abandonó el parque, cruzó la acera, evitando que la multitud mañanera la arrollase... Estaba de un humor relativamente bueno a pesar de todo lo ocurrido. Se había levantado con la seguridad de saber que, pasase lo que pasase ese día, iba a dar con su hermano. No iba a dejar que la historia volviese a repetirse.

No tardó en divisar el coche, estacionado a pocos metros de ella bajo la sombra de un árbol, por lo que aceleró el paso. Pudo percibir que algo había ocurrido desde el instante en que abrió la puerta. Ethan estaba sentado en uno de los asientos de detrás. Charles, a pesar de estar al volante, no hablaba. Ambos se encontraban en completo silencio, y tan solo cuando les saludó, pudo escuchar una respuesta por parte del pelirrojo. Ethan, sin embargo, continuó mirando por la ventana, como si no hubiese notado su presencia.

—He dicho hola —Annabel le llamó la atención, sentándose a su lado pero dejando su bolso de por medio. Ethan se giró enseguida, como si no esperase encontrársela allí.

—Hola —fue lo único que dijo, para luego volver a ausentarse en sus pensamientos. La joven los miró, claramente confundida, mientras Charles ponía el motor en marcha.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando?

Al ver que ninguno de los dos estaba dispuesto a contestar a su pregunta, Annabel se recostó en el asiento, cruzándose de brazos. Si no querían hablar, tampoco había mucho que pudiese hacer. Tan solo le quedaba seguir el viaje por la ventana y esperar a que la situación se relajase por sí sola, pero, para su sorpresa, Charles pronunció algo que no esperaba en absoluto.

—¿Cree que los amigos deberían comentar entre ellos el comportamiento cuestionable del otro, señorita Annabel?

—Solo Annabel es suficiente, y sí, supongo que no está mal dar algún consejo de vez en cuando —contestó tratando de adivinar por dónde iba a ir la conversación.

—Entonces me entenderías, si conocieses la situación.

—Es suficiente —intervino de pronto Ethan, con un tono de voz frío y un tanto autoritario. La joven quiso mirarle, pero decidió abstenerse.

—No hace falta que me hables así, sabes de sobra que eso no funciona conmigo.

Ethan no volvió a decir nada. Charles tampoco se esforzó en continuar la conversación. Tardaron alrededor de media hora en llegar a Harley Street. El tráfico en Londres era inquieto y agotador, y el de aquella mañana no fue la excepción. Aún así, consiguieron abrirse paso hasta su destino. Annabel bajó del automóvil y observó el panorama. Sus dos compañeros continuaron con su silenciosa rivalidad hasta la entrada del edificio 116, una construcción alta y de piedra clara que parecía extenderse hasta seis plantas hacia arriba. Los tres entraron sin pronunciar palabra, atravesando la verja de hierro y las puertas de la entrada. Ya en el interior, los recibió una larga escalera.

—Era la tercera planta, ¿verdad? —preguntó Annabel tratando de romper con la pesadez que se había creado entre ellos.

—Sí —fue todo lo que obtuvo de Ethan, obligándola a detenerse en medio de las escaleras.

—¿Sabéis qué? Si alguno no quería venir, o tiene un problema con estar aquí, os podéis marchar. Estaré mejor por mi cuenta —le dijo con seriedad, pero

tratando de no levantar la voz. Él evitó encontrarse con su mirada. Era como si el simple hecho de mencionar aquello le hiciese recluirse en él mismo, y la joven no pudo sino sentir más curiosidad sobre las razones detrás de su comportamiento.

—No tiene nada que ver con esto —respondió pasando a su lado. Annabel tuvo que aguantarse las ganas de decirle un par de cosas. No era el momento.

—Es entre nosotros, no te preocupes —Charles le dedicó una sonrisa amistosa, a la que ella respondió con un suspiro cansado. No quería empeorar las cosas, tampoco entrometerse en algo de lo que no formaba parte.

Continuaron subiendo los escalones, escuchando tan solo el sonido de sus pasos rebotando entre las paredes. Cuando alcanzaron la planta que buscaban, encontraron únicamente dos puertas de madera robusta, una frente a otra. La diferencia entre ellas, era un pequeño cartelito que había sobre una. Era la que buscaban. Annabel sintió una ráfaga de calor recorrer todo su cuerpo en cuanto Ethan llamó. No sabían absolutamente nada del doctor al que querían ver, pero algo le decía que estaban cada vez más cerca de saber la verdad. Si ese hombre podía darles alguna pista sobre el paradero de Robert, sus miedos podrían disolverse de una vez por todas. Los golpes de Ethan volvieron a resonar por el pasillo. Annabel trató de escuchar pasos al otro lado, impaciente. Sin embargo, nadie pareció responder a su presencia.

—Tal vez haya tenido que salir —comentó Charles, mientras la joven comenzaba a caminar de un lado a otro.

—No hemos podido venir hasta aquí para nada.

—Pues parece que no hay nadie. Tal vez podríamos volver otro día —Ethan se alejó de la puerta.

—Genial —se quejó Annabel, con las manos en la cintura—. ¿Y ahora qué? No podemos irnos con las manos vacías.

Sus nudillos volvieron a golpear la puerta, en un desesperado intento de que alguien contestase. Sabía que iba a ser en vano, pero se negaba a marcharse de allí sin probar una vez más. Justo en ese instante, y de manera totalmente imprevista, una cerradura giró en alguna parte. No era la que esperaban. La puerta a sus espaldas se entreabrió, emergiendo del interior una figura femenina cuidadosamente vestida, de ojos oscuros y nariz prominente.

—Si estáis buscando al doctor Williams, no vais a encontrarle aquí —dijo con una voz inesperadamente grave.

—¿Y sabe dónde puede estar? —preguntó Annabel con la esperanza renaciendo en su interior.

—No, pero agradecería que dejaseis de molestar. Tened un buen día —concluyó con la intención de desaparecer de nuevo en el interior de su vivienda.

—¿Podría al menos decirnos algo sobre él? —dijo Ethan tratando de detenerla.

—Estoy buscando a mi hermano, y él podría saber algo —añadió Annabel.

—Si lo queréis ver, ¿no se supone que tendríais que conocerle? No sé nada —la mujer los miró con sospecha durante unos segundos, para luego cerrar la puerta, sin darles tiempo a responder.

—Gracias por su ayuda —susurró Annabel con frustración.

Su buen estado de ánimo se había visto nublado en apenas unos minutos, pero por mucho que quisiese revertirlo, no había nada que pudiese hacer. Ya había comenzado a bajar las escaleras, seguida por sus dos compañeros, cuando alguien volvió a abrir la puerta de repente. Los tres se giraron, para encontrarse esta vez con una niña adolescente que corría en su dirección. Parecía tranquila, pero sus dos trenzas no dejaban de moverse de un lado a otro con cada escalón que descendía.

—¡Esperen un momento, por favor! —dijo—. ¡Esperen! He oído que está buscando a su hermano, ¿le ha ocurrido algo? —Los tres adultos se miraron entre ellos. Ninguno entendía qué tenía que ver una niña en todo eso.

—Sí —Annabel decidió ser sincera—. Hace tiempo que no sé dónde está, y pensamos que tal vez el doctor Williams podría saber algo.

—No tengo ni idea de dónde está el doctor, hace varias semanas que no le vemos, pero tal vez ella pueda ayudarte —la muchacha le entregó una pedazo de papel con un nombre y una dirección—. Hace unas dos semanas vino una mujer queriendo hablar con mi vecino. Decía estar buscando a su hermana, la cuál jamás volvió de una cita que tenía con él. Llamó a casa preguntando por el hombre, y dejó sus datos por si nos enterábamos de algo.

—¿Su hermana estaba desaparecida? —se extrañó Annabel.

—Así es, la mujer llevaba varios días tratando de dar con ella. No pude pasar por alto las coincidencias cuando os escuché hablando con mi madre.

—Es... interesante —la rubia frunció el ceño, sin saber si mirar el papel o continuar observando a la niña con sorpresa—. ¿Cuándo fue la última vez que el doctor estuvo por aquí?

—No estoy segura... Diría que a finales de abril.

—Igual que Robert —pronunció Charles en voz baja.

—¿Tu madre sabía esto? ¿Por qué no nos lo dijo? —preguntó Ethan con cierta sospecha.

—No lo sé, tal vez porque nunca le gustó el señor Williams. Siempre le pareció que olía extraño... Creo que fumaba demasiado —La niña se encogió de hombros inocentemente, para luego mirar hacia atrás en dirección a su puerta—. Debería irme, no quiero que mi madre se preocupe. Espero que os vaya bien.

—Muchas gracias —dijo Annabel viéndola subir.

—El sitio no está muy lejos de aquí —dijo Ethan devolviéndole el trozo de papel a Annabel, la cuál, a su vez, lo pasó hacia delante para que Charles pudiese verlo.

—Necesitamos a una tal Amy Evans, espero que esta vez tengamos suerte —continuó la joven algo más animada, mientras trataba de hacer contacto visual con el pelirrojo a través del retrovisor.

Charles no respondió, tan solo asintió, poniendo el coche en marcha para llevarlos a su próximo destino. Algo que Annabel había aprendido según pasaba tiempo con ellos, era que una de las cosas que más le gustaba a aquel hombre era conducir. Le daba cierta sensación de libertad, rapidez. Cosas de las que disfrutaba cada vez que se sentaba al volante. Según él, era una forma de volver a sentir el control sobre su vida después de la guerra. Sin embargo, sus manos seguían tensas sobre el volante, como esa mañana. Durante todo el camino, los hombres no intercambiaron ni una palabra, haciendo que Annabel comenzase a cansarse de la situación. No podía decir nada sin sentirse inoportuna, fuera de lugar. Era profundamente incómodo encontrarse en medio de un conflicto no hablado, por lo que, en cuanto el vehículo estuvo aparcado, decidió tomar cartas en el asunto.

—Intentaré no tardar mucho —dijo cogiendo su bolso y colocándose algunos mechones de pelo. Tal y como esperaba, Ethan le dedicó una mirada que parecía cuestionar cada una de sus palabras.

—¿Vas a ir sola?

—Sí, es mi hermano al que estamos buscando, así que esto me afecta a mí más que nada. Además, vosotros dos tenéis varias cosas que hablar.

—Creo que será mejor si alguno va contigo —propuso Charles en un intento de escapar de la situación.

—Estoy de acuerdo —Ethan se encontraba a punto de abrir la puerta, cuando Annabel lo detuvo, cogiéndole por el brazo.

—Dejad de comportaros como niños, porque os lo digo muy en serio, no voy a aguantar esto ni un segundo más —Se giró hacia Charles—. ¿Me habéis oído?

—No hay nada que hablar —contestó Ethan manteniendo la calma, a pesar de que su rostro delataba algo de irritación.

—Espero que así sea cuando vuelva —dijo ella, con una sonrisa llena de paciencia, para luego salir sin esperar una respuesta.

A pesar de que le costó dejar de lado los pensamientos relacionados con sus compañeros, Annabel trató de centrarse en el lugar al que le llevaron sus pies. Se trataba de una pequeña casa de ladrillo, relativamente antigua, y con un par de ventanas que ocultaban el interior tras sus cortinas. Antes de llamar, se aseguró mirando de nuevo el trozo de papel. Estaba en el lugar correcto. Pasaron alrededor de diez segundos antes de que alguien entreabriese la puerta tímidamente. Una mujer relativamente baja, de cabello corto y oscuro, se dejó ver por el estrecho hueco.

—Buenos días, buscaba a Amy Evans, ¿vive aquí por casualidad? —preguntó Annabel tratando de dar una impresión serena y formal. La mujer la observó con desconfianza.

—¿Y quién es usted? ¿Para qué quiere verla? —pronunció en voz baja, sin apartar la vista ni un instante. A pesar de no revelar su identidad, Annabel sintió que era la persona que estaba buscando

—Me llamo Annabel Leigh. Estoy aquí porque me dijeron que tal vez podría ayudarme con...

—¿Quién? ¿Quién le ha hablado de mí? —las pupilas de la mujer reflejaron un pánico casi instantáneo.

—Esta nota —se apresuró a decir Annabel, entregándole el papel—. Parece ser que nuestra búsqueda nos ha llevado hasta el mismo hombre.

Una mano temblorosa tomó la hoja lentamente. Algo la había asustado, y la joven sentía que no era precisamente su presencia, sino más bien lo que había detrás de sus razones para estar allí. Sin embargo, segundos después la puerta se abrió algo más, permitiendo que Annabel viese a la mujer por completo.

—Soy la persona a la que buscas, Amy Evans, pero no estoy segura de poder ayudarte.



## XV

*20 de mayo, 1920. Londres.*

El doctor Stephen Williams era principalmente conocido por aquellos que no hablaban de él en voz alta. Era alguien que, a pesar de tener cierta popularidad, no disfrutaba de fama pública. El doctor Stephen Williams actuaba en las sombras, pero, ¿cómo puede considerarse oscuro un acto tan necesario? Aquellos en cuyas bocas sonaba su nombre, en la mitad de los casos, lo mencionaban por una razón muy específica. Fue también el caso de la hermana de Amy Evans.

—¿Qué le ocurrió exactamente? —preguntó Annabel, sujetando una pequeña taza de té. Se encontraban sentadas en la cocina, frente a una mesa algo vieja y redonda, pero que encajaba perfectamente con el humilde ambiente de la vivienda. Amy emitió un suspiro.

—Mi hermana... pensaba que su marido había muerto en la guerra. Al principio recibía cartas de él, pero finalmente pasaron meses, y meses sin noticias suyas. Jamás regresó, lo dio por perdido. La única manera que encontró para hacer frente a aquella pérdida, fue llenando el vacío con otro hombre que conoció a principios de año. No la hacía feliz, pero conseguía que tuviese la mente lejos de todo lo que le dolía recordar. Lo que no esperaba, es que a principios de marzo, su marido apareciese en la puerta de su casa.

—¿Volvió? ¿Por qué tardó tanto? —se sorprendió la rubia. Amy asintió, con la mirada nublada por un dolor que aún no había tenido tiempo de contar.

—Perdió el brazo derecho, había tardado meses en recuperarse de la rotura de un pie... Cuando su familia se enteró de esto, decidieron hacerse cargo de él. Su madre nunca vio a mi hermana con buenos ojos, la consideraba muy poco convencional, por eso jamás le avisó sobre el estado de su hijo, ni dónde se encontraba. Cuando su marido regresó, mi hermana pareció recuperar las ganas de vivir. Estaba feliz, por fin le emocionaba hacer planes de futuro, pero en medio de esa alegría, todo volvió a torcerse otra vez. Descubrió que estaba embarazada, y no podía ser de su marido —Amy hizo una pausa antes de continuar—. No tuvo el valor de confesarlo, tan solo me lo contó a mí, y entre las dos llegamos a la única solución posible. Tenía que interrumpir el embarazo si no quería arriesgarse a perder a su marido otra vez. Así es como terminamos encontrando al doctor Williams. El precio era accesible, mi hermana estaba dispuesta a pasar por el procedimiento.

—¿Su marido no sospechó nada?

—No, por supuesto que no —Amy negó con la cabeza con actitud derrotada—. Yo era la única que sabía lo que estaba ocurriendo. También fui la última en verla. Lo recuerdo perfectamente, era la tarde del 27 de abril. Mi hermana quería ir sola, pues creía que todo lo que estaba pasando era culpa suya, pero yo insistí en ir con ella, a pesar de que sabía que no me dejaría. Y así fue. No volví a verla. A la mañana siguiente fui a ver al doctor Williams esperando que me diese una explicación, pero decía no saber nada de ella. Según él, mi hermana no había aparecido por ahí, por lo que al principio pensé que tal vez le había ocurrido algo por el camino, o que había cambiado de opinión, pero por dentro sabía que ella había estado allí. Mi hermana no es una persona que cambie fácilmente de idea.

—¿Le comentó algo al doctor?

—No pude —pronunció la mujer con amargura, dejando que sus ojos se llenasen de lágrimas que intentaba retener—. Me fui sin poder decirle nada por miedo a que me ocurriese algo a mí también. Si yo no estaba, nadie buscaría a mi hermana. Nadie sabía lo que ocurría —Amy detuvo su relato, secándose los ojos con un pañuelo que sacó del bolsillo de su falda—. Durante la siguiente semana contacté con todos sus conocidos, amigos, tratando de conseguir alguna pista sobre ella. Pensaba que tal vez se había asustado y prefirió huir a la casa de alguna amiga, pero nadie sabía nada. Después de eso, traté de ver al doctor Williams unas tres veces, pero por mucho que llamase a su puerta, nadie contestaba. Finalmente decidí dejarle mi nombre y dirección a la vecina, esperando que volviese a ver al hombre.

La mujer, que para ese momento había adquirido un tono pálido y apagado, se acercó su taza a los labios. Sus manos estaban poseídas por un ligero temblor, y sus ojos, nerviosos, saltaban de un lugar a otro. Annabel se preguntó qué es lo que la tenía tan alterada, ¿acaso se debía todo a lo sucedido con su hermana? Amy estaba profundamente afectada por los hechos, pero había un miedo en su rostro que parecía algo irracional.

—Entiendo cómo se siente, la impotencia... Desearía poder encontrar a mi hermano también, pero hay algo que no entiendo, ¿por qué se asustó tanto cuando me vio?

—Oh, lo siento... No lo sé, solo tengo un mal presentimiento respecto a todo esto. Me siento perdida, indefensa —susurró al borde del llanto—. Solo quiero a mi hermana de vuelta.

Annabel la observó con pena y compasión, pero no terminó de creerla. Había algo caótico y turbulento en la mente de esa mujer, pero no sabía si tenía el derecho a preguntar por ello. La joven se limitó a terminarse su té en silencio, dando tan solo alguna que otra muestra de apoyo.

—Ahora me siento egoísta, lo siento —dijo de pronto la mujer, secándose de nuevo los ojos—. Solo he estado hablando de mí, cuando usted está en la misma situación.

—No se preocupe por eso, es normal. La ausencia de un ser querido es algo a lo que una nunca llega a acostumbrarse. Al final, lo único que nos queda es la fe, y cartas con dibujos de escarabajos —sonrió Annabel con nostalgia, tratando de apaciguar un poco el sufrimiento de la mujer.

—¿Escarabajos? —Amy miró pensativa a la nada—. Escarabajos —repitió—. Es curioso.

—¿Por qué?

—Una de la veces que intenté ver al doctor Williams, encontré algo que parecía un trozo de papel negro, asomando por debajo de la puerta. Tenía un dibujo de un escarabajo. Lo cogí para ver si averiguaba algo sobre él, pero no conseguí nada —contestó algo más animada, levantándose para rebuscar en un cajón del salón. Cuando volvió, le entregó a Annabel una tarjeta pequeña y oscura. Aquello no podía ser una simple coincidencia.

—¿No hay nada más? —la mujer negó con la cabeza.

—No, pero tal vez ni siquiera sea relevante.

—Oh, no creo —respondió ella, cogiendo su bolso y poniéndose de pie.

De pronto había sentido que tenía mucha prisa, como si compartir aquel descubrimiento fuese lo único que importaba. Había recordado algo. Algo que habló con su hermano hacía muchos años, cuando apenas era una niña. Trató de despedirse de Amy de la manera más formal y educada posible, y dejó atrás la casa en un abrir y cerrar de ojos.

Avanzó con cierta agitación hasta sus compañeros. No había estado fuera más de cuarenta minutos, pero sabía que cuando se trataba de esperar, las

personas solían ponerse impacientes. Abrió la puerta, sumergiéndose en el interior con rapidez, sin analizar mucho el panorama.

—Siento haber tardado —dijo acomodándose, más pendiente de sus pensamientos que de la situación a su alrededor—. Puede que no sea mucho pero creo que tenemos una pista nueva que seguir.

—¿Ah sí? —respondió la voz desde el asiento del conductor, pretendiendo sonar interesada. Fue entonces cuando Annabel se percató de que algo fallaba.

—¿Dónde está Charles?

—Se ha ido —contestó sin más.

—¿Qué? ¿A dónde?

—No lo sé. Pero te has enterado de algo, ¿no? —Ethan no trató de ocultar su deseo de cambiar de tema.

Annabel, a pesar de que no podía ver la expresión en su rostro por estar sentada atrás, pudo notar en él cierto desánimo. Tal vez fuese por su propia sensación de ligera melancolía, pero estaba experimentando algo de pena por él, sobre todo al escucharle expirar con pesadez. Ella no podía hacer nada. La situación estaba fuera de su alcance, y eso le hacía sentir emocionalmente incompetente, por lo que optó seguir el flujo de la conversación. Trató de relatar su encuentro con Amy Evans de la manera más exacta posible, desde la reacción de la mujer al verla, hasta el detalle final del escarabajo.

—Puede no ser mucho, pero creo que es la prueba que necesitábamos para confirmar que mi hermano está relacionado con ese doctor. No sabemos qué tipo de relación tenían, pero claramente el escarabajo representa algo, tal vez algún tipo de club, una empresa...

—Annabel —Ethan la interrumpió, girándose por primera vez para mirarla desde que había llegado.

—¿Estás segura de que era un escarabajo? ¿Uno negro?

—Sí... Estoy segura. Pero hay algo más —añadió con una creciente emoción mientras le entregaba la tarjeta—. Hace años, cuando todavía vivíamos en casa de mis padres, Robert y yo encontramos un escarabajo en mi habitación. Recuerdo que hablamos sobre la vida, el tiempo que viven los insectos... ¿y si todo guía hacia allí?

—¿Hacia tu casa?

—La de mis padres, sí. Piénsalo. Mi hermano me regaló un escarabajo por mi último cumpleaños, quería darme un dibujo de uno. Si los relaciona conmigo, solo puede ser por esa conversación que tuvimos.

—¿Y qué tendría que ver entonces el doctor Williams?

—Es lo que tenemos que averiguar.

—¿Y por qué iba a ir a casa de tus padres? ¿Y sin avisar?

—Oye, solo intento buscarle alguna explicación a todo esto —se quejó ella, molesta por el constante cuestionamiento de sus ideas.

—Yo también —respondió él sentándose derecho, dándole de nuevo la espalda—. Esto está más jodido de lo que crees.

—Gracias por los ánimos. Al menos yo intento hacer las cosas bien —Annabel cruzó los brazos, evitando mirarle.

—¿Qué insinúas?

—Lo sabes perfectamente.

—Lo que ha pasado con Charles es un asunto aparte —protestó él.

—No, no lo es. Esto también me afecta a mí. Estamos juntos en esto, pero eres insufriblemente negativo —se quejó en un tono de voz algo alterado.

—¿Lo soy?

—Lo eres.

Ninguno volvió a interactuar con el otro a lo largo del camino. Ethan conducía, Annabel trataba de no pensar en todo lo ocurrido. Solo quería centrarse en la importancia de encontrar a Robert, era una prioridad. Cuando el coche aparcó frente a la casa de la señora Green, Annabel bajó, despidiéndose de la manera más simple y formal posible. No esperó a escuchar su respuesta.

Subió a su habitación obligando a sus pies a avanzar por las escaleras. Estaba cansada, había sido una mañana confusa. Esperaba descubrir algo útil, pero en vez de eso recibió una pista abstracta y tuvo que ser testigo de la complicada relación de Charles y Ethan. Se dejó caer en la cama. Cerró los ojos. Quería tener la mente en blanco aunque fuese por un momento, no analizar nada de lo ocurrido. Silencio.

No sabía cuánto tiempo había pasado así. Cinco, diez minutos, una hora... Había perdido la noción del tiempo, pero para cuando volvió a abrir los ojos, la pesadez en su mente parecía haber disminuido. Se incorporó. Contempló la

habitación tratando de encontrar algo en lo que enfocarse, pero al no conseguirlo, volvió a tumbarse sobre la cama. Fue entonces cuando su mirada cayó sobre la mesita de noche, y unos papeles que había sobre ésta. Entre ellos estaba la carta que había llevado a casa de Ethan. Anna bel estiró torpemente el brazo hasta alcanzarla, para luego sujetarla frente a los ojos. De sus labios tan solo pudo escapar una frase, «¿dónde estás?» Observó la carta sin detenerse a leerla, dejándose invadir por la nostalgia que le producía ver una letra tan conocida. Sin embargo, no pudo evitar recordar la incomodidad que sintió al leerla. Robert decía que Ethan tenía un miedo excesivo a perder a sus seres cercanos, ¿por qué? ¿Acaso ya había pasado por algo así? Era cierto que ella misma había sufrido eso cuando supo que su amigo, más que marido, no iba a volver, pero había aprendido a vivir con ello. No creía que una persona con el carácter de Ethan se dejase hundir tanto por una pérdida. Aún así, y a pesar de lo desagradable que le podía parecer a veces, no pudo negar que, en el fondo, sentía cierta pena por él. Jamás le había oído hablar de otros amigos que no fuese Charles, y por un momento se sintió culpable por haber tratado el tema con tan poco tacto. Le había culpado indirectamente por lo ocurrido con su amigo sin conocer los detalles de la situación, pero a la vez estaba molesta por la manera en que él parecía juzgar cada opinión que ella compartía. Era un conflicto que Annabel no sabía cómo afrontar. ¿Era justificable la manera en la que ambos se habían comportado? En cualquier caso, todo podría haberse evitado si ambos hombres hubiesen solucionado sus diferencias en privado. Había sido demasiado irresponsable presentarse de la forma en la que lo hicieron, y si alguien debía reflexionar sobre la situación, eran ellos. Annabel no quería pensar en aquello más de lo necesario, por lo que apartó la carta y volvió a cerrar los ojos.

Parte de ella se arrepintió justo al segundo de llamar. ¿Y si consideraba absurda su visita? ¿Y si no entendía la razón de por qué había ido? O peor, ¿y si no quería hablar con ella? No se preocupaba por su mal humor, pero sí por la pérdida de tiempo que le supondría el haber ido hasta allí. Esperó unos segundos, al otro lado se escuchó el ladrido de las perras. Ethan tenía que estar en casa, o al menos eso insinuaba su coche aparcado, pero por alguna razón se estaba tomando su tiempo para abrir. La criada que trabajaba en su casa solía marcharse sobre las ocho, por eso tan solo podía haber una persona en el interior, si es que realmente

se encontraba allí... Annabel estaba a punto de darse la vuelta, cuando de pronto la puerta se abrió, cegándola con la luz del interior. Lilly y Rose corrieron a recibirla, dando vueltas alrededor de sus piernas y oliendo sus manos. Cuando Annabel levantó la vista, se encontró con Ethan, el cual se mantenía de pie, torpemente, con una mano apoyada sobre el marco de la puerta y una sonrisa un tanto tonta e inocente.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó peinándose el pelo hacia atrás con la otra mano, tratando de disimular su estado.

—¿Qué te ha pasado? —Annabel lo miró de arriba abajo, sin saber si reírse o preocuparse por él.

—Nada, estoy bien. ¿Qué hay de ti?

—¿Nada? No termino de creérmelo.

—No te esperaba.

—Lo sé, yo tampoco tenía pensado venir en un principio pero... —No supo cómo continuar. ¿Por qué estaba allí? ¿Era porque se sentía mal por haberle hablado de aquella manera antes? ¿Quería preguntarle sobre Charles? ¿Curiosidad?

—No me creo que hayas venido hasta aquí solo para ver cómo estaba —Ethan dejó escapar una risa.

—Te equivocas —Por alguna razón, pronunciar aquello se sintió como una ligera insinceridad, pero tampoco se le ocurría otra cosa que decir.

—¿Entonces?

—Supongo que tenía curiosidad por saber por qué estás tan borracho —soltó Annabel en un nervioso intento de salir de la situación. Ethan la miró durante unos instantes.

—Eres divertida cuando quieres —dijo finalmente, dándose la vuelta con una despreocupación que sorprendió a Annabel, y haciéndole un gesto con la mano para que pasase.

Una pequeña sala en la planta principal, con dos puertas acristaladas al fondo que daban acceso al jardín. Había visto a las perras jugar allí días antes. La casa de Ethan no dejaba de sorprenderla con lugares nuevos cada vez que la visitaba pues, después de todo, solo había estado allí dos veces. Esa era la tercera. Lilly y Rose corrieron eufóricas al exterior, mientras que Ethan colocó un vaso más

sobre una mesita de superficie transparente. Era una habitación luminosa, en la que predominaba el color granate y cuya decoración, sutil, parecía haber sido elegida con gusto.

—Estaba pensando en ti cuando llegaste, ¿sabes? Qué coincidencia —dijo Ethan tomando asiento en el sofá, a unos centímetros de Annabel.

—¿Por qué? —La joven alcanzó su vaso.

—Me acordé de lo que dijiste hoy. Y creo que tienes razón. Intentas hacer las cosas bien. Realmente lo haces —contestó con la mirada distraída.

—Solo hago lo que puedo.

—Haces todo lo que puedes —le corrigió.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto? —preguntó Annabel algo más relajada, pues el tema de conversación no tenía que ver con sus razones para estar allí.

—Soy un hombre solitario y egoísta —dijo como si nada, para luego terminarse lo poco que le quedaba de whisky—. Y es todo culpa mía.

—Sí, hay veces que pienso eso sobre mí también —la joven dejó escapar una risa, pero Ethan pareció tomárselo con algo más de seriedad.

—Supongo que tendrás tus razones, pero seguro que no te has peleado con tu único amigo por algo que es totalmente culpa tuya.

—No —La rubia lo miró con intriga.

—Es una historia larga, se remonta a antes de la guerra... He querido escapar de la realidad desde que tengo memoria. No es algo fácil de admitir, pero con el tiempo no me ha quedado otra opción que aceptar aquella culpa. Tomé varias decisiones erróneas en mi juventud, las cuáles me llevaron a alejarme de mi familia y amigos, prácticamente todas las personas que tuve en mi vida. La ignorancia sobre el mundo me hizo tomar un camino del que luego me arrepentiría profundamente, y lo peor de todo esto es que no podía hacer nada para cambiarlo. Había adquirido una reputación que era prácticamente imposible de limpiar. Existían personas que esperaban ciertas cosas de mí, y no podía defraudarles. Cuando llegó la guerra, tan solo pude ver en ella una vía de escape. Sabía a lo que me tendría que enfrentar, pero no me importaba, era peor huir constantemente de mi presente y mi pasado. Así al menos había dos opciones para mí, o morir sintiendo que estaba haciendo lo mejor para mí, o volver habiendo cambiado, e intentar arreglar las cosas. ¿Recuerdas el cuaderno que tuve durante la guerra? El que creo que Robert



se llevó. Lo escribí en un intento de pedirle perdón a una de las personas que más herí en el pasado. Jamás tuve el valor de volver y disculparme, de hacer las cosas bien por una vez. En el fondo, me avergüenzo de mí mismo. Tanto que he terminado discutiendo con Charles justo por eso.

Ethan pausó el relato para volver a rellenar su vaso, mientras que Annabel no podía dejar de pensar en cada una de sus palabras. Sabía tan poco de él, que cada segundo se sentía peor por haber sido una insensible aquel día.

—Pero no entiendo una cosa, ¿qué tiene que ver Charles? —preguntó, tratando de centrarse más en la historia que en sus sentimientos.

—Charles... Quiere que haga las cosas bien. Que vuelva a ver a aquella persona. Soy un cobarde. Pensé que tendría lo que hay que tener para recuperar a aquellos que me importan, pero no soy capaz de nada.

Annabel no contestó. Había recordado la nota que encontró en su libro de poemas, «Tu ausencia se siente como un sueño inolvidable, imposible de tocar». Estaba segura de que aquella línea se refería a la misma persona de la que Ethan estaba hablando pero, ¿de quién se trataba? Viendo la amarga expresión que había adquirido su compañero, no se atrevió a preguntar. En ese instante fue como si pudiese ver a través de él, aún sin conocer los detalles de la historia. Era una sensación demasiado familiar, la culpa, el no poder cambiar el pasado. Eran sensaciones que Annabel conocía efectamente.

—Dices que intento hacer las cosas bien... Pero no es lo que parece —comentó con una inevitable tristeza, que comenzó a acumularse en una parte de su garganta—. Todo lo que hago, es tan solo un intento de escapar del miedo.

—¿Por qué? —Ethan parecía sorprendido.

—Estuve casada antes de la guerra —dijo intentando no encontrarse con los ojos de Ethan, el cual la escuchaba con atención—. Sí, me casé con mi mejor amigo en un intento de escapar de las tensiones familiares. Yo quería dejar la casa de mis padres, él, ocultar quién era. Ambos pensamos que aquello nos ayudaría, pero no fue así. Él cada vez se encontraba peor, yo no podía hacer nada para ayudarlo. Llegó un momento en el que simplemente dejó de querer vivir, lo decía abiertamente. Iba a ir a la guerra para morir estando orgulloso de sí mismo.

—Él... ¿no volvió? —Annabel negó con la cabeza.

—Durante mucho tiempo pensé que no hice lo suficiente, que de alguna manera su muerte era culpa mía. No podía cambiar el pasado, y el miedo a volver a vivir algo parecido me estuvo persiguiendo durante muchos años. Justo cuando comencé a sentir que ese peso se estaba levantando, ocurrió lo de mi hermano.

—Pero no debes culparte por la desaparición de Robert.

—No lo hago, pero si no le encontramos, sentiré que he fracasado otra vez intentando salvar a alguien que me importa —dijo alcanzando el vaso de la mesa y tomando un sorbo. Sus manos estaban más frías que el cristal—. Lo que quiero decir es... Si tienes la posibilidad de recuperar a esa persona, aunque creas que te falta valentía, hazlo. Ahora que todavía no es tarde, porque cuando pase el momento la sensación de arrepentimiento puede ser demasiado grande.

Annabel observó su reflejo en el vaso que aún tenía entre las manos. ¿Había hablado demasiado? Aquello no era a lo que había venido, dejarse llevar por unas sensaciones que conocía demasiado bien no estaba entre sus planes. Había sido muy inconsciente, quizás demasiado, pero a la vez le parecía necesario hacerle saber su historia, incluso si eso significaba crearle nuevas razones para juzgarla. Eso ya no era su problema. Sin embargo, totalmente en contra de lo que esperaba, Ethan redujo la distancia entre ellos. Se sentó justo a su lado y la miró fijamente, tomando el vaso de sus manos para dejarlo de nuevo sobre la mesa.

—Lo siento, siempre termino hablando de mí misma.

—No pasa nada. Está bien —Annael notó como sus ojos se humedecían.

—Pero no he venido para esto.

—¿Entonces para qué? —la joven dudó unos instantes ante esa pregunta que ya se esperaba.

—No lo sé, me sentía culpable. Últimamente me comporto como una estúpida —contestó intentando mantener un tono de voz firme.

—No lo eres. Tal vez un poco complicada, pero todos lo somos en algún momento.

—¿Se supone que es una forma de consuelo? —Lilly y Rose entraron de repente por la puerta del balcón. Caminaron un momento alrededor de la mesa, luego se tumbaron a los pies del sofá. Ethan sonrió.

—Encontraremos a tu hermano, ¿de acuerdo? —dijo tomándola de las manos, y observándola con una determinación que Annabel no había visto antes.

—¿Pero cómo puedes estar tan seguro? —No pudo evitar que algunas lágrimas se escapasen de sus ojos. Ver en él la seguridad que le faltaba a ella le oprimía el orgullo que creía tener. Le hacía sentir vulnerable, pero también le creaba una extraña sensación de gratitud que no sabía cómo expresar.

—Porque ninguno de los dos va a rendirse hasta saber dónde está.

Annabel quiso responder, le faltaron las palabras. Sabía que Ethan quería ayudarle en su búsqueda, pero no imaginó que fuese a tener un apoyo tan incondicional de él. Al principio no quería ningún tipo de compasión por su parte, estaba perfectamente por su cuenta, pero saber que alguien más compartía su preocupación había sido más reconfortante de lo que imaginaba.

Se quedó en silencio, tratando de encontrar algo que expresase al menos la mitad de la seguridad que Ethan parecía desprender, pero no sabía cómo admitir que posiblemente había estado equivocada sobre él. Sin embargo, al final no fue necesario que dijese nada. Antes de que pudiese darse cuenta, su cuerpo se encontraba rodeado por los cálidos brazos de Ethan. Al principio quiso apartarle, avergonzada por algo tan repentino, pero su voz cerca de su oído la detuvo.

—Vas a estar bien, confía en mí.

Al escuchar esas palabras, el corazón de Annabel dio un vuelco. Hacía tiempo que no escuchaba aquello. Años. Era como si una ola de recuerdos hubiese azotado su mente, trayendo de vuelta un instante muy concreto que creía olvidado. No tuvo otro remedio que hundir su rostro en el hombro de él. ¿Por qué sentía como si estuviese a punto de perder algo? ¿Tan fuertes eran los recuerdos que aquella frase había invocado? Tenía miedo de saber la respuesta.

—Mi mejor amigo dijo lo mismo antes de marcharse, y no lo he estado desde entonces —susurró aguantando el llanto.

—Lo sé. Lo entiendo —dijo acariciándole la cabeza—. Pero estaré ahí siempre que me necesites. Y Charles. Y tu hermano, cuando vuelva con nosotros. No vas a estar sola.

Annabel respondió con un torpe gracias que le pareció algo patético, no estaba acostumbrada a aquello. Experimentaba una extraña sensación de seguridad que no había notado antes, tal vez solo con la señora Green, pero la diferencia de edad entre ambas creaba cierta distancia que con Ethan había desaparecido.

—Mañana hablaré con Charles. Todo volverá a estar como antes —dijo él sin soltarla—. Y gracias por venir.

—En realidad quería pedirte disculpas por lo de hoy —confesó Annabel separándose un poco y con la voz algo más calmada—. Ha sido un día complicado para todos.

—Es cierto, fui bastante idiota, aunque creo que lo he sido en más de una ocasión.

—No te lo discuto —se le escapó una ligera sonrisa, pero con los ojos aún algo húmedos.

Algo que posiblemente ninguno esperaba de aquella situación, era pasar las siguientes horas hablando como viejos amigos. Era como si desvelar parte de su pasado hubiese creado un punto de unión entre ellos, un sentimiento común que servía de base para poder entender los pensamientos del otro. A pesar de que tenían sus diferencias, Annabel aceptó que, tal vez, la primera mala impresión que tuvo de él se debía a que eran completos desconocidos. Tampoco lo sabía todo sobre él, pero, después de aquella noche hablando, le costó bastante menos confiar en Ethan. Se había equivocado con él, pero por el momento, no estaba dispuesta a admitirlo en voz alta.

## XVI

*21 de mayo, 1920. Londres.*

Era bien entrada la noche cuando sus ojos se abrieron, empujados por una necesidad simple y humana. Tenía sed. Annabel salió torpemente de la cama, tardando un instante en recordar dónde se encontraba. Se había vuelto demasiado tarde en un tiempo que le pareció relativamente corto, por lo que Ethan le ofreció pasar la noche en la habitación de invitados que había en la segunda planta. La cocina estaba bajando las escaleras, por lo que, con cuidado, y tratando de no hacer mucho ruido, abrió la puerta. El pasillo estaba prácticamente a oscuras, salvo por la fina línea de luz que se filtraba bajo una puerta más adelante. Le sorprendió que Ethan no estuviese durmiendo a esas horas, pero tampoco le dio mucha importancia. Se deslizó sigilosamente a través de la oscuridad en dirección a las escaleras. Escuchar la conversación que estaba teniendo en su habitación tampoco estaba entre sus planes, pero hubo algo que le llamó la atención en su tono de voz, justo cuando iba a pasar su cuarto de largo. Sintió cierta urgencia en sus palabras. ¿Con quién estaba hablando tan entrada la madrugada? ¿Era algo importante? Annabel se detuvo y centró su atención en lo único que se oía en aquella casa.

—Lo sé, pero, ¿realmente es necesario? Sí, ya sé cuáles son las condiciones—pronunció seriamente con cierta frustración—, no lo he olvidado.

A pesar de que Annabel no podía escuchar a la persona al otro lado de la línea, sabía que no se trataba de nadie a quien conociese. Ethan jamás le hablaría a Charles de esa manera, y pocos más eran los conocidos que tenían en común. Tenía curiosidad por saber de qué iba aquella conversación tan incomprensible, pero por las respuestas que daba Ethan, debía de tratarse de algo bastante importante. Lo único que supo entender fue que, en contra de su voluntad, Ethan había terminado accediendo a algo.

Annabel cerró la puerta tratando de hacer el menor ruido posible. Sabía que la señora Green iba a estar despierta, pero no quería experimentar la incomodidad de encontrársela cara a cara sin saber qué contestar. Porque la mujer iba a preguntar dónde había estado, no tenía duda de ello. La joven había sido lo suficientemente irresponsable como para olvidar por completo avisar a la mujer. Se sentía mal al imaginarla esperándola hasta tarde, y tan solo se le ocurría pedir

perdón. En cuanto la dueña de la casa se asomó por la entrada del salón, fue lo primero que hizo.

—Siento haber llegado ahora. Espero no haberle causado muchas molestias.

—La mujer sonrió con sospecha.

—Bueno, ¿cómo es? —fue lo único que preguntó, sin borrar esa sonrisa que empezaba a poner nerviosa a Annabel.

—¿Quién?

—Pues el afortunado, ¿quién va a ser sino? —La señora Green se cruzó de brazos al verla sorprendida por algo tan obvio.

—No hay ningún afortunado —dijo haciendo equilibrio para quitarse los tacones, uno a uno.

—¿Ah sí? ¿Y con quién has estado anoche entonces? —pronunció con una curiosa entonación.

—Con el desafortunado que tuvo que aguantarme mientras le contaba mi vida. —La mujer no pudo contener la risa.

—Si puso interés es que le gustas.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Annabel yendo en dirección a las escaleras.

—Annabel, mírame un momento —le ordenó la mujer en un tono que no esperaba. La rubia le hizo caso, deteniéndose sobre uno de los primeros escalones. La señora Green fijó sus ojos en ella, como si tratase de leer sus pensamientos más ocultos—. Eres terrible mintiendo.

—No miento —rió Annabel por lo absurda que se estaba volviendo la situación.

—Tienes que traerlo a casa algún día.

—Lo dudo.

—Dime al menos cómo es —pidió la mujer con curiosidad y cierta diversión.

—Algo molesto, a veces. —Escuchó a la señora resoplar en desacuerdo—. Pero creo que sabe escuchar.

Durante el resto de la tarde, Annabel fue incapaz de dejar de lado lo ocurrido la noche anterior. Era la hora de comer, la señora Green relataba los sucesos ocurridos esa mañana mientras iba de compras. Una mujer se había peleado con un vendedor de pescado por la subida del precio de éste. Le habría prestado más atención a la historia, de no ser porque su cabeza se encontraba en una parte

totalmente distinta. Seguía pensando en Ethan. No se había atrevido a preguntarle por la llamada, pero la curiosidad se había hecho con el control de toda su mente. Aún así, trataba de no darle mucha importancia, posiblemente era algo privado que no tenía que ver con ella, pero había algo que le inquietaba. Era la manera en que la voz de Ethan parecía cargada de frustración, temía que algo no le fuese bien...

—Bueno, ¿cómo van las cosas con tu hermano? —La señora Green la trajo a la realidad con su pregunta, haciéndole ver que ya se había terminado su sopa, sin siquiera darse cuenta.

—Podrían ir mejor. Tenemos algunas pistas algo extrañas que aún no sabemos a dónde llevan. ¿Ha oído hablar de un tal doctor Williams?

—Me temo que no —contestó la mujer.

—Se dice que es conocido por realizar intervenciones a mujeres embarazadas. Es de lo poco que sabemos sobre él —dijo levantándose para llevar su plato a la cocina. La señora Green imitó su acción.

Mientras Annabel enjuagaba ambos platos, se dio cuenta de que su casera parecía estar muy pendiente de lo que hacía, caminando lentamente por la cocina con un ojo siempre puesto en ella. Era como si la estuviese esperando para algo, pero tampoco se atreviese a hablar. La rubia dejó a un lado el trapo que había cogido para secar los cubiertos y se dio la vuelta, fingiendo que no había notado su inquietud. No estaba realmente segura de que le pasase algo, pero sabía que, en caso de querer hablarlo, la señora Green lo haría. Justo antes de dejar atrás la cocina, la mujer la detuvo.

—Tengo que enseñarte una cosa, ven.

La delgada figura de la señora pasó a su lado con rapidez. Iba de vuelta al salón, con la falda de su vestido ondeando su paso. Tenía algo guardado en el cajón de uno de los muebles. Algo que, por la manera en que había sacado la pequeña cajita, parecía bastante valioso. Annabel la miró desde la entrada a la habitación sin comprender qué estaba ocurriendo, hasta que la señora Green la llamó para que tomase asiento a su lado, en el sofá. Parecía emocionada, pero a la vez bastante impaciente por lo que estaba a punto de hacer.

—Esto —dijo manteniendo la caja entre ellas, en la palma de su mano—, es algo que llevo guardando mucho tiempo. Quiero que la abras y mires lo que hay dentro.

Se trataba de una cajita de madera, cuadrada, que no ocupaba ni la mitad de su mano, sin ningún tipo de inscripción en su exterior. Annabel no tardó en adivinar que dentro había algún tipo de joya. Al retirar la tapa, pudo ver que se trataba de un pequeño anillo de oro, fino y delicado, con una gema roja en el centro que recordaba a una gota de sangre escarlata.

—Hubo un tiempo en el que pensé en dárselo a mi hija cuando se hiciese mayor, pero ya sabes cómo son las cosas. La vida es impredecible, como las olas de un océano —sonrió—. Ya sé que puede parecer precipitado, pero me gustaría que lo tuvieses tú.

—¿Yo? —se sorprendió Annabel—. No, no creo que pueda aceptar algo así.

—Entiendo que pueda parecerte incómodo o inapropiado viniendo de una mujer a la que conoces tan poco, pero me haría muy feliz. Ya no soy joven, tampoco tengo a nadie a quien se lo pueda confiar, pero sé que tú cuidarás de él —la señora Green tomó suavemente la mano de Annabel, y colocó el anillo en la palma de su mano, cerrando sus dedos alrededor de éste—. Ha pasado tanto tiempo desde la vez que pude confiar así en alguien... Sé que no me equivoco.

—Pero, ¿y si lo está?

—Oh, Annabel, eres demasiado humilde. Si hay algo que me han enseñado los años, es a saber diferenciar a las personas que merecen la pena de las que no. Confío en ti.

—Esto es tan repentino... ni siquiera sé qué decir —respondió Annabel conmovida por sus palabras.

—Tampoco hace falta que digas nada. Tan solo conserva el recuerdo de esta vieja mujer el día en que no esté.

—Por favor, no diga eso, todavía le quedan muchos años por delante.

—Lo sé, pero si no te hubiese conocido, posiblemente serían años llenos de amargura y tristeza. Tenerte aquí ha sido como recuperar parte de la persona que solía ser. Nada volverá a ser igual que antes, eso lo sé, pero tu compañía realmente me ha hecho sentir menos sola. Esta es mi manera de darte las gracias.

Annabel subió a su habitación poco después, llevando en la mano izquierda el anillo de la señora Green, que a la vez había sido de su madre, y de la madre de su madre. Cuando la mujer confesó el origen de la joya, la joven volvió a negarse a aceptarlo, pero ella, a su vez, volvió a insistir. Según sus palabras, no había nadie mejor para seguir con aquella tradición interrumpida.



Si alguien le hubiese dicho a Annabel que en el proceso de encontrar a su hermano, encontraría también el apoyo y confianza de personas que apenas conocía, posiblemente no se lo habría creído. Admitía que, al principio, se le hacía especialmente complicado poder confiar en cualquiera que no llevase años en su vida, pero tanto la señora Green, como Ethan y Charles, le estaban demostrando lo mucho que podía cambiar aquello. Era una sensación extraña, como una contradicción interna entre lo que siempre había creído y lo que su alrededor le estaba demostrando. No era algo fácil de llevar. No quería estar equivocada pero, ¿acaso alguno de ellos podía deseárselo algún tipo de desgracia? Su encuentro con Ethan el día anterior ya le había demostrado lo errónea que había sido su primera impresión de él, y su casera, por su parte... Realmente estaba siendo como una madre para ella.

Annabel se acercó a la ventana, y dejando que la luz cayese sobre la pequeña gema del anillo. ¿Qué habría pasado si las cosas hubiesen sido distintas? Seguramente sería su hija la que llevaría el anillo, o la mujer de su hijo, si volviese y llegase a casarse. Se sentía como una entrometida en un círculo familiar que jamás se iba a cerrar, pero a la vez disfrutaba del agradecimiento y del honor más profundo. Se sentía eternamente halagada por el gesto que la señora Green había mostrado hacia ella, pero había sido algo totalmente inesperado. Tal vez solo necesitaba acostumbrarse. Aceptar la presencia de otros que le fuesen cercanos... Annabel movió la mano bajo el rayo de luz, haciendo que la pequeña piedra del anillo reflejase brillos rosados sobre las cortinas. No solo las personas que había conocido estaban comenzando a dejar una marca en su vida, ella misma había dejado algo en los demás, posiblemente más de lo que podía imaginar. Fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta de algo inevitable. Si se fuese de Londres, parte de ella permanecería allí para siempre.

## XVII

*3 de marzo, 1920. Londres.*

«Pasó mucho antes de la guerra, tan solo era un niño. Quince años, si no recuerdo mal. Corría por las calles sin importarme a dónde me llevaría cada húmedo y oscuro callejón que atravesaba. Me daba igual el destino, tan solo quería escapar de allí lo más rápido posible. Estaba cegado por la culpa, el dolor, y el miedo. No podía mirarle a los ojos, había destruido su vida por completo, y permanecer junto a ella tan solo le haría recordar las cosas tan horribles que había hecho. Estaba convencido de ello por aquel entonces.

No tenía nada. Ni dinero, ni un sitio donde quedarme... Recurrir a conocidos no era una opción, creía que me delatarían tarde o temprano. Posiblemente tenía razón, pero ahora desearía haberme ido a casa de algún amigo hasta que estuviese mejor. En vez de eso, decidí lanzar todo mi futuro al vacío.

Sobrevivía a base de... acciones poco honradas. Robaba aquí y allá, pedía dinero en las calles, hacía algún que otro trabajo denigrante y asqueroso. Era triste, estaba completamente solo. En más de una ocasión pensé en volver, pero, ¿qué le diría entonces? Jamás me perdonaría, y aunque por casualidad lo consiguiese, el recuerdo de mis acciones siempre permanecería ahí. Con el tiempo conseguí encontrar un grupo formado por otros iguales a mí. Huérfanos, rebeldes, niños que habían decidido lanzar su vida por la borda, al igual que yo, solo que en ese momento no lo sabíamos. Gracias a ellos conseguí mejorar un poco mi inestable forma de vida. Vivíamos en una mugrienta casa abandonada, pero era mejor que pasar la noche en las calles. Era como nuestro escondite secreto. Nuestro centro de reuniones. Teníamos un líder, Jack, un joven un par de años mayor que yo. Él era el que organizaba todas nuestras misiones, como las llamaba él. Yo sabía que lo que hacíamos no estaba bien, pero era mejor eso que continuar solo. Londres podía ser una ciudad peligrosa, era algo que todos sabíamos pero de lo que no hablábamos nunca. Tan solo tratábamos de mantenernos juntos, y sobrevivir de cualquier forma. Sin embargo, no duré mucho allí. Todo cambió una noche de invierno.

Nos habíamos organizado para sacar lo máximo posible de los asistentes a la inauguración de un hotel. Iba a haber varias personas con dinero, si éramos rápidos y cautelosos podríamos vaciar unos cuantos bolsillos bastante rápido. Solíamos conseguir algo de prácticamente todo lo que acababa en nuestras manos. Joyas,

relojes, vendíamos todas estas cosas, con algo de suerte nos tocaba alguna cartera. Se suponía que aquella noche no iba a ser muy distinta, salvo que esa vez, tan solo fuimos los más mayores. El plan era simple: infiltrarnos en la muchedumbre y coger todo lo que pudiésemos antes de escuchar la señal, cada uno de nosotros llevaba un pequeño silbato. Al principio todo iba bien, pasamos desapercibidos, conseguí unas libras, corté algunos botones brillantes de varios vestidos... La cosa se torció en el momento en que vi a un hombre encenderse un cigarro, y guardarse el mechero dorado en el bolsillo de su chaqueta. No me lo pensé dos veces. Fui hacia él, hice lo que tenía que hacer. Saqué la mano con el mechero sin que se diese cuenta, pero justo en el momento en el que iba a girarme, algo se aferró a mi muñeca. Cuando levanté la vista, me encontré con el rostro del hombre sobre mí, pero a diferencia del resto de personas que alguna vez nos habían visto, estaba tranquilo. Me sorprendió. No gritó, no avisó a nadie, tan solo me observó fijamente durante unos segundos que me parecieron eternos. Cuando habló, lo único que me pidió fue que le acompañase.»

—¿Tuviste miedo de él? —le interrumpió de pronto Robert, garabateando algo en un cuaderno. Ethan le miró sin entender por qué había hecho su pregunta justo en ese momento.

—Más que asustado, estaba confundido. Estaba a punto de dar la señal para avisar al resto, pero el hombre me detuvo antes de que pudiese reaccionar. Me llevó hasta su coche, me montó en él. Por un instante pensé que iba a entregarme a la policía, y fue ahí cuando comencé a temblar de miedo —explicó con una nostálgica sonrisa.

—Pero no fue así —añadió Robert sin levantar la vista del papel.

«No sabía a dónde nos dirigíamos, hacía ya un tiempo que se había hecho de noche, ninguno de mis compañeros sabía dónde estaba. Ni siquiera podía hablar, pero por suerte fue él el que habló primero. Me preguntó si tenía familia, si alguien sabía a lo que me dedicaba... Lo negué todo, pero aún así, el hombre no dejó de mirarme de reojo durante todo el camino. Me llevó a la casa que, posiblemente, era la más grande que había visto en mi vida. No pude evitar mirarla con la boca abierta cuando bajamos del coche. En ese momento ya estaba algo más tranquilo, no parecía que fuese a entregarme a la policía, pero tampoco

entendía por qué ese desconocido me había traído a lo que parecía ser su vivienda. Hablamos durante varias horas. Intentaré ser breve, porque tampoco tengo un recuerdo claro de la conversación. Su nombre era Roger, y hacía tan solo unas semanas había perdido a su hijo por una larga enfermedad de la que ni los mejores médicos pudieron salvarle. Estaba divorciado, devastado por una pérdida y la sensación de fracaso como padre. Decía haber visto a su hijo en mis ojos y, por la ignorancia de esa edad, le creí. Me adoptó y cuidó de mí como si fuese descendiente suyo, pero lo que no supe por ese entonces, es que había un interés muy concreto detrás de sus acciones. Aquel hombre inició mi descenso como persona. Manipuló mi concepto de moral, me confundió respecto a lo que estaba bien y lo que estaba mal. Me arrastró por el mismo camino que él había tomado por puro egoísmo, pero siempre trataba de mostrarse como la víctima inocente ante mis ojos.

Roger no tenía un trabajo común. Desaparecía cuando me iba a dormir y volvía horas más tarde. Incluso había veces que por la mañana. De día, o dormía o volvía a marcharse. Fue tan solo un año más tarde cuando descubrí que trabajaba de sicario. De manera astuta y convenida me asustó, diciendo que si no podía defenderme, algún día podían ir a por mí. Hombres que buscarían un ajuste de cuentas solo porque él había hecho su trabajo. También indagó en ese rencor que sentía hacia los hombres que mataron a mi padre, lo usó para manipular cada decisión que tomaba, prometiéndome una venganza que nunca llegó. No entendí en el momento la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Le debía la forma de vida que llevaba en aquel momento, por lo que poco a poco me vi sumido en la misma oscuridad que él. Cuando quise darme cuenta, no había nada más que pudiese hacer con mi futuro.»

—¿Nunca intentaste salir de ahí? ¿Cambiar de... oficio? —volvió a preguntar el médico. Ethan negó con la cabeza.

—Era demasiado joven. Joven y estúpido. No mentiré, lo pasaba bastante mal cada vez que tenía que apuntar a alguien. La mitad de las veces cerraba los ojos deseando que esa bala me atravesase a mí. Pensaba que si no estaba muerto aún, era porque vivía lo que merecía. Incluso años después de lo ocurrido en mi familia, me consideraba el culpable de todo.

El rostro de Ethan se contrajo melancólicamente. Sentía pena de sí mismo, era algo que no estaba dispuesto a pronunciar en el momento. Después de todo, había hecho un esfuerzo por cambiar, veía las cosas de forma distinta, trataba de darle una vuelta a su vida. Ya no era el niño manipulable e ignorante que solía ser, pero había algo que aún permanecía con él. Los recuerdos. Había momentos en los que deseaba borrar de su cabeza todos aquellos episodios que aún le perseguían. Eran como una sanguijuela, un parásito que poco a poco iba absorbiendo la fuerza con la que luchaba contra su cobardía.

—Ya veo... —respondió Robert mirándole por encima de las gafas—. Si me permites un comentario de amigo a amigo, lo siento.

—Era un idiota, eso es todo.

—Dices que eras un cobarde, pero no puedo estar más en desacuerdo. Fuiste a la guerra por voluntad propia, con una decisión que no todo el mundo tiene.

—Sí. Pero la razón detrás de eso... Simplemente quería escapar de mí mismo. Si no podía acabar con toda la vergüenza y culpabilidad con la que cargaba, esperaba que al menos allí alguien pudiese hacerlo por mí. Jamás pensé que volvería...

—Pero después de todo, creo que fue una experiencia con ciertos aspectos positivos para ti. Conociste a Charles, decidiste escribirle a tu madre, replanteaste el curso de tu vida. No todos pueden hacer algo así después de pasar por el campo de batalla. Todas esas muertes... —los ojos del joven médico adquirieron un brillo perturbador, que a esas alturas resultaba algo familiar. Ethan se tomó unos segundos para pensar su respuesta. Últimamente sus sesiones siempre acababan en lo mismo. Contase lo que contase, Robert siempre conseguía darle la vuelta a la conversación para acabar en un tema muy concreto: las muertes de la guerra.

—Aquella... matanza infernal —dijo buscando una palabra que definiese de la manera más exacta lo que había vivido—, me abrió los ojos sobre todo lo que estuve haciendo a lo largo de mi juventud, así como sobre lo injusta que podía resultar la vida. Si había sobrevivido era por una razón, y creía que era para poder hacer las cosas bien de una vez.

—Y dime una cosa, ¿eso te hizo tener más o menos miedo de la muerte? Estar tan cerca de ella debió de ser una experiencia indescriptible. —Ethan frunció el ceño.

—Ya respondí a algo parecido la última vez. La temo siempre y cuando sienta que está cerca de aquellos que me importan. Si realmente me lo plantease, creo que podría ser capaz de volarme la cabeza, pero no es algo que quiera o vaya a hacer —dijo con calma. Robert asintió en silencio, y procedió a apuntar algo en una hoja aparte—. No hace falta que pretendas haberme escuchado. Sé que has estado dibujando algo todo el tiempo.

—Me ayuda a concentrarme —dijo irguiéndose en su asiento, y pasando con rapidez las hojas del cuaderno. Se detuvo en uno en concreto, una representación de un insecto oscuro y de caparazón brillante—. ¿Qué dices? Tal vez se lo regale a mi hermana.

—Creo... que me he quedado sin palabras —contestó Ethan en tono irónico.

—Son increíbles. En la mitología egipcia eran símbolo de la vida eterna y la constante transformación, ¿lo sabías?

—No.

—Bueno, pues ahora sí —Robert retiró el cuaderno y lo dejó en uno de los cajones del escritorio sin prestarle mucha más atención—. Por lo que me has contado, creo que tu mayor problema reside en que no consigues encontrar el perdón dentro de ti mismo. Puedes ser consciente de tus errores y saber que no te merecías lo que ocurrió, pero si no consigues perdonarte, difícilmente podrás enfrentarte a lo único que podría sacarte de esta situación.

—¿Y eso es...? —preguntó Ethan sospechando su respuesta.

—Ir a ver a tu madre.

—¿Y no hay otra manera? —se quejó con cierta desesperación.

—Sabes que no —respondió Robert firmemente.

—No puedo hacerlo, por mucho que intente convencerme de que es mi única opción. No puedo —dijo con un suspiro—. Si la vuelvo a ver y me rechaza, la perdería para siempre —concluyó con derrota, sintiendo la pesadez de cada una de sus palabras.

—Entiendo, pero no hay mucho más que pueda decirte. Hemos calmado tus ataques de pánico y el insomnio, duermes mucho mejor y puedes llevar una vida relativamente normal. Debes darte cuenta de que no hay mucho más que pueda hacer por ti.

En ese instante, Robert adquirió el tono frío de un médico. Apoyó los codos sobre la mesa y cruzó los dedos bajo su barbilla, esperando algún tipo de respuesta

por parte de Ethan. Éste, sin embargo, permaneció en silencio con la mirada perdida en alguna parte del suelo. ¿Cómo podía hacer aquello? Tenía miedo de que la única persona que pudiese quererle incondicionalmente no estuviese dispuesta a tenerle en su vida. ¿Cómo iba a seguir viviendo entonces? Era justo la razón por la que había estado alargando su encuentro. Ya lo había perdido todo una vez, y si ella no le perdonaba, lo estaría perdiendo todo de nuevo, esta vez para siempre.

## XVIII

*24 de mayo, 1920. Londres*

El gato volvió a bostezar sobre el mostrador, dejando sus pequeños dientecillos blancos a la vista. Nada había cambiado desde la última vez que estuvieron en aquella cafetería. Annabel miró impaciente por la ventana. Charles y ella llevaban quince minutos esperando, pero Ethan seguía sin aparecer. Era como si la lluvia se lo hubiese tragado.

—¿Crees que le ha ocurrido algo? —preguntó Annabel removiendo su café, viendo como poco a poco la espiral desaparecía sobre la superficie líquida.

—No lo sé, tal vez haya acabado en algún atasco por la lluvia —contestó Charles sin darle mucha importancia, pero la joven sintió que algo no iba del todo bien. Su compañero llevaba un tiempo moviendo la pierna con inquietud.

—Entonces... habéis arreglado las cosas, ¿no?

—Sí, todo está bien. Siento lo del otro día, creo que ambos nos dejamos llevar un poco por la situación.

—Lo entiendo. Debe de ser muy duro vivir así, arrastrar el pasado de uno sin saber cómo arreglar el presente —dijo pensando en voz alta—, y aún así terminé hablando de mí misma como una idiota.

—Espera, ¿quieres decir que lo sabes? ¿Desde cuándo? —preguntó el pelirrojo muy sorprendido.

—Fui a verle hace unos días. No dio muchos detalles, pero parecía bastante afectado. No me atreví a preguntarle mucho acerca del tema.

—Oh, Annabel —suspiró mirando como caía la lluvia—, realmente espero, o deseo más bien, que todo pueda solucionarse pronto. Ethan puede parecer algo distante, un poco brusco a veces, pero es solo por el miedo que tiene a que la vida vuelva a herirle. Espero que me permitas decir esto, pero hay veces que os parecéis bastante —añadió con una sonrisa. Annabel, que hasta el momento se había sentido algo melancólica, sintió como una extraña sensación la recorría.

—¿Qué quieres decir con eso? No nos parecemos en nada —protestó llevándose la taza a la boca—. Es tan... complicado.

—¿Complicado? ¿Eso es todo? —rió Charles, haciendo que ésta se avergonzase un poco de sus palabras—. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero definitivamente es un avance.



—No ha pasado nada —Annabel trató de aparentar cierta seriedad—.  
Simplemente teníamos que hablar.

—Lo sé, lo siento. Solo estaba de broma. Ethan ya me contó que te pasaste por su casa. Me dijo bastantes cosas sobre ti, puedo contarte algunas si quieres —el pelirrojo la miró de manera pícaro, pero Annabel negó con la cabeza.

—Creo que prefiero no saberlo, no quiero arrepentirme de empezar a pensar mejor sobre él.

—No lo harías, te lo prometo. Se preocupa mucho por ti.

—Bueno, eso está por ver —gruñó mirando por la ventana.

Pasaron pocos minutos más hasta que la campanita de la entrada volvió a sonar. Annabel se sorprendió a sí misma reconociendo sus pasos sin siquiera girarse. La invadió una inesperada tranquilidad al escucharle avanzar hacia la mesa y tomar asiento a su lado, con esa característica fluidez y calma que solían tener todas sus acciones. Nadie que lo viese pensaría que aquel joven de aspecto arreglado y elegante estaba en realidad pasando por algo tan tortuoso. Aquello había sido lo único en lo que Annabel había podido pensar durante los últimos días. No podía quitárselo de la cabeza, y comenzaba a ser frustrante. El gato de ojos brillantes, que hasta entonces había permanecido en el mostrador, saltó al suelo a oler las gotas que habían caído de Ethan al entrar.

—Siento llegar tarde. Me entretuve en casa más de lo que esperaba —dijo frotándose las gotas de las manos.

—¿Y eso? ¿Tus perras han vuelto a destrozar algo? —bromeó la rubia tratando de no mirarle demasiado.

—Ojalá fuese eso —respondió Ethan en un tono cansado, para luego pedirle un café a la camarera que pasó por su lado—. Hay cosas de las que tenemos que hablar, sobre Robert.

—¿Has descubierto algo entonces? —preguntó Charles con interés, mirando a su compañero con la misma inquietud de antes.

—Por desgracia, tenía razón —contestó devolviéndole la mirada al pelirrojo, mientras Annabel esperaba una explicación—. Esa tarjeta negra del escarabajo —dijo dirigiéndose esta vez a ella—, la que recibió el doctor Williams. La reconocí en cuanto la describiste, pero no quise decir nada hasta estar completamente seguro que no me equivocaba.

—¿Sabes lo que significa? —Se escuchó un silencio por parte de Ethan, y la joven sintió que por alguna razón algo pasaba con aquella pregunta. O su respuesta. El hombre a su lado apretó los labios y miró por la ventana, como tratando de escapar de la situación, aunque fuese un instante.

—Me es familiar, más de lo que me gustaría.

—Ethan... —Charles le llamó con algo de preocupación.

—Hay un hombre llamado Roger Payne —continuó algo más decidido—, que generalmente suele identificarse con ese símbolo. Lo sé, porque por desgracia llegué a conocerle, por razones que ahora no vienen a cuento. El problema está en que, da igual dónde se pronuncie ese nombre, o en qué situación, nunca es nada bueno. Es un sicario retirado que actualmente se dedica al comercio de sustancias —explicó bajando la voz, para que tan solo ellos tres pudiesen seguir la conversación.

—¿Sustancias?

—Annabel, no me seas ingenua —la miró sin poder evitar una sonrisa.

—Sé a lo que te refieres, solo estaba sorprendida. ¿Qué más?

—Me puse en contacto con él, y lo que pude averiguar es más interesante de lo que esperaba. Aparentemente el doctor Williams le debe una suma de dinero bastante elevada por venta de cocaína, y es justo por eso por lo que la tarjeta negra estaba bajo su puerta. Era un aviso. Sin embargo, lo extraño es que había algo más que el doctor solía comprarle. —De manera totalmente inesperada, Ethan apoyó su mano sobre el antebrazo de Annabel. Fue un contacto cálido, pero fue justo ese gesto el que le sugirió que algo no iba bien.

—No quiero que te asustes, ¿vale?, pero todo es más oscuro de lo que creíamos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Annabel comenzando a impacientarse.

—Roger Payne era también uno de los medios por los que este hombre conseguía cuerpos de animales.

—¿Qué? —se horrorizó la joven en voz alta—. Pero... ¿por qué?

—Eso ya no lo sé, pero si queremos averiguar qué se trae entre manos, y qué tiene que ver Robert en todo esto, vamos a tener que dar con él. La buena noticia es que sé cómo hacerlo.

Para ese momento, mil imágenes comenzaron a pasar ante los ojos de Annabel, y ninguna de ellas era buena. ¿Quién era realmente el doctor Williams?

¿Qué pretendía? ¿Acaso la vida de Robert corría peligro? Existía la posibilidad de que le hubiese hecho algo. Si el hombre no se encontraba mentalmente bien, su hermano podía haber caído en las garras de un monstruo silencioso, y eso la aterraba.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo al cabo de unos instantes, adquiriendo una palidez y un frío en las manos de los que al principio no fue consciente—. ¿Cómo es que conoces a este hombre?

Annabel no sabía cómo explicarlo, pero por la inevitable expresión de Ethan, sintió como si lo hubiese atravesado con una bala. El joven retiró la mirada, sus manos se tensaron, una sobre la otra frente a él. Era su pasado, aquel del que tantas ganas tenía que escapar pero que ahora había vuelto inesperadamente, como una sombra que se alarga por las noches hasta cubrirte y devorarte en silencio.

—No quiero mentir. Tampoco ocultarte nada, pero no creo que sea el momento para hablarlo. No aquí —pronunció evitando mirarla, y tratando de buscar algo de apoyo en Charles.

—Lo siento, no debería... —comenzó a excusarse Annabel, pero las palabras de Ethan le interrumpieron.

—No, no. No te preocupes, está bien. —Intentó de formar una sonrisa, pero aquello no terminó de convencerla.

Annabel procuró no darle importancia, pero algo había despertado en su interior: miedo. Lo que no sabía, era si era por ella, o por Ethan. Recordó la llamada que escuchó la otra vez, y tanto la voz frustrada con la que él hablaba al teléfono, como la expresión que tenía en ese instante frente a ella, no hicieron más que confirmar que algo no iba bien.

—Bueno, ¿y dónde podemos encontrar a este supuesto doctor? —intervino Charles de repente, aún moviendo su pierna con nerviosismo.

—Oxford. Tiene una finca a las afueras de la ciudad. Ahí es a donde Roger enviaba aquello que él le pedía. Aparentemente es un lugar que frecuentaba bastante, incluso mientras vivía aquí, en Londres.

—Esto es tan retorcido, tan absurdo —Annabel enterró el rostro entre las manos, sintiendo que su cabeza no era capaz de unir las piezas de información—. ¿Qué tiene que ver Robert en todo esto?

—No lo sé, pero sin duda están relacionados, al igual que la hermana desaparecida de la mujer que visitaste el otro día. Son ya dos personas de las que no se sabe nada, y en ambos casos todo apunta en una dirección. El doctor Williams —explicó Ethan, tomando la taza de café que le acababan de traer.

Annabel volvió a mirar por la ventana. La lluvia había aumentado de intensidad, creando una cortina entre sus ojos y el exterior que le impedía ver más allá de unos metros. Era una mañana extraña. No sabía cómo sentirse respecto a todo lo que acababa de escuchar. Si su siguiente movimiento iba a ser un viaje a Oxford, iban a tener que planear cuántos días se quedarían, mirar los billetes del tren... No le apetecía hacer ninguna de esas cosas, pero a la vez se encontraba preocupada por lo que estaba ocurriendo. Sabía que podía confiar en Ethan, de hecho lo hacía, pero desde el momento en que lo había conocido, e incluso después de su última conversación, había aspectos de él que le seguían pareciendo un misterio. Era como si siempre tuviese algo que ocultar, y Annabel no entendía del todo el porqué.

Tras una conversación que duró varios minutos más, los jóvenes llegaron a una decisión en común: salir dos días después, en el tren de las 8 de la mañana que partía desde la estación de King's Cross. Annabel no fue consciente de lo cerca que se encontraba de Robert hasta que se sentó en el coche. Ethan se ofreció a llevarla. Charles, que parecía tener bastante prisa, se marchó a ver a un familiar.

—Sigo sin entender qué hay para ti en todo esto —Annabel miró a través del cristal. El agua había emborronado por completo su transparencia, y la caída constante de las gotas se estaba convirtiendo en algo hasta hipnótico—. Tengo la sensación de que todo es más peligroso de lo que imaginábamos, y aún así estás dispuesto a hacer esto.

Por un momento, Ethan se quedó pensativo, con unas pequeñas gotas de lluvia colgando de su cabello oscuro. Parecía cansado, la piel de debajo de sus ojos estaba más decaída de lo normal, pero su actitud aparentaba ser la de siempre. Por mucho que hablasen de su pasado, Annabel sentía que aquel extraño muro que los separaba, siempre estaría allí. Aunque también debía de admitir que nunca sabía qué esperar de él. Tenía la habilidad de sorprenderla, eso sí lo tenía claro.

—Creo que lo que me mueve es la preocupación, igual que a ti —concluyó mirándola de reojo—. ¿No es suficiente?

—No lo sé. Tal vez no esté acostumbrada a que alguien muestra tanto interés en mis asuntos. Es algo nuevo, supongo —dijo algo arrepentida de su pregunta. Si lo pensaba, realmente era algo absurda, era más bien producto de cierta inseguridad que sentía por dentro. Ethan suspiró, rebuscando las llaves del coche en el bolsillo de su pantalón.

—A mí también me cuesta confiar en los demás. Somos bastante parecidos en eso, pero no tienes nada de lo que preocuparte. Seré aún más sincero, si es lo que quieres.

—Tampoco estoy pidiendo eso —se apresuró a decir, por no querer ponerle en una posición incómoda.

—Pero sé que quieres una explicación clara de mis razones. Admito que he sido algo vago en cuanto a eso, pero también tenía mis dudas respecto a ti al principio. No me conocías, yo a ti tampoco, y a ambos nos gusta guardarnos nuestro pasado. Creo que ese ha sido nuestro mayor problema.

—Ahí tienes razón —respondió Annabel, sin apartar la mirada de la lluvia en el cristal delantero. Escuchó a Ethan sonreír.

—Como he dicho antes, Robert me preocupa, pero es cierto que hay dos razones algo más personales que espero que no me tengas en cuenta. Una de ellas es el diario que escribí en la guerra. No quiero culparle de no encontrarlo, pero realmente presiento que ha podido llamar lo suficiente su atención como para cogerlo sin decirme nada. Es muy importante para mí, y en caso de no tenerlo, espero que al menos me ayude a buscarlo. La tercera razón... Honestamente, era algo que no tenía en mente al principio.

—¿Por qué?

—Soy egoísta. Quería saber dónde estaba Robert para mi propia tranquilidad, pero luego te pedí ayuda... Al verte supe que mis razones para buscarle eran irrelevantes. Es tu hermano, yo nunca sentiré por él el mismo apego y cariño que tú, por mucho que le deba mi paz mental ahora. Después de la última vez que hablamos, sobre todo, siento que todo el esfuerzo que estoy poniendo en averiguar dónde está, lo hago por ti. Pero no me malinterpretes, no lo hago por parecer un salvador, ni nada por el estilo. Ambos sabemos lo que es perder a seres cercanos, no quiero que vuelvas a pasar por eso otra vez. Podría haberte dicho todo esto el otro día, pero creo que estaba demasiado borracho...

Si en ese momento Ethan no hubiese mirado a Annabel, ésta posiblemente habría logrado disimular el temblor en sus ojos. Sin embargo, no fue así. En cuanto sus rostros se encontraron, unas lágrimas pesadas y llenas de pena se escaparon de entre sus párpados, haciéndole bajar la cabeza en un intento de esconder su vulnerabilidad. Ni siquiera ella misma entendía por qué había ocurrido aquello. Había algo en las palabras de Ethan, en su manera de hablar, tan sincera y compasiva, que le había tocado en lo más hondo. Se sentía agradecida, pero a la vez tremendamente avergonzada por haber hecho que alguien a quien conocía tan poco, hubiese decidido hacer algo así por ella.

—Oye, ¿qué ocurre?

—Nada, estoy bien. De verdad —respondió tratando de recuperar la compostura.

—¿Estás segura?

—Sí, es solo que... No lo sé. La gente es demasiado buena conmigo últimamente, y eso me confunde —trató de explicar sin hacer contacto visual. Ethan rió en voz baja.

—¿Te confunde? ¿Por qué?

—No lo sé. No sé qué contestar o cómo reaccionar, tampoco entiendo qué he hecho para merecerlo.

—Muchas veces, no es necesario que hagas nada en específico para que alguien quiera hacer algo bueno por ti. Se trata más de lo que sienta la otra persona que de lo que tú hayas hecho.

—Lo sé, pero, ¿no tienes la necesidad de devolver esa amabilidad de alguna forma?

—No tienes que agradecerme nada, si eso es lo que te preocupa —dijo él poniendo el coche en marcha. Los limpiaparabrisas aclararon la visión ante sus ojos.

—Lo sé, intentamos dividirnos el trabajo, en la medida de lo posible —contestó ella algo más tranquila—, pero hay cosas que no puedo pasar por encima, por mucho que lo intente.

—¿Por ejemplo? —El exterior comenzó a moverse, pero la mirada de Annabel cayó sobre sus manos.

—Siento que la señora Green me tiene demasiado aprecio para el poco tiempo que nos conocemos. Dice que sabe lo que hace y que no se arrepentirá, pero, ¿y si lo hace?

—No creo. Tratas a todos con respeto y educación, no me sorprende que le hayas gustado.

—Pero aún así tengo miedo. No voy a quedarme aquí para siempre, pero al ser una mujer que lleva viviendo tanto tiempo sola, creo que no se ha parado a pensarlo.

—¿Por qué? Ni que te considerase su hija, o algo por el estilo —comentó Ethan mientras seguía mirando hacia el frente, atento a que no se le cruzase ningún peatón entre la lluvia.

—Me ha dado un anillo familiar, Ethan. Creo que eso es suficiente para preocuparme —contestó Annabel levantando la mano para que pudiese verlo. Tras echarle un rápido vistazo, Ethan aprovechó el momento en el que un hombre cruzaba la calle para volver a mirarlo. Al principio frunció el ceño, extrañado, pero luego continuó conduciendo, como si no hubiese visto nada especial en él.

—Y la señora Green... ¿cuántos años crees que tiene? —se interesó de repente.

—Supongo que unos cincuenta, quizás algunos más, pero creía que la conocías —se sorprendió.

—Fue Charles el que tuvo la idea de que vivieses con ella. De hecho es un antiguo alumno suyo, pero no le gusta mucho hablar sobre el tema. Siente que fracasó en los estudios, pero en el fondo tiene muy buena cabeza para los números. Por eso es mi asistente, aparte de amigo.

Durante el resto del trayecto, Annabel se sintió mucho más animada, compartiendo sus experiencias viviendo en casa de la señora Green y su relación con ella. No tenía nada malo que decir, tenían personalidades que, a pesar de ser distintas, conseguían encajar de manera bastante pacífica. Sin darse cuenta, habían acabado cuidando la una de la otra, y Annabel llegó a la conclusión de que se debía a la soledad que había estado acompañando a cada una durante los últimos años. Ambas necesitaban a alguien que las escuchase, pero no lo sabían hasta que se encontraron.

—También cocina muy bien —continuó Annabel con satisfacción—. Es cierto que la mayoría de veces lo hacemos juntas, pero he aprendido mucho de ella. Tiene mucha paciencia conmigo.

—Puedo imaginarlo. Ella diciendo que peles las zanahorias y tú hablando sobre Robert —bromeó Ethan, girando hacia la calle en la que vivía la señora Green.

—¡Claro que no! Hablamos sobre muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—La vida.

—Qué profundo —dijo con ironía. Annabel lo miró disgustada—. Oh, no va en serio.

—Ven, si no me crees. Quédate a comer, y seguro que es capaz de darte un par de lecciones importantes —le dijo sin pensárselo demasiado. Ethan, que recién había terminado de aparcar, miró por la ventana en dirección a la casa.

—Me encantaría, pero no puedo. Aunque estoy seguro de que sería muy agradable conocerla. —No dio más explicaciones. Annabel quiso preguntarle, pero tampoco le apetecía mostrar demasiado interés en su vida personal.

—Bueno, tú te lo pierdes —contestó ella encogiéndose de hombros.

No le dio especial importancia, aunque sabía que en el fondo, a la señora Green le habría hecho ilusión recibir alguna que otra visita inesperada. Annabel se colgó el bolso del hombro, y estaba a punto de abrir la puerta, cuando Ethan la llamó por su nombre tomándola de la mano. Una sensación cálida subió por su cuello, haciéndole entrar en un estupor que por unos segundos no le permitió reaccionar. Tampoco tuvo tiempo de preguntarle qué quería.

—No le digas que he preguntado por ella, ¿vale? —Aún sin entender qué ocurría, ella asintió, tratando a la vez de disimular la confusión que sentía ante su mirada. Era como si sus ojos azules intentasen descifrar cada pensamiento, cada idea que pasaba por su mente en ese instante. Sujetando su mano, Ethan pasó el pulgar por el anillo—. Cuídala durante el tiempo que estés aquí. Seguramente te necesite más de lo que crees.

Annabel lo miró con preocupación, ¿que era aquello? Le sorprendía el hecho de que le pudiese importar tanto el bienestar de una mujer desconocida, pero a la vez tenía el presentimiento de que sus palabras tenían un trasfondo mucho más complicado. Era... como si le estuviese pidiendo un favor.



—¿Por qué me estás diciendo esto? —consiguió pronunciar sin apartarle la mirada, esperando encontrar la respuesta en alguna expresión sutil de sus facciones. No sabía por qué, pero sentía una creciente frustración en su interior, haciendo que cada segundo pareciese durar el doble.

—¿Y por qué no?

Estaba a punto de contestarle, pero su respuesta quedó olvidada en su mente. Fue un instante fugaz e inesperado, totalmente fuera de su control, en el que Ethan dejó un rápido beso sobre su frente.

—Ve —le dijo en el oído—, te estará esperando.

Ella no se lo pensó dos veces. Totalmente controlada por un pánico inexplicable, salió del coche y corrió en dirección a la casa. Aún llovía con fuerza, pero no se percató de ello hasta que estuvo en el interior, con la espalda apoyada contra la puerta y la respiración entrecortada. Tenía miedo. Un miedo irracional a algo de lo que todavía no era consciente. No podía concentrarse, no sabía si pensar en lo que acababa de ocurrir o en las palabras de Ethan, la señora Green se asomó desde la cocina para decirle algo que su cerebro no llegó a captar. Las voces en su mente le decían demasiadas cosas a la vez, y muchas de ellas simplemente no las podía admitir.

—Annabel, ¿estás bien? —volvió a preguntarle la mujer, esta vez acercándose a ella.

—Sí. Sí, estoy bien —pudo pronunciar soltando un gran suspiro, pero sin poder calmar todavía el temblor en sus manos.

—¿Estás segura? Te ves algo nerviosa. Si ha pasado algo puedes contármelo, ¿de acuerdo?

Trató de recomponerse, quitándose poco a poco los tacones y dejando su bolso. No sabía qué contestar. Tenía el presentimiento de que no podía hablar de más, de que no debía... ¿pero por qué? Ahora que lo pensaba, Ethan no negó en ningún momento conocer a la señora Green, pero tampoco aportó nada que indicase lo contrario. Nada, excepto aquel extraño comentario. Y lo que le siguió. Un ardor subió por sus mejillas al recordarlo.

—Es tan estúpido a veces —dijo entre dientes, sentada en el pequeño escalón que había entre el recibidor y el pasillo.

—¿Quién? —se interesó la señora Green desde el salón. Tenía un oído demasiado bueno, más del que le convenía a Annabel.

Tras una rápida excusa, que a pesar de ser poco convincente la mujer aceptó, la joven subió los escalones hasta su habitación. Necesitaba estar un tiempo a solas, pensar en todo lo que había pasado y lo que podía significar, la razón detrás de los sucesos... Por el rabillo del ojo, un movimiento en el cuarto de la señora Green llamó la atención. Las cortinas ondulaban con cierta agitación, dejando expuesto un despiste por parte de la mujer. Rápidamente, Annabel entró en la habitación y se dirigió hacia la ventana, cerrándola firmemente e impidiendo que el agua continuase entrando. Por suerte no fue mucho lo que las gotas llegaron a alcanzar. El suelo estaba algo salpicado, así como la alfombra, pero aparte de eso y de una de las mesitas de noche, poco más se había humedecido. Se acercó y pasó la manga de la blusa por la superficie de madera, aunque de todas formas iba a tener que bajar por un trapo para secar el suelo, cuando su atención cayó sobre una foto que ya había visto antes. Un niño adolescente y una niña algo más pequeña miraban al frente, cogidos de la mano con expresiones inocentes en el rostro. En su momento no les dio relevancia, pero ahora que conocía la historia de la señora Green, no pudo evitar sentir una pena profunda y amarga por ellos. Ninguno de ellos se merecía lo que les había ocurrido, ninguno...

Fue una realización repentina, como un torbellino aparecido de la nada que le hizo sentarse en la cama con expresión agitada. Tenía que estar equivocada, debía estarlo, pero por mucho que intentase convencerse de lo contrario, había algo de lo que no podía huir. Aquel niño... Conocía sus ojos.

## **XIX**

*26 de mayo, 1920. De Londres a Oxford.*

15 de marzo, 1920

Querida Annabel,

Hace ya algún tiempo desde la última carta que te escribí, pero espero que no tengas mucho en cuenta mi tardanza. Hay demasiadas cosas que han tenido mi mente ocupada, y seguramente te preguntarás de qué se trata. Con gusto te explicaré que, una de las lecciones más importantes que he aprendido en el último tiempo, es que para avanzar en la ciencia, hay veces que es necesario hacer ciertos sacrificios. ¿No crees que para poder cambiar y seguir adelante hay que dejar algunas cosas atrás, por mucho que nos duela?

Algo de lo que me he dado cuenta, es que a pesar de ser una persona a quien le encanta aprender nuevas cualidades del mundo, también le tenía miedo a la innovación. A ser el primero en dar el paso en algún campo. A descubrir algo por mi propia cuenta, en vez de leer textos sobre investigaciones ajenas.

Lo que quiero decir, es que por muchos obstáculos y miedos que tengamos, por muy cómodos que estemos en nuestra situación actual, siempre va a merecer la pena hacer el esfuerzo de seguir adelante. Tal vez por eso morimos. Dejamos atrás la vida para seguir avanzando en otro plano existencial.

Robert

El exterior se movía con rapidez, acompañado del hipnótico sonido de las ruedas del tren avanzando por los raíles. Por dentro, los minutos parecían tardar el doble en pasar. Annabel volvió a mirar por la ventana. Los extensos campos verdes aparentaban no tener fin, y las grisáceas nubes habían tapado el cielo como una suave manta. Ya no llovía, pero tampoco podía predecir si el resto de su viaje sería seco.

Había evitado hablar con Ethan durante todo lo que llevaban de viaje, refugiándose en las páginas de un libro que no conseguía leer. Por mucho que lo intentase, terminaba distrayéndose con el paisaje, con el periódico que leía Charles delante de ella a su izquierda, o con sus propios pensamientos. Ethan estaba justo

enfrente, pero por alguna razón, tampoco se había esforzado en mantener ningún tipo de conversación. Aquello no le importaba. Era mejor así. Después de lo sucedido la última vez que se vieron, ya no sabía qué decirle.

En un intento de centrarse en lo que realmente importaba, Annabel sacó la última carta de su hermano del interior del bolso. No se la había enseñado a los demás, pues a primera vista no había nada realmente interesante en ella. Tal vez, lo único que había llamado su atención, fue la manera tan abrupta en que su hermano había concluido su mensaje. No se había despedido, tampoco había preguntado por cómo se encontraba ella. Era como si únicamente le hubiese escrito para compartir un pensamiento. En realidad, no era algo que le molestase mucho, pero desearía haber recibido una conclusión algo más cálida.

—¿No hace mucho calor aquí? Odio esta humedad —se quejó Charles, cerrando el periódico sobre la mesa que lo separaba de Annabel—. Creo que voy a salir, a ver si encuentro algo de beber. ¿Queréis venir?

—No, yo estoy bien. Gracias —contestó Annabel.

—¿Ethan?

—No, ya iré luego si me apetece —Por primera vez durante la hora que llevaban viajando, sus ojos se encontraron con los de la joven delante suya. Ésta no tardó en bajar la mirada de vuelta al papel.

—Entonces vuelvo en un momento —dijo Charles desapareciendo por el largo pasillo. Annabel tuvo el tonto presentimiento de que aquello había sido planeado, pues justo un par de minutos más tarde Ethan decidió romper el silencio que los envolvía.

No era por no querer hablar con él, pero en el momento en que escuchó su voz, prefirió haberse ido con Charles para no tener que enfrentarse a aquello. Porque por dentro sentía que estaba batallando contra dos emociones muy distintas, y ponerles nombre era algo que le asustaba aún más. Tan solo deseaba que no le hablase de lo ocurrido hacía unos días, a pesar de que era la primera que quería comentar tema. Le costaba mirarle. Sentía que cada vez que lo hacía, quería estar más cerca de él, pero a la vez tenía la necesidad de alejarse, de no dejarse llevar por aquello. Quería saber más, preguntarle por los detalles, averiguar cada pensamiento suyo respecto a lo que sospechaba sobre él, pero tenía miedo. Ethan no quería hablar de su relación con su madre, y ella lo sabía. Sin embargo, lo que más odiaba era aquel impulso de querer salvarle de aquello. El mismo que la había

empujado a viajar a Londres tras su hermano. Era esa sensación que, al ser frustrada, le creaba el mayor malestar. No quería volver a pasar por aquello.

—Estás bastante callada hoy. ¿Va todo bien? —Annabel tuvo que aguantar las ganas de soltar una carcajada bastante irónica.

—Sí, está todo bien. ¿Por qué? —contestó con la esperanza de que él notase la realidad.

—No lo sé. Tal vez sean imaginaciones mías entonces.

—Tal vez.

Decepcionada, Annabel fingió retomar la lectura de su libro, pues su mente no era capaz de leer dos palabras sin volver a pensar en toda la situación. Ethan continuó mirando por la ventana, con una expresión completamente tranquila. ¿Cómo podía tomárselo todo con tanta calma? Quería pensar que tan solo era lo que aparentaba, pero ya no sabía qué esperarse de él. La confundía demasiado.

—Eres bastante mala mintiendo, ¿lo sabías? —dijo él de pronto, sin apartar la mirada del paisaje. Annabel lo observó con curiosidad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Apenas me has hablado desde que nos hemos montado en el tren, y llevas una hora tratando de leer un libro del que no has pasado ni dos páginas.

—Oh, qué atento —pronunció con cierto sarcasmo, viendo como una ligera sonrisa se dibujaba en el rostro del joven.

—¿Vas a decirme entonces qué ocurre?

—Podría, pero primero tendrás que explicarme lo del otro día —se animó a decir finalmente. Ethan suspiró, dando la impresión de que se esperaba aquello.

—Me temo que me odiarás si te cuento todo.

—Si con todo te refieres a dejar a tu madre sola en el momento en que más te necesitaba, entonces sí, tal vez tenga algunas cosas que reprocharte.

—Le has dicho todo... —asumió Ethan con un ligero tinte de decepción que expresó con una sonrisa torcida.

—No. No le he dicho nada. Me contó su versión de lo ocurrido hace tiempo. Lo que no sabía es que se trataba de ti —explicó sin saber cómo sentirse. Por una parte estaba molesta, pero también triste. ¿Qué lo había llevado a hacer algo así? ¿Tan poco le importaba su madre como para abandonarla de esa manera?

—Yo tampoco sabía que vivías con ella. No tenía ni idea hasta que vi el anillo —trató de excusarse.

—Eso no tiene sentido. Mencioné que vivía con la señora Green en más de una ocasión, ¿no sospechaste nada entonces? —preguntó Annabel, algo irritada por su lamentable excusa.

—Era muy joven cuando me fui de casa, solo la conocía por su nombre de casada, Elizabeth Clark. No sabía cuál era su apellido de soltera, por eso no la reconocí.

—Pero Charles sí lo sabía, ¿acaso nunca hablásteis de esto?

—Es todo más complicado de lo que parece. Fui yo el que le pedí a Charles que averiguase dónde vive, para así poder encargarse de llevarle dinero todos los meses. Yo no era capaz de hacerlo, por lo que le pedí que no me diese ningún tipo de información sobre ella. Me hacía sentir terriblemente mal conmigo mismo.

—¡Eres un egoísta! —exclamó Annabel cerrando el libro y dejándolo sobre la mesa—. Has dejado a tu madre sufriendo durante años solo por no sentirte mal por tus propias acciones, es lamentable.

—Lo sé. Lo siento —contestó afligido.

—No es conmigo con quien debes disculparte, sino con ella —contestó Annabel sintiendo también la pesadez de la tristeza—. Te ha estado esperando durante tanto tiempo... Y lo sigue haciendo —continuó mirándole directamente a los ojos—. Quiere que vuelvas a casa.

Ethan, que por un momento pareció dispuesto a hablar, volvió esconderse en su propia mente, viendo los árboles pasar según iban avanzando. No dijo nada durante varios minutos, tan solo entrecerraba los ojos cada vez que un nuevo pensamiento parecía pasar por su cabeza. Annabel tampoco quiso interrumpirle, fuese lo que fuese en lo que estaba pensando, no estaba dispuesto a compartirlo con ella.

—Dime Annabel —le dijo de pronto—. Si decidiese volver, ¿estarías allí conmigo?

La sorpresa de Annabel se vio interrumpida por la repentina presencia de un niño desconocido que abrió la puerta, entrando agitado y bastante confuso. Llevaba el cabello despeinado, y los botones de la camisa mal abrochados, con un agujero suelto en el cuello.

—¡Mamá! ¡No encuentro el baño! —En cuanto sus ojos se dieron cuenta de que las personas delante de él no eran su familia, su cara enrojeció hasta las orejas, haciéndole pedir disculpas para salir corriendo de allí.

Ambos se miraron. Annabel rió, Ethan no pudo disimular una sonrisa ante lo inesperada que había sido la situación. Fue como una brisa inocente que logró quitarle algo de seriedad a la conversación. Viéndole en ese momento, Annabel sintió como si Ethan no fuese más que un niño perdido y asustado. Había hecho cosas mal, eso era cierto, pero también debía de admitir que era un hombre vulnerable. Había estado sufriendo cada una de sus acciones durante todos esos años.

—Entonces, ¿irás a verla cuando volvamos a Londres?

—Verás, una de las cosas que más miedo me han dado siempre, es que no quisiese saber nada de mí. Volver y que ella me rechazase. Charles la visitaba de vez en cuando porque mantenían cierta amistad por ser él su antiguo alumno, pero ella no sabía que nosotros dos nos conocíamos. Cuando le dejaba el sobre con dinero de mi parte, lo hacía de forma anónima. Puede sonar estúpido por mi parte, pero no quería que mi madre descubriese la manera de contactar conmigo. Pensaba que, si lo hacía, sería para despedirse de mí para siempre.

—Oh, por favor... —dijo Annabel asombrada por su dramatismo.

—No me mires así, lo digo en serio. Estaba totalmente aterrorizado. Yo... me siento como una mierda. —Annabel rió.

—¿Eres consciente de que todo esto está solo en tu cabeza? Te quiere y te echa de menos, más de lo que te puedes imaginar.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Eres lo único que le queda —contestó convencida, viendo a Ethan esconder el rostro entre las manos, para luego emitir un suspiro. Parecía agobiado, pero a la vez le era imposible esconder cierta felicidad—. Todo irá bien.

—¿Vendrás conmigo? —volvió a pedirle con un brillo de esperanza en los ojos.

—Oh, ve solo. No me necesitas. —Ethan, que no pareció satisfecho con esa respuesta, se levantó sin avisar para sentarse a su lado.

—Annabel —dijo, tomándola de las manos y mirándola con una repentina seriedad—. Si no me acompañas, siento que me cagaré encima como el crío que acaba de entrar.

Cualquier rastro de molestia o incomodidad se desvaneció en ese instante. Annabel rió dejando escapar una sonora carcajada, contagiando también a Ethan, y olvidando por completo las momentáneas dudas que había tenido sobre él. Le

recordó a aquella vez que hablaron en su casa, siendo completamente sinceros el uno con el otro, solo que esta vez era él quien necesitaba su apoyo. Y no se lo quería negar, pero tampoco podía aceptar que hiciese lo correcto solo por ella.

—Está bien, te acompañaré, pero con una condición. —Ethan la miró con curiosidad, haciendo que por unos segundos se olvidase de lo que iba a decir—. Quiero que vayas a verla porque sabes que es lo correcto, y no porque yo te haya convencido. No quiero sentir que debo salvar a todos alrededor mía, y tampoco quiero que la señora Green piense que he traído a su hijo de vuelta a casa. No sería cierto..., y creo que ya piensa sobre mí mejor de lo que debería.

Ethan, que la había estado escuchando con atención hasta el momento, entrelazó sus dedos con los de ella, en un gesto que a Annabel le pareció más íntimo y personal que todas las conversaciones que habían tenido durante la última semana.

—Si te aprecia —dijo contemplando el anillo en su mano—, es porque hay una razón para ello. Y no era mi intención hacerte responsable de mis acciones, te lo prometo, pero me haces sentir menos solo.

No sabía qué contestar. Tan solo podía sostenerle la mirada y rezar por que alguno dijese algo pronto, porque aquel silencio no estaba vacío. Estaba lleno de un significado que sus emociones no conseguían gestionar. Nadie antes le había tomado las manos con tanta necesidad, como si temiese que se fuese a escapar de un momento a otro. Tampoco había logrado descubrir tanto en unos ojos ajenos. Era como si Ethan le estuviese suplicando que lo aceptase. A él. Al hecho de que la necesitaba. Y por mucho que quisiese negarlo al principio, ella estaba deseando hacerlo. Lo que no sabía era si sería capaz de decírselo.

La mayor parte del tiempo, Annabel vivía en su mente. No se dio cuenta de lo cerca que estaban hasta que sintió la frente de Ethan contra la suya. Creía que iba a ahogarse. A morir por la incapacidad de respirar ni decir nada. Sin embargo, si era en aquellas condiciones, tampoco le importaba tanto. La presión en el pecho era inaguantable, pero no podía hacer más que hundirse en esa sensación, de la que no podía, ni quería huir. Cerró los ojos. Ya no le veía de todas formas.

—Quédate conmigo, aunque solo sea en esa ocasión —le pidió él en apenas un susurro. Al notar las cálidas palabras contra su rostro, Annabel se estremeció. Por alguna razón, sentía que su respuesta era capaz de cambiar todo el transcurso de los acontecimientos.



—Lo haré —consiguió decir, a pesar de las consecuencias que aquello podía tener.

Ethan se separó unos centímetros de ella, lo suficiente como para poder verla. Estaba agradecido, no tenía que decirlo, pero también completamente perdido en sus facciones. Sonrió, y Annabel supo que, a pesar de todo lo que ocurriese a partir de entonces, recordaría aquel momento para siempre. No entendía cómo, ni por qué, pero algo había cambiado entre ellos.

—Creo que iré a por otro café. —No lo veía, tampoco había escuchado la puerta abrirse, pero Annabel pudo reconocer enseguida la voz de Charles, situada a unos pasos detrás de Ethan.

—No te vayas, pero si hubieses entrado al menos dos minutos más tarde, creo que Annabel te lo habría agradecido —comentó Ethan sin quitarle el ojo de encima. Ésta sintió su cara enrojecer.

—Habla por ti —respondió separándose de él totalmente avergonzada, a la vez que tomaba su libro para ocultarse tras sus páginas. El joven rió, Charles no comentó nada, pero durante el resto del trayecto, la tensión del ambiente pareció disiparse por completo.

El tío de Charles era un hombre algo mayor, fumador compulsivo, y adicto a la cerveza fría. Aquellas fueron las tres características con las que el pelirrojo lo describió, y aquellas fueron las tres únicas cosas que Annabel pudo ver en él al entrar en su casa. Desgraciadamente, era la única persona que conocían en la ciudad, pero por suerte, y gracias a la actitud totalmente indiferente y holgazana del hombre, iban a tener alojamiento gratis. Y un coche. Podrían haberse permitido perfectamente unas habitaciones en algún hotel, pero Ethan insistió en que allí estarían más seguros. Annabel no entendió del todo a qué se refería con eso, pero decidió no discutir. Estaba demasiado cansada, y lo único que quería era terminar con todo cuanto antes.

—Entiendo que sea tu familia, pero esto huele a rancio —comentó Annabel, abriendo la ventana trasera del automóvil.

—Bienvenida a Oxford —bromeó Ethan desde delante.

—Tranquila, a mí tampoco me cae muy bien —confesó Charles—, pero si hay algo bueno en mi tío, es que no le importa ayudar.

—Sí, de eso me he dado cuenta... —La joven asomó la cabeza por la ventana, dejando que el aire fresco se llevase el pesado olor a tabaco que se había alojado en el interior.

Oxford era una ciudad relativamente bulliciosa, con bastante flujo de gente, pero también algo más calmada que Londres. Annabel estaba agotada. A pesar de que habían descansado en la casa del tío de Charles, sentía que su cuerpo no había llevado bien todas las horas de trayecto. Cerrando de nuevo la ventana, apoyó la cabeza sobre el cristal, viendo las casas pasar con monotonía y escuchando a Ethan y Charles hablando sobre la metrópolis. Volvieron a mencionar la guerra, de cómo las residencias de los estudiantes pasaron a los soldados en entrenamiento, de la manera en que los soldados heridos comenzaron a ser atendidos no solo en los hospitales de Oxford, sino también en los edificios de la universidad. Annabel cerró los ojos. La guerra fue una plaga. De alguna manera u otra, nadie se pudo librar de ella, todos vivieron algún que otro tipo de consecuencia.

No supo cuánto tiempo había pasado. Tal vez cinco, diez, o quince minutos, pero cuando volvió a abrir los ojos, las calles de la ciudad habían dado paso a un paisaje totalmente distinto, con extensas llanuras verdes a ambos lados de la carretera, y algún que otro árbol que los acompañaba durante el camino. Todo parecía tranquilo, aunque por dentro, sentía cierta inquietud respecto a lo que podían encontrarse en su destino.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —El oído de Annabel consiguió captar la voz de Charles, sutil y tranquila.

—No lo sé. Supongo que intentaré hablar con él, si es que realmente está allí —contestó Ethan en un tono similar. Annabel supuso que seguían creyendo que estaba dormida.

—Es el último que te quedaría, ¿verdad?

—Sí. —Durante unos momentos, ninguno añadió nada más. Charles se rascó la nuca con una mano, la otra en el volante.

—No hay nada que puedas hacer. Si le ocurre algo, no te perdonará nunca.

—Lo sé.

Annabel no consiguió entender nada. ¿A qué se referían? Lo más probable es que no fuese nada de lo que tuviese que preocuparse, pero no pudo evitar sentir cierta curiosidad. Aún así, su sueño era mayor que el interés que le pudiesen

producir los asuntos ajenos, por lo que, casi inconscientemente, se dejó llevar por el cansancio. No volvió a dormirse del todo, pero su mente se dedicó a mostrarle imágenes aleatorias. Entre ellas apareció una vela negra, cuya llama, temblorosa y flexible, se apagó al ser tocada por unos dedos desconocidos.

## XX

26 de mayo, 1920. Oxford.

Curiosamente, fue la ausencia de movimiento lo que trajo a Annabel de vuelta a la realidad. Bostezó torpemente, mirando al campo verde y extenso que los esperaba afuera. Debían de estar a punto de llegar, pues a lo lejos había una casa rodeada de árboles que parecía confirmar sus sospechas. Sin embargo, estaban ahí, detenidos, sin saber a qué estaban esperando. Se encontraban prácticamente en medio de la nada, no había nada más aparte de ellos kilómetros a la redonda.

—Oye, ¿qué ocurre? —le preguntó a Ethan, asomando la cabeza entre los asientos. Éste tardó un poco en responder.

—Mira el camino —dijo mirando al frente, con una seriedad que Annabel no se había esperado—. ¿Qué es eso?

La joven entrecerró los ojos, tratando de enfocar su vista somnolienta. Ethan tenía razón. Varios metros delante de ellos, a lo ancho del camino, había algo. Era difícil de identificar, pero teniendo en cuenta las dimensiones del elemento, se trataba de algo grisáceo, relativamente largo y delgado.

—Tal vez sea algún animal.

—No lo sé —contestó Charles, haciendo avanzar lentamente el vehículo. La inquietud comenzó a crecer dentro de Annabel. Aquello era extraño, por alguna razón, aquella cosa le recordaba a...

—Una persona. Es una persona —pronunció sin poder creer lo que veían sus ojos. Charles detuvo el coche en seco.

—Me lo temía —susurró Ethan.

Ninguno era capaz de moverse. El miedo y la inseguridad se apoderaron de Annabel en cuestión de segundos. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué esa persona estaba allí? Eran preguntas a las que todos querían responder, pero ninguno tenía la respuesta. Charles, empujado de pronto por una repentina valentía, estiró el brazo para abrir la puerta, siendo rápidamente interrumpido por su compañero.

—Espera —le avisó—. No sabemos con qué ni con quién estamos tratando. Debemos de tener cuidado. Yo iré primero, necesito que estés al volante, por lo que pueda pasar.

—Yo iré también —dijo Annabel con decisión, sin importarle la respuesta de Ethan.

—¿Estás segura? —Para su sorpresa, no fue un "no" rotundo.

—Sí —contestó, a pesar de que el nudo en su estómago le decía que se quedase en su sitio.

—Entonces déjame salir antes.

En cuanto los pies de Annabel tocaron el suelo, fue como si todo a su alrededor se detuviese. No se oía nada más allá de la hierba que ondulaba con el aire. Las nubes colgaban como algodones congelados en el cielo. No había nadie más, aparte de ellos y la extraña persona que yacía boca abajo sobre el camino. Ethan avanzó con cautela, sin apartar la vista ni un instante, confirmando con cada paso que lo que tenían delante era, ni más ni menos, que el cuerpo de una mujer. Annabel se detuvo a pocos centímetros de ella. Si no seguía con vida, no creía poder soportar aquella visión. Era demasiado repentino, demasiado extraño para ser verdad, y tenía miedo de que aquella imagen fuese a perseguirla para siempre. Ethan, por el contrario, se agachó frente a ella para examinarla. Al principio Annabel desvió la vista, pero pronto fue empujada por una curiosidad que le hizo fijarse en varios detalles. Los pies descalzos de la mujer, sus piernas delgadas, su ropa sucia y que desprendía un extraño olor, eran factores que indicaban las míseras condiciones en las que había estado viviendo.

—Está viva —informó Ethan tras darle la vuelta y tomarle el pulso. Annabel sintió el alivio bañar todo su cuerpo, pero observar a la mujer de cerca le hizo replantearse esa fugaz alegría. Su rostro estaba pálido, su cabello enredado. Parecía haber vivido un infierno.

—¿Has visto sus muñecas? —comentó agachándose a su lado, y tratando de no mirar demasiado la sangre. Le revolvía el estómago—. Las tiene destrozadas.

—Seguramente estuviese atada, pero ha logrado escapar. Estando descalza no ha podido llegar muy lejos.

—¿Y qué vamos a hacer? No podemos dejarla aquí. —Ethan la observó por unos instantes.

—Podemos llevarla al hospital, pero en esta situación cada acción tiene un riesgo. Si alguien se interesa por lo que le ha ocurrido y comienza a investigar, no puedo garantizar que tu hermano no sufra también las consecuencias. Sé realista, Annabel, la mayoría de las pistas que tenemos sobre su paradero llevan aquí.

—Puede que tenga alguna relación con el doctor Williams, pero eso no significa que esté aquí o que tenga algo que ver con esto. Tenemos que ayudarle.

—Está bien —fue lo único que le contestó, evitando su mirada y cogiendo a la desconocida en brazos. Cuando Annabel se dio la vuelta, vio que Charles se acercaba a ellos—. Llévala de vuelta a Oxford y busca un hospital.

—¿Y vosotros? —se preocupó Charles.

—Estaremos bien, ¿verdad Annabel? —Ésta asintió, pero sin estar muy segura de ello.

La casa de campo a la que se dirigían se encontraba a unos veinte minutos de distancia. Annabel no podía dejar de mirarla allí a lo lejos, esperándolos como un cazador silencioso que vigila a su presa. O al menos ella lo sentía así. Sabía que el hombre al que iban a ver no tenía nada bueno que ofrecerles, pero tampoco esperaba sentir que su vida correría peligro. Aún así, estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa. De todos modos, ni Ethan ni ella serían una amenaza para él, o eso creía. El joven caminaba a su lado más serio de lo normal. No había dicho palabra desde que se despidieron de Charles, el cuál volvería tan pronto como pudiese, y su mirada pensativa confirmaba las sospechas de Annabel: Él tampoco se sentía seguro en ese lugar.

Ambos siguieron el pedregoso camino, subiendo por una ligera cuesta que les ofreció una visión más clara de la vivienda. Una oscura verja de hierro delimitaba el terreno de la parcela, en cuyo interior se encontraba una vivienda sobria y rectangular, de ladrillo anaranjado y tejas grises. Por alguna razón, a Annabel le dio escalofríos. Las largas ventanas que la contemplaban desde la fachada parecían seguir cada movimiento suyo, como una lupa que persigue a un insecto. Era una casa imponente, pero al mismo tiempo mostraba signos de dejadez. El jardín estaba totalmente descuidado, con numerosos hierbajos y plantas descontroladas creciendo por todas partes, cubriendo parcialmente incluso lo que era el camino que llevaba hacia la entrada. La casa en sí tampoco había escapado del estropicio causado por el tiempo. Fragmentos de la fachada estaban cubiertos de musgo verde y sucio, que se oscurecía alrededor de los balcones. Era una visión algo deprimente, pero aquello no debía hacerles bajar la guardia. Antes de acercarse a la verja, Ethan llamó a su compañera.

—Annabel, mírame —le pidió, haciendo que ambos se detuviesen.

—¿Qué ocurre?

—Quiero...—continuó, tomando una de sus manos y buscando algo con la otra, en el interior de su chaqueta—, quiero que tengas esto.

Annabel, que no entendía qué estaba ocurriendo, frunció el ceño. Sintió algo frío y pesado sobre la palma de su mano, pero en cuanto quiso mirar, Ethan volvió a impedírselo.

—No mires, porque sé que seguramente te negarás, pero escúchame primero. Ya has visto las cosas que ocurren por aquí, y eres consciente de lo sospechoso que parece todo alrededor de este doctor Williams. Voy a ser sincero —Annabel quiso pensar que exageraba, pero la seriedad en sus ojos le decía lo contrario—, tengo miedo. No por mí, pero sí por lo que podríamos encontrarnos ahí dentro. Y por ti también.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Annabel ligeramente horrorizada, siendo consciente poco a poco de lo que tenía en sus manos.

—No te preocupes, no pretendo que la uses. Pero será mejor así —contestó, tratando de tranquilizarla.

Annabel bajó la vista a sus manos. Fría, oscura. Jamás imaginó tener una pistola en sus manos, era una idea que en ningún momento cruzó su mente. El simple pensamiento de tener el poder de quitarle la vida a otros era algo que le revolvió las entrañas, causándole uno de los mayores malestares que había sentido nunca.

—No, no puedo hacer esto —dijo negando con la cabeza, tratando de devolvérsela. Sentía el miedo y la tensión crecer en su garganta, como una bola que cada vez se iba haciendo más y más grande.

—¿Puedes decirme con total seguridad lo que va a pasar en cuanto crucemos esa puerta? —Annabel le miró con frustración—. Yo también traigo una, y aunque no creo que nos sean necesarias, es mejor que ir sin nada.

—Sí, ahora intenta tranquilizarme, después de decirme que tal vez nos maten.

—No he dicho eso, pero si quieres puedo ir solo.

—Ni hablar, no he hecho este viaje para quedarme mirando. —Ethan suspiró.

—Entonces vamos. Cuanto antes entremos, antes podremos acabar con todo esto.

A regañadientes, Annabel aceptó cargar con aquel arma. La escondió en el bolsillo que había en el interior de su chaqueta, el mismo en el que llevaba la última

carta de Robert. Se tranquilizó a sí misma pensando que, si su hermano estaba allí, no tenía nada que temer. Y era muy probable, tenía el presentimiento de que lo encontraría.

Los jóvenes no tardaron mucho en cruzar la selva que rodeaba la vivienda. Nadie le había prestado atención a aquel pobre jardín durante meses, pero hubo algo que no tardó en llamar la atención de Annabel. Las marcas de las ruedas de un vehículo, las cuales, impresas profundamente en la hierba, parecían desaparecer detrás de la construcción. Tratando de hacer el menor ruido posible, las siguieron, hasta dar con un coche estacionado en la parte trasera de la casa. No había nada dentro, por lo que decidieron volver hacia la entrada. Annabel se preguntó cómo de sutiles deberían ser, barajando entre la posibilidad de llamar directamente o buscar una entrada alternativa. Sin embargo, todo resultó en una decisión intermedia. Ethan golpeó la puerta un par de veces, pero nadie respondió, obligándoles a buscar una ventana abierta por la que poder acceder.

El corazón de Annabel latía fuertemente cuando pisó el oscuro interior de la casa. Al principio, sus ojos tardaron en acostumbrarse a la falta de luz, pero después de adaptarse, lo siguiente que sintió fue el extraño olor que flotaba en el aire. Era difícil de describir, se asemejaba a una mezcla entre el aroma a madera antigua, y acidez médica, con un toque de pesadez polvorienta. Para sorpresa de ambos, el amplio salón en el que aparecieron estaba completamente amueblado, con algunas superficies parcialmente limpias, lo cual indicaba que, a pesar del abandono exterior, alguien vivía allí dentro. Annabel caminó al lado de un mullido sofá, observando los exquisitos jarrones y figuras de porcelana que decoraban tanto los muebles como las esquinas de la habitación. Sin duda alguna, el dueño carecía de problemas económicos, cosa que explicaría cómo era capaz de adquirir la mercancía de Roger Payne. Pero a pesar de que todo parecía tener sentido, había cosas que Annabel no sabía cómo conectar. Entre ellas, la relación del señor Payne y Ethan.

La casa estaba compuesta por tres plantas, todas demasiado extensas como para explorar cada uno de sus rincones. En cuanto salieron de la sala, los ojos de la joven se encontraron con una amplia y larga escalera que subía hacia arriba. La cima parecía estar tragada por la oscuridad, pero el engañoso silencio le servía para convencerse de que no había nadie cerca de ellos.



—Dime que tú también lo has notado —susurró Ethan a su lado mientras subían los peldaños.

—¿El qué?

—La poca luz que hay aquí. Todo está tapado con cortinas, apenas entran unos pocos rayos.

—Tal vez es para que no se vea nada desde fuera. Si el doctor Williams vive aquí, parece que quiere ocultarlo. Además, ¿por qué quiere una casa tan grande para él solo? —Ethan se encogió de hombros.

Ambos se detuvieron al llegar a la siguiente planta, encontrándose ante un largo pasillo en forma de “u”, que se extendía tanto a su derecha como a su izquierda. Había varias puertas en fila, todas cerradas, y que parecían no haber sido abiertas en mucho tiempo. Al menos esa era la sensación que le daba a Annabel. Todo en ese sitio parecía muerto, apagado... La ausencia de corrientes hacía que el aire se sintiese cada vez más pesado y nauseabundo. La joven quiso sugerir una dirección en la que ir, pero de pronto, antes de que pudiese siquiera hablar, unos golpes la interrumpieron. No era un sonido fuerte y estridente, más bien lo contrario. Eran golpecitos sobre el suelo de madera, con un intervalo de un segundo entre ellos, que provenían de alguna parte de la planta superior. Annabel sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Silencio. De repente, el sonido cesó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en un hilo de voz. Ethan la tomó del brazo para acercarla.

—Solo hay una forma de descubrirlo. —Ella miró las escaleras con preocupación—. No tienes que hacer esto si no quieres.

—Sí quiero —se giró hacia él—. Sí quiero —repitió lentamente, al ver que dudaba de ella.

El golpeteo volvió a sonar suavemente a mitad de su ascenso. Un escalofrío recorrió la espalda de la joven, pero observando y escuchando el ambiente, no podía haber más de una sola persona allí. Serían dos contra uno, no tenía nada de lo que preocuparse. Trató de autoconvencerse de la ausencia de peligro hasta llegar a la parte superior, que constaba de un pasillo casi idéntico, y varias puertas a lo largo de éste. La única diferencia, y que no tardó en captar la atención de ambos, fue una luz a su izquierda, posible origen de los golpes que volvieron a callar. Annabel caminó como si sus pies fuesen de aire. Se habría sorprendido a sí misma por ser capaz de andar con tal sigilo, de no ser por la inquietud que invadía cada

centímetro de su cuerpo. No podía pensar. Tan solo era capaz de caminar detrás de Ethan y de seguir respirando sin ser consciente de ello, cada vez más cerca de la puerta entreabierta por la que se colaba esa luz. No fue hasta estar a unos centímetros de distancia, cuando notaron un peculiar olor a cera. Ambos se miraron, era en ese momento o nunca.

Rara vez Annabel se había parado a pensar en su propia muerte. No fue realmente consciente de ella hasta que murió el que había sido su marido, aquel al que nunca quiso, pero que consideraba su mejor amigo. Sus familias lo veían como a un héroe fallecido en la guerra, pero ella jamás olvidó la realidad. Era un suicidio. Una muerte intencional. Cada día, durante el último mes antes de marcharse, aquel hombre deseaba desaparecer. No tenía nada por lo que vivir, ni siquiera por ella, pero era algo que no le podía exigir. Tal vez eso era lo que Annabel había estado esperando, a escondidas, todo ese tiempo. Que alguien, por voluntad propia, la considerase una razón para seguir viviendo.

En cuanto Annabel se dio cuenta de qué era lo que estaba viendo, no tardó en buscar a Ethan con la mirada, encontrándose con su misma conmoción. Filas, mesas enteras dispuestas a lo largo de la habitación, cubiertas por instantes congelados de una muerte que trataba de permanecer con vida. Decenas de criaturas, desde insectos hasta aves y mamíferos, observaban a la nada con sus miradas vacías. Sus cuerpos, perfectamente conservados, parecían estar a un parpadeo de recobrar la vida, pero existía algo totalmente terrorífico en aquella visión: si pudiesen hablar, todos nombrarían al mismo padre, cuyos pasos desequilibrados se escuchaban al fondo.

Tras echar una rápida mirada a su alrededor, ambos se ocultaron detrás de un armario. Otra cosa peculiar, aparte de la extravagante exposición, era la exagerada cantidad de candelabros que iluminaban el lugar. Las largas cortinas volvían a estar completamente cerradas, las acristaladas lámparas de araña que colgaban del techo parecían servir tan solo de decoración. Aquella tenue luz producía un efecto un tanto fantasmagórico, que no ayudaba en absoluto a tranquilizar los nervios de Annabel. Trató de asomarse, pero no vio más que la silueta delgada de un hombre, que danzaba de un lado a otro por el suelo. Su cuerpo quedaba oculto tras una estantería que había en la mitad trasera de la habitación, pero si no podían verle, él a ellos tampoco. Sin avisar, y ocultando una

mano en el interior de la chaqueta, Ethan abandonó su escondite y se dirigió sigilosamente hacia él. Todo ocurrió tan rápido que Annabel no tuvo tiempo para reaccionar. El joven se movió entre los muebles con la agilidad de un felino, desapareciendo detrás de la estantería que tapaba al dueño de la sombra. En cuanto ella lo alcanzó, solo fue capaz de aguantar la respiración, a la vez que oía algo metálico caer al suelo.

—Buenas tardes, señor —dijo Ethan con un tono de voz bastante tranquilo.

Se había acercado al hombre por detrás, sin que sospechase nada, y tan solo necesitó de su pistola para tener al individuo inmovilizado. La sujetó firmemente contra su cuello, obligándolo a girarse lentamente con las manos en alto. En cuanto Annabel reconoció su rostro, desfigurado por la sorpresa, no supo si acercarse aliviada hacia él o quedarse horrorizada en su sitio. Una ola de emociones sacudió su cuerpo, al observar lo que quedaba de lo que un día había sido su hermano.

Delgado y pálido, manos temblorosas, ojeras oscuras y caídas como un velo que había decidido ocultar el resplandor de la juventud. Los ojos de Robert, detrás de esas gafas que solía llevar siempre, parecían dos cuencas que habían dejado escapar su alma. Por un instante, Annabel sintió que no la reconocería. El labio de Robert tembló, y en cuanto pronunció su nombre, algo dentro de ella se rompió. Era su misma voz, aquella que siempre le había acompañado en momentos difíciles, en un cuerpo que le costaba considerar familiar. Se dice que alguien no muere mientras no sea olvidado pero, ¿realmente es cierto? Annabel se llevó una mano a la boca, tratando de retener un sollozo.

—Robert... ¿Qué te ha pasado? —Ethan, que hasta ese momento no se había percatado de a quién tenía bajo punta de pistola, se apartó lentamente.

—Primero dime qué haces aquí, y tú también —dijo dirigiéndose a Ethan.

—¿Qué hago aquí? He estado buscándote, durante meses —contestó su hermana sin saber cómo tomarse aquella pregunta.

—Oh, Annabel... —Robert avanzó unos pasos en su dirección para darle un abrazo. Ella lo aceptó con necesidad, pero sin pasar por alto la aparente falta de emoción de Robert—. Siempre has sido así.

—¿Así? Creía que te había ocurrido algo —A pesar de que quería contenerlas, las lágrimas cayeron por sus mejillas. Estaba feliz de verle, pero por alguna razón la inquietud no la abandonaba, más bien todo lo contrario.

—A eso me refiero. Deja de sacrificar tu tranquilidad por los demás. Estoy bien.

—¿Bien? ¿Te has visto? —preguntó Annabel separándose de él, algo herida por aquel comentario.

—Sí, creía que habías leído las últimas cartas que te mandé —contestó él con desconcierto.

—Lo hice, pero solo consiguieron preocuparme más —dijo tratando de encontrar algo de empatía en las facciones de su hermano.

Robert suspiró, girándose de nuevo hacia la larga mesa en la que había estado trabajando antes de que ellos llegasen. Había varios utensilios de hierro sobre ella, pequeños cuchillos y pinzas que estaba limpiando con un paño, y lo que parecía ser alcohol, dentro de varios bidones de plástico justo debajo del mueble. Antes de volver a hablar, se agachó para levantar unas pequeñas tijeras que había dejado caer al suelo. Annabel siguió sus movimientos, percatándose de un detalle que había pasado por alto al principio.

—Algo que os define a los dos, es que pensáis que tenéis vuestras ideas muy claras. Creo que ambos llegasteis a la conclusión que estaba en peligro, o que teníais que buscarme, pero lo cierto es que no he estado mejor. Me he entretenido trabajando, haciendo avances que creeréis absurdos si os los cuento. Me fui por mi propia voluntad, por mucho que os cueste creerlo.

—No pensé que fueses semejante trozo de mierda. —Annabel miró rápidamente a Ethan al oírle pronunciar esas palabras. Estaba serio, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa, esperando a que Robert hiciese contacto visual. No veía bien que hablase así de su hermano, pero en el fondo sabía que tenía razón. Estaba siendo extrañamente desagradecido.

—Sabes que eres el menos indicado para decir eso —contestó Robert sin darle mucha importancia.

—No tienes ni idea de todo el esfuerzo que hemos puesto en encontrarte, ni de lo mal que lo ha pasado tu hermana en todo este tiempo.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó él, aunque por la manera de decirlo, Annabel no estaba muy segura de su arrepentimiento—. Pero también debéis admitir que todo esto ha sido algo... exagerado.

—Robert, la única razón por la que estamos aquí es porque nos preocupamos por ti. Lo mínimo que podrías hacer es aclarar lo que ha ocurrido —le pidió su hermana, secándose los rastros húmedos en sus mejillas.

—Bueno, ¿y qué quieres saber?

—Empieza explicando qué ha pasado con tu pierna —le dijo Ethan con un tono bastante frío y firme.

—Oh, es cierto. Mi pierna —Robert dio un par de golpes en el suelo con su prótesis de madera—. Estaba cansado del dolor, era algo que comenzó a empeorar y a perseguirme todos los días, por lo que el maestro me la cortó por la rodilla. Al principio pensamos en sustituirla por una de hierro, pero pesaba demasiado y me cansaba, por lo que nos inclinamos por esta opción.

—Oh, Robert, ¿no había ninguna otra solución?—se lamentó Annabel. Éste negó con la cabeza—. ¿Y quién es ese maestro?

—Esa es una buena pregunta —respondió con cierto orgullo, comenzando a caminar alrededor de los animales, que seguían observándolos con la indiferencia de un cadáver. Annabel y Ethan le siguieron de cerca—. El maestro, el doctor... Stephen Williams es un hombre excepcional. Él me enseñó a perfeccionar la técnica para crear todo lo que veis aquí. Es un tipo de arte que no es ni accesible para todos, ni tampoco apreciado, pero él sabía mejor que nadie cómo desentrañar los secretos de la vida. Si habéis llegado hasta aquí, supongo que sabéis algo sobre él, ¿verdad?

—Encontramos en tu despacho la hoja de periódico con su dirección.

—Pero no era ésta —Robert le sonrió a Ethan, cosa que a Annabel no le gustó por el extraño brillo que tomaron sus ojos—. Bueno, eso es lo de menos. El maestro y yo descubrimos nuestro parecido por pura casualidad. Fui a verle por primera vez empujado por curiosidad, por querer hablar con alguien de oficio semejante sobre cuestiones médicas que ahora no vienen a cuento. Resulta que, para nuestra sorpresa, ambos teníamos intereses en común, ¿podéis creerlo?

—¿La necrofilia? —preguntó Ethan observando el la figura de un gato anaranjado. Robert rió, como si no entendiese el subtono de sus palabras.

—Queríamos descubrir la verdad sobre la vida, encontrarle una explicación, un sentido, descifrar sus misterios —continuó con una creciente emoción—. Pero para descubrir los secretos del alma, primero tenía que conocer los secretos del

cuerpo. Por eso comencé desde lo más pequeño —dijo señalando algunos insectos—, hasta algunos algo más grandes.

Annabel miró los ejemplares. Por mucho que tratase de comprender los intereses de su hermano, aquello era algo que se le escapaba. ¿Quién en su sano juicio se dedicaría a hacer algo así por puro entretenimiento? Dudaba que pudiese aprender algo sobre la vida de aquella experiencia, pues solo con imaginarse el proceso se sentía enferma.

—¿Y de dónde los sacaste? Hay tantos... —se animó a preguntar, aún sabiendo que posiblemente no le iba a gustar la respuesta.

—Algunos me los trajo el maestro, otros los recogí de la calle. Si no lo hubiese hecho, los pobres morirían en algún callejón frío y desolado. Se podría decir que intento darles otra vida.

La joven se agachó frente al pequeño cuerpecito de un gorrión. Sus ojos habían sido sustituidos por dos gotas de cristal negro, totalmente frías e inertes. No podía sino sentir pena por ellos, jamás podrían descansar, eternamente expuestos para aquellos que sí estaban vivos. Era una experiencia deprimente y silenciosa, que trataba de explorar la barrera entre la vida y la muerte, pero, en su opinión, sin éxito. Tan solo le recordaba a los vivos que algún día desaparecerían, dejando a sus espaldas nada más que un saco de huesos.

—Por casualidad no los habrás llegado a dibujar, ¿verdad? —Su hermano sonrió, como si la respuesta fuese sumamente obvia.

—Claro que sí. Los dibujé, los estudié, analicé el instante en el que la vida parecía abandonar el plano terrenal... ¿Sabes a qué conclusión llegué? ¡Estamos todos conectados! Da igual si se trata de un ratón, un gorrión o un gato. Todos sabemos el instante en el que vamos a morir, y por alguna razón éste transmite paz. La vida no puede aparecer de la nada. Tiene que venir de alguna parte, ¿y si es ahí a dónde se va el alma? ¿Nuestra consciencia? Hay estudios que hablan sobre la existencia de vida antes y después de la muerte...

—Espera —le interrumpió Ethan, deteniéndose a su lado—. ¿Quieres decir que esto es lo que has estado haciendo todo este tiempo? Estábamos preocupados por ti mientras tú jugabas a las marionetas con tu maestro —continuó pronunciando esa última palabra con algo de ironía—, ¿es eso lo que estás diciendo?

Robert, que hasta el momento se había mantenido sereno, se giró lentamente hacia Ethan, esta vez con una expresión ligeramente arrogante. Metió

las manos en los bolsillos del pantalón y miró a su alrededor, como buscando algo invisible en el aire.

—Eso, querido amigo, es una errónea interpretación tuya. Si me hubieses ayudado desde el principio, tal y como te pedí, tal vez no me habría ido. Pero tuve que buscar otros medios, y el doctor Williams, a diferencia de ti, supo hacerlo.

—No te atrevas a hablar otra vez de aquello. Sabes perfectamente que no te ayudé por tu propio bien. Todo esto —dijo señalando a su alrededor—, no está bien.

—Nunca entendiste nada de lo que te dije, ¿verdad?

—Esperad —los detuvo Annabel—. ¿De qué estáis hablando? ¿Te pidió ayuda? —dijo mirando a Ethan, tratando de entender qué ocurría.

—Lo hice —se apresuró a contestar Robert—. Quería que me apoyase en mi investigación, pero se negó a hacerlo.

—Me pediste dinero, y ser tu conejillo de indias —respondió Ethan entre dientes.

Robert, que siempre había sido una persona sensata, arrugó la frente en desacuerdo. Las cosas que comenzó a relatar parecían tener sentido solo en su cabeza, mientras caminaba en círculos gesticulando exageradamente. Admitía haber recurrido a Ethan en busca de apoyo económico, para un proyecto del que al principio se negó a desvelar nada, sintiéndose traicionado y objeto de burla de alguien al que había considerado un amigo. Culpaba a Ethan de ocultarle la verdad sobre la vida, y de negarse a ayudarlo por no querer compartirla con él. A su minusvalía, por no haberle permitido ir a la guerra, y así poder comprender el sentido de la existencia. Robert parecía culpar a todo y a todos a su alrededor por haber tomado las decisiones que lo habían llevado a aquella situación, pero tampoco mostraba arrepentimiento alguno.

Annabel lo escuchaba, estupefacta, sin saber qué decir. El razonamiento de su hermano parecía tan absurdo, que poco a poco sus palabras pasaron a ser un cúmulo de ideas sueltas y sin sentido.

—Así que no me culpes por haberme marchado sin avisar, al menos lo hice por una buena causa, y sin mentir en ningún momento. Porque no soy un mentiroso, pero no diría lo mismo de ti —pronunció señalando a Ethan con el dedo.

—Robert, cálmate, por favor —le pidió Annabel, tratando de detenerle—. Tan solo vinimos tratando de asegurarnos de que estabas bien, no tienes que convertir la situación en esto.

—Estaba bien, hasta el momento en que él apareció. No intentes defenderle, Annabel. Si le conocieses como le conozco yo, sabrías que no es una persona de fiar.

De pronto, un recuerdo que creía olvidado volvió bruscamente a la mente de la joven. Aquella vez en el pub, la segunda vez que vio a Ethan. Él mismo había mencionado que Robert lo acusaba de mentir, pero ¿por qué? ¿Realmente su hermano había perdido tanto la cabeza? ¿Tan convencido estaba de que Ethan le escondía algún tipo de conocimiento que él no tenía?

—Lo que dices no tiene ningún sentido. Estoy segura de que si Ethan tuviese algo que compartir contigo, lo habría hecho. La guerra tiene más secretos para aquellos que la han vivido, que para los que la hemos visto desde fuera. Conoces mejor que nadie los efectos que ésta tiene sobre las personas.

—Pero Annabel —dijo tomándola de los hombros, haciendo que se estremeciese—, si tan solo supieses la manera en que su visión del mundo cambió al volver del campo de batalla, si hubieses estado ahí, entenderías que algo sobrehumano debió de pasar allí, como para hacerle cambiar de aquella manera. Habría acabado con su propia vida, pero la guerra le salvó.

—Robert, es suficiente. Siento mucho si te he decepcionado como amigo, pero ayudarte no es algo que estuviese en mis manos. Recurrí a ti porque necesitaba atención médica, pero jamás pensé que nuestra relación fuese a convertirse en esto. ¿Qué tratas de conseguir?

—¿Qué trato de conseguir? —repitió él, tratando de contenerse mientras dejaba ir a Annabel—. Quiero encontrar la razón por la que estamos vivos. Quiero saber qué hay después de la muerte... Y todo por mi hermana —la miró—. No quiero que vuelvas a sufrir por perder a alguien. Después de ver lo que te ocurrió hace unos años, me prometí que encontraría la verdad. Siempre me he preocupado por ti, pero verte aquí me ha tomado por sorpresa.

En ese instante, una figura desconocida accedió lentamente a la habitación. Una figura alta, oscura, de ojos relucientes y caminar elegante, que se detuvo apenas cruzó la puerta. En cuanto Robert vio al hombre, que aparentaba unos sesenta años, exclamó llamándolo por el apodo de maestro. Aquel debía de ser el doctor Williams, el mismo cuya pista habían seguido, pero en cuanto Annabel se fijó en Ethan, se dio cuenta de que algo no iba bien. Su rostro había perdido completamente el color, como si la misma vida lo hubiese abandonado, y sus ojos,



que siempre se habían caracterizado por su reconfortante tranquilidad, ahora parecían estar totalmente aterrados. Sin embargo, cuando ella lo llamó por su nombre, Ethan, con una voz cargada de arrepentimiento y amargura, tan solo pudo verbalizar dos palabras.

—Lo siento.

## XXI

*26 de mayo, 1920. Oxford.*

No sabía a qué se debía aquello, pero Annabel pudo notar su mismo miedo recorrerla de pies a cabeza. A pesar de que se mantenía firme, podía ver la tensión en el cuerpo de Ethan. Jamás lo había visto de aquella manera, frustrado como un animal atrapado que no sabía por dónde escapar.

Robert caminó hacia el recién llegado, con una alegría que se vio borrada de sus labios en cuanto el hombre puso sus oscuros y brillantes ojos sobre él. Su barba, canosa y poblada, ocultaba por completo los matices de la curvatura de sus labios, pero sus cejas parecían ser más expresivas que el resto de su rostro. Lo había visto antes, estaba segura, pero no conseguía dar con el momento exacto en el que creó aquel recuerdo. Tanto Ethan como Annabel se sobresaltaron al escuchar la palma de su mano, decidida y certera, chocar sin piedad contra la cara de Robert. Éste se tambaleó, pero no fue capaz de responder nada.

—Al final le dejaste ir —La voz del extraño era grave, firme, de una frialdad que le ponía el vello de punta a Annabel—. Te avisé de lo que podía ocurrir si le dejabas ir, pero ya no importa.

Cuando su mirada se detuvo sobre Ethan y ella, tuvo que verse obligada a retener el instinto que le obligaba a correr. No sabía quién era ese hombre exactamente, pero no necesitaba pruebas para darse cuenta de que no era el caso de Ethan.

—Debí suponer desde el principio que se trataba de ti —pronunció Ethan con un doloroso odio. El extraño sonrió, dejando ver una hilera de dientes, a la vez que sacaba un mechero dorado del interior de su elegante chaqueta. Le siguió un cigarro, que encendió sin mucha importancia.

—Me alegro de verte de nuevo, Ethan. No esperaba que fueses a involucrar a su hermana en todo esto —contestó, señalando a Annabel con el mechero antes de guardarlo—. No me mires así, sabías que este momento llegaría. Lo que me sorprende es que le hayas dejado venir a ella. Hay cierta crueldad dentro de ti, después de todo.

—Maestro... Si me permite, no sabía que había escapado —dijo Robert de pronto, con la misma mirada de un perro a su amo.

—De todas formas, no creo que pueda llegar muy lejos. No tiene sentido buscarla ahora, tengo asuntos más importantes que atender.

El hombre caminó, altivo, hacia una pequeña mesa que había en una esquina de la habitación, con cuatro sillas a su alrededor, y un candelabro con una botella de alcohol sobre ella. Tomó asiento sin apartar en ningún momento la mirada de Ethan, el cuál tampoco era capaz de dejar de seguir cada uno de sus movimientos. Durante unos segundos, el hombre fumó en silencio, hasta que finalmente decidió hablar.

—Tú, la rubia...

—Annabel —dijo sin esperar a que terminase de hablar. El hombre entrecerró los ojos con curiosidad, pero no parecía ofendido.

—Lo sé, tan solo quería evitar crear una familiaridad innecesaria entre nosotros.

—Entonces deja que se vaya. —Ethan, que había permanecido en silencio durante un tiempo, caminó hacia él.

—Es lo que tenía pensado hacer, pero, ¿querrá irse? Ahora que la has traído hasta aquí, dudo que quiera marcharse con las manos vacías. —La fina columna de humo que se escapó de su boca, lo nubló durante unos instantes.

—¿Qué quiere decir? ¿Y quién es usted? —se interesó la joven. El recién llegado señaló a Ethan con el cigarro.

—¿Por qué no le preguntas a él? —Lentamente, Annabel giró la cabeza hacia el señalado. Tenía miedo, esperaba que él pudiese explicarle algo, pero su respuesta fue bastante breve.

—Roger Payne —dijo sin mirarla.

—Pero... si usted no es el doctor Williams, ¿entonces dónde está?

—Os equivocáis, éste es Stephen Williams, él me ayudó con todas mis investigaciones —explicó Robert, completamente seguro de sus palabras—. Él fue el que me recomendó venir aquí para profundizar en mis estudios y que nada me distrajese.

El hombre sonrió, soplando el humo de sus pulmones en dirección al hermano de Annabel. Éste no reaccionó de manera alguna, como si ya estuviese acostumbrado a esas ligeras muestras de desprecio.

—Robert, eres tan estúpido a veces... —suspiró—. Yo, soy Roger Payne, y ese —dijo señalando a Ethan—. Es mi hijo. Él es la razón por la que estamos todos aquí.

—No soy tu hijo, y nunca lo he sido. Lo sabes perfectamente.

—¿Ah, no? ¿Entonces quién se hizo cargo de ti cuando huiste de tu madre como un cachorrillo asustado?

—Fue un error —contestó Ethan cada vez de peor humor.

—Y ahora estás pagando por él —dijo el hombre sosteniéndole la mirada.

Después de aquello, el señor Payne los invitó con él a la mesa. Annabel sentía como si sus pies se hubiesen vuelto de piedra, pesados, y ligeramente adormecidos por los nervios. Caminó hasta sentarse al lado de Ethan, justo en frente de su hermano y el otro hombre. No sabía qué iba a pasar a continuación, pero lo que tenía claro, era que quería salir de allí lo antes posible, con Ethan y Robert a su lado. No había otra opción, era el único desenlace que estaba dispuesta a considerar, pero la situación en la que estaba le decía que no todo iba a ser tan fácil.

—¿Qué se siente, Ethan, cuando te adelantan en lo que creías que era tu terreno de juego? —comenzó diciendo Roger—. No puedo creer que hayas sido lo suficientemente ingenuo como para creer que podrías escapar de mí.

—Lo dejo. Me niego a seguir con esto —contestó él sin poder levantar la mirada de la mesa. Annabel pudo ver como sus manos temblaban ligeramente en su regazo.

—Sabes que no puedes. Te lo avisé desde el principio. —En contraste con la tensión del ambiente, Roger Payne estaba terroríficamente tranquilo, como si cada una de sus palabras hubiese sido medida al milímetro, siguiendo un plan premeditado. Un pequeño insecto oscuro, un escarabajo, se arrastró por el borde de la mesa frente a Roger, el cual no tardó en derribarlo con la mano.

—Prefiero pasar el resto de mi vida pudriéndome bajo tus pies, a hacer esto. —Su padrastro sonrió.

—¿Tanto te importa la vida de Robert? ¿Tanto miedo tienes de perderle? Dime Ethan, ¿o acaso se trata de otra cosa? Lo que sí sé, es que la señorita Leigh merece una explicación después de esto, ¿no crees?

Robert, que por el momento parecía estar totalmente absorto en sus pensamientos, pareció volver a la realidad, con una confusa expresión en el rostro. Annabel, sin embargo, había comenzado a revivir un dolor que creía olvidado.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué tiene que ver todo esto con Robert y conmigo? —se atrevió a preguntar.

Cada palabra que conseguía pronunciar la ahogaba, hasta el punto de sentir una presión en el pecho que le hacía querer gritar. Miró a Ethan sintiendo que, una vez más, todo lo que conocía estaba a punto de desmoronarse. ¿Qué le había estado escondiendo? ¿Acaso todo había sido una mentira para traerla hasta allí? No creía poder soportar la respuesta.

—Díselo. Cuéntale la verdad... —Ethan parecía no escuchar al señor Payne—, dile que tu única razón para estar aquí, era acabar con la vida de Robert.

A pesar de que no quería admitirlo, Annabel todavía recordaba como Ethan la abrazó, con tanto cuidado y compasión, aquella vez en su casa. La manera en que escuchaba todo lo que ella tuviese que decir, su petición y cercanía de aquella mañana. Todo se había vuelto insignificante, como un sueño que uno tiene para escapar de los abismos. Las pesadillas. Sabía que, si tan solo Charles hubiese llegado algo más tarde, si se hubiese distraído en el tren con su café, aunque fuese tres segundos, lo habría acercado a ella, como solo hacen los amantes. Y no se habría arrepentido. Pero ahora todo parecía ocurrir lentamente ante sus ojos, ella ya no estaba ahí, tan solo quedaba su cuerpo, y su mente congelada en el tiempo. Únicamente podía ver. Incluso el dolor en su interior se volvió irrelevante.

Robert dijo algo, llevándose las manos a la cabeza, Roger se mantuvo indiferente. Annabel no conseguía prestarles atención, tan solo podía ver a uno en ese momento, uno que, a pesar de todo, no era capaz de levantar los ojos.

—Dime que no es verdad. Por favor —le suplicó con la voz rota—. Miénteme si es necesario, ya no importa, pero no me hagas esto. ¡Ethan! —exclamó, en un último intento de llamar su atención.

—¡Nunca quise hacerlo! —gritó él de pronto, haciendo que Annabel se sobresaltase, con la intención de levantarse—. Fue todo un plan de este hijo de puta, un degenerado que no supe reconocer a tiempo. Se estuvo aprovechando de mí durante siete años, prometiéndome que si trabajaba para él, me ayudaría a encontrar a aquellos que mataron a mi padre y mi hermana. Nunca lo hizo, y con el tiempo simplemente me rendí. No sabía hacer nada más que no fuese cumplir con lo que me decía, con tal de que no me echase a la calle. Pero después de la guerra, me di cuenta de que no podía más. Le exigí el dinero que me debía por el trabajo de estos años, pero él a la vez me pidió que saldase la deuda que tenía con él, por haberse hecho cargo de mí cuando fui más joven. Podría haberme negado al

dinero, y cerrar mi deuda de esa manera, pero entonces me quedaría sin nada, y tampoco podría mandarle dinero a mi madre. No tuve opción.

—Y por eso aceptaste hacer este último encargo para mí —continuó Roger con una inocente malicia, mientras se acariciaba la barba—. Le pedí que me compensara por los años que lo tuve a mi cargo, desde los quince con los que llegó, hasta los veintidós con los que se fue a la guerra. No le había criado para que ahora echase a perder todo el tiempo y el trabajo que había puesto en él, tratando de convertirle en una persona a prueba del mundo en el que vivimos. Siempre supe que era de un carácter blando y débil, pero al menos resultó ser más arrogante y desagradecido de lo que esperaba.

—¡Y por eso ahora quiere matarme! —rugió Robert con un odio que Annabel jamás había visto en su hermano, sin embargo, lo que más le sorprendió, es que su enfado no fuese dirigido al hombre de avanzada edad que tenía a su lado.

—Cállate un momento, Robert. Déjame acabar —le ordenó Roger terminando su cigarro. Éste obedeció—. Le dije a Ethan que, si quería saldar su deuda y quedar en libertad, debía realizar un trabajo por cada año que le cuidé. Siete años, siete hombres. Simple. Había personas que, teniendo en cuenta a lo que me dedico ahora, me convenía quitar de mi camino, por lo que él se ocupó de ello. Debo admitir que me sorprendió bastante, no pensaba que fueses a hacerlo, sobre todo después de que la guerra te diese esta nueva oportunidad —continuó, con un tono algo burlón.

—¿Entonces por qué lo elegiste a él? ¡No tenía nada que ver! —Ethan volvió a levantar la voz, pero Roger, con la calma de alguien que carecía de la más mínima empatía, rió. Annabel, por otro lado, no sabía qué hacer. Apenas era capaz de procesar todo lo que estaba ocurriendo, le costaba entrelazar el relato de ambos hombres con lo que ya sabía, pero todo parecía cobrar un sentido terrible en su cabeza.

—Me di cuenta de que te estaba resultando demasiado fácil, supongo que, después de todo, sí que te sirvieron de algo esos años conmigo. —En ese instante, Ethan pareció alcanzar el límite de su paciencia. Se levantó bruscamente, y con un movimiento apenas perceptible para el ojo, apuntó al señor Payne con la pistola. Éste ni siquiera parpadeó.

—Vamos, hazlo, si crees que eso te va a hacer sentir mejor. Tan solo te demostrarás a tí mismo lo mucho que nos parecemos.

—No. No tenemos nada en común —contestó Ethan con un pulso ligeramente tembloroso—. Todos estos años... Desearía haber hecho esto antes.

—Pero no lo hiciste, y ahora tampoco lo harás. Sabes perfectamente que soy el único que puede averiguar quién mató a tu padre y a tu hermana.

—Creo que podré vivir sin saberlo, ya no soy la persona que era antes.

—¿Estás seguro? —Roger frunció el entrecejo, profundizando las arrugas en su frente—. Tu padre traicionó a tu familia por su adicción, luego tú traicionaste a tu madre al abandonarla. A mí, al darme la espalda después de tantos años, a Robert, por tener que acabar con él por tu propio bien. Tampoco me olvidaría de Annabel, ¿te has preguntado cómo se siente después de enterarse de que te has aprovechado de ella? Terminar siendo un traidor está en tu sangre, y eso es algo con lo que no puedes vivir.

Por primera vez, después de varios minutos, Ethan se atrevió a girar la cabeza su dirección. Annabel sintió que algo se comprimía en su interior. Jamás lo había visto tan aterrado, tan asustado por todo lo que estaba ocurriendo y el efecto que podía tener. Sus ojos la miraron, desesperados, buscando el perdón,

—Pero maestro, si su nombre no es el que creo que es, ¿por qué me lo ocultó? ¿No confía en mí? ¿Incluso después de todo lo que hemos compartido e investigado? —preguntó Robert, como un niño que acababa de ser decepcionado.

—Es fácil. Antes de que Ethan llegase a su último encargo, supe que éste tenía que ser diferente. No quería que hiciese algo para mí, quería que lo hiciese por él mismo, que demostrase hasta dónde estaba dispuesto a llegar por su libertad. Desde el principio pensé que no sería capaz, por eso adquirí la identidad de Stephen Williams, un doctor que recién se había mudado a Harley Street. Esto fue hace alrededor de un año. La razón por la que elegí a Robert, fue meramente por comodidad. Sabía que era alguien a quien Ethan visitaba a menudo, y también que tenía un incontrolable interés por lo desconocido. Aquello lo hacía un objetivo fácil. Lo estudié, descubrí qué le atraía. Sabía qué periódico leía, por lo que, en varias ocasiones, publiqué anuncios con mi dirección, esperando llamar su atención. ¡Y qué sorpresa! Tuve éxito. El resto de la historia ya os la podéis imaginar.

—Convenciste a Robert de venir aquí, y luego me dijiste que iba a ser mi séptimo encargo. Y todo para estar presente en el momento en que le encontrase. Para impedir que pudiese avisarle —concluyó Ethan con frustración, apartando la pistola de su cabeza—. No mereces una muerte tan rápida.

—Todo estaba planeado, hasta el último detalle. El periódico, la niña que os dió la dirección de Amy Evans, la tarjeta que encontré... Todo fue intencional. Cuando me llamaste preguntando por Stephen, supe que solo era cuestión de días que aparecieses por aquí. Siempre estuve ahí desde el principio, y no tenías ni idea.

Ethan volvió a dejarse caer en la silla, derrotado, mientras que Annabel no paraba de observar a Robert con cautela. Durante los últimos minutos, su rostro había cambiado notablemente de color, pasando de un blanco mortecino, a un rosado muy notable. Pocas eran las veces que había visto a su hermano enfadado, pero la persona que tenía delante, desde el momento en que le había visto, parecía ser totalmente distinta al Robert que recordaba. Era inquieto, impulsivo, aparentemente dependiente de Roger Payne. El tiempo que había pasado en esa casa le había cambiado completamente, aportando un toque de locura a todas sus reflexiones.

—¡No me lo creo! ¡No creo nada de esto! —volvió a gritar Robert con una ira incontrolable, levantándose de la silla y dejando caer por accidente la botella que había sobre la mesa—. Vosotros —dijo señalando a cada uno de los presentes—, sois todos unos mentirosos, ¡solo me queréis por lo que sé! Me habéis estado persiguiendo, buscándome, encerrándome en esta casa para tener control sobre mi mente. Pero, ¿sabéis qué? ¡Jamás tendréis mi conocimiento!

El joven médico, con los ojos desorbitados, parecía estar totalmente fuera de sí. De una patada esparció los escombros de la botella de cristal, y tomando el fragmento más grande, que consistiría del cuello de la botella y prácticamente la mitad del cuerpo, se giró hacia Roger. Los filos afilados del cristal brillaron por el dorado reflejo de las velas. Levantó el brazo sobre la cabeza del hombre, y lo sostuvo durante unos segundos, mientras sus ojos se llenaban de unas lágrimas incontrolables. Nadie se atrevió a moverse, hasta que, con un temblor en la mano, Robert cayó de rodillas sobre el suelo mojado.

—No, no... —susurró para sí mismo, mirándose las manos con la cabeza agachada y el cuerpo encogido—. Ninguno me tendrá. Ninguno.

Antes de que Annabel pudiese detenerle, o incluso situarse a su lado, Robert se levantó con la intención de alejarse de allí. Su intento duró apenas unos segundos. Con la rapidez de un profesional, Roger hizo aparecer una pistola, y con tan solo un disparo, cuyo sonido inundó toda la habitación, el médico volvía a estar en el suelo.



Su hermana exclamó horrorizada, dejando caer la silla al correr en su auxilio, Ethan gritó algo que ella no pudo distinguir. Robert se encontraba tumbado en el suelo, sujetando su pierna sana con una aguda expresión de dolor. La bala había acertado justo en su muslo, causando una intensa hemorragia que no hacía más que expandirse con los segundos. Annabel se encontraba totalmente perdida. Trató de buscar con la mirada algo que pudiese servirle, alguna cosa que lograra cortar el flujo de sangre, pero un agarre firme y brusco le impidió hacer movimiento alguno. Con una sorprendente facilidad, esa mano cuyo tacto desconocía la levantó del suelo, haciéndole sentir algo frío en el lado derecho de su cabeza. Al principio no entendió lo que estaba ocurriendo, pero no tardó en darse cuenta del giro que había tomado la situación. Ethan la observaba a pocos metros de ella, totalmente paralizado, mientras que el olor a tabaco comenzó a expandirse a su lado.

—Termina con lo que tienes que hacer, o ella también sufrirá las consecuencias —pronunció Roger a sus espaldas. Su cuerpo quedó totalmente congelado, temblando como una hoja, y su consciencia parecía fallarle cada vez más.

—Suéltala —le ordenó Ethan dando un paso al frente. La presión de la pistola aumentó contra la piel de la joven.

—Entonces hazlo. Tu séptimo hombre te espera, y serás libre. A estas alturas tan solo quiero hacerte sufrir las consecuencias de tus acciones.

—¿No crees que ya has hecho suficiente? —A pesar de que trataba de ocultarlo, la voz de Ethan se encontraba impregnada de preocupación. No apartaba la vista de Annabel, y ella tampoco podía mirar otra cosa que no fuese la única persona que podía salvarla en aquel momento.

—Tú nunca sabrás lo que es perder a un hijo por segunda vez. Llegué a quererte de verdad, y a pesar de que no fui el mejor padre, solo quería que sobrevivieses en mi mundo. Tú nunca supiste apreciarlo.

—Si realmente te hubieses preocupado por mí, no me habrías metido en todo esto. Tan solo eres un hombre solitario y egoísta.

—Igual que tú.

Ethan, al verse totalmente atrapado entre la espada y la pared, sacó lentamente su arma. Sin embargo, ésta no apuntó ni a Roger, ni al retorcido cuerpo de Robert. En cuanto Annabel comprendió lo que estaba a punto de hacer, no pudo contener un grito cargado de desesperación.

—¡No lo hagas! ¡No te atrevas a hacerlo! —le suplicó con lágrimas en los ojos, tratando de deshacerse del agarre de Roger.

—Escúchala, no seas estúpido y haz lo correcto por una vez en la vida —le dijo el hombre. Ethan, con la pistola contra su sien, dio un paso hacia atrás.

—No podría seguir viviendo con la muerte de Robert sobre mi consciencia, Annabel. Te quiero demasiado como para hacerte eso.

—¡No seas estúpido! ¡Por favor! —le pidió una vez más, sintiendo que todo se le escapaba de las manos.

—Perdóname —pronunció cerrando los ojos.

Annabel sintió como si ella misma se estuviese muriendo. No podía seguir mirando, pero hasta el último segundo antes del disparo, le estuvo rogando que no lo hiciese. Su garganta se encontraba a punto de quedarse sin voz, pero sus desesperados intentos de pararle resultaron en vano. El característico estruendo de una bala volvió a envolver sus oídos, dándole la sensación de que estaba al borde de perder el conocimiento. El agarre de Roger se aflojó, dejándole caer al suelo, de rodillas. Era como si todo el peso de la existencia hubiese caído sobre ella, recordándole que seguía viva, de la manera más cruel posible. Robert emitió otro quejido a su lado, pero Annabel tan solo era capaz de llorar, encogida con el rostro entre las manos. ¿Qué iba hacer ahora? Sabía que, en el momento en que abriese los ojos, la imagen ante ella la perseguiría por el resto de su vida. No creía poder soportar esa escena. Si viese el cuerpo de Ethan, inerte en el suelo, tal vez incluso ella misma moriría, con tal de no recordar toda esa sangre y el doloroso vacío. Era como si todo en ese mundo se estuviese esforzando en dejarla sola, en arrebatarle todo aquello que llegaba a importarle.

No oía nada más allá de su llanto, como si sus oídos hubiesen decidido quedarse sordos hacia el resto de sonidos, incluidos los pasos que se acercaban. Ignoró por completo a la persona que se agachó frente a ella, hasta que no sintió una mano sobre su hombro. No quiso reaccionar, la única persona que quedaba allí con la capacidad ir hasta ella era Roger, y no estaba dispuesta a permitirle esa actitud. Trató de apartarse, pero los brazos que la envolvieron resultaron ser más fuertes que sus ganas de luchar contra aquello. Por un momento, se quedó totalmente quieta, hasta que una voz familiar habló cerca de su oído.

—No llores —le dijo, acariciándole la cabeza—, todo va a ir bien.

Como si acabase de escuchar a un fantasma, Annabel abrió rápidamente los ojos, separándose de la persona. Fue entonces cuando vio la cálida sonrisa de Ethan, que trataba de ponerla de nuevo de pie. Al principio no reaccionó, pero en cuanto pudo procesar lo que estaba ocurriendo, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Tenía miedo de que no fuese real, de que pudiese esfumarse otra vez y no volver jamás.

—¿Cómo?... —le preguntó, todavía confundida y sin poder creer que estuviese vivo. Fue entonces cuando Ethan le dio la vuelta. En la puerta los esperaba Charles, con una pistola en una mano, y la otra apoyada sobre el marco de madera. Parecía estar exhausto, pero con un alivio en el rostro difícil de ocultar. En cuanto Annabel bajó la vista, se llevó una mano a la boca al ver que, en el suelo, a pocos centímetros de su hermano, se encontraba Roger. Robert había logrado sentarse, mirando desconcertado el cuerpo tumbado boca abajo del que había sido su maestro.

—¿Está muerto? —susurró Annabel algo horrorizada, pues un charco de sangre había comenzado a formarse sobre el lado izquierdo de su espalda.

—Todavía no —Contestó Charles, acercándose a él y dándole la vuelta con el pie—. ¿Tienes algo que decir, vieja sabandija?

—Esto... aún no ha acabado —pronunció el hombre con un ronco hilo de voz.

—Pues yo creo que has hecho suficiente —contestó el pelirrojo pasándolo de largo—. Ey, Robert, vamos a buscar algo para vendarte eso, ¿eh?

El médico asintió, sin poder dejar de observar a Roger. Era como si hubiese quedado hipnotizado, completamente absorto en pensamientos que, aparentemente, no quería compartir. Aún sujetaba su pierna por el dolor, pero el hecho de ver a Roger en el suelo parecía haber causado en él más impacto que su propia herida.

—¿Estás bien? —Annabel, que todavía no había terminado de volver en sí, miró a Ethan, sintiendo un cúmulo incontrolable de emociones.

—¿Bien? ¡Creía que habías muerto! ¡Eres un imbécil, y un estúpido! —le gritó, soltándose de su agarre y dándole la espalda—. Y me has estado mintiendo, todo este tiempo.

—No te mentí, solo pensé que había cosas que era mejor no explicar —se excusó, tratando de acercarse de nuevo a ella.

—¡Tenías que matar a mi hermano! ¡No trates de quitarle importancia! —se enfrentó a él, sintiendo que sus palabras no dejaban de reforzar la traición que había sufrido de su parte.

—No le estoy quitando importancia. Pero piénsalo, ¿de verdad habrías aceptado trabajar conmigo si lo supieses?

—Pero al menos podrías haberlo intentado, ¿y qué me dices de él? —dijo señalando a Roger que, ya desarmado y completamente inofensivo, trataba de incorporarse—. Te pregunté sobre él, y me mentiste.

—Lo sé, y lo siento. No sabía cómo explicarte todo esto.

Annabel gruñó, malhumorada, alejándose aún más de él en dirección a la ventana. Necesitaba algo de aire. Sentía que el pesado ambiente de la habitación había caído sobre ella como una lápida de hormigón, y el olor de la cera de las velas tampoco contribuía a que se sintiese mejor. Arrastró las largas cortinas a los lados, y con algo de esfuerzo consiguió ese acceso al exterior que tanto necesitaba. La luz del atardecer se expandió por la mayoría de rincones de la sala, dándole un aspecto algo más fresco a aquel lúgubre lugar.

—¿Sabes cuál ha sido siempre el problema contigo? —le dijo a Ethan, sabiendo que estaba justo detrás de ella—. Siempre estás escondiendo algo, y eso hace que seas alguien en quien cuesta confiar. Pero a pesar de todo, lo hice...

—Lo siento —contestó con desánimo, mirando por la ventana a su lado.

—¿Puedes decirme algo que no sea pedir perdón? —se quejó, notando como su voz se quebraba de nuevo—. Creía que te importaba, pero resulta que solo te interesaba salvar tu propia situación.

—Es irónico que pienses eso, cuando lo que más me ha aterrado todo este tiempo, era terminar perdiéndote. Pero supongo que después de esto tienes todo el derecho a pensar lo que quieras sobre mí.

Annabel lo miró, incrédula, sin saber cómo sentirse respecto a él. Por una parte deseaba perdonarle todo, olvidar por completo lo ocurrido y darle una segunda oportunidad, pero por otro, no sabía si podría volver a confiar en él. No solo debía pensar en lo que era mejor para ella, también quería considerar su situación. Incluso si ella conseguía dejar de lado lo sucedido, eso no significaba que Ethan pudiese hacerlo. Se sentía culpable, podía verlo en su mirada, pero no quería que se torturase a sí mismo cada vez que ella estuviese presente. Se encontraba a punto de comentarle aquel pensamiento, cuando escuchó algo derramarse a sus

espaldas. Ambos se giraron, tratando de localizar el origen de aquel ruido, el cual parecía provenir del fondo de la habitación, cerca de la mesa donde se encontraron con Robert. En cuanto avanzaron y vieron lo que estaba ocurriendo, Annabel se quedó muy quieta en su sitio.

—No lo haga. Por favor —pronunció asustada, viendo como Roger, totalmente descontrolado, derramaba sobre el suelo y los animales disecados, el último bidón de alcohol, de esos que Robert utilizaba para esterilizar sus herramientas y espacio de trabajo. Ethan quiso acercarse a él, pero Annabel lo detuvo, agarrándolo por el brazo—. Yo no lo haría —le dijo, creyendo adivinar las intenciones del hombre.

—¿Qué pasa? ¿Ahora nadie se atreve a enfrentarse al viejo Roger? —dijo sonriendo, a la vez que alcanzaba uno de los candelabros que había sobre la mesa—. Jamás te saldrás con la tuya, Ethan, ¿sabes por qué? Porque a pesar de tus intentos, jamás podrás alcanzarme para vengar la muerte de tu padre y tu hermana. Yo —pronunció mirándole fijamente a los ojos, con una crueldad desmesurada—, mandé que lo mataran.

El momento en que su manó dejó escapar el objeto, pareció pasar a cámara lenta. Las velas, aún encendidas y consumiéndose mientras caían, anunciaron un final inevitable, que tan sólo tardó una fracción de segundo en hacerse realidad. Todo lo que nace debe morir, pero, ¿quién era aquel hombre para decidirlo? ¿Por qué tenía que ser él, el que indicase dónde poner el punto y final a sus vidas? Aquellas preguntas envolvieron la mente de Annabel como un huracán, mientras observaba, con impotencia, el origen del caos.

Una violenta ola dorada ocultó la figura de Roger, danzando descontrolada y estirándose, comenzando a devorar tanto el suelo de madera como los muebles a su alrededor. Al ver la nube de humo que había comenzado a crearse, Annabel corrió hacia la puerta con la intención de abrirla, pero para su horror, ésta resultó estar cerrada. Charles la golpeó desde el otro lado con fuerza.

—¿Qué ocurre ahí dentro? Salí a por unos vendajes, pero alguien ha cerrado la puerta.

—¡Creo que ha sido Roger! ¡Tenemos que salir de aquí! —dijo en voz alta.

—¿Dónde está Ethan? ¿Está contigo?

—Sí —Annabel trató de localizarlo con la mirada, pero antes de conseguirlo, unos gritos le helaron la sangre.

Robert, su hermano, aquel que minutos antes parecía estar paralizado por el dolor, ahora luchaba contra Ethan, tratando de atravesar las llamas que lo habían separado de su maestro. El fuego había comenzado a subir por algunas de las figuras, haciendo arder las plumas y el pelaje de numerosos animales, mientras Robert se retorció cual serpiente, tratando de escapar.

—¡No! ¡No voy a dejarle aquí! —aulló su hermano con desesperación—. ¡Es el único que me ayudará a ver la verdad!

—No sé qué ha hecho contigo, pero estás completamente loco. ¡Deja de moverte! —contestó Ethan, perdiendo la paciencia.

—¡Robert! —lo llamó Annabel, corriendo hacia él—. Tenemos que salir de aquí, no tenemos tiempo.

—¡No abandonaré a mi maestro! Le debo todo, ¡tengo que salvarle! —volvió a gritar, esta vez pisando a Ethan con su prótesis, haciendo que éste emitiese un quejido, permitiendo que el médico liberase un brazo. La risa de Roger se escuchó al otro lado del fuego. Todavía estaba vivo, subido sobre la mesa de trabajo de Robert, y observando la escena con diversión. Fue entonces cuando Annabel hizo contacto visual con él.

Aquel hombre, sin ella saberlo, le había arrebatado todo. Había convertido a su hermano en un desconocido, forzando su mente de alguna manera hasta hacerle perder la razón. Había obligado a Ethan a hacer cosas que ella difícilmente iba a poder olvidar. Había tratado de matarla a ella misma, sin importarle lo más mínimo su vida. Si existía un monstruo entre ellos, tan solo podía ser él. Una vez más, Annabel miró a los dos hombres a su lado. Ethan seguía tratando de arrastrar a Robert del fuego, éste pataleaba y se retorció como un completo desquiciado. Fue en ese instante cuando aceptó una dolorosa realidad: incluso si salían de ahí con vida, jamás recuperaría a su hermano. Robert había muerto en el instante en que conoció a Roger. De hecho, todos ellos estaban perdiendo su vida en ese momento. Aquel hombre viejo y despiadado había terminado con su presente, poniendo en peligro también su futuro. Nunca volverían a ser los mismos. Incluso si decidían olvidar, habían sido marcados para siempre. Con una mano en su chaqueta, Annabel volvió a observar a Roger.

—¿Cómo lo hizo? ¿Cómo le ha convertido en esto? —preguntó refiriéndose a su hermano. El hombre, aún con la herida en su espalda, abrió los brazos con obviedad.

—Se lo ha llevado lo mismo que acabó con el padre de Ethan. El vicio, la obsesión.

Tras escuchar esas palabras, Annabel se dio la vuelta bruscamente. No quería verle, no quería recordar su rostro ni su voz, pero tras dar tres pasos al frente, se giró con el brazo estirado. No deseaba pensar en ello, ni en las consecuencias, tan solo cerró los ojos y dejó que ocurriese. Su dedo presionó el gatillo, un quejido fue silenciado por un grito a sus espaldas. Robert, con una ira hasta entonces desconocida para ella, empujó a Ethan y se abalanzó sobre su hermana, cayendo a pocos centímetros de sus pies. Annabel reaccionó apartándose de él, evitando que pudiese agarrarla del tobillo.

—¡Traidora! ¿Cómo has podido? ¡Lo necesitaba! —se lamentó Robert violentamente, mientras Annabel lo observaba totalmente aterrorizada. Se produjo otro disparo, esta vez al otro lado de la sala, permitiendo que la puerta se abriese.

—Vámonos de aquí, antes de que nos ahogemos todos —le dijo Ethan tirando de su brazo.

—No puedo dejarle aquí —contestó, sintiendo que las lágrimas volvían a escaparse de sus ojos—, es mi hermano.

—¿Estás segura? Mírale —insistió tirando de ella otra vez, pero Annabel negó con la cabeza.

—Yo también quise salvarle, hasta que vi la manera en que fue hacia ti. ¿Realmente crees que te perdonará? Ha perdido la cabeza.

—Pero sigue siendo Robert, no puedo dejarle morir.

—¡Ya ha muerto, Annabel! ¡Lo sabes! —dijo alzando aún más el tono de voz, mientras el fuego seguía avanzando hacia ellos—. ¡Él ya ha elegido su destino, y yo he decidido que te sacaré de aquí!

En contra de la voluntad de Annabel, y a pesar de sus gritos y protestas, Ethan la cargó en un hombro y se dirigió a la salida, donde Charles los esperaba impaciente. Volvió a quejarse, a exigir que la bajase, a decirle que lo odiaría de por vida si no lo hacía, pero todo resultó ser en vano. Ethan no estaba dispuesto a ceder. La última imagen que permaneció en su mente de aquel día, fue la del cuerpo de su hermano, que, a pesar de las ardientes llamas, no hacía más que arrastrarse hacia ellas, en búsqueda de aquello que tanto ansiaba descubrir. Después de todo, él era el séptimo hombre, el precio de la libertad, y a la vez una condena. La prueba de que, tal vez, hay cosas que el hombre jamás podrá saber.





## XXII

*18 de junio, 1920. Londres.*

Querida amiga Annabel,

Espero que estas semanas hayan pasado de la manera más amena posible, y que te hayan permitido recuperarte, aunque sea parcialmente, de lo ocurrido. Todos sentimos de corazón la manera tan trágica e inesperada en la que ha acabado esto, por eso, me gustaría hacerte saber que, si en algún momento sientes la necesidad de nuestra compañía, tanto Ethan como yo estaremos encantados de poder hacer lo que sea por ti.

La primera razón por la que te escribo, es meramente informativa. No quería presentarme en casa de la señora Green sin avisar, pues imaginaba que te gustaría pasar algún tiempo a solas, por lo que decidí explicarte lo que he averiguado por escrito. Supongo que recordarás a la mujer inconsciente que encontramos por el camino. Resulta que, cuando la llevé al hospital y se despertó, contó una historia muy peculiar. Conoció a Roger Payne por el nombre de Stephen Williams, pues tenía que realizarse una intervención. Sin embargo, el día de la operación, ocurrió algo con lo que no contaba. El hombre la sedó, y cuando volvió a abrir los ojos, resultó estar en la casa que visitamos. Para ella, nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido, pero en cuanto mencionó su nombre todo encajó como un puzle. Se trataba de Gina Evans, la hermana desaparecida de la mujer que visitaste. La misma que te dio la tarjeta del escarabajo. Ellas, al igual que tu, fueron víctimas de Roger. Para él era fundamental que existiese alguien que acabase llevando a Ethan hacia él, y para garantizar el éxito de su plan, recurrió al chantaje. Le prometió a Amy Evans que le devolvería a su hermana, si ésta hacía todo lo que él le indicase. Claramente, la mujer accedió. La mitad de los sucesos que te contó no fueron más que la lectura de un guión, pero tampoco podemos culparla. Estaba desesperada por recuperar a su hermana. Por suerte para ambas, todo ha acabado bien. Avisé a Amy cuando regresamos a Londres, por lo que no dudó en ir a Oxford a por ella. Respecto a las heridas de Gina, no hay mucho que decir. Roger la tuvo en unas pésimas condiciones, las cuales no dejaron de empeorar cada vez que trataba de escapar. Dijo que la terminó liberando un joven delgado y con gafas, por lo que, a pesar de lo ocurrido, podemos quedarnos con esa buena acción. Quiero pensar que en el fondo todavía quedaba algo bueno en Robert, aunque dudo que ninguno de

nosotros pudiese ser capaz de devolverle a su estado anterior. Una vez que las sustancias consumen el cuerpo y la mente, es imposible volver atrás en el tiempo. Sé que es una realidad difícil de aceptar, y que tal vez no estés de acuerdo conmigo, pero creo que la decisión de Ethan fue la correcta. Al menos yo, en tu lugar, no habría sido capaz de vivir con un familiar destruyéndose ante mis ojos. Espero realmente que tanto su alma como su cuerpo hayan podido encontrar la paz que tanto se merecía. Después de todo, no ha sido más que una víctima de la crueldad de un hombre insano.

La segunda razón por la que he decidido mandarte esto, y no decirlo en persona, es porque no estaba seguro de tu reacción al escuchar esto. Creo que, después de hablar con Ethan, intuyo que sabes la verdad. Aún así, me siento mejor confesando mis pequeños pecados. Annabel, quiero decirte que nada de lo que ha ocurrido es coincidencia. Meses atrás, cuando Ethan mencionó por primera vez que tal vez deberíamos traerte aquí, no dudé ni un instante en lo que debía de hacer. Verás, aunque él no quiera admitirlo, incluso antes de conocerte, ya había sentido cierta curiosidad por ti. Robert te había mencionado de vez en cuando, también tenía una foto de vuestra familia en su casa, la cuál Ethan no pasó por alto. Nunca he sido de meterme en los asuntos de los demás, pero tampoco tenía nada que perder. Pensé que, si conseguía acercarte de alguna manera a la madre de Ethan, él también se animaría a poder visitarla por fin. Por eso te dejé su dirección, no sin antes hablarlo con ella, claro. Tuve que mentirle por su bien, diciéndole que eras amiga de mi prima y que ibas a quedarte un tiempo, ya que Ethan me hizo prometerle que no le diría a su madre nada sobre él. Tampoco podía contarle que tú le conocías, pues eso, tarde o temprano, acabaría desvelando que yo también. Sé lo que dirás, seguramente ahora estés pensando que soy un inconsciente, o que debería habértelo confesado todo antes, pero la curiosidad de saber qué iba a ocurrir pudo conmigo. Simplemente dejé que las cosas fuesen tomando forma a su ritmo, viendo como poco a poco el círculo se estrechaba, hasta que un día, Ethan vino comentando que te había visto con el anillo de la señora Green. Fue ahí cuando me descubrió, adivinando que la mujer con la que vivías era en realidad su madre, y que la única manera de que aquello fuese posible, era que yo hubiese intervenido. Fue algo que para mi sorpresa, se tomó bastante bien, pues esperaba que acabásemos discutiendo, al igual que cada vez que hablamos sobre el tema.

Por último, me gustaría pedirte disculpas por, al igual que Ethan, no hablarte sobre quién era Roger realmente. Me habría encantado hacerlo, pero nuestro amigo

testarudo me prohibió hacerlo. Realmente tampoco tenía el derecho a llevarle la contraria, pues hablarte sobre Roger implicaría desvelar aspectos personales de la vida de Ethan, y no estaría bien por mi parte.

Ojalá hayas podido aceptar la razón de mis acciones, a pesar de ser un poco cuestionables. Espero que no hayan afectado gravemente a la imagen que tienes de mí, pero, en caso de hacerlo, te pido que puedas perdonarme algún día. Quiero que sepas que, a pesar de todo, tienes un amigo en Londres en que puedes confiar, y que estará dispuesto a ayudarte y a llevarte en coche donde sea. Espero que podamos vernos pronto.

Tu amigo,  
Charles Miller

Querido Charles,

Me alegro mucho de que hayas podido encontrar tiempo para escribirme, te lo agradezco, no sabes cuánto. En estos tiempos tan complicados, las palabras de un amigo son una ayuda bastante reconfortante.

Estas semanas han sido difíciles, no quiero entrar en detalles porque ni siquiera yo misma entiendo qué siento exactamente. Los primeros días no podía ni salir de la cama, obligando a la pobre señora Green a cocinar prácticamente sola. Es una mujer demasiado buena, me consolaba cada vez que veía que necesitaba a alguien a mi lado, e insistía en que no me preocupase por las tareas de la casa. Espero poder mostrarle todo mi respeto y agradecimiento algún día, ha sido como una madre para mí.

Respecto a todo lo que me has contado, no te preocupes. Es bueno saber que las hermanas han podido reencontrarse, y no siento ningún tipo de enfado o rencor hacia ti. Entiendo tus razones, y no te culpo en absoluto por lo ocurrido. Si mi amistad con Ethan fuese como la que tenéis entre vosotros, seguramente yo tampoco habría revelado detalles tan privados. Eres un buen amigo, y Ethan sabe que puede confiar en ti.

Siento que esta carta no vaya a ser tan larga como me habría gustado, pero últimamente parece que me faltan palabras para expresar todo lo que quiero decir. No quiero justificarme, pero supongo que se debe a mi estado durante estas semanas. Ahora mismo me encuentro algo mejor, y espero recuperarme pronto, pues, a pesar de que ha sido una decisión difícil, creo que lo mejor será que regrese a Sheffield. Hace tiempo que no estoy en casa, y creo que el silencio y la tranquilidad de mi hogar me ayudarán a aclarar la mente y a poder reorganizar mi vida. Eso no quiere decir que no vuelva a Londres, pero por el momento, lo mejor será cambiar de ambiente. Tengo planeado irme la tarde del 8 de junio, dentro de unos días, por si te apetece acercarte a despedirte. Estaré encantada de verte.

Tu amiga, que siempre recordará tu amabilidad,  
Annabel Leigh

Habían pasado varios días desde que Annabel mandó su respuesta, pero Charles no contestó nada de vuelta. Sabía que la noticia de su partida lo tomaría por sorpresa, pero en el fondo quería creer que todos eran conscientes de que se iría, incluido Ethan, del cuál no había vuelto a saber desde que bajaron del tren en Londres. No había llamado, no le había escrito nada. Era como si la tierra se lo hubiese tragado, pero para Annabel, era mejor así. Ambos podrían gestionar mejor lo sucedido si no se veían por un tiempo. Seguramente, Ethan se sentía demasiado culpable como para ir a verla, y ella, por su parte, demasiado confundida respecto a lo que sentía por él. ¿Cómo podía querer a un hombre que le había escondido tantas cosas? También le había obligado a abandonar a su hermano, pero recordando las circunstancias, podía comprenderle. Ella misma había disparado a Roger, el hombre que intentó ser su figura paterna, a pesar de que estaba destinado a morir en el fuego. Ambos habían sido igualmente crueles en ese sentido, pero lo que le quedó más claro después de eso, es que jamás volvería a coger un arma. No era una asesina, pero tampoco estaba hecha para salvar a nadie. Lo sabía mejor que nunca. Annabel miró sus manos, las cuales minutos antes habían terminado de hacer su pequeña maleta. En ningún momento se llegó a manchar de sangre. Roger había recibido lo que merecía, ella había hecho lo que tenía que hacer. Pero iba a ser la primera y la última vez. Existía gente en el mundo que, por todo lo que había hecho, debía morir, pero ella no iba a ser la que lo decidiese. Eso no haría más que

convertirla en aquello que odiaba, y tampoco creía que pudiese volver a experimentar el mismo nivel de aversión que sentía hacia Roger.

Después de pasar un rato sentada sobre su cama, Annabel decidió bajar las escaleras. Un dulce olor inundó sus sentidos incluso antes de llegar a la cocina. La señora Green se encontraba frente al horno, mirando con atención lo que parecía ser un pastel de manzana, mientras el agua comenzaba a hervir en la tetera. Annabel sonrió. Por mucho que insistiese en que algo no era necesario, la mujer seguía siendo igual de tozuda. Había decidido que despediría a su huésped con un pastel, y así iba a ser. Tenía un buen corazón. No merecía todo lo que había pasado.

A pesar de saber la verdad, Annabel no pudo encontrar el valor de contarle lo que sabía sobre su hijo. Se sentía ajena a todo eso solo de pensarlo. Aquel no era su trabajo. Solucionar esa situación era solo cosa de Ethan, y si su cobardía no se lo permitía, ese no era su problema.

—Parece que ha empezado a llover —dijo Annabel volviendo a la cocina, tras asomarse al salón y mirar por la ventana.

—¿Ah sí? Tal vez sea una señal de que debes quedarte un tiempo más —contestó la mujer con una inocente sonrisa.

—Me encantaría, pero hace mucho que estoy fuera de casa —La joven tomó la taza de té de las manos de la señora Green, devolviéndole la sonrisa. La llevó a la mesa del salón, pero justo cuando iba a volver a la cocina, oyó a alguien llamando a la puerta.

—Debe ser Charles, le escribí el otro día para decirle que me iba.

—Haré más té en ese caso —respondió la mujer a sus espaldas.

Annabel caminó hacia la puerta. Estaba tranquila, pero por alguna razón tenía un extraño presentimiento. Charles era el único que sabía que se iba a marchar, no podía ser nadie más, pero aún así, su mano se detuvo un instante ante el pomo. En cuanto abrió la puerta, y su mirada se encontró con la de la persona delante suya, Annabel sintió una melancólica pesadez en el corazón. Llevaba un mes sin verle, un mes sin saber de él, y aún así, ahí estaba, con su pelo oscuro y sus ojos claros, como salido de un sueño muy lejano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en voz baja, tratando de encontrar algo en sus facciones mojadas por lo que parecía ser la lluvia.

Sin contestarle, pero tampoco sin quitarle la mirada de encima, Ethan avanzó hacia el interior de la casa. La obligó a retroceder, totalmente desconcertada, pero antes de que pudiese volver a preguntarle nada, los brazos de Ethan la atrajeron hacia él. La abrazó con una agonía que no había visto antes en él, dando un paso hacia atrás para cerrar la puerta con la espalda. Annabel se quedó estupefacta, con la mente en blanco respecto a cómo reaccionar. No quería engañarse, Ethan no le era indiferente, ¿pero estaba dispuesta a pasar por alto todo lo ocurrido? ¿Qué era mejor para ella? Sentirle tan cerca no hacía más que confundirla, pues las heridas aún no habían sanado, y tampoco quería permitir con tanta facilidad que la misma persona que las abrió, ahora tratase de cerrarlas.

—Siento no haber venido antes —le susurró—. Tenía miedo de que no quisieras verme, incluso le pedí a Charles que no dijese cuándo te ibas, pero al final... no podía dejarte ir sin verte una vez más.

—Ha pasado un mes —fue todo lo que pudo contestarle, antes de que sus manos temblorosas se apoyasen en su espalda.

—Lo sé, y no te pediré que me perdones, pero... al menos deja que te diga adiós.

—¡Annabel, el té está en la mesa! Dile al pelirrojo que entre ya —dijo la señora Green desde el salón, interrumpiendo el momento. Annabel se separó de Ethan con el miedo y la emoción creciendo en el estómago.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo hay una respuesta correcta —contestó él, mirando al interior de la casa por encima de su hombro.

Cuando entraron al salón, la señora Green se encontraba de espaldas, poniendo la mesa. Ethan tomó la mano de Annabel con la inquietud y el miedo de un niño. Tenía los dedos fríos, totalmente rígidos por lo que estaba a punto de ocurrir. Al ver que era incapaz de hablar, la joven llamó la atención de la mujer, tratando de sonar lo más tranquila y natural posible.

—Señora Green —dijo intentando que su voz no delatase—, hay alguien que quiere verla.

—¿A mí? ¿Quién iba a querer ver a una vieja como yo? —Al girarse, primero se centró en Annabel. Luego le echó una rápida mirada a Ethan, y sin prestarle mucha atención, sonrió de manera pícaro—. Así que es éste, ¿eh? No me sorprende que no me avisases la noche que dormiste fuera, aunque creo que yo

tampoco me habría acordado en tu lugar —comentó dándose de nuevo la vuelta, colocando la cucharilla que faltaba.

Ethan no pudo contener la risa, Annabel deseó esfumarse de allí sin que nadie se diese cuenta. Si había algo que madre e hijo compartían, era definitivamente el sentido del humor. Por un instante, Annabel pensó que la señora Green no lo reconocería, pero pronto se dio cuenta de que estaba profundamente equivocada. A pesar de que la mujer se encontraba de espaldas, su silencio se estaba volviendo demasiado largo, y la mano que se llevó al rostro no hizo más que delatar las lágrimas que se había secado. Sin decir nada, caminó hasta uno de los sillones, y no fue hasta que se dejó caer en él, cuando abrió los ojos para volver a ver a su hijo. Su rostro reflejaba un conjunto de emociones tan grande, que éstas parecían no caber en su cuerpo. Sus labios sonreían, pero sus ojos transmitían una triste sorpresa que aparentemente quería ocultar, mirando de vez en cuando a su alrededor. Hubo un momento en el que Annabel se temió lo peor, pero la dulzura con la que la señora Green se dirigió a él despejó todas sus dudas.

—Estás tal y como te imaginaba. Quizás un poco más alto —pronunció con un emotivo temblor en la voz. Ethan no tardó en acercarse a ella, arrodillándose a sus pies para tomarla de las manos. Al ver que no podía pronunciar nada, la mujer le miró con lástima—. Trece años después...

—Te he echado tanto de menos... ¿Podrás perdonarme algún día? —El hijo de la señora Green no tuvo más remedio que agachar la cabeza, aparentemente avergonzado.

Sin decirle lo más mínimo, y sin ser capaz de apartar los ojos de él, aquella madre se levantó lentamente, para luego aferrarse a Ethan con fuerza. Sus dedos agarraron firmemente su chaqueta por la espalda, retorciendo la tela con una silenciosa angustia. Sus nudillos estaban blancos, como si temiese que, de un segundo a otro, todo lo que siempre había deseado volviese a esfumarse. No necesitaba más palabras para expresar lo que sentía, y su hijo parecía comprenderlo. Él tampoco añadió nada, tan solo la abrazó de vuelta, dejando que ésta sollozase en su hombro.

Annabel, que para ese momento se había sentado en una silla, no pudo ocultar su emoción. Se excusó diciendo que iba a comprobar el pastel, para poder dejar la habitación y recomponerse lejos de la vista de los demás. Se sentía feliz por

ambos, incluso orgullosa por ver a Ethan enfrentando finalmente su miedo al reencuentro, pero tampoco podía evitar sentir cierta pena por ella misma. Le habría encantado ver la misma emoción por parte de su hermano, la añoranza expresada en palabras, pero en lugar de eso, tan solo obtuvo un recuerdo mustio y doloroso. Tal vez, lo más cercano a aquello, había sido la llegada de Ethan hacía unos minutos. Quería verle, hablar, estar con él, pero tampoco entendía con qué fin. En unas horas se iría, y lo único que quedaría de él, tan solo sería un recuerdo. Alguien volvió a llamar a la puerta, obligándole así a frenar sus pensamientos.

Fue una tarde agradable. Una de las mejores que había pasado desde que llegó a Londres. La señora Green se encontraba radiante, Charles y Ethan la pusieron al día sobre lo que había sido de su hijo en esos años. Hablaron y comieron como una pequeña familia, de la que ella, por desgracia, pronto dejaría de formar parte. Cuando llegó la hora de despedirse, la dueña de la casa fue a abrazarla con emoción, entregándole comida para el camino y buena suerte. Le prometió que le escribiría, y que siempre sería bienvenida en su casa, volviese dentro de un mes o cinco años. Charles, que parecía disfrutar de los planes anticipados, le propuso volver ese mismo invierno, aunque fuese por un tiempo, cosa que Annabel prometió considerar. No sabía cuándo pisaría Londres de nuevo, pero lo que sí tenía claro, era que jamás les olvidaría.

Cuando Annabel bajó del coche, ya apenas caían gotas del cielo. Las nubes grises aún flotaban sobre su cabeza, y el aire fresco parecía invitarla a comenzar su viaje. Sin embargo, aún era temprano. El tren no salía hasta dentro de una hora, y Annabel se preguntó si Ethan había planeado todo eso conscientemente. El proponer llevarla a la estación, pero salir temprano pero aprovechar el tiempo y llevarla al río. No habían hablado mucho durante el camino, como si ambos sintiesen el vacío y la irrelevancia de cualquier conversación que quisiesen tener. Ya no había nada que contar, nada sobre qué pensar, nada que planear. La situación se repitió cuando abandonaron el vehículo. Nada parecía tener sentido. Tanto una pareja de ancianos que pasó a su lado, como el resto de rostros desconocidos con el que se fueron encontrando, todos parecían ir a alguna parte, pero ella sentía haber perdido el rumbo. Creía haber encontrado el sentido de su vida cuando consiguió avanzar en la búsqueda de Robert, pensando que todo acabaría bien y



que volvería con él a Sheffield, ¿pero ahora? Tan solo quería marcharse, porque pensaba que eso le ayudaría a olvidar.

Caminaron un tiempo a lo largo del Támesis, viendo las oscuras aguas pasar, corrientes que jamás volverían a repetir aquel camino. Eran como la vida, escurridiza e imposible de recuperar. Era cierto, había cosas de las que Annabel se arrepentía o que desearía haber hecho de otra forma, pero por alguna razón, no sentía que su visita a Londres fuese una de ellas. Hizo lo que creía correcto, por lo que no tenía nada que lamentar.

Estando a mitad del puente que cruzaba el río, la joven se detuvo, asomando la cabeza para ver el agua desde arriba. Estaba demasiado alto como para ver su reflejo, pero al tratar de imaginarlo, no pudo hacerlo sin pensar en el de Ethan a su lado. Seguía ahí, después de todo lo que había pasado.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó mientras apoyaba los brazos en el borde, mirando en la dirección en que corría el agua.

—¿Respecto a qué? —contestó él, adoptando la misma posición.

—Venir a verme. Creía que te sentías demasiado culpable como para encontrarte conmigo otra vez. —Por un momento, ninguno dijo nada. Annabel observó el horizonte, viendo como los dorados rayos del sol comenzaban a filtrarse entre las nubes.

—Es verdad. Pero también me di cuenta de que no ir a verte sería cometer el mismo error de nuevo. Lo hice con mi madre, y estuve arrepentido durante trece años. No quería perderte a ti también.

—Pero sabías me tendría que ir de todas formas, vinieses o no. Lo sabías, ¿verdad? —repitió, sin ser capaz de mirarle.

—Lo imaginaba... Pero aún así tenía que intentarlo, necesitaba hacerlo. —Ella le miró de reojo—. Annabel, quédate conmigo. Sé que quizás esté pidiendo demasiado, pero lo hago más que nada porque quería que lo supieses, aunque no cambie nada.

Al escucharle decir aquello, Annabel se sintió como una estúpida. Quería quedarse, decirle que sí a todo y dejar ir ese tren, pero había algo en su interior que se lo impedía, y por mucho que lograra entenderlo, no lograba encontrarle explicación.

—Ethan —dijo mirándole a los ojos, sabiendo que estaba a punto de cometer uno de los mayores errores de su vida—, yo... no puedo.

—¿Por qué? ¿Crees que no me importas lo suficiente?

—No, no es eso. No sé por qué, pero siento que esto no puede salir bien

—Sus propias palabras la ahogaban, como una roca atascada en la garganta, pero su mente le decía que no tenía otra opción. Si alargaba aquello tan solo haría más daño, tanto a él como a ella misma.

—Eso no lo sabes. Annabel, te quiero —dijo tomando su rostro en sus manos, a pesar de la mirada atónita de la joven—. Si Charles no hubiese llegado a tiempo, te juro que habría aceptado morir allí con tal de que salieses con vida.

—Lo sé, sé que lo harías —respondió sintiendo que las lágrimas se le escapaban de los ojos—. Y eso es lo que más me asusta. Prefiero dejarte ir ahora, que perderte luego y que no haya vuelta atrás.

—He dejado arder todo mi pasado en esa casa, incluido ese estúpido cuaderno que tanto quería recuperar. Te prometo que no volveré a dejar a nadie que me importe. Por favor —le suplicó, pero aunque para ellos el tiempo se hubiese detenido, el agua del río seguía corriendo. Annabel cerró los ojos.

—No puedo —dijo agachando la cabeza, y dejándola caer en su hombro. Ethan no tardó en abrazarla, al igual que esa mañana.

—¿Puedo preguntarte algo? —Annabel asintió, deseando que el momento durase más que unos segundos.

—¿Te acordarás de mí?

«¿Te acordarás de mí?» pensó Annabel mientras subía al tren, tratando de hacerse hueco entre las personas que querían pasar también. Aún quedaban unos minutos antes de la salida, pero todos parecían estresados e inquietos, como si el simple hecho de que el momento se acercase hubiese alterado la paz de todos los presentes. La joven tomó asiento al lado de la ventana. Necesitaba entretenerse mirando a algo que no fuesen los rostros cansados de la gente. Se sentía extrañamente sola, se había acostumbrado demasiado a la compañía, y aquel ajeteo no hacía más que recordarle todo aquello que estaba dejando atrás. Ya había llorado bastante aquel día, pero sus ojos parecían no cansarse, avisando la llegada de una nueva ola. Tratando de no llamar la atención, Annabel abrió su bolso en busca de un pañuelo. Debía de tener alguno, recordaba haberlo guardado, pero en vez de una tela, sus dedos acabaron sacando un papel. Un sobre de procedencia desconocida que, al abrirlo, consiguió cortarle la respiración.

Annabel,

Si estás leyendo esto, es que ya no hay vuelta atrás. Tu vida sigue, tu destino te lleva a Sheffield, y sea lo que sea que encuentres al llegar, estoy seguro de que te hará feliz. Es lo que más deseo. Que seas tan feliz como nunca lo has sido. Es lo único en lo que puedo pensar ahora mismo. Tu mirada, tu sonrisa, la manera en que te avergüenzas de algunas cosas que te digo. He oído decir que el amor es silencioso, que llega cuando menos te lo esperas, pero creo que en mi caso fue tan obvio, que todavía recuerdo ese día que entraste en mi jardín. Estaba pensando en ti –curiosamente lo he estado haciendo desde que te conocí–, y cuando te vi aparecer, fue como si hubieses salido directamente de mi mente. Parecías tan perdida e inocente, pero a la vez me observabas con tanta seriedad y detenimiento, que sentí que ninguna otra persona en el mundo podría sorprenderme de la forma en que lo has hecho tú.

Los momentos que nos ha tocado vivir juntos, no han sido ni los más fáciles, ni los más agradables, pero fueron justo las circunstancias en las que nos conocimos, las que me hicieron admirarte más de lo que puedes imaginar. Siempre estás dispuesta a hacer lo imposible por aquellos que te importan, no le tienes miedo a la incertidumbre, no te rindes nunca. Todas las cosas que has vivido te han convertido en una persona fuerte y con determinación. No cambies nunca, por nada ni por nadie. Más de una vez he intuido que te has sentido vulnerable por tener buen corazón, pero eso no es nada de lo que debas avergonzarte. Camina orgullosa por el mundo, sabiendo que has podido con todos los obstáculos con los que te has enfrentado en esta vida.

Puede que te hayas ido, pero los recuerdos que tengo de ti, permanecerán conmigo para siempre. No te olvidaré. No lo lograría ni aunque lo intentase. Has dejado en mí una marca que el tiempo jamás podrá borrar, y si en algún momento de mi vida siendo que tu rostro se empieza a borrar, a desaparecer por el transcurso de los años, cerraré los ojos, y trazaré en mi mente cada línea otra vez.

No sé si volveremos a vernos, o si la vida cruzará nuestros caminos, pero si en algún momento crees que podemos volver a encontrarnos, quiero que sepas que siempre tendrás un espacio en mi corazón. Incluso cuando ninguno de los dos sigamos ya aquí.

Gracias por haber aparecido en mi vida, te quiero.

Ethan Clark

## Epílogo

No traía nada con ella, tan solo la llave que Charles le había conseguido días antes. Llevaba las manos escondidas en los bolsillos, lejos del frío invernal, y una bufanda negra que protegía su cuello de las repentinas corrientes de aire. Hacía tiempo que no pasaba por allí. El hecho de que era de noche, así como el mes en el que se encontraban, había absorbido los colores y la vida de aquel lugar, pero eso no le impidió llegar a su destino. Todo estaba tal y como lo recordaba, incluso volvía a haber una pelota roja en el camino que no tardó en recoger con nostalgia. Llevaban siete meses sin verse ni saber nada del otro. Siete largos meses en los que ella no sabía si realmente podía buscarle. ¿Y si todo había cambiado entre ellos? Las probabilidades eran altas, pero estaba dispuesta a correr el riesgo. Después de todo, Londres se iba a volver su nuevo hogar, con o sin él. Había logrado vender su casa en Sheffield, y encontrar un puesto como redactora en un periódico, cosas que le permitieron comprar un cómodo apartamento no muy lejos de allí. La vida iba a comenzar de nuevo para ella, y de todas las cosas que quería hacer, volver a esa casa se encontraba entre las primeras.

En cuanto la llave giró en la cerradura, la puerta cedió lentamente, dejando ver un recibidor completamente a oscuras. Desde éste, tan solo alcanzaba a ver la tenue luz que venía de la habitación que daba al jardín, pero aquello era suficiente. Se quitó las botas, colgó la bufanda y el abrigo en la percha. Debajo, llevaba un simple vestido negro. No quiso pensar en qué podía encontrarse hasta que sus pies no comenzaron a caminar hacia la zona iluminada. ¿Se alegraría de verla? ¿Y si lo encontraba con alguien más? No podía dar por hecho que la había estado esperando todo ese tiempo, sin saber siquiera si iba a volver. Sería completamente natural descubrir que era feliz con otra persona, por mucho que evitase considerar la posibilidad. Debía ser realista.

Se detuvo justo antes de entrar en la habitación. Ni un sonido provenía desde el interior. Por un instante, incluso pensó que no se encontraba allí, pero en cuanto sus ojos se animaron a asomarse, no pudo evitar sentir cierto alivio. Toda la mesita estaba cubierta de papeles, folios sobre los que había algo escrito, acompañados de una botella abierta de vino, y un vaso vacío a su lado. Ethan dormía tranquilamente en el sofá. Cuando se acercó lo suficiente hacia él, pudo ver que sus rasgos estaban completamente relajados, su respiración era lenta y mecánica. No había

cambiado en absoluto desde la última vez que le vio, tan solo le dio la impresión de que tenía el pelo algo más largo. Annabel sonrió, llenando el vaso y llevandoselo a los labios. Le daba pena despertarle, no quería imaginar lo que debía ser abrir los ojos y verla ahí, sin avisar, pero también le daba un toque divertido al encuentro. Se agachó frente a él y lo contempló con atención, apartando un mechón de pelo de su frente. Lo había echado de menos, tanto, que cuando tuviese que decírselo creía que no podría encontrar las palabras. A pesar de que quería interrumpir su sueño, finalmente decidió dejarle descansar, caminando vaso en mano hacia las puertas transparentes que daban al jardín. Bebió en silencio observando el exterior. Apenas eran las once de la noche, ¿qué le había ocurrido para beber tanto hasta dormirse? Cuando levantó la botella, pudo notar que quedaba menos de la mitad del contenido, y tan solo había un vaso, el mismo que ahora tenía ella entre las manos. Si Ethan no estaba sobrio, aunque se despertase, poco iba a ser de lo que podrían hablar. Annabel miró distraída el líquido rojizo, girando el vaso y viendo como el contenido se mecía suavemente en su interior. Aún seguía teniendo el anillo que le dio la señora Green. Había estado pensando mucho en él desde que decidió volver a Londres, pues le había hecho sentir parte de la familia, por muy lejos que se encontrase. Era como un recordatorio de todo lo que había llegado a tener, y de todo lo que podría haber conservado si hubiese decidido quedarse. Pero ahora estaba de vuelta, y habría sido capaz de solucionar la mitad de sus preocupaciones si tan solo Ethan estuviese despierto. Annabel suspiró con resignación, caminando de vuelta hacia él para dejar el vaso en la mesa. También se quitó el anillo, colocándolo al lado de éste. Al menos así sabría que había estado allí, y si realmente quería, con un poco de esfuerzo podría encontrarla. Estaba algo decepcionada, no podía ocultarlo, pero tampoco había mucho más que pudiese hacer en aquella situación, y despidiéndose de él en voz baja, se giró en dirección a la puerta.

—Pensaba que te quedarías un poco más —pronunció una conocida voz a sus espaldas. Annabel se detuvo, dándose la vuelta para encontrar a Ethan mirándola fijamente. Algo dentro de ella saltó de emoción, como si un peso se hubiese elevado de sus hombros, pero era demasiado orgullosa como para hacérselo saber.

—Lo iba a hacer, pero aparentemente la persona a la que fui a ver no estaba muy consciente —contestó, caminando de vuelta para dejarse caer al final del sofá. Podía sentir su mirada, tan clara y sincera como la última vez que le vio.

—Te escuché entrar. Incluso un elefante cerraría la puerta con más cuidado —bromeó Ethan con una leve sonrisa.

—No hagas que me arrepienta —le sonrió de vuelta—. Podría irme en cualquier momento.

—Oh, Annabel, eres una rompecorazones —dijo dejando escapar un suspiro, a la vez que alcanzaba el anillo que había dejado en la mesa.

—¿Tú crees?

—A veces, sí —respondió girando el objeto ante sus ojos—. Pero eso hace que te quiera aún más, para mi desgracia.

—Entonces me temo que hoy te decepcionaré.

Annabel desvió la mirada, jugando nerviosa con sus propios dedos. Su estómago se estaba llenando de un tumulto de emociones que luchaba por disimular, pero sentía como si eso la estuviese delatando aún más.

—Ahí te equivocas —Sus ojos pasaron de centrarse en el anillo a observarla otra vez—. Perdería totalmente la cabeza, olvidaría mi propio nombre solo de saber que me quieres a tu lado.

—Eres un dramático, pero debería haber previsto esto solo por leer tu carta —dijo tratando de ocultar el repentino rubor que tió su cara.

—¿Así que te gustó?

—Estuve todo el camino de vuelta llorando en el tren —se quejó, dejándose llevar por sus emociones—. ¿Responde eso a tu pregunta?

Ethan, que hasta el momento había permanecido tumbado, decidió incorporarse, sentándose a su lado y pasando un brazo por sus hombros para acercarla a él. Annabel no se resistió, pero tampoco pudo evitar sentir cierta tristeza al recordar la manera en que se despidieron la última vez. Se había sentido sola y arrepentida, y sabía que a él le había dolido también.

—¿Qué te hizo volver? —le preguntó Ethan mientras apoyaba su cabeza sobre la de ella. Por un instante, Annabel sintió la necesidad de cerrar los ojos y no decir nada más. Podría quedarse ahí para siempre, sin volver a pensar ni recordar nada que le produjese el mínimo malestar.

—¿Recuerdas cuando te dije que tenía miedo de perderte? Realmente lo creía. Todas las personas que habían sido cercanas para mí habían terminado dejándome, y pensaba que contigo pasaría lo mismo. No fue hasta que volví a Sheffield, cuando me di cuenta de que para salir de aquella situación, debía dejar todo atrás. Empezar de nuevo.

—¿Pero acaso este sitio no forma parte de tu pasado?

—Sí, pero creo que aquí puedo tener un futuro. En casa... sentía que estaba atascada en una vida que ya no quería, y recordando cosas que prefería olvidar.

—Y mientras tú tratabas de reconstruir tu vida, yo te echaba de menos, sin saber siquiera si volverías. Soy patético —dijo él, dejando escapar una risa entristecida.

—En ese caso yo soy aún peor. Me he metido en tu casa sin avisar, después de pasar meses pensando en cómo volver a verte. Imagina si en vez de con una botella de vino, te hubiese encontrado con otra.

—¿De verdad? ¿Eso era en lo que estabas pensando al venir aquí? —le preguntó incrédulo, separándose tan solo lo suficiente como para poder mirarle a la cara. Annabel trató de mirar a otro lado—. Y aún así estás aquí. Eres valiente.

—Si lo fuese, te habría dicho que te quiero incluso antes de irme. Pero tenía demasiado orgullo, y miedo —confesó finalmente, sintiendo que la vulnerabilidad la devoraba desde dentro.

En vez de comentar nada, Ethan tomó su mano, deslizándolo el anillo de vuelta por su dedo. Seguían estando en la misma habitación, pero Annabel comenzó a sentir como si todo se nublase a su alrededor. No podía pensar en nada más que no fuese el cariño con el que él la miraba, la manera en que acarició su rostro. Era un momento que, a pesar de todo lo ocurrido, había estado esperando durante mucho tiempo. Sabía que jamás olvidaría lo ocurrido con su hermano, pero tampoco era capaz de ir en contra de sus sentimientos. No podía odiarlo por haber hecho lo que creía mejor para ella, y tampoco había sido capaz de olvidarle en todo ese tiempo. No sabía lo que le deparaba el futuro, pero estaba dispuesta a correr el riesgo de averiguarlo. El completo silencio inundó la habitación cuando se acercó a él. Cerró los ojos.



# MEMORIA JUSTIFICATIVA

## 1. PUNTO DE PARTIDA DE LA CREACIÓN: OBJETIVOS Y FUNDAMENTOS

- **Justificación del tipo de obra**

Vivimos bajo la presión de que constantemente tenemos que encontrar una manera de superarnos, es imposible avanzar sin tener un objetivo fijo en mente. Sin embargo, este va cambiando todo el tiempo: una vez que alcanzamos alguno de nuestros ansiados propósitos, aparece la necesidad de tener otra cosa por la que vivir. Si tuviese que hablar de uno de los principales objetivos que tengo en esta etapa de mi vida, sería publicar un libro, pero esto es tan solo el primer paso de una ambición mucho más grande. Sin embargo, hay que empezar por algo, y el momento en el que mis manos decidieron probar la narrativa por primera vez, me di cuenta de que tenía un problema. Era incapaz de seguir escribiendo pasados unos meses.

Siempre me ha sido difícil ser constante a la hora de escribir obras extensas. Encuentro más fácil garabatear un poema en cualquier momento fugaz de inspiración, escribir un relato, que tener que completar un número concreto de páginas narradas, en el que todas y cada una de ellas deben estar unidas por la cohesión de una historia. Absolutamente todo, desde el detalle más pequeño, hasta el evento más relevante de una novela, debe estar conectado, y necesita contribuir al desarrollo y desenlace de la obra. Es un mundo único con sus propias reglas en su propio Universo, pero aún así, todo dentro de él debe estar unido por una línea invisible que le otorgue sentido.

Durante muchos años, y sin éxito, he intentado acabar una novela, y es justo por esta razón por la que terminé eligiendo la narrativa como modalidad de este trabajo. En un principio puede parecer una decisión contradictoria, pero dentro de mí sentía que la naturaleza del TFM tenía justo lo que necesitaba para poder escribir de forma consistente: un tiempo limitado en el que tener que acabar, la existencia de cierta presión que me obligaría a sentarme frente a mi texto. Tomar este camino se sintió como enfrentar un miedo, pero a la vez lo vi como un reto personal para

romper con esa terrible costumbre. Necesitaba acabar una obra, y esta iba a ser la manera de conseguirlo. Desde la toma de esta decisión, mis días pasaron a convertirse en episodios de largas horas en las que mi cabeza se enfrentaba al siguiente dilema: necesitaba pensar qué escribir, y debía ser algo largo, coherente, y que consiguiese interesarme lo suficiente como para poder llegar hasta el final.

“Durante la hora de lectura, el alma del lector está sometida a la voluntad del escritor”, escribió Edgar Allan Poe allá por 1842, en su artículo *Hawthorne*, dedicado a otro novelista de su época de dicho nombre. Otro aspecto que debí tener en cuenta a la hora de optar una novela y no otro tipo de obra, era que, en esas páginas que iba a escribir, necesitaría pensar más que nunca en esa otra persona que me leería. Escribir poemas, como había hecho hasta este momento, no me había creado la necesidad total de pensar en el lector, pues lo consideraba una forma de expresión emocional personal, más que una creación para un público concreto. Sin embargo, esta novedad no me pareció un obstáculo, más bien una interesante diferencia respecto a lo que había hecho anteriormente.

Desde hace muchos años, uno de mis tipos de lectura preferidos ha sido el de la literatura gótica del siglo XIX, incluyendo al anteriormente mencionado E.A. Poe, con sus poemas y relatos oscuros de misterio. Al ser un autor cuya obra me es relativamente conocida, me planteé la siguiente pregunta: ¿qué pensaría Poe respecto a su lector al escribir, por ejemplo, *Los crímenes de la calle Morgue*? Un relato cuyo protagonista va descifrando las cuestiones alrededor de un asesinato misterioso en París. Lo que yo tenía pensado escribir era algo parecido, pero a lo grande. Debía combinar mi posición de escritora con mi yo lectora, ¿qué sentí al leer ese texto por primera vez? ¿Sería eso lo que Poe intentó transmitir con él? Si quería escribir una novela, necesitaba conseguir el desarrollo de un misterio coherente y con sentido cronológico que pudiese atraer al lector, y crear esa misma incertidumbre y curiosidad respecto al desenlace de los hechos que yo experimenté mientras iba conociendo los detalles del relato de Poe. A pesar de que mi intención era escribir algo mucho más extenso, con varias subtramas que se entrelazasen antes de llegar al desenlace final, la base del texto que tenía pensado escribir era la misma. Tal y como afirma Diana Cerqueiro en su artículo, Poe es uno de los principales en fijar la estructura de la novela de tintes policíacos, siguiendo una

estructura fija. "En primer lugar hay un hecho criminal (asesinato o delito), una investigación subsiguiente y el desvelamiento del hecho criminal (Cerqueiro, 2010; 3). La idea que tenía en mente se ajustaba a ello: el hermano de la protagonista desaparece, y ella investiga lo ocurrido tratando de resolver el misterio.

- **Justificación del tema**

Inglaterra, el siglo XIX, la época victoriana y su ambiente oscuro y misterioso, son aspectos que siempre he tenido muy presentes a la hora de escribir, influenciando también mis preferencias en cuanto a lectura. Durante los últimos años, han predominado autores como Edgar Allan Poe, H.P. Lovecraft, con su horror cósmico, o Bram Stoker, uno de los principales representantes de la literatura vampírica con su *Drácula*. El tema de los vampiros, por mucho que me fascine, estaba descartado desde el principio, pues ya había enfocado mi TFG en él y ahora me apetecía explorar otros aspectos.

La razón detrás de mi inconsciente preferencia por la literatura en Inglés es bastante simple. Terminé la carrera de Estudios Ingleses hace unos años, por lo que la gran mayoría del contenido literario que consumía –y consumo– estaba en ese idioma, así que siempre imaginé que la primera novela que terminase estaría ambientada en ese lugar, y en esa época que me atraía tanto. Sin embargo, en cuanto me senté a escribir las primeras líneas planeando este trabajo, me di cuenta de que necesitaba una motivación, un cambio. Todos los borradores e intentos de establecer una trama mínimamente interesante parecían ser monótonos y repetitivos. Me encantaba la estética en torno a 1800 del *Frankenstein* de Mary Shelley, así como la idea de experimentar con la vida y la muerte, y a la vez me llamaban mucho la atención los dramas familiares y de carácter romántico que desarrolló Jane Austen en *Orgullo y prejuicio*. Sin embargo, me daba la sensación de que estaba demasiado familiarizada con ese período, y dentro de mí necesitaba investigar sobre algo que me fuese un poco más desconocido.

Pasaron las semanas, dejé que las ideas se enfriasen un poco. Explorando las diversas etapas históricas que estudié a lo largo de la carrera y algunas lecturas del Máster, como *Novela de ajedrez* de Stefan Zweig o *4.48 Psychosis* de Sarah Kane pude encontrar ciertas características que me parecieron curiosas: cuanto más complicada era la época en la que ocurrían los hechos de una narración, y cuanto mayor fuese el efecto que esta tenía en la psicología del personaje, más

atrayera me parecía. En el caso de *Novela de ajedrez*, nos encontramos con un personaje profundamente afectado por el régimen del nazismo y la soledad, y podemos apreciar como poco a poco va perdiendo su estabilidad mental, así como su percepción de la realidad, sumiéndose en una insana obsesión por el ajedrez. La idea de incluir un conflicto tan relevante y universal como la guerra me parecía muy atrayera a la hora de hablar sobre el mundo interno de los personajes, y este aspecto fue, posiblemente, uno de los que tuvo más influencia a la hora de construir la trama de mi historia. Por otra parte, la anteriormente mencionada obra de Sarah Kane, se convirtió en una de mis preferidas desde el momento en que la leí. Refleja un conjunto de emociones fragmentadas dentro del caos mental de una voz (posiblemente la de la propia autora), que roza el límite de la desesperación. Este reflejo de los diferentes estados internos por los que pasa esa voz (ya que se trata de una obra teatral sin personajes definidos), favoreció a ese interés que siento por la exploración de los sentimientos humanos, y reforzó aún más la idea de incluir ese aspecto en mi novela.

Teniendo en cuenta todo esto, decidí situar la novela en el siglo XX, concretamente 1920, años después de la Primera Guerra Mundial. Escogí esta fecha tan específica porque aparte de satisfacer mi necesidad de investigación sobre la época, existía la idea tentadora de incluir aspectos que reflejasen el trauma dejado por la guerra. Stucchi-Portocarrero defiende lo siguiente en su artículo sobre los efectos de la Primera Guerra Mundial:

“En este escenario de peligro perpetuo, (...) muchos soldados comenzaron a presentar síntomas tales como confusión, amnesia, cefalea, nerviosismo, pesadillas, temblores, sensibilidad extrema al ruido, parálisis, mutismo y otros. (...) La Primera Guerra Mundial fue particularmente destructiva de las estructuras previas que daban significado a la vida de muchos de los combatientes. Los entusiasmos iniciales hacia la patria, el rey o el emperador, la creencia en la justicia de la propia causa o la fantasía romántica de una gran aventura, alentada por la masiva propaganda gubernamental, se estrellaron contra la cruda realidad de una matanza interminable, despiadada y carente de sentido”. (Stucchi-Porto- carrero, 2014; 140).

Quería hundirme en ese mundo, ponerme en la piel de un personaje que cargase con la frustración y los terribles recuerdos que dejó esa catástrofe, entre otras cosas. Es así como poco a poco fueron naciendo la trama y los personajes. Todo comenzó construyéndose sobre la idea que tenía del personaje de Annabel: una joven que, empujada por circunstancias familiares y el hecho de que perdió a su marido en la guerra, trata de encontrar y salvar a la única persona en la que puede confiar, su hermano. Debido a esto, nos encontramos con el hecho de que El séptimo hombre adquiere alguna que otra característica de las novelas históricas. Estas destacan porque “sitúan su acción (ficticia, inventada) en un pasado (real, histórico) más o menos lejano” (Mata, 1995; 16). En el caso de mi trabajo, nos encontramos con que los sucesos se centran principalmente en un Londres de posguerra, afectado por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, con personajes que tratan de rehacer su vida después de esta. Asimismo, se intenta reconstruir la época en la que transcurren los eventos, sin olvidar también el sentimiento que esta crea en la sociedad. Sin embargo, a pesar de que la relevancia histórica es fundamental en la novela, se entremezclan con ella varios aspectos que también adquieren importancia a lo largo de la historia; el misterio, y las consecuencias emocionales de un romance.

Una de las cosas que tuve más claras desde el principio respecto al contenido de la novela era que quería centrarme en el desarrollo psicológico y emocional de la protagonista (principalmente), utilizando un misterio por resolver como motor de la acción. Para poder profundizar en la evolución de las emociones de los personajes es necesario que haya una sucesión de eventos que den lugar a nuevos sentimientos, favoreciendo así a la creación de un conflicto interno.

Al ser una persona con un gran interés por los aspectos sentimentales en la literatura, la idea de formar una coherencia entre el análisis y desarrollo psicológico de la protagonista era indiscutible para mí. Estaba totalmente segura de que quería escribir algo de este estilo. El uso del misterio como elemento que mueve la historia fue una decisión que tardé algún tiempo en encajar, pues para ello tenía que tener más avanzadas mis ideas respecto al desarrollo de la trama. Para lograr esto, tuve que realizar varios esquemas, así como redactar las ideas iniciales para poder establecer cómo y por qué desaparece el hermano de Annabel, la manera en que la

guerra afecta a cada uno de los personajes y cómo contribuye esto al desarrollo del argumento. Durante este proceso, también decidí añadir la cuestión romántica entre los personajes de Annabel y Ethan, para así favorecer a la evolución de sus formas de ser a lo largo de la novela.

Respecto a este detalle en el tema de la novela, nos encontramos con un tipo de romance actualmente conocido como *enemies to lovers*. Tal y como explica Kabir en su artículo, este “comienza con dos personajes que al principio se odian intensamente y que, a menudo, se ven obligados a trabajar juntos para lograr un objetivo común. Entonces, empiezan a fiarse del otro y a abrirse, a menudo revelando un lado de ellos mismos que no muestran al resto del mundo. Esto los lleva a confiar el uno en el otro y, finalmente, a darse cuenta de que se están enamorando” (Kabir, 2022). La razón detrás de mi elección de este tipo de romance, reside en la idea que tenía para el conflicto interno de los personajes. Tanto Annabel como Ethan están influenciados por un pasado y una situación que al principio les da una mala impresión del otro. Annabel, debido a su experiencia previa con su marido, y a su propia personalidad, se muestra totalmente distante. Ethan, por su parte, es un personaje bastante desconfiado al principio, así como algo arrogante y poco claro, pues hay varias cosas sobre su vida y su pasado que procura ocultar. Sin embargo, poco a poco, según se van conociendo gracias a su objetivo en común (encontrar a Robert), los sentimientos que tienen respecto al otro van cambiando, favoreciendo al desarrollo de sus personajes.

- **Objetivos e intención**

Si tuviese que hablar sobre la intención y los objetivos detrás de mi trabajo, tendría que hacerlo desde dos perspectivas algo distintas, una más personal que otra. Como ya he mencionado en un apartado anterior, uno de mis objetivos era demostrarme a mí misma que tengo el enfoque y la fuerza de voluntad necesarias para poder concluir una obra relativamente extensa –la más larga que he escrito hasta ahora–, y que, a pesar de ser una persona a la que le cuesta mantener la atención en una sola cosa durante tanto tiempo, soy capaz de superarme, cada día un poco más. Ponerle un punto y final a mi trabajo se sintió como un alivio, pero también trajo consigo una gran sensación de orgullo y alegría. Había terminado mi primera novela, después de tanto tiempo, y en este sentido puedo concluir, con tranquilidad, que he alcanzado mi destino propuesto, al menos por el momento.

Otra de mis intenciones, que también formó parte del proceso creativo, era mejorar mi escritura en cuanto a descripciones y extensión de las frases, así como la inconsciente repetición de vocabulario. Con este trabajo, tal y como se nos recomendó en el Máster, quise poner en práctica lo que aprendimos respecto a las distintas partes de una descripción y sus tipos, así como la combinación de frases cortas con otras más largas para conseguir una lectura y una narración más fluidas, cosas que desarrollo en un apartado más adelante. Además, tenía curiosidad por ver cómo me enfrentaría al dilema de la creación de personajes, cosa que, hasta el momento, no había experimentado en profundidad.

Sin embargo, existe también una intención algo más alejada de mi satisfacción conmigo misma, centrada más bien en el mensaje que intento transmitir con la obra. Algo que tenía decidido incluso antes de ponerme a escribir era que mi novela estuviese dirigida a un público relativamente joven, desde adolescentes, hasta incluso personas de edad cercana a la mía. ¿Considero mi trabajo una obra de literatura juvenil? Sí, pero este aspecto tampoco debería quitarle seriedad. La literatura juvenil puede ser definida como un tipo de literatura que “hace de puente entre el lector infantil y el lector adulto. Las lecturas destinadas a los adolescentes son distintas de las destinadas a los niños y pueden o no ser diferentes de las que leerán de adultos, depende de su evolución lectora. (...) Podríamos decir que se trata de aquellos textos, más bien narraciones, que se destinan a un público joven, ni infantil ni adulto, tal vez desde los 12 años” (Sáiz, 2010; 14). Califico mi novela como literatura juvenil por clasificarla dentro de un rango de edad, pero esto no significa que sea exclusivamente contenido para ese público. Lo que intento transmitir con esto es que mi obra es accesible para un lector de, por ejemplo, 16 o 17 años, pero también puede serlo para otros de edad más avanzada. Sin embargo, teniendo en cuenta mi intención de incluir temas como la guerra en textos para un público más joven, voy a centrarme principalmente en esos lectores cuya edad apenas alcanza los 18.

Algo que he ido notando a lo largo de los años, como escritora y lectora de este género, es que la sociedad, especialmente aquellos que se consideran consumidores o creadores de obras más clásicas, tienden a desprestigiar e infantilizar la literatura destinada a aquellos que aún están en proceso de descubrir todos los detalles del mundo. Esta es una cosa que, en mi opinión, es totalmente

incorrecta. Las lecturas dirigidas a un público en proceso de desarrollo son fundamentales para impulsar su interés por el mundo literario, así como su conocimiento sobre aspectos que tal vez desconocían. Es justo por esta razón por la que decidí recurrir a un tema tan oscuro y severo como la guerra, mezclándolo con la naturaleza impredecible de los sentimientos humanos; por muy joven que sea un lector, este siempre va a necesitar una base desde la que partir, o continuar su evolución como consumidor de literatura. El ambiente en el que se desarrolla la historia favorece a que se abra esa ventana al pasado que puede servir como base para luego continuar con textos más profundos. Tal y como defiende Patricia García-Rojo en su artículo sobre la creación de mundos en la literatura juvenil,

“la documentación sobre los movimientos políticos, los eventos bélicos en el pasado de la humanidad, los regímenes autoritarios que han existido y la manera en que se han vivido nos ayudarán a dotar de coherencia interna a nuestra novela para alejarla de una visión naif y simplista que sólo hable de buenos y malos olvidando los grises. Es otro error catastrófico el considerar al lector joven como un lector poco crítico o al que es sencillo engañar, no sólo porque es falso, sino porque no estamos ayudando a la construcción de una conciencia crítica como lectores” (García-Rojo, 2020).

No podemos, ni debemos, subestimar a los lectores jóvenes. Estos tienen un criterio, unos intereses, y son perfectamente conscientes de los textos que consumen en esa etapa de su vida, los cuales, con tal de construir un escalón más en su desarrollo, deben ser adecuados –lo suficientemente interesantes y accesibles– para su edad. Tal y como propone Vygotsky, con su concepto de zonas de desarrollo próximo, “esto no es otra cosa que la distancia entre el nivel real de desarrollo, determinado por la capacidad de resolver independientemente un problema, y el nivel de desarrollo potencial, determinado a través de la resolución de un problema bajo la guía de un adulto” (Hernández Rojas, 1999; 3). Teniendo en cuenta el valor a nivel de desarrollo personal que tiene la lectura en los jóvenes, no debemos infravalorar ni infantilizar este tipo de literatura. Es perfectamente normal, incluso tal vez necesario, explorar temas serios de la historia humana, desde un punto de vista atractivo para este tipo de lectores.



En cierta manera, escribo lo que me habría gustado leer durante mi adolescencia. Tal vez incluso ahora. Algo que me hiciese pensar sobre la condición humana a lo largo de los distintos eventos que tuvieron lugar en el pasado, una aventura, un misterio que me llevase a una época a la que solo podría acceder a través de las letras. Una lectura que pudiese ofrecerme ciertas imágenes de un mundo que jamás volverá a ser igual, sin convertirse en un análisis exhaustivo de una tragedia mundial. Si nos paramos a pensar, lo que hay realmente detrás de la intención de leer, no difiere tanto con la edad. Según dice Teixidor, “lo que hace leer a los adolescentes es lo mismo que nos hace leer a nosotros, los adultos. Esa búsqueda de un posible encuentro entre nuestras zonas oscuras y las zonas sombrías de un texto” (Teixidor, 2005; 11).

Quiero concluir diciendo que, si nos paramos a pensar, lo que nos empuja a leer, tanto a los adultos como a las personas más jóvenes, es la necesidad de llenar algo dentro de nosotros con palabras. Esto se puede hacer a través de un mundo o una información que consiga satisfacer nuestra curiosidad respecto a lo que nos rodea, el querer adquirir cierto conocimiento, o simplemente las ganas de alejarnos del presente para poder experimentar algo jamás vivido. Después de todo, tengamos la edad que tengamos, todos somos humanos, y la lectura es algo que debería ser accesible para todos, indiferentemente de la etapa en la que nos encontremos.

## **2. ESTRUCTURA DE LA COMPOSICIÓN**

Si hablamos de la estructura de la novela, podemos dividir esta en dos partes; la externa y la interna. Refiriéndonos a lo visual, nos encontramos con un texto de casi 180 páginas, dividido en 22 capítulos y un epílogo que favorece a la conclusión de la historia. Para la extensión de mi novela, a pesar de ser relativamente larga tratándose de un TFM, la cantidad de capítulos puede parecer bastante numerosa. Eso se debe a que, sobre todo en la primera mitad del trabajo, le di prioridad a los capítulos cortos, ya que me parecía la forma más acertada y más llevadera para el lector de ir introduciendo el mundo y la trama. Teniendo en cuenta que los hechos ocurren en una época pasada, consideraba impensable comenzar con una extensa cantidad de páginas para situar la acción. En vez de

eso, me decanté por empezar con capítulos cortos de unas cuatro o cinco páginas, que poco a poco van aumentando de extensión según avanza la novela.

En cuanto a la organización del texto, nos encontramos con la peculiaridad de que la acción principal se combina con cartas que ayudan a contextualizar los hechos que van teniendo lugar y a entender mejor la trama. Por ello, y porque hay capítulos que recurren al flashback para contar la historia, podemos concluir que, en cuanto a estructura interna, esta es una estructura narrativa no lineal. Por narrativas no lineales, entendemos que “son aquellas en las que el autor ha optado por saltar en el tiempo, y el orden en el que se representan los eventos no se corresponde con el orden en que sucedieron las cosas. Estos también pueden denominarse narraciones interrumpidas o desarticuladas” (Ricardo, 2021).

*El séptimo hombre* es una novela en la que el trasfondo de los personajes es fundamental para entender todo lo que sucede a lo largo de ella, por lo que me di cuenta de que tenía que encontrar la manera de intercalar fragmentos del pasado en la trama principal de la historia. Para ello, recurrí a las cartas que Robert le manda a Annabel para ofrecer cierto contexto, y algunos capítulos con flashback repartidos a lo largo de la novela para dar una imagen más detallada del pasado de los personajes. Sin embargo, la cuestión del tiempo en la historia es analizada en otro punto, más adelante.

Como se puede observar, la estructura interna de mi trabajo se sostiene sobre una trama principal y eventos pasados que se introducen gradualmente. Este orden es intencional, ya que, teniendo en cuenta mi deseo de que la novela sea accesible a los jóvenes, no quería presentar una estructura exageradamente enrevesada o que pudiese confundir respecto al desarrollo cronológico de los hechos. Si una novela es complicada de seguir, o contiene una mezcla de eventos cuya relación no está clara, un lector que aún no está a la altura de textos superiores podría dejarla, lo cual significaría que la obra fallaría a la hora de llegar a su público objetivo. Según el artículo de Isabel Gallardo Álvarez, que trata sobre la aparente falta de interés por la lectura en adolescentes, a muchos de ellos les disgusta la lectura, sobre todo aquella que es obligatoria, porque les cuesta decodificar el texto, entenderlo, pues sus habilidades a la hora de decodificar

contenido se han desarrollado en otros ámbitos más visuales debido al uso de la tecnología y nuevas formas de entretenimiento (Gallardo, 2006; 159).

### **3. TÉCNICAS Y ESTILOS ENSAYADOS**

Según María del Carmen Bobes Naves, filóloga española y catedrática de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, las novelas “tienen un discurso en prosa (...), y todas cuentan con un narrador que organiza la historia en un argumento y organiza también las voces del discurso, a la vez que sirve de centro a todas las relaciones y referencias textuales” (Bobes Naves, 1998; 8-9). Es por esto que, en cuanto al análisis de técnicas y estilos, quiero empezar por ese elemento fundamental, sin el que una novela no sería posible: el narrador.

- **Narrador**

Siempre, desde el primer momento en el que me apeteció escribir una novela, he estado usando el narrador en primera persona. Era como una zona segura para mí, una forma de meterme en la piel del personaje principal para fingir que estoy viviendo una vida que no es la mía. Supongo que encontraba cierta facilidad a la hora de relatar la historia si lo hacía directamente desde los ojos de un personaje. Sin embargo, este no fue el caso en *El séptimo hombre*. Yo misma me sorprendí al ver, en los borradores de mis primeros capítulos, que había algo que no encajaba. Las cartas del hermano de Annabel, la narración en primera persona, y las ideas que tenía para los futuros capítulos de flashbacks, difícilmente conseguían formar algo sólido. Intentaba escribir, pero, constantemente, la imagen mental que tenía mientras redactaba no dejaba de alejarse del personaje de Annabel. Era como si, para poder contar la historia, no tuviese que estar viéndola desde sus ojos, sino más bien algo por encima. Fue ahí cuando me planteé cambiar totalmente los dos o tres capítulos que llevaba para ese entonces, usando otro tipo de narrador principal que me había llamado bastante la atención durante el Máster. El de tercera persona. “Los relatos a partir de él son aquellos donde el autor ha creado una categoría especial y de distinta clase de realidad que los personajes para contar la historia y formar el universo verbal. Ninguno de los personajes, de los seres humanos ficticios, se encarga de la crónica de los hechos: hay una entidad aparte que los cuenta y organiza” (Paredes, 1987; 32-33).

Para poder describir con detalle, tanto el contexto histórico de la novela como los pensamientos internos de la protagonista, tuve que optar por un narrador principal en tercera persona que siguiese tan solo a Annabel, pero que a la vez conociese detalles de su pasado y del espacio de la historia. De esta forma, terminé usando un narrador extra-hetero diegético, focalizado en la protagonista, una voz que no participa en la acción pero que por su cualidad de conocer todo lo que pasa por la cabeza de Annabel, es capaz de ofrecer una narración cercana al lector, pero a la vez permite una visión lo suficientemente externa de la historia como para poder incluir las cartas de otros personajes y flashbacks en los que Annabel no está presente. Es un narrador lo suficientemente flexible como para permitir que Ethan, una figura completamente distinta a la protagonista, pueda ocupar su lugar durante esas páginas en las que cuenta su experiencia en la guerra en primera persona. Al ser el narrador principal una voz externa a los acontecimientos, queda mucho más fluido, y menos brusco para el lector, ese cambio que se produce en los flashbacks y las cartas. Si fuese Annabel la que narrase la historia, el cambio de puntos de vista resultaría bastante más notable.

Este tipo de narrador también otorga una ventaja a la hora de describir. Al no ser un personaje de la historia, resulta mucho más natural verle hablando sobre ciertas escenas o acciones en las que la misma persona que narra no se fijaría. Destacaría entre ellas los actos inconscientes de la protagonista. Muchas veces, los personajes no se dan cuenta de algunas cosas que hacen, como una mirada rápida sin pensar, el mover una pierna con nerviosismo... Incluso las expresiones en sus propios rostros no son del todo conocidas por ellos mismos, a no ser que se miren en el espejo. Si Annabel fuese la narradora de su propia historia, sería incapaz de describir la expresión exacta que adquiere su rostro ante un acontecimiento, y resultaría extraño que pudiese mencionar esas acciones inconscientes. El narrador en tercera persona sí que es capaz de ver a Annabel desde fuera, así como desde dentro, conociendo todos sus pensamientos y su forma de interactuar con el espacio que la rodea.

Por otra parte, tenemos los narradores que aparecen en los flashbacks de Ethan. En este caso, nos encontramos con una variante del narrador principal, también extradiegético, pero focalizado en Ethan, combinado con otro intradiegético de primera persona, que funciona como la voz de este personaje a la hora de contar

sus recuerdos. La principal diferencia entre un narrador extradiegético y uno intradiegético es que un narrador extradiegético se sitúa en una posición exterior al mundo de la historia que se narra, por lo que lo narrado es la historia misma. Sin embargo, el narrador intradiegético está dentro de una primera historia contada y, en ese lugar, empieza a narrar otra historia aparte (Martínez y Scheffel, 2011; 111-118). En el caso de las cartas de Robert, nos encontramos también con un narrador intradiegético en primera persona, pues lo que se relata es un acontecimiento, o unos hechos, desde la perspectiva y experiencia del propio personaje.

- **Tiempo y espacio**

¿Qué es el tiempo? Según Silvia Adela Kohan, para poder narrar, es necesario disponer de acontecimientos en el tiempo: “el tiempo de la ficción transforma a su antojo el tiempo del calendario. Los acontecimientos de la novela o del cuento constituyen un proceso temporal; ocurren durante un cierto período y se suceden en un cierto orden. Así, el tiempo determina el ritmo, la estructura, la ambientación, configura el espacio y el personaje de la historia narrada” (Kohan, 2005). Teniendo en cuenta esto, podemos distinguir entre dos tipos de tiempo en la novela: el subjetivo, que depende de la percepción del tiempo que tengan los personajes, pues se puede ralentizar o acelerar por la emoción, y el objetivo, que hace referencia al tiempo convencional, ese que está establecido por el hombre, y que se rige por las horas, los minutos y los segundos. El calendario (Kohan, 2005). En este análisis, nos vamos a centrar principalmente en el tiempo objetivo, pues está relacionado con las líneas temporales dentro de la historia.

Para facilitar el seguimiento de estas, decidí ponerle fecha a los capítulos. Cada uno comienza con el día, el mes y el año en el que transcurren los eventos, así como la ciudad, permitiéndole al lector tener un esquema mental del orden en que ocurre todo. A la hora de establecer estas fechas, me encontré con la necesidad de recurrir a un calendario, en el que tuve que organizar todos los sucesos teniendo en cuenta el tiempo que pasa entre ellos, y los días que necesitaría para poder avanzar de un acontecimiento a otro. Esto lo hice, también, para poder lograr algo de realismo dentro de la historia, así como para poder justificar y encontrarle el sentido al misterio que Annabel tiene que resolver. Gracias a las cartas de su hermano y a las cosas que va descubriendo, va rellenando esa

línea de sucesos fragmentados como si se tratase de un rompecabezas, y para ello, es fundamental conocer el momento exacto en el que algunas cosas tienen lugar.

Si hablamos del tiempo en *El séptimo hombre*, podemos ver que la novela nos presenta a Annabel un 23 de agosto de 1919, y termina, sin contar el epílogo, el 18 de junio de 1920, diez meses después. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los hechos más relevantes se desarrollan entre el 6 de mayo y el 18 de junio de 1920, lo cual resumiría prácticamente toda la acción en algo más de un mes. Elegí el año 1920 en concreto, y no otro, por varias razones. Primero, porque es un año posterior a la Primera Guerra Mundial, lo cual implica que las consecuencias del conflicto ya han asentado su efecto en la población. Esto me ha permitido convertir el tema de la guerra en uno de los principales conflictos internos dentro de los personajes, ya que la mayoría de ellos tienen algún trauma respecto a ella que los acaba uniendo. Por otra parte, 1920 me pareció un año adecuado no solo por el sentimiento general de la población respecto a lo ocurrido en años anteriores, sino porque es también una época en la que las mujeres, poco a poco, comenzaron a sentirse más seguras de sí mismas.

Según el artículo de Ben Johnson, escrito originalmente en inglés y cuya cita he traducido, “las experiencias vividas durante la guerra influyeron en la sociedad británica, especialmente en las mujeres. Durante la guerra, muchas fueron contratadas en fábricas, lo que les dio un salario y, por tanto, un cierto grado de independencia. Las mujeres mayores de 30 años obtuvieron el voto en 1918, y en 1928 se había extendido a todas las mujeres mayores de 21 años. Se sentían más seguras y empoderadas, y esta nueva independencia se reflejó en las nuevas modas. El cabello era más corto, los vestidos más cortos y las mujeres empezaron a fumar, beber y conducir automóviles (Johnson, 2015). Este detalle es especialmente importante a la hora de analizar al personaje de Annabel, el cual, desde el principio de la novela, se presenta como una persona segura de sí misma y de sus decisiones. A lo largo de la historia, vemos pequeñas características de su personalidad que van construyendo esa imagen de mujer algo más moderna, que quiere trabajar, y que, dentro de lo posible, decide no depender de un hombre.

Sobre esta línea de tiempo principal, sin embargo, hay que destacar los momentos en los que Annabel lee las cartas de su hermano. A pesar de que estas aparecen ante el lector en el presente narrativo, ofrecen una imagen de lo que

estaba ocurriendo con su hermano el año anterior, creando una superposición de tiempos que se sigue gracias a que cada una de las cartas cuenta con la fecha en la que fue escrita. La mayoría son enviadas entre mediados de 1919 y principios de 1920, antes de que Annabel decidiese ir a Londres a buscarlo. La razón detrás del uso de estas cartas reside en mi decisión de no abusar del flashback. Mostrar fragmentos escritos por Robert no solo ofrece un acercamiento del personaje al lector, sino que también ayuda a reconstruir poco a poco el pasado, recibiendo pinceladas de acontecimientos anteriores a través de sus letras. El hecho de que es el propio personaje el que escribe, también ayuda a conocer más sobre él, sobre el tipo de persona que es, sin tener que presentar al personaje directamente, ayudando a mantener ese misterio alrededor de su figura.

Por otro lado, tenemos esos capítulos con flashbacks mencionados anteriormente. Si buscamos la definición de este término en cuestiones narrativas, nos encontramos con que es sinónimo de analepsis, que básicamente consiste en retrospectivas, acontecimientos que, según el orden de la historia, deberían haberse mencionado antes (Garrido Domínguez, 1996; 168). Dichos capítulos, más que nada, los uso para mostrar eventos de un pasado algo más lejano, como en el caso de Annabel, donde se describe su relación con su hermano, o en el de Ethan, para poder ofrecer una versión más íntima de lo sucedido en la guerra. Sin embargo, también son fundamentales a la hora de entender al personaje de Robert. Su presencia en la novela es constante gracias a dos elementos: sus cartas, y estos episodios en los que tenemos acceso a acontecimientos pasados. Es importante destacar que, cada vez que la historia retrocede en el tiempo, él está presente, se hable de Annabel o de Ethan. Cada uno de ellos ha vivido una experiencia distinta con Robert, que al ser presentada ante el lector, favorece a la comprensión de su personaje.

- **Personajes**

El personaje. Junto con el narrador, es posiblemente uno de los elementos clave a la hora de escribir una novela. Como ya he mencionado anteriormente, una de mis intenciones era explorar el mundo interior de estos, especialmente de la protagonista. Mirando algunas fuentes bibliográficas que tenía apuntadas del Máster respecto a la creación de personajes, encontré una frase de Silvia Kohan que me

llamó bastante la atención, pues sentí que reflejaba justo lo que tenía en mente sobre la forma de mostrar la vida de cada uno de ellos: “Debes presentarlo y mostrar la turbulencia interior que le provoca la situación límite a la que se ve expuesto: sugerir lo que le ha acontecido antes del inicio de la novela y que conforma su carácter actual, y mostrar su presente particular e individual a través de la acción” (Kohan, 2014; 14).

El mundo de las emociones y los sentimientos humanos es uno de los factores que más puede afectar a la percepción que el lector vaya a tener de un personaje. En el artículo Validez y fiabilidad de una escala de empatía e identificación con los personajes, Juan José Igartua y Darío Paez exploran diversos aspectos por los que esto sucede. Entre ellos encontramos:

-La empatía cognitiva: Se refiere al hecho de entender, comprender o ponerse en el lugar de los protagonistas, lo cual permite seguir la trama desde el punto de vista del personaje.

-La empatía emocional: Es la capacidad de sentir lo que siente el personaje o estar preocupado por sus problemas. Esto hace posible que la persona se preocupe por el destino de dicho personaje.

-La capacidad de imaginación: La persona es capaz de anticipar las situaciones a las que se enfrenta el protagonista e inferir sus consecuencias.

-El hecho de volverse protagonista: Es la sensación de sentirse como si uno mismo fuera uno de los protagonistas. Este factor se ve reforzado por el hecho de si los personajes poseen atributos positivos con los que la persona se pueda identificar, si comparten edad, clase social o incluso personalidad, y si el individuo desea ser como esos personajes, principalmente por la sensación de admiración que se pueda sentir por ellos. (Igartua y Paez, 1998; 424-425).

Estos factores pueden crear cierta simpatía, cariño u odio hacia una figura ficticia, siempre y cuando el mundo interior de ese personaje se transmita correctamente. Para ello, hay que tener claras ciertas características y motivaciones suyas. Hay que conocerlos, saber cómo actuarían en distintos tipos de situaciones, lo que hay detrás de su manera de hacer las cosas... Son esos detalles los que finalmente distinguen a un personaje de otro, más que su aspecto físico o sus

199



gustos e intereses. Para poder tener buenos personajes, hay que empezar por saber quiénes son.

A la hora de conocer un personaje, aparte de tener pensada una trama para poder encajarlos en ella, es importante saber algunos detalles sobre su persona. Para ello, siguiendo algunos puntos que vimos en las asignaturas de *Modelos de conducta* y *Modelos Narrativos*, elaboré una plantilla en word en la que seleccioné aspectos importantes a la hora de construir estas figuras ficticias. Algunos de ellos fueron nombre, edad, función dentro de la historia, su objetivo y motivación, rasgos fuertes y debilidades de su personalidad, eventos relevantes en su pasado y cómo afectan a sus acciones, cómo evolucionan sus objetivos, la manera en que reflejan sus traumas, y los cambios que sufre su personalidad o percepción de la realidad hacia el final de la novela. Esto lo hice, principalmente, con Annabel, Ethan y Robert, pues son los personajes sobre los que recae más responsabilidad a la hora de avanzar con la historia. Según Francisco Álamo Felices, podemos distinguir entre dos tipos de caracterización a la hora de presentar los personajes, la directa y la indirecta. La caracterización directa “consiste en la descripción estática de los atributos físicos, psíquicos y ético-morales del personaje”, para así poder comprender su comportamiento a lo largo de la historia. La indirecta, en cambio, “se realiza a lo largo del texto”, según lo va requiriendo la situación y el contexto de la acción (Álamo, 2006; 195-197).

En *El séptimo hombre*, nos encontramos principalmente con un tipo de caracterización indirecta, que va ofreciendo poco a poco las descripciones y los detalles de la personalidad de los personajes. Incluso cuando se trata de Annabel, el narrador va dejando entrever detalles de su forma de ser según lo va requiriendo el texto, con el fin de que el lector pueda ir construyendo poco a poco una idea de cómo es y cómo afectan los eventos de su pasado al presente narrado. Lo mismo ocurre con Robert, así como con Ethan. Para favorecer la sensación de incertidumbre y misterio, los personajes no se presentan directamente, con todas sus peculiaridades y detalles, sino que, según transcurre la historia, el lector va conociendo a Robert a través de las cosas que describe en sus cartas, y a Ethan a partir de su interacción con Annabel, así como los eventos que relata sobre su pasado en momentos concretos de la novela. El único instante en el que, tal vez, podríamos hablar de caracterización directa, es en el momento en que Annabel

ofrece su primera impresión de la señora Green, ya que la describe físicamente y ofrece su visión respecto a cómo cree que podría ser la mujer.

Como sabemos, aparte de la trama principal en la que se resuelve el misterio de Robert, la mayoría de personajes están también conectados por la guerra. A la hora de desarrollar las personalidades de cada uno, fue fundamental tener este aspecto en cuenta para crear una relación entre ellos. En el caso de Annabel, esta pierde a su marido, convirtiéndola en alguien que se muestra firme e independiente, y que se niega a depender emocionalmente de los demás para evitar otra vez el mismo daño. Cuando conoce a Ethan, esa percepción de ella misma y de la realidad comienza a tambalearse poco a poco. Él, por otra parte, sobrevive y considera que la guerra le ha dado otra oportunidad para hacer las cosas bien –incluido con ella–, después de los horrores que vivió durante el conflicto. Robert, por el contrario, vive fascinado con este evento al que no ha podido asistir, y usa a su amigo para ver la catástrofe a través de él, con la esperanza de poder desvelar los secretos de la existencia humana, y así combatir esa sensación de dolor y pérdida tras la muerte de alguien. Este objetivo, a su vez, lo adquiere después de ver a su hermana devastada por la muerte de su marido en el campo de batalla.

Ser consciente de los rasgos distintivos de cada personaje, así como saber emplearlos en la narración, fue, posiblemente, una de las cosas más complicadas a la hora de crear esa imagen individual de cada personaje. Para conseguir tener una visión más clara de sus diferencias y similitudes, recurrí también al Modelo Pentafactorial de Costa y McCrae, que consiste básicamente en un modelo compuesto por cinco factores (extraversión, amabilidad, responsabilidad, neuroticismo y apertura a la experiencia), dentro de los cuales encontramos un rango de características que contienen un grado más alto o más bajo de cada factor, y que a su vez corresponden a diferentes rasgos de la personalidad.

-Apertura a la experiencia: Se tiende a apreciar nuevas ideas, estéticas, valores, comportamientos o sentimientos.

-Neuroticismo: Es la tendencia a experimentar emociones negativas como el enfado, preocupación y tristeza, así como la sensibilidad.

-Responsabilidad: Tendencia a ser responsable, ordenado, puntual, trabajador y a seguir las reglas establecidas.

-Amabilidad: Tender a estar de acuerdo con los demás antes que mostrar tu propia opinión, ser una persona modesta y en la que se puede confiar.

-Extraversión: Se caracteriza por ser alguien que es social y que disfruta de la compañía de los demás, que le gusta hablar, y que puede ser algo dominante (Diener y Lucas, 2023).

<b>Big 5 Trait</b>	<b>Example Behavior for LOW Scorers</b>	<b>Example Behavior for HIGH Scorers</b>
<b>Openness</b>	Prefers not to be exposed to alternative moral systems; narrow interests; inartistic; not analytical; down-to-earth	Enjoys seeing people with new types of haircuts and body piercing; curious; imaginative; untraditional
<b>Conscientiousness</b>	Prefers spur-of-the-moment action to planning; unreliable; hedonistic; careless; lax	Never late for a date; organized; hardworking; neat; persevering; punctual; self-disciplined
<b>Extraversion</b>	Preferring a quiet evening reading to a loud party; sober; aloof; unenthusiastic	Being the life of the party; active; optimistic; fun-loving; affectionate
<b>Agreeableness</b>	Quickly and confidently asserts own rights; irritable; manipulative; uncooperative; rude	Agrees with others about political opinions; good-natured; forgiving; gullible; helpful; forgiving
<b>Neuroticism</b>	Not getting irritated by small annoyances; calm, unemotional; hardy; secure; self-satisfied	Constantly worrying about little things; insecure; hypochondriacal; feeling inadequate

Modelo Pentafactorial de Costa y McCrae. Fuente: <https://nobaproject.com/modules/personality-traits>

Algo que me pareció curioso sobre los creadores de este modelo, es que en la segunda edición de la obra *Personality in adulthood: a five-factor theory perspective*, los autores reflexionan respecto a un dato que dieron en la primera edición, y que ahora consideran no del todo exacto. Aparentemente, en la primera versión del libro, publicada en 1984, estos afirmaban que la personalidad de una persona se mantenía estable en cuanto esta alcanzaba los 30 años, pero ahora, gracias a estudios interculturales, han llegado a la conclusión de que, a pesar de que la estabilidad predomina a partir de esa edad, hay otras edades concretas en las que, en ciertos individuos, se pueden producir cambios (McCrae y Costa, 2006).

Esta información me pareció muy interesante a la hora de pensar en la evolución de la personalidad de los personajes, pues a pesar de mantener ciertas características fijas que los definen a lo largo de la historia, hay otras que, gracias a su evolución como, cambian. Esto se aplica principalmente a Annabel, Ethan y, en cierta forma, a Robert, pues a pesar de que el lector no lo conoce directamente

hasta el final del libro, sí que se puede percibir una evolución dentro de él según transcurre la historia. Debido a esto, podemos considerar que se trata de personajes redondos, al menos en el caso de ellos tres. Podemos definirlos como “aquellos que cambian en la trama y a los que se describe con mucho detalle psicológica y físicamente. Suelen ser complejos, por su historia o por sus objetivos” (Giani, 2022). Forster también añade que los personajes redondos son más flexibles a la hora de producir emociones en el lector, pues “son capaces de desempeñar papeles trágicos durante cierto tiempo, suscitando en nosotros emociones que no sean humor o complacencia” (Forster, 1983; 33). Son personajes que tienen problemas internos que se desarrollan a lo largo de la novela, y cuyas personalidades sufren también cambios, como consecuencia de esa alteración de su mundo interior.

Tomemos el caso de Annabel, por ejemplo. Al principio, se presenta como una mujer joven de aparente seriedad, que trata de no mostrarse vulnerable ante los demás, y que está completamente cerrada a las experiencias emocionales, pues lo único que tiene en mente es encontrar a su hermano. Cree que Robert es la única persona en la que puede confiar, y toda su atención está centrada en ese objetivo. Sin embargo, según transcurre la novela, va cambiando. Poco a poco se va permitiendo sentir algo respecto a Ethan, aunque le cueste admitirlo, así como mostrar su estado anímico ante otros personajes. En el proceso, se va dando cuenta también de que está rodeada de personas en las que puede confiar, y que en realidad no está tan sola como pensaba. En general, evoluciona de una persona que se considera fuerte ante las adversidades, a alguien que acepta la realidad de sus sentimientos, su vulnerabilidad. Nunca deja de considerarse una persona independiente, pero acaba aceptando la presencia de otros en su vida, a pesar de que existe la posibilidad de que le hagan daño. Esto, a su vez, está relacionado con una característica que la une a Ethan. Ambos tienen miedo de perder a los pocos que tienen en su vida. Él, no quiere enfrentarse a su madre por miedo a que lo rechace, ella, no quiere aceptar la realidad de que, tal vez, no vuelva a ver a Robert.

En este sentido, volvemos a ver un cambio en Annabel: se hace realidad justo aquello que más teme. Se tiene que enfrentar a ese fatal desenlace que trata de evitar a toda costa, lo que le hace darse cuenta de que, por mucho que quiera, hay cosas que son inevitables. Que por mucho que lo intente, hay aspectos que jamás podrá controlar, lo cual la pone en posición de tener que reconstruir su vida a partir de ese momento.

Por otro lado, tenemos personajes, como Charles, que permanecen relativamente estables a lo largo de toda la novela, convirtiéndoles así en figuras mucho más planas. Los personajes planos, “en su forma más pura se construyen en torno a una sola idea o cualidad; cuando predomina más de un factor en ellos, atisbamos el comienzo de una curva que sugiere al círculo” (Forster, 1983; 31). Este tipo de personajes se caracterizan principalmente por tener una cualidad que los define de principio a fin, no sufren ningún tipo de evolución. En el caso de Charles, podemos decir que su función principal es ser amigo de Ethan y ayudarlo, y su existencia en la historia depende de él. Si Ethan no apareciese en la novela, él tampoco.

- **Descripciones**

Para poder hablar de descripciones, primero necesitamos tener una idea de lo que significa este concepto. Según Heinrich Lausberg, que define la descripción con el concepto de eidentia, esta consiste en la enumeración de las peculiaridades sensibles de un objeto (Lausberg, 1967; § 810). Como se nos explicó en el Máster, una descripción cuenta con un tema, que es el objeto que se está describiendo, y sus subtemas, que son cada uno de los elementos que forman parte de ese objeto. A su vez, cada subtema cuenta con variaciones, que son las que finalmente distinguen ese objeto en concreto de otro parecido.

Si esquematizamos esto, podemos obtener tres estructuras dependiendo del orden en el que se presenten sus subtemas. Siendo el tema identificado como [A], y los subtemas como el resto de letras del abecedario, tenemos lo siguiente:

-Si el tema no aparece en la descripción, se representa como {B+C+D+E}, dependiendo la cantidad de letras del número de subtemas.

-Si el tema se presenta al inicio de la descripción, lo representamos como A={B+C+D+E}.

-Si el tema se presenta al final de la descripción, lo representamos como {B+C+D+E}=A.

Sumado a esto, otro aspecto que podemos tener en cuenta es el tipo de descripción. En el Máster abarcamos principalmente siete: la prosopografía, la etopeya, el retrato, la topografía, la cronografía, la zoografía y la objetografía. En

este análisis, nos vamos a centrar principalmente la prosopografía, el retrato, y la topografía, pues son los que más predominan a lo largo de la novela.

Según el *Diccionario práctico de figuras retóricas y términos afines*, la prosopografía “consiste en la descripción del aspecto físico de una persona o de un animal” (Fernández, 2018; 72). A lo largo de la novela, podemos encontrar varios instantes en los que se mencionan los atributos físicos de los personajes. Un ejemplo de esto podría ser el instante en que Annabel ve a Roger Payne por primera vez:

“(…) el hombre puso sus oscuros y brillantes ojos sobre él. Su barba, canosa y poblada, ocultaba por completo los matices de la curvatura de sus labios, pero sus cejas parecían ser más expresivas que el resto de su rostro”.

Esta descripción ofrece una enumeración de atributos físicos del personaje, siguiendo la estructura  $A=\{B+C+D+E\}$ , pues el tema, es decir, el objeto de la descripción, se menciona antes que los subtemas, que en este caso son sus ojos, su barba, sus cejas, y sus labios.

El retrato, por otro lado, “consiste en una descripción detallada de las características propias de una persona, no solo en cuanto se refiere al aspecto físico, sino también al psicológico –temperamento, carácter, personalidad” (Fernández, 2018; 76). Es un tipo de descripción que abarca tanto los rasgos físicos de un personaje como su forma de ser. Un ejemplo de esto podría ser el momento en que Annabel ofrece su primera impresión de la señora Green:

“Elizabeth Green era una mujer de unos sesenta años, alta, delgada, con una mirada de ojos oscuros que resaltaban la delicadeza de sus facciones. (...) Era una señora observadora, pues enseguida distinguió su acento de la zona de Yorkshire”.

Como podemos ver, esta descripción sigue la estructura  $A=\{B+C+D+E+F+G\}$ , pues primero se menciona quién es el objeto de la descripción, y luego analizan los subtemas (años, altura, condición física, ojos, expresión de sus facciones, y su

personalidad observadora), los cuales combinan tanto descripción de rasgos exteriores, como algún que otro aspecto de su forma de ser.

Por último, tenemos la topografía. Este término hace referencia a “una figura de pensamiento pintoresca que consiste en describir un lugar en detalle” (Fernández, 2018; 83). Podríamos ejemplificarlo con el siguiente fragmento de la novela:

“Londres era como un hormiguero sucio y descontrolado en el que el orden parecía no tener lugar. Las calles serpenteantes conducían a destinos desconocidos, con miles de sombreros y tocados caminando a contracorriente entre las sobrias edificaciones. Los automóviles, que avanzaban con lentitud cual escarabajos mecánicos, no ayudaban a la impresión general de la ciudad. Todos tenían prisa, incluso las hojas sueltas de los periódicos que volaban llevadas por el viento, envolviéndose en los pies de los caminantes hasta acabar olvidadas en el suelo. Tal vez fuese imaginación de Annabel, pero le dio la impresión de que incluso el aire estaba gris. Olía a combustible y tierra mojada, pues las nubes que observaban la ciudad no anunciaban la llegada de horas soleadas.”

En esta ocasión, volvemos a encontrarnos con la estructura  $A=\{B+C+D+E\}$ , con Londres siendo el tema de la descripción, y las calles, los automóviles, las hojas y el aire, como los subtemas.

#### **4. DIFICULTADES Y SOLUCIONES**

En cuanto a las dificultades que encontré a lo largo del proceso de escritura, creo que podría clasificarlas en dos grupos: dificultades históricas y dificultades técnicas.

- **Dificultades históricas**

Estas dificultades, tal y como su nombre indica, hacen referencia al natural desconocimiento que tenía respecto a ciertos detalles de la época en la que está inspirada la novela. Según iba escribiendo, me encontraba con la necesidad de consultar información sobre la forma de vida de los londinenses en 1920, la política, las modas... También encontré algunas complicaciones a la hora de describir

edificaciones o coches, por lo que tuve que recurrir a imágenes que pudiesen otorgarme una idea más exacta de aquello que tenía en mente. Llegué a hacer búsquedas tan exactas como el funcionamiento del servicio postal en Inglaterra en aquella época, o si era común que los lecheros recorriesen las calles con sus carretillas mientras ofrecían su servicio.

Durante 1920, así como años cercanos, nos encontramos con un período de bastantes cambios a nivel social. Esto fue otro dilema a la hora de situar con exactitud la historia pues, principalmente, tuve que buscar información respecto a dos cosas: las huelgas que tuvieron lugar, y el papel de la mujer durante esos años. Según iba escribiendo, me di cuenta de que necesitaba incorporar más características sobre la época de las que esperaba. Tenía que mostrar cómo era la situación dentro de la población, qué la diferenciaba del mundo que conocemos. Gracias al rápido acceso a la información que tenemos hoy en día, prácticamente todas mis dudas se vieron solucionadas a partir de artículos o libros que conseguí encontrar en Internet.

Respecto a este tipo de contenido, también hubo cierta dificultad a la hora de incluir esta información de manera que fuese sutil y fluida, sin parecer demasiado pesada o que rompiese la narración. Tuve que fijarme en mi propia forma de redactar, el proceso de descripción, pero pude solucionar esta complicación releendo esos fragmentos que me sonaban extraños, y replanteando, a veces, la forma en la que la escena se presentaba ante el lector.

- **Dificultades técnicas**

En este apartado, voy a abarcar principalmente dos dificultades relevantes que encontré a la hora de escribir: el mantener una velocidad narrativa constante y fluida, y el conseguir una trama narrativa atractiva.

Respecto al primer punto, he de admitir que fue una complicación que no tardé en notar. Al querer profundizar en el mundo interior de los personajes –lo suficiente como para que este adquiriera relevancia en la historia–, tenía que encontrar un equilibrio entre esa exploración de los sentimientos y el transcurso de los acontecimientos, todo esto, teniendo en cuenta también el límite máximo de páginas del trabajo. Necesitaba conseguir que la acción no se viese ensombrecida por una excesiva descripción de las preocupaciones y emociones de los personajes. La única manera de mejorar esto fue haciendo lecturas exhaustivas de todo lo que



llevaba escrito cada cierta cantidad de capítulos, normalmente, cada 3 o 5, dependiendo de la extensión de estos.

Los cambios que tuve que hacer fueron numerosos, desde quitar párrafos a reescribir capítulos enteros, cosa que me produjo, en un punto, cierta falta de inspiración. Para poder combatir el desánimo que me invadía a veces, la única solución que encontré fue dejar el texto por un par de días, distraerme y centrarme en otra cosa, para luego volver con una visión más clara de lo que quería decir, y de cómo quería hacerlo. Es cierto que hay instantes en la novela en los que la acción transcurre de una forma más lenta. Al querer profundizar en las emociones de los personajes y en la razón detrás de ellas, creo que esto ha sido, hasta cierto punto, incluso una necesidad. No quería precipitarme acelerando los acontecimientos sin poder justificar el comportamiento y la reacción de los personajes en dichos eventos. Tal vez en algún otro momento, cuando sea mejor escritora, podré abordar esta cuestión con otra técnica y de mejor manera, pero por el momento, siento que quizás ha sido mejor detenerme en algunos aspectos, a arriesgarme a dejar algún cabo suelto o incongruencia entre la conducta de los personajes y la acción.

Respecto a la trama de la novela, pude ver varios problemas con el borrador de las primeras 80 páginas. Lo relatado no enganchaba lo suficiente, resultaba un tanto confuso y los distintos sucesos no conseguían encajar del todo con el desenlace que le quería dar a la historia. Había una excesiva cantidad de personajes, los protagonistas tenían un trasfondo que no se relacionaba con los hechos que se contaban en la historia. Sentía que había escrito algo demasiado fragmentado que terminaría dejando demasiadas cosas sin resolver, y con detalles que finalmente pasarían a ser irrelevantes e innecesarios. Tampoco le estaba dando a Robert la importancia suficiente. En mi primer intento de escribir la novela, era un personaje muy secundario, que solo servía de excusa para que Annabel fuese a Londres, y debido a la ausencia de cartas suyas que incorporé luego, se había convertido en una especie de personaje fantasma. Estaba ahí porque lo había mencionado en los primeros capítulos, y porque Annabel no dejaba de pensar en él, pero poco más aparte de eso. Para solucionar esto, tuve que volver al principio, al comienzo de la novela, y hacer cambios significativos en el pasado de los personajes. Algunos de ellos fueron la razón por la que Ethan se marchó de casa (pues mi primera idea fue hacer que formase parte de una mafia), la manera en la

208

que Annabel contaba detalles sobre Robert, y la forma en que la protagonista iba descubriendo pistas sobre el paradero de su hermano. También terminé eliminando varios personajes secundarios que no servían realmente para mucho, con tal de no crear un exceso de información irrelevante sobre ellos y que la novela no estuviese saturada. Esto me llevó a realizar más cambios diminutos de cohesión entre los distintos hechos que tienen lugar.

En cuanto al misterio que se resuelve a lo largo de la novela, también tuve que hacer varias modificaciones. Los problemas anteriormente mencionados, culpa de una planificación bastante regular por mi parte, me llevaron a reescribir la razón de la desaparición de Robert. Al principio, quería relacionarlo con esa mafia de la que Ethan iba a formar parte, haciéndole víctima de sucesos que no tenían mucho que ver con su personaje, pero aquello no conseguía inspirarme del todo. Como ya había mencionado la guerra a la hora de describir a Ethan y Annabel, decidí cambiar la personalidad de Robert, y unirlo también a dicha catástrofe. Esto me ayudó a encajar mejor todos los eventos que tienen lugar a lo largo de la historia, otorgándole algo más de cohesión, pues la guerra pasó a convertirse en un punto de unión entre los personajes, solidificando así su relación. A raíz de ahí, comencé a desarrollar la creciente locura de Robert como nuevo dilema, cambiando por completo su función dentro de la novela. Darle más importancia en la trama consiguió ofrecerme una imagen más clara de cómo podía concluirlo, ayudándome a la hora de planificar los siguientes capítulos.

Corregir todos estos fallos, pequeños y grandes, fue un trabajo minucioso que estuvo presente a lo largo de todo el proceso de escritura, y que, en más de una ocasión, me hizo pensar sobre lo complicada, constante y seria que puede ser la creación de una novela. Sin embargo, también reforzó el sentimiento de amar escribir, pues poco a poco, con paciencia y trabajo, todo fue tomando forma sobre el papel.

## **5. RESULTADOS**

A pesar de que ahora puedo decir que he terminado una novela, me gusta pensar que el proceso creativo y la mejoría no terminan aquí. Con esto quiero decir que, ahora que le he puesto punto y final al trabajo, quiero pasar algún tiempo alejada de sus páginas, para luego volver a leerlo en algún momento. Me gustaría,

en un futuro no muy lejano, ver si consigo mejorarlo más. Hacer algún cambio que luego me permita escribir un segundo libro sobre esta historia, en el que pueda volver a trabajar con los mismos protagonistas, pero esta vez dentro de una trama distinta.

Creo que este primer contacto con la experiencia de escribir una obra completa me ha servido, especialmente, para conocer mis propias necesidades a la hora de tener que ser constante. Ahora soy más consciente de las necesidades tengo para no acabar desanimada, así como para poder mantener el interés en mi propia historia hasta el final. También he aprendido, como consecuencia de mis propios errores, a evitar ciertos patrones, repeticiones, o diálogos demasiado largos. A poder encontrar una trama y una historia que me parezcan interesantes de continuar hasta su desenlace. Considero que, además, he conseguido mejorar respecto a mi forma de describir elementos y personajes, siguiendo una estructura más clara y firme, así como a la hora de ser más fluida escribiendo. Ahora tengo una mejor idea sobre cómo organizar la personalidad de una figura ficticia, y qué hacer para planificar una trama de forma coherente, a pesar de que siento que aún tengo mucho que aprender. Entiendo algo más sobre el proceso para entrelazar los distintos detalles y sucesos en una novela, pero eso no significa que lo sepa todo. Solo la práctica conseguirá pulir y mejorar esta base que tengo ahora. Para escribir bien es fundamental hacer justo eso, escribir, y creo que el largo pero emocionante viaje que ha sido completar esta novela, me ha dado, sin duda alguna, lecciones que recordaré siempre, y formará parte de esa constante y creciente experiencia que cada escritor va construyendo con los años.

## **6. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y APLICADA**

-Ainsa, Fernando. "La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana" en *Cuadernos Americanos: Nueva Época* 28, vol. 4, UNAM, 1991.

-Álamo Felices, Francisco. "La caracterización del personaje novelesco: perspectivas narratológicas" en *Revista Signa*, nº15, 2006, pp. 189-213.

-Austen, Jane. *Pride and Prejudice*, Penguin Books, 2012.

-Bobes Naves, María del Carmen. *La Novela*, EDITORIAL SÍNTESIS, 1998, pp. 8-9.

-Cerqueiro, Diana. "Sobre la novela policíaca" en *Ángulo Recto: Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*, 2010, p. 3.

-Diener, Edward y Lucas, Richard. "Personality traits" en *Noba textbook series: Psychology*, DEF publishers, 2023 (en línea). [Consulta: 18 de octubre de 2023].  
Disponible en: <https://nobaproject.com/modules/personality-traits>

-Fernández, Viviana H. *Diccionario práctico de figuras retóricas y términos afines : Tropos, figuras de pensamiento, de lenguaje, de construcción, de dicción, y otras curiosidades*, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, 2018, pp. 75-83. [Consulta: 30 de octubre de 2023]. Disponible en:  
<https://www.cervantesvirtual.com/obra/diccionario-practico-de-figuras-retoricas-y-terminos-afines-924724/>

-Forster, Edward Morgan. *Aspectos de la novela*, Editorial Debate, 1983, pp. 30-35.

-Garrido Domínguez, Antonio. *El texto narrativo*, EDITORIAL SÍNTESIS, 1996, p. 168.

-Gallardo Álvarez, Isabel. "La lectura de textos literarios en el colegio ¿por qué no leen los estudiantes?." *Revista Educación*, Vol. 30, núm.1, pp. 157-172 (en línea). [Consulta: 16 de Octubre de 2023]. Disponible en :  
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=44030110>

-García-Rojo, Patricia. "La creación de mundos en la literatura juvenil" en *Babar, revista de literatura infantil y juvenil* (en línea). [Consulta: 26 de septiembre de 2023].  
Disponible en:  
<https://revistababar.com/wp/la-creacion-de-mundos-en-la-literatura-juvenil/>

-Giani, Carla. "Tipos de personajes" en *Enciclopedia de ejemplos*, 2022 (en línea). [Consulta 19 de octubre de 2023]. Disponible en:

<https://www.ejemplos.co/tipos-de-personajes/>

-Gomez Hermosilla, José. *El arte de hablar en prosa y verso*, tomo 1º, Imprenta Real, 1826.

-Hernández Rojas, Gerardo. "La zona de desarrollo próximo. Comentarios en torno a su uso en los contextos escolares.." en *Perfiles Educativos*, nº86, 1999 (en línea), p. 3. [Consulta: 15 de Octubre de 2023]. Disponible en:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13208604>

-Igartua Perosanz, Juan José., y Paez Rovira, Darío. "Validez y fiabilidad de una escala de empatía e identificación con los personajes" en *Psicothema*, Vol. 10, núm.2, pp. 423-436 (en línea). [Consulta: 18 de Octubre de 2023]. Disponible en :

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72710215>

-Johnson, Ben. "The 1920s in Britain" en *HISTORIC UK* (en línea). [Consulta: 3 de octubre de 2023]. Disponible en:

<https://www.historic-uk.com/HistoryUK/HistoryofBritain/The-1920s-in-Britain/>

-Kabir, Sara. "The irresistible allure of enemies to lovers" en *The Daily Star*, 2022 (en línea). [Consulta: 15 de octubre de 2023]. Disponible en:

<https://www.thedailystar.net/shout/news/the-irresistible-allure-enemies-lovers-3090066>

-Kane, Sarah. "4.4.8 Psychosis" en *Sarah Kane: complete plays*, Bloomsbury, 2001.

-Kohan, Silvia Adela. *El tiempo en la narración*, Alba Editorial, 2005 (en línea, páginas no numeradas). Disponible en:

<https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=CTgvBwAAQBAJ&oi=fnd&pg=PT6&dq=el+tiempo+narrativo&ots=Pi23ynYXvp&sig=L1WXc0u7jkXlyhPHxt92nSPuB8k#v=onepage&q=el%20tiempo%20narrativo&f=false>

- Kohan, Silvia Adela. *Dar vida al personaje: técnicas para crear personajes inolvidables*, Alba Editorial, 2014, p. 14.
- Lausberg, Heinrich . *Manual de retórica Literaria*, Gredos, 1967, § 810.
- Martínez, Matías y Scheffel, Michael. *Introducción a la narratología. Hacia un modelo analítico-descriptivo de la narración ficcional*, Las Cuarenta, 2011, pp. 111-118.
- Mata, Carlos. “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica” en *La novela histórica. Teoría y comentarios*, EUNSA, 1995, p. 16.
- McCrae, Robert; Paul T. Costa. *Personality in Adulthood: A Five-Factor Theory Perspective*, segunda edición, The Guilford Press, 2006.
- Paredes, Alberto. *Las voces del relato: manual de técnicas narrativas*, SEP-INBA, 1987, pp. 32-33.
- Poe, E. A., "Hawthorne", en *Ensayos y críticas*, Alianza, 1973, pp.125-141.
- Poe, E.A. “The murders in the Rue Morgue” en *The murders in the Rue Morgue and other stories*, Burlington Books, 1997.
- Ricardo, Rodrigo. “Narrativa lineal y No lineal: definición y estructura” en *Estudyando*, 2021 (en línea). [Consulta: 15 de octubre de 2023]. Disponible en: <https://estudyando.com/narrativas-lineales-versus-no-lineales-definicion-y-estructura>
- Sáiz Ripoll, Anabel. “La literatura juvenil en el desarrollo del hábito lector” en *Revista Cálamo*, nº55, 2010, p. 14. Disponible en : <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7352141>
- Shelley, Mary. *Frankenstein*, Penguin Books, 2012.
- Stoker, Bram. *Dracula*, Chiltern Publishing, 2020.

-Stucchi-Portocarrero, Santiago. “La Primera guerra mundial y su impacto en la psiquiatría” en *Revista de neuro-psiquiatría*, vol.17, nº3, 2014 (en línea), p. 140.

[Consulta: 14 de octubre de 2023]. Disponible en:

[http://www.scielo.org.pe/scielo.php?pid=S0034-85972014000300002&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.pe/scielo.php?pid=S0034-85972014000300002&script=sci_arttext)

-“Famous 1920s Cars: Automobiles That Stunned The World” en *Discovery*, 2021 (en línea). [Consulta: 6 de octubre de 2023]. Disponible en:

<https://www.discoveryuk.com/motoring/1920s-cars/>

-Teixidor, Emili. “Literatura juvenil. un género polémico” en revista *Educación y biblioteca*, TILDE, 2005 (pdf online). Disponible en:

[https://www.google.com/url?sa=t&source=web&rct=j&opi=89978449&url=https://gredos.usal.es/bitstream/10366/119192/1/EB17\\_N148\\_P6-11.pdf&ved=2ahUKEwix0eOTwdSBAxWpRaQEHU57CkoQFnoECBcQAQ&usq=AOvVaw0j7joyHgy2ZIDfmWdbk9Tr](https://www.google.com/url?sa=t&source=web&rct=j&opi=89978449&url=https://gredos.usal.es/bitstream/10366/119192/1/EB17_N148_P6-11.pdf&ved=2ahUKEwix0eOTwdSBAxWpRaQEHU57CkoQFnoECBcQAQ&usq=AOvVaw0j7joyHgy2ZIDfmWdbk9Tr)

-The Findmypast team (2022). “What was life like in the 1920s” en *Find my past* (blog en línea). [Consulta: 30 de septiembre de 2023]. Disponible en:

<https://www.findmypast.co.uk/blog/history/life-in-1920s-britain>

-Vygotsky, Lev Semenovich. *El desarrollo de las funciones psicológicas superiores*, Grijalbo, 1979.

-Wearne, Sarah. “Killed in action: died of wounds” en *Epitaphs of the Great War* (blog en línea). [Consulta: 5 de octubre de 2023]. Disponible en:

<http://www.epitaphsofthegreatwar.com/killed-in-action/>

-Zweig, Stefan. *Schachnovelle*, Fischer Taschenbuch Verlag GMBH, 2010.